YIHAD FINAL

Diego Fortunato

BUENA FORTUNA


Yihad final

DIEGO
FORTUNATO

YIHAD FINAL

§
Editorial
BUENA FORTUNA
Caracas

DIEGO FORTUNATO
Editorial Buena Fortuna
Caracas, VENEZUELA
Todos los derechos reservados
© Copyright

Yihad final
Copyright © 2014 by Diego Fortunato
Cubierta copyright ©Diego Odín Fortunato
Dibujo de la carátula, *El ángel negro*,
de Diego Fortunato copyright ©Diego Fortunato
ISBN: 978-1502905833

Fotocomposición y Montaje Graphics Center, c.a.
Impreso en Venezuela por Graphics Center, c.a.
Primera Edición 2014
E-mail: diegofortunato2002@gmail.com

Publicado por Diego Fortunato en
www.amazon.com, autoreseditores.com, www.bubok.es y www.smashwords.com

Esta es una obra de ficción. Los nombres, lugares, caracteres, incidentes y profesiones son producto de la imaginación del autor o están usados de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas actuales, vivas o muertas, acontecimientos o lugares, es mera coincidencia. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del autor y editor.

A lo desconocido, a lo incógnito
e indescifrable, pero, por sobre
todo, al amor, a la paz y a su infinita
y tenue belleza.

Además… *A mis cinco hijos: Deborah,*
Daniela, Viviana, Diego Odín y Cristhian,
a quienes quiero con infinito amor.

1

Los desgarradores gritos de una mujer perturbaron de improviso la plácida noche primaveral de un lujoso vecindario de Port Black, próspera ciudad situada al noreste de Inglaterra.

Pronto, a lo lejos, se encendió una somnolienta luz. Luego otra y después una más, hasta convertir los alrededores del elegante complejo en un pequeño paraguas de titilantes destellos. El reconfortante sueño de sus moradores había sido quebrantado.

Tímidamente algunos rostros comenzaron a asomarse por los ventanales en busca de la procedencia de los estridentes chillidos. Apenas permanecieron instantes husmeando con sus narices adheridas a los ventanales. Afuera no había nada extraño, a no ser del inmaculado cielo estrellado, poco común en esa región.

Al acallarse los gritos las luces comenzaron a apagarse en forma inversa. Primero una, después otra y en cámara lenta todo volvió a quedar como antes, completamente a oscuras. Sólo los faroles de la calle le hacían coro a las estrellas.

El apacible silencio regresó a la antigua población pesquera de Port Black, lugar que gracias al descubrimiento de notables yacimientos petrolíferos cerca de sus costas, al oeste del Mar del Norte, habían tomado impulso muchas nuevas industrias.

Sólo una luz permanecía todavía encendida en una de las casas.

Adentro, en el baño contiguo al amplio dormitorio, una joven mujer tenía la cara metida en el lavabo mientras con impertinentes movimientos arrojaba agua sobre ella.

Pronto se detuvo. Tomó una mullida toalla y se secó el rostro. Al terminar fijó los ojos en el cristalino espejo y comenzó a detallarse. Sus inquietas pupilas reflejaban una contenida angustia y terror indescriptible. Más se analizaba y más nerviosamente se movían sus ojos. Ante el temor de que alguien desconocido estuviese espiándola a sus espaldas, giró de improviso, pero no había nadie. Sólo su alcoba, una cama desordenada y las sombras que la tejían.

Buscó calmarse. Sabía que las palpitaciones de su corazón y el pulso pronto volverían a su estado normal. No era la primera vez que había despertado sobresaltada y eso pasaría. Sólo temía volverse a dormir. Sus nervios no soportarían otro incidente similar. Mucho más sabiendo que la siguiente noche todo se repetiría, tal como había venido sucediendo durante los últimos quince días. Sólo aspiraba recuperarse del susto y que aquel sueño que le aprisionaba el corazón no volviese a revivir, al menos durante esa noche. No podría soportarlo tan seguido, por eso prefería permanecer despierta hasta los primeros destellos del alba.

Con esa idea fija en la mente, Elizabeth Diler dejó el lavabo y caminó hacia la habitación. Encendió la luz central, pero los destellos la cegaron. Enseguida le apagó. Fue hacia la mesa de noche y aprisionó el botón de la lamparita. Ahora sólo una tenue luz iluminaba el amplio recinto, aunque deliberadamente había dejado prendida la del baño. De esa forma se sentía protegida. Le recordaba su época infantil y las veces que en las largas noches de invierno le suplicaba a su madre que la hiciese dormir con la luz de su cuarto encendida porque temía los silbidos del viento y los sobrecogedores truenos y relámpagos que estremecían la casa.

Se sentó en el borde de la cama, dejó sus pies descalzos sobre la pequeña alfombra de la alcoba y se llevó las manos a la cabeza. Trataba de poner sus pensamientos en orden, pero no lo lograba. Estaba tan aturdida, que con sus dos manos estrujaba una y otra vez con enérgica desesperación su espléndida cabellera rubia. No admitía lo que le estaba sucediendo. Pero mientras más discernía sobre ello, su aturdimiento y miedo aumenta. Inútilmente trataba de borrar, bloquear toda idea funesta de la mente, pero su desconsuelo crecía al no lograrlo.

Se calmó un rato pero enseguida volvió a ser presa de los nervios y del pánico. A fin de evitar aquel tormento, de escapar de las imágenes que fluían por su mente, volvió a asirse la cabeza, se cubrió los oídos con las palmas de las manos y apuntó el rostro hacia el suelo.

Abajo sólo podía ver sus pies desnudos. Comenzó a mover los dedos

para cerciorarse de que aún tenía dominio sobre ellos. Que la orden que emanaba de su cerebro obtenía la respuesta que ella deseaba y no otra. Eso la distraía y tranquilizaba ya que evitaba que de su cerebro surgiesen ideas malsanas.

Jugueteó con ellos moviéndolos de arriba hacia abajo y buscaba abrirlos en su máxima amplitud. Prestarle atención a aquel simple ejercicio de rítmicos movimientos impedía que siguiese pensando en lo que no quería pensar. Al sentirse calmada, cesaba de agitarlos.

Aún somnolienta, cerró los ojos y dejó salir de lo profundo de sus pulmones un liberador suspiro. Tenía muchos días de mal dormir y quería hacerlo, sin embargo no podía lograrlo. Era lo que más deseaba de la vida en esos momentos, pero el miedo se lo impedía.

Entre las dudas y el cansancio, cabeceó un rato, se resistió hasta que pudo, pero el sueño la venció. Sobresaltada, pronto volvió a despertar. Se incorporó del lecho y con mirada descompuesta comenzó a escrutar todos los rincones de la habitación. No había nadie. Sólo ella y las sombras.

Poco a poco volvió a recuperar el sosiego. Miró en dirección al pequeño reloj digital que reposaba sobre la mesita de noche y sus luminiscentes letras rojas marcaban las 5:20 a.m. Todavía era muy temprano, pero no importaba. Pronto amanecería y ya no volvería a conciliar sueño.

Aunque era una hermosa noche de primavera, tiritaba de frío. Tomó la elegante bata blanca de piqué a cuadros que reposaba en un extremo de la cama, la endosó sobre el corto y escotado *deshabillé* de seda fucsia que vestía y caminó hacia la cocina para preparar café.

Elizabeth era una hermosa mujer divorciada. Alta, esbelta, elegante y con un cuerpo tan perfectamente formado que podría ser la envidia de las más cotizadas modelos o mises de concursos de belleza. Pese a que tenía dos hijos, gracias a su porte juvenil, cuando iba sola por las calles de Port Black, quienes no la conocían la trataban de 'señorita'.

Pero durante los últimos quince días todo aquel donaire y belleza había desaparecido. Ahora se veía ojerosa, insegura, bastante descuidada en su apariencia personal y, lo peor, convertida en un manojo de nervios. Y todo gracias a un sueño recurrente que la obsesionaba. Que le había robado la paz y tranquilidad, de la que siempre alardeaba, y la estaba llevando al borde de la desesperación más absoluta.

En aquel sueño, quizás no tan aterrador para algunos, Elizabeth veía como la amenazante silueta de un ser, cuyas facciones no podía distinguir, la asechaba en las penumbras. La percibía como una sombra maligna, negra y reluciente, que sólo se le descubría en un terrorífico contraluz. A veces se le avecinaba tanto, que casi podía percibir su aliento. Pero en ese instante, cuando la sombra trataba de

abrazarla, despertaba aterrada y sudorosa. Al abrir los ojos la pesadilla se disipaba. La escabrosa silueta no estaba más, pero la sensación de ser atrapada y el miedo subsistían y los nervios quedaban asidos de ella como cadena tenebrosa. Despertar y no volverse a dormir, era su único consuelo.

Al principio, cuando la pesadilla comenzó, enseguida olvidaba todo y volvía a dormirse, sin embargo el sueño regresaba casi al momento de cerrar los ojos y quedar rendida. Esa insistente y perturbadora saña la tenía deshecha y aturdida.

Las horas que pasaba en vela le habían resquebrajado nervios y fuerzas. Quedaba tan desanimada, que la vida comenzó a perder todo sentido para ella. Las ganas de vivir, todas las cosas que antes de que apareciese aquel terrible sueño eran importantes, ya no les interesaban. Ahora poco se maquillaba y arreglaba para ir al trabajo. En muchas ocasiones su hermosa cabellera rubia lucía sucia y aceitosa. Vestía lo primero que conseguía o tenía a mano. Había perdido interés hasta por sus hijos, a quienes, para evitar turbarlos, había enviado a pasar un tiempo con sus abuelos, quienes vivían en un vecindario cercano.

Una de sus amigas íntimas, a quien le contó por lo que estaba pasando, le recomendó tomar somníferos. Ella se resistió. Tenía miedo de quedar profundamente dormida y no poder despertar cuando la sombra de su sueño volviese a acercársele. Temía que le hiciese daño. Que la matase, porque a veces veía a la sombra con algo muy afilado en sus manos.

El terror que le causaba aquel sueño convirtió su vida en una incontrolable paranoia. Pero esta última mañana se transmutó en delirio. Creyó que la silueta había salido del sueño y tomado forma humana. Que se había materializado ante sus ojos. Creyó que la pesadilla ya no era un sueño y la sombra ya no era sombra, sino una realidad. Un ser con vida propia. Estaba tan desconcertada, que pensó que la sombra había escapado de su mente y transitaba libre por su habitación y toda la casa. De allí el desgarrador grito que hizo despertar parte del vecindario.

Podía jurar que la había visto caminar en su cuarto, muy cerca de ella y el momento en que se escondió detrás de las cortinas de la habitación. Estaba segura. Tenía la firme certeza de que cuando la vio estaba despierta y que aquello no era parte de la pesadilla. Era real. Que no había sido otro sueño. Que tenía los ojos bien abiertos cuando armada de valor encendió la luz y fue a averiguar si todavía estaba oculta tras el cortinaje.

Le aterraba pensar que se estaba volviendo loca. Que todo era la fantasía de una mente enferma y alucinada. Un delirio. Imaginación de un ser perturbado y que pronto la recluirían en un establecimiento

para desquiciados mentales. Pero al vencer el miedo inicial, su parte racional y pensante le indicaba que todo lo que le estaba sucediendo era real, tal real como que ella estaba viva. Muy verdadero. Que no era ninguna loca, pero que, sin embargo, tenía que resolver aquel acertijo si no pronto, muy pronto, lo estaría.

Elizabeth esperó sentada en una de las sillas de la cocina a que estuviese lista la segunda cafetera que había preparado. Aturdida por tantas noches en vela, de la primera ronda ya se había tomado hasta la última gota del humeante líquido, el cual acostumbraba a verter en una taza tan grande que más bien parecía un pequeño bol sopero.

Totalmente despeinada y con la vista perdida en los recovecos de la acogedora cocina, Elizabeth pensaba y repensaba en lo sucedido. No podía apartar de la mente la imagen que vio, ya no dentro de su sueño, sino fuera de este, materializada como figura humana, pero negra y tan funesta como una maligna sombra. Estaba segura que la silueta que vio esconderse tras las cortinas de su habitación era la misma que aparecía en el sueño que la turbaba.

"¿Pero cómo hizo en desaparecer si enseguida fui a chequear tras las telas? ¿Estaba soñando y creí estar despierta aún estando dormida?... ¿Estaba despierta o dormida? ¿La vi o no la vi? ¿Era la sombra o lo que desapareció tras las cortinas era otra cosa? ¿Estoy loca por pensar que la sombra salió, que escapó de mi sueño y se convirtió en real, en algo de carne y hueso?", se preguntaba confundida sin conseguir respuesta a ninguna de sus interrogantes.

El borboteo de la cafetera italiana de reluciente aluminio plateado, la sacó de sus cavilaciones.

Elizabeth se levantó de la silla, fue hacia la estufa eléctrica, giró la perilla de la hornilla a la posición de apagado, verificó con la vista si la luz de encendido se atenuó, tomó con un trapo el asa de la cafetera a fin de evitar una inútil quemadura y vació todo el contenido en el tazón que sujetaba en su otra mano.

Cuando se disponía a sorber el humeante café, el din-don del timbre de la puerta de entrada la sobresaltó.

"¿Quién podrá ser a esta hora?", se interrogó mientras se abrochaba el cinturón de la bata y caminaba hacía el lobby con la intención de averiguarlo.

Al abrir la puerta, un policía tan alto como una torre estaba frente a ella.

2

En un pequeño apartamento tipo estudio, un hombre echado boca arriba sobre la cama sostenía en sus manos un discreto libro. Aparentemente leía las palabras escritas en sus páginas, pero no era así. Su mente estaba centrada en otra cosa. En sus hijos, en la familia que había perdido, pero, más que nada, en Elizabeth Diler, su ex esposa, mujer a la que amaba profundamente, pero que desencantó por su compulsivo carácter e infame conducta posterior.

Delgado y al mismo tiempo atlético, Robert Phelp más bien parecía un modelo de pasarela, que un simple y no muy afortunado vendedor de seguros. Últimamente su cartera de clientes en vez de consolidarse mermaba en forma precipitada debido a sus problemas con los estupefacientes y el alcohol, que era donde iban a parar casi todas sus ganancias.

Pese a que su nefasta dependencia al alcohol y a las drogas lo hacían comportarse como un hombre impredecible, sus adicciones no fueron la causa principal por la que Elizabeth le solicitó el divorcio. Lo que

colmó la paciencia y resistencia de la hermosa joven, fueron sus constantes dudas. Sus celos sicóticos y maltratos psicológicos. Aunque Robert estuvo a punto de alzarle las manos en varias oportunidades, nunca se atrevió. Pero su repetitiva conducta, la cual se había convertido en un vicio tan grande como el de los narcóticos, resquebrajó de tal forma el núcleo familiar, que ya hacía imposible una convivencia pacífica. Sus hijos, los que tuvo con Elizabeth, en vez de amarlo le temían. Los pequeños estaban a un paso de sufrir severos e irreparables traumas si la situación continuaba de esa forma. Fue el momento en que Elizabeth decidió la separación. A los pocos meses el lazo que los unía se convirtió en divorcio pese a las súplicas de Robert, que pronto tomaron un incómodo giro y se convirtieron en enfermizo e implacable asedio.

De eso apenas había pasado algo más de un año. Para Robert era una eternidad. Se resistía a aceptarlo y asumía la pérdida no como una separación definitiva, sino como algo temporal. Algo que con el tiempo se solucionaría y todo volvería a ser como antes.

Por eso esperaba y soñaba, aparentemente tranquilo, con aquel momento, aunque no había hecho nada para que lo que él llamaba el "reencuentro perfecto", se diese. Seguía con la misma adicción que antes a las drogas y al alcohol, pero con la agravante que ahora, para suplir la falta de Elizabeth, frecuentaba prostitutas y andaba con mujeres de baja reputación, las cuales alojaba, a veces por semanas, en su pequeño apartamento. Pese a lo apuesto que era, ninguna de las mujerzuelas, por maltrecha que tuviesen su dignidad y amor propio, tampoco lo resistían cuando estaba bajo los efectos de los narcóticos. Somnolencia alucinante que a veces les duraba un par de días, dependiendo de la calidad o tipo de drogas con la que experimentaba en su propio cuerpo. Esos cambios, algunas veces muy radicales en su comportamiento y personalidad, se daban cuando estaba corto de dinero o buscaba otros "impactos" que lo aletargaran y presentasen antes sus ojos un mundo de otro color, más placentero y sin tantos sufrimientos y angustias.

Phelp no siempre fue así. En su juventud era todo lo contrario. Lleno de vida, sueños y metas que alcanzar. Era un apasionado de los deportes y en su época de secundaria fue uno de los más destacados jugadores del equipo de fútbol de la institución educativa que frecuentaba. En aquel entonces estaba lleno de ilusiones. Quería llegar a la universidad, graduarse con honores y obtener una maestría en Leyes, aspiración que le fue truncada cuando fue llamado a cumplir el servicio militar.

Después de un duro y exigente entrenamiento fue destacado a un regimiento de las fuerzas británicas que se asentaron en la sureña provincia de Basora, en Irak, donde pasó largos dos años entre la

incertidumbre y el terror. En ese entonces la zona era muy inestable y resquebrajada constantemente por unidades iraquíes. Phelp había sido designado en la unidad que se encargaba del patrullaje de las zonas cercanas y barrios de la ciudad. Todos los días eran una constante lucha por la supervivencia. Una lucha para mantenerse cuerdo y lúcido. Fue a los pocos meses de estar en territorio tan hostil y lejano de su casa, cuando experimentó con las drogas.

Comenzó a usarlas de “forma medicinal”, tal como el mismo decía para justificarse ante sus compañeros y ante él mismo. Bajo sus efectos disipaba sus miedos y podía conciliar el sueño sin que fuese asaltado por terribles pesadillas plagadas de sangre y muerte, aunque su precario descanso siempre era interrumpido por el repiqueteo de ametralladoras, morteros y explosiones cercanas.

Allí, durante horas perecederas en el tiempo, de días llenos de muerte, inestabilidad, pesadillas, pánico y balas, fue dejando todas sus ilusiones. En tierras lejanas quedaron enterrados sus sueños. No hubo resurrección para ellos, sino escapismo, evasión y abandono.

Al regresar nada fue igual. Hasta su propia familia le parecía hostil. Pero siguió adelante. El tiempo de los estudios había quedado atrás, en los años perdidos. Estaba muy crecido para retomarlos. Además, las ilusiones se habían fugado de su mente. En su cerebro sólo subsistía un pensamiento primario: sobrevivir. Fue así como se dedicó a la venta de seguros. Le daba más que suficiente para sus necesidades elementales y para la droga. En ese entonces era lo único importante en su vida. Además, gracias a su porte y finas facciones de actor de cine, se le abrían muchas puertas para las ventas y el dinero no era problema. Fue en esas circunstancias como conoció a Elizabeth. Lo demás fue tan rápido como en los sueños y las películas.

3

Con una simulada sonrisa en los labios y controlando al máximo sus nervios, Elizabeth atendió al policía que tocó el timbre, quizás alertado por alguno de sus vecinos que consideró que los gritos provenían de su casa.

Fingiendo una paz y control que no albergaba, abochornada le dijo que los gritos se debieron a una desagradable pesadilla que la despertó sobresaltada.

Aunque el gendarme quedó satisfecho por la argumentación de la joven, con sus ojos hizo un rápido sondeo en el interior de la casa para percatarse que todo estaba en su sitio y sin signos que hiciesen presumir una reciente pelea o algo anormal.

Con cordialidad inglesa y recomendándole que se volviese a dormir, el policía se despidió de Elizabeth. La joven retribuyó la atención y con un ligero movimiento de la mano saludó a su compañero, quien lo esperaba afuera, en el auto policial aparcado frente a la casa.

Apenas la patrulla se alejó, cerró la puerta y fue a vestirse. Aunque era muy temprano todavía, tenía intención de ir a casa de sus padres. Ahí se sentiría más segura y alejada de la amenaza de su pesadilla. Además, tenía deseos de estar junto a Natalie y Edward, sus pequeños hijos. Necesitaba, más que nunca de su afecto y comprensión.

En dos oportunidades trató de enfilarse unos desteñidos blues jeans, pero no pudo. Estaba tan nerviosa e impaciente que lo que antes hacía en forma automática, sin siquiera pensarlo, ahora le costaba aunque pusiese interés en ello.

Salió de la habitación y se dirigió descalza hacia la cocina. Comenzó a caminar de un lado a otro sin aparente motivo. Después a dar vueltas, también sin sentido o justificación, alrededor de la pequeña mesa del comedor. Sólo tenía puestas unas cortas pantaleticas y un ceñido sostén que ponía al descubierto sus hermosos pechos. Era evidente que la imagen de la pesadilla, de la sombra que vio salir de su sueño y tomar vida propia, la tenían descompuesta. Parecía una desvariada a punto de sufrir un colapso de un momento a otro.

De pronto se detuvo y, con el mismo frenesí con el que caminaba alrededor de la mesa, fue hacia el teléfono inalámbrico que estaba en una consola cercana y marcó un número. Era el de su amiga Corina. Llena de ansiedad comenzó a contarle lo que le había sucedido detalle a detalle.

Era tanta la angustia, que sus palabras casi no se entendían. A veces gritaba. Otras lloraba. Corina trataba de calmarla, pero era una misión casi imposible, porque Elizabeth hablaba y hablaba continuamente sin dejarle un respiro para que ella pudiese decirle algo. No oía lo que quería expresarle su amiga o, simplemente, no quería escucharlo. Sólo buscaba desahogarse. Era lo único que le importaba. Hasta que llegó el momento que, liberada temporalmente de su inquietud, colgó el teléfono y corrió a ponerse una blusa blanca manga corta y los blues jeans que había dejado tirado sobre la desordenada cama.

Una vez vestida, sin una gota de maquillaje y despeinada, se dirigió al garaje y sacó el auto a trompicones. Tomó la primera vía que sus instintos les decían que debía tomar. Estaba tan alterada que el vehículo parecía ir en desbandada y a exceso de velocidad. Suerte que a esa hora de la madrugada pocos autos transitaban por esa avenida.

De pronto sintió cierto alivio. La angustia comenzaba a decrecer lentamente. Tomó el teléfono celular que se había puesto entre las piernas a fin de tenerlo a manos y oprimió una tecla y luego *send* para que un número almacenado en su memoria se remarcara automáticamente. Esperó un momento. Los segundos parecían interminables. Al rato, del otro lado de la línea escuchó el mensaje pregrabado de un hombre y enseguida se activó la contestadora automática. Temblorosa volvió a repetir la operación. Está vez si obtuvo la respuesta esperada.

–Papá, soy yo, Elizabeth –dijo al escuchar del otro lado una somnolienta voz–. Sí, sé que es tarde… O temprano, qué sé yo… ¡No!... No pasa nada malo –afirmó a fin de tranquilizar a su alarmado progenitor–. Voy hacía allá. Estoy cerca. Te contaré todo al llegar –manifestó con voz entrecortada–. ¿Los niños están bien?... ¿Están durmien…

Elizabeth no pudo concluir la frase. Lanzó un grito desgarrador y soltó el pequeño aparato celular que sostenía en su mano derecha.

Su padre, que aún tenía el auricular adherido a la oreja, se espantó al escuchar el alarido y con desespero comenzó a pronunciar repetidamente el nombre de su hija. Ninguna respuesta. Siquiera un respiro. No obstante, no despegó el aparato de su oído. La espera no se hizo larga. Pronto, a través del receptor oyó, como si estuviesen frente a él y punto de embestirlo, estridentes chirridos de neumáticos. Después un fuerte y contundente golpe. Se apretó aún más el teléfono a la oreja. Buscaba escuchar algo. La voz de su hija, un quejido, algo, pero nada. Sólo un fúnebre silencio que hacía erizar la piel.

Charles, que así se llamaba el padre de Elizabeth, soltó el teléfono y nerviosamente comenzó a ponerse los pantalones que estaban sobre un pequeño sofá de la recamara.

Bárbara, su esposa, quien dormía a su lado despertó al escuchar las

últimas palabras de su marido.

– ¿Qué sucede?... ¿Dónde vas enpantuflado? –preguntó después de dejar escapar un largo bostezo.

– ¡Elizabeth!… Es Elizabeth…

– ¿Qué pasa con ella? –indagó levantándose de un brinco de la cama.

–No sé… Creo que sufrió un accidente con el auto…

– ¿Un accidente? –expresó llevándose las manos a la boca a fin de contener su angustia.

–Eso creo… Por favor llama inmediatamente a emergencias y explícales… Y que por favor tengan lista una ambulancia –solicitó mientras terminaba de abrocharse la camisa.

–Pero a dónde vas… ¿Cómo la conseguirás?

–Me dijo que estaba cerca… Haz lo que te dije –pidió apretando con fuerza las llaves del auto en su puño.

Charles corrió hacia la cochera para sacar el auto e ir en busca de su hija. Un funesto presentimiento corría por su cabeza. Evitó comentarle a Bárbara lo del grito y lo que sucedió después para no preocuparla más de lo que estaba. Era muy nerviosa y de habérselo dicho sus gritos habrían despertado a los niños que dormían en el cuarto contiguo. Además, lo hubiese retenido y no habría podido salir de la casa con la premura que exigía la situación.

No tuvo que dar muchas vueltas, ni ir muy lejos. Apenas a unas cinco cuadras de la casa vio a lo lejos las inconfundibles luces de emergencia de autos de la patrulla vial. Pisó el acelerador y se dirigió en dirección al sitio. Aunque todavía era vigoroso y atlético, un leve temblor nervioso estremeció la mano que tenía sobre el volante. Lo afianzó con la otra al tiempo que aspiró con fuerza. El fresco aire que entró por sus pulmones alivió en algo su tensión.

Charles se había casado muy joven con Bárbara, el gran y único amor de su vida. Se enamoraron en la época de la pre adolescencia, cuando estudiaban en el mismo colegio y desde ese momento nunca se habían separado y vivían una vida feliz y armoniosa.

Escasamente pasaba los cincuenta años, aunque parecía mucho menor debido a su forma desgarbada de vestir y apariencia juvenil, atributos que heredó Elizabeth, su única hija.

Al llegar al sitio su corazón se aceleró más de lo debido. Detuvo el auto cerca de una de las patrullas, se bajó y luchando contra sus emociones caminó a paso rápido hacía donde estaba uno de los agentes impartiendo órdenes. Por su don de mando presumió que debía ser el de mayor jerarquía.

Mientras se le acercaba, echó una ojeada a los alrededores pero no vio ningún auto accidentado. "Quizás este no es el lugar", pensó. No obstante, siguió su marcha.

–Disculpe señor, pero no puede pasar –comunicó uno de los policías

creyendo que se trataba de un noctámbulo curioso.

–Lo siento –contestó sereno–. Mi hija me llamó hace pocos momentos. Mientras hablábamos escuché chillidos de cauchos y después un fuerte golpe. Me dijo que estaba cerca, pero como no llegó salí a buscarla –explicó con evidente preocupación Charles para justificar su presencia en el lugar.

– ¿Cómo se llama su hija? –preguntó el agente mientras chequeaba una documentación que tenía en las manos.

–Elizabeth… Elizabeth Diler –contestó con un nudo en la garganta.

–Sí, la del accidente es ella… Pero no se preocupe. Está bien –agregó rápido al darse cuenta que el rostro del hombre que tenía enfrente palidecía.

– ¿Dónde está ahora?… ¿Qué sucedió?... –interrogó mientras luchaba para no desmoronarse.

–Una ambulancia la llevó al Hospital Central. Como le dije, ella está bien. Tranquilícese. Apenas tiene unos rasguños y un pequeño hematoma en la rodilla… Los médicos deben estarla chequeando en estos momentos –precisó al tiempo que guardaba la documentación de la joven en uno de los bolsillos de la camisa de su uniforme, en el que se distinguían las relucientes barras de sargento.

– ¿Qué sucedió? –volvió a preguntar está vez más calmado–. ¿Dónde está su auto? –preguntó al no ver el vehículo de su hija ni ningún otro en las cercanías.

–Abajo… Están tratando de sacarlo –afirmó señalando hacía una pequeña pendiente.

Charles corrió hacia el lugar indicado. El sargento lo siguió de cerca. Al ver hacia lo profundo de la cuesta se inquietó y entre dientes pronunció unas frases inaudibles. Posiblemente una bendición, aunque en casos similares lo más común es proferir primero unas cuantas palabrotas salpicadas de maldiciones. Luego, al sentir liberada la presión inicial, por regla general, brotan las alabanzas y gracias al Altísimo y, seguidamente después, posiblemente más maldiciones rociadas de impotencia, frustración e ira.

El auto de Elizabeth estaba virtualmente clavado en un árbol con la trompa deshecha. Por las condiciones del vehículo, fue un verdadero milagro que hubiese salido sólo con los pequeños aporreos que refirió el agente.

– ¿Su hija está bajo algún tratamiento? –indagó el policía vial a fin de desconectarlo de la impresión que le causó ver el automóvil en aquellas desastrosas condiciones.

– ¡No!… No que yo sepa. Ella es una mujer sana –manifestó Charles extrañado por la interrogante.

– ¿Es adicta?… ¿Toma drogas, alcohol o algún psicofármaco? –prosiguió el agente.

–No, para nada… ¿Pero a qué viene todo esto?

–Como podrá ver, estamos en una recta… El asfalto está limpio. No ha llovido y no hay siquiera una mancha de aceite o algo extraño que haga presumir las causas de un accidente como este –expresó señalando el auto.

–Sí, usted tiene razón. Pero a dónde quiere llegar… ¿Qué insinúa? –inquirió sin ocultar su desagrado por el inusual interrogatorio.

–Que al rescatarla entre el amasijo de hierros su hija nos dijo que "una sombra" se le atravesó y que después de evitarla, "la sombra" regresó y se le puso frente al auto –explicó haciendo énfasis y remachando con incrédula inflexión la palabra *sombra*.

–Eso parece una locura.

–Eso mismo pensamos mis compañeros y yo –alegó señalando a los otros que estaban dirigiendo las labores de rescate de la grúa que fatigosamente intentaba sacar el auto de donde se había encajado.

– ¿Pero qué pudo haber sido?… Ciertamente por aquí no hay nada que provoque un accidente de esa magnitud –reflexionó Charles.

– Eso creemos también nosotros. Además, cuando la rescatamos gritaba como una endemoniada… Estaba totalmente fuera de sí… Por eso le pregunté lo de las drogas y el alcohol.

–No entiendo. Ella es una mujer muy centrada… Una profesional de alta estima en su compañía… Realmente no me imagino qué pudo sucederle. Pero discúlpeme –se interrumpió nervioso–. Me gustaría ir ahora mismo al hospital –manifestó aturdido por el relato del sargento.

–Esté tranquilo… Vaya con su hija. Pero, por favor, no corra –recomendó al verlo en pantuflas–. Una vez que terminen de remolcar el auto me reuniré con ustedes en el hospital. Necesito completar algunos datos para el informe.

4

En la oficina de arquitectura donde Elizabeth trabajaba estaban preocupados. Desde que comenzó en aquel respetado consorcio, hacía ya más de dos años, jamás había faltado un día y tampoco llegado tarde. Si alguna vez se retrasaba, no lo hacía por más de cinco o diez minutos, nunca más. Esta vez habían pasado largas dos horas y nadie sabía nada de ella. Siquiera hubo una llamada que avisara que no iría. Era evidente que algo había ocurrido.

–Los teléfonos no responden. Ni el de su casa ni el celular –comunicó la secretaria al director de la dependencia.

– ¡Gracias! –contestó lacónico Fabrizio Grassi, el apuesto director del consorcio del cual Elizabeth Diler también era socia minoritaria.

Después de colgar quedó pensativo. Marcó un número por el interno y le pidió a la persona que estaba al otro lado de la bocina que fuese a su despacho. Mientras esperaba a que llegase comenzó a hurgar entre unas carpetas que tenía sobre el escritorio.

Al par de minutos la puerta se abrió y tras ellas apareció una hermosa morena.

– ¿Has sabido algo de Elizabeth? –preguntó mientras con un ademán la invitaba a sentase en el asiento situado frente al escritorio.

–Nada. He tratado de comunicarme con ella en varias ocasiones, pero nada. Debe haberle ocurrido algo grave –afirmó mientras cruzaba sus piernas las cuales estaban ligeramente cubiertas por una corta falda de suave lanilla americana.

– ¿Grave?... ¿Por qué dice eso? –interrogó extrañado Fabrizio.

–Es una forma de decir. Como nunca había faltado al trabajo, pienso que algo debe haberle ocurrido.

–Es cierto. Es una profesional muy responsable y su récord con nosotros es impecable –respondió el director.

–Lo sé… Es mi mejor amiga.

– ¿Qué crees que pudo pasarle? –inquirió Fabrizio llevándose una mano a la barbilla, la cual lucía pulcramente rasurada.

–No sé… Quizás algunos de sus hijos enfermó –expresó pensativa.

–Entonces con mayor razón debe estar en su casa.

–No… No están allí. Están pasando unas vacaciones en casa de sus abuelos –precisó segura de lo que afirmaba mientras descruzaba sus piernas y volvía a engancharlas en posición contraria.

Mientras lo hacía, Fabrizio no pudo dejar de contemplar los hermosos muslos de Corina Reyes, que era la persona con quien hablaba. También ella, tal como Elizabeth, era arquitecto e igualmente poseía un grupo de pequeñas acciones en la *FG Diseños y Construcciones*, compañía fundada por el fallecido padre de Fabrizio, quien tenía el mismo nombre del ahora director. Era política de la empresa darle participación accionaria a todos sus empleados, aunque gozasen también de un buen estipendio. De esa forma, siendo codueños de su propia empresa, se lograba un mejor y más eficiente rendimiento. Al cierre de cada ejercicio fiscal el reparto de jugosos dividendos estimulaba con creces su desempeño laboral y, por ende, el crecimiento de la compañía.

– ¿Cómo sabes eso?... ¡No!... No me respondas –atajó antes de que contestase–. Sé que son buenas amigas. Por eso te llamé a la oficina... Eso sí, si le ocurrió algo te agradecería que me lo comuniques enseguida. En los últimos días la he visto algo rara –precisó haciendo énfasis en la última palabra.

–Si… Hay algo y creo que debes saberlo. Tú eres el jefe y aunque esta compañía nos pertenece un poquito a todos, creo que debes saberlo –reafirmó bajándose un poco la falda, la cual se le había subido varios dedos encima de las rodillas.

Corina le contó lo del sueño y lo atormentada que tenía a Elizabeth. Que sus hijos los había enviado con sus padres para alejarlos de su angustia y evitar que se traumatizaran. Que le había sugerido ir a un siquiatra pero desistió ir y que ante su negativa le recomendó tomar algunos antidepresivos para que la ayudasen a dormir, pero que también se negó. La conversación se extendió por casi media hora. Decirle todo a Fabrizio no se trataba de una bajeza o una venenosa intriga. Corina buscaba proteger a su amiga. Sabía que Fabrizio se interesaba en ella. Que en la “intimidad” de algunas copas el apuesto arquitecto había confesado a unos amigos comunes que le gustaba, pero que ella no lo sabía.

Aunque Elizabeth había superado el trauma de su reciente divorcio, estaba muy lejos de iniciar cualquier aventura con nadie. Fabrizio le agradaba. Era un buen jefe y lo admiraba y respetaba como profesional. Nada más. Por ahora sólo estaba concentrada en su trabajo. Era lo único que le interesaba, además del amor de sus dos pequeños hijos, a quienes dedicaba todo el tiempo que le quedaba libre después de su trabajo. Esa era su vida y le gustaba. No anhelaba nada más. Del trabajo a la casa y viceversa. Nada de complicaciones.

Pese a la mala suerte que tuvo en su matrimonio, no se quejaba de nada, pero de pronto apareció la perniciosa sombra que le atormentaba en sueños.

– ¿Qué raro qué le esté sucediendo algo semejante?... Ella es una mujer muy centrada. ¿Será qué hay otra cosa detrás de todo eso? –preguntó con desenfado mientras miraba las manecillas de su reloj pulsera.

–No, que yo sepa. Si la hay, seguramente no ha querido decírmelo –contestó evasiva.

–No creo que un simple sueño atormente en la forma que dices a una persona –puntualizó Fabrizio–. Debe haber algo más. Si prefieres no comentarlo, lo entenderé –concluyó sereno.

–Bueno, si hay algo más. Te lo voy a decir pero, por favor, no pienses mal de ella. Ella es mi mejor amiga y no me gustaría perder su amistad.

– ¡Por favor! Tienes toda mi discreción. Sabes cómo soy. Confía en mí –expresó a fin de animarla a decir lo que se había reservado con tanto celo.

–Esta mañana muy, pero muy temprano, desperté por los repiques del teléfono. Era ella. Estaba muy descompuesta y llorosa… –Corina se detuvo. No estaba muy segura de seguir hablando y decir lo que iba a decir.

– ¿Y?... ¿Qué le pasaba? ¿Qué te dijo? –invitó Fabrizio a que prosiguiera con el relato al verla dudar.

–No sé si deba decirlo Fabrizio… Seguramente pensarás mal de ella y eso es lo que yo menos quiero. Elizabeth necesita ayuda, mucha ayuda y no señalamientos que puedan perturbarla aún más.

–Si supiese de qué se trata, quizás también pudiera ayudarla. Pero está bien. Respeto tú decisión. Los amigos deben protegerse los unos a los otros, sino en qué infame mundo nos encontramos –expresó levantado las manos–. Aunque yo también me considero su amigo. No quiere decir que por ser el dueño mayoritario de esta empresa no pueda ser su amigo –señaló revalidando su condición dentro de la compañía y persuadiendo a la hermosa arquitecto a que soltase lo que no quería decir.

–Sí, sé que le tienes alta estima y que además te gusta –expresó sonriéndole–. Por eso tú gran interés. Bueno, te lo voy a decir pero, por favor, no pienses nada malo de ella.

– ¿A todos nos gusta?... ¿A quién no podría gustarles mujeres tan bellas como ustedes dos? –precisó evadiendo hábilmente su interés por Elizabeth y halagándola a ella.

–Bien. Te diré lo que me dijo entre sollozos. Pero seguramente fue debido a su desesperación…

– ¿Y? –volvió a preguntar Fabrizio al ver que otra vez quedó callada.

–Me dijo que la sombra, la silueta que la atormentaba en sueños, había salido… Que se había escapado de su sueño y que ahora andaba por toda la casa acosándola –soltó como si se sacase de su alma un peso insostenible.

– ¡Uff! –exclamó Fabrizio a fin de liberar la presión que le oprimía el pecho–. Creí que era otra cosa… Que se trataba de un amante.

–Ustedes los hombres siempre tan mal pensados… Como si eso fuese lo único que las mujeres pensamos en la vida –reprobó Corina con evidente disgusto.

–Disculpa… Fue una ligereza mía. No debí expresarme de esa forma. Aunque veo que la cosa no es tan grave como parece. Seguramente en un par de días se le pasará –manifestó dándole poca importancia al asunto.

…– ¿Lo crees? –preguntó aliviada la morena arquitecto.

– ¡Claro!... Pronto todo formará parte del pasado.

–Su llamada me descontroló… Tanto, que no pude volver a pegar un ojo. Creí que mi amiga se había vuelto loca de remate.

–No es nada. Está turbada y eso suele pasar. Mucho más con el asunto del divorcio. Es un simple trauma post pérdida… Quién sabe. O el fulano ex la estará acosando para que vuelva con él… ¿Quién sabe? Hay tantos locos sueltos por la calle –comentó a fin de tranquilizarla mientras insertaba algunos documentos en su portafolio.

– ¿Te vas?... Apenas son las once –preguntó Corina al verlo alistarse con la evidente intención de irse de la oficina.

–Sí. Tengo cosas pendientes que chequear. Por cierto, lo más seguro es que mañana salga de viaje. Mi hermana Ángela, tal como lo ha hecho siempre que me ausento, se encargará de todo.

– ¡Claro! –expresó con cierta resignación como si no le gustase la decisión. No que Fabrizio se fuese de viaje, sino soportar a su hermana, la cual a todos caía pesada.

– ¿Volverás pronto, supongo?

–No lo creo… Quizás esté fuera unas semanas o más.

– ¿Tanto?... ¿Dónde vas si se puede saber? –indagó con picardía femenina aprovechando la confianza que existía entre ambos, mucho más después de la confesión que le había hecho.

–Por el mundo –contestó evasivo, pero afable–. Decidir mí destino no está en el contrato de trabajo, o sí –agregó bromeando con una sonrisa en los labios mientras se dirigía hacia la salida de la oficina–. Por favor cierra la puerta al irte –solicitó cortésmente al abandonar el recinto.

5

Elizabeth había salido de la sala de emergencias y llevada a un área de recuperación post traumática. Estaba fuera de peligro. Sólo algunos rasguños sin importancia. Lo de la rodilla tampoco ameritaba alarma alguna por lo que una vez repuesta del *shock* podría salir caminando del Hospital Central. Charles estaba sentado a su lado, esperando a que le pasase el efecto del tranquilizante que le suministraron al verla tan alterada cuando ingresó.

El sargento de policía vial que había estado en el lugar del accidente se asomó a través de la cortina plástica semitransparente que separaba el área de recuperación de las otras dependencias de la emergencia médica y le hizo señas a Charles para que saliese un momento. Éste se levantó de la silla en la que estaba sentado al lado de su hija y dejó el sitio. Siguió al agente hacía uno de los corredores cercanos y al estar en un lugar donde su conversación no molestase a nadie, ni tampoco

pudiesen ser interrumpidos, se detuvieron a hablar.
–El auto irá a una dependencia del Departamento de Policía para hacerle unos análisis. Les avisaremos cuando puedan ir a recogerlo –notificó parco el agente.
– ¿Análisis? … No entiendo. ¿Qué sucede? –respondió contrariado Charles.
–Por ahora absolutamente nada. Es sólo rutina. Por cierto, debo informarle que, también por rutina, ordenamos unos exámenes de sangre a su hija.
– ¿Por qué si ella está bien?... ¿Qué tipo de exámenes? –indagó Charles a punto de perder la paciencia.
– Toxicológicos… Los de rutina, como le dije.
– ¿De rutina?... ¿Qué se traen?...
–Nada. Absolutamente nada. Es el procedimiento normal en estos casos –repitió escueto sin revelar detalles ni los verdaderos motivos de sus sospechas.
– ¿Cuál caso si es un simple accidente vial?
Unos aterradores gritos que provenían del área de recuperación interrumpió la conversación. Era Elizabeth. Tanto el sargento de policía como el padre de la joven reaccionaron inmediatamente y a pasos rápidos fueron hacia el lugar de donde salían los alaridos. Antes de llegar, las cortinas se abrieron de par en par y tras ella Elizabeth, quien corría despavorida en busca de una salida.
– ¡La sombra!... ¡La sombra!... ¡Quítenmela de encima!... –gritaba desesperada con voz de ultratumba.

Apenas salió de su oficina Fabrizio Grassi tomó el celular, hizo una llamada y concertó una cita. A la persona que estaba del otro lado del hilo telefónico le dijo que lo esperaría para almorzar juntos ese mismo día en *La Aguja Azul*, un restaurante de pescados y mariscos que estaba en las afueras de la ciudad. Por lo retirado del lugar, era evidente que quería estar alejado de miradas curiosas. Gozaba de cierta notoriedad no sólo dentro del gremio de arquitectos, sino por el pasado de aventuras y gloria mundial que vivió como alpinista en la efervescencia de su juventud, aunque todavía podía dar mucho a deporte tan exigente, ya que era un virtuoso de la escalada libre y del descenso a *rappel*. Junto a sus amigos había coronado los picos más altos del mundo, entre ellos el Lhotse, Kanchenjunga, Makalu y el Everest, en el Himalaya, además del K2 en la cordillera de Karakorum, situada entre Pakistán y China, y otras seis grandes montañas de las llamadas *Las 14 ochomiles*, por sobrepasar los ocho mil metros de altitud sobre el nivel del mar. Gracias a sus hazañas fue objeto de

muchos centímetros en periódicos, portadas de revistas y horas de televisión. Aunque estaba recientemente retirado de sus actividades de montañista para dedicarse a la empresa que le había legado su padre al morir, el prurito del alpinismo lo tenía en la sangre.

A llegar al restaurante, Fabrizio dejó el auto con un valet-parking y caminó hacia su interior.

El joven arquitecto estaba elegantemente vestido con un traje gris perla del más genuino *marzotto*, apreciada tela italiana. Debajo del saco lucía una ajustada franela negra mangas largas, muy deportiva, y bastante acorde al clima. En el bolsillo superior de la chaqueta un pañuelo de seda negra dejaba asomar sus puntas al desdén.

Mientras caminaba hacia el interior del restaurante escrutaba discretamente a los comensales que estaban allí a esa hora. Al final, en un rincón cercano a una ventana, vio a su amigo. Éste, que también había notado su presencia, le hacía señas con su mano en alto. Fabrizio le sonrió y fue hacia él.

– ¡Hola!... Veo que no te despegas de tú sotana –expresó mientras lo saludaba con un fuerte abrazo.

–Adoro mi sotana y la llevó con orgullo –contestó el amigo estrechándolo también fuertemente contra su cuerpo.

Su amigo era Jumpi Mushra, el avezado capitán-guía sherpa de las últimas expediciones conducidas por Fabrizio al Himalaya y otros elevados picos del mismo Nepal, India y China. Hacía apenas dos años se había ordenado como sacerdote católico luego de cursar estudios en un seminario ubicado en las cercanías de donde vivía Fabrizio, su entrañable amigo.

La decisión de dejar el budismo y abrazar la religión cristiana la tomó días después que se enteró de la existencia de un enigmático pergamino oculto en un monasterio secreto enclavado en una pendiente cercana a la ruta que conduce al enorme macizo del Kanchenjunga, la tercera montaña más alta del mundo, también llamada *Los cinco tesoros de las nieves* por tener cinco picos, la cual estuvo escalando junto a Fabrizio y otros montañistas antes de ocurrir un terrible percance.

Sucedió que cuando habían sobrepasado los ocho mil metros de altura y estaban remontando los agotadores quinientos ochenta y seis metros finales para coronar la cima, él y todo el equipo fueron sorprendidos por una fuerte tormenta de nieve seguida de avalanchas, lo cual separó al grupo. Al terminar la emergencia, aunque la fuerte ventisca impedía una nítida visibilidad, el resto de la expedición notó la ausencia de Fabrizio y Jumpi. Los buscaron, trataron de comunicarse con ellos a través de sus radiorreceptores, pero nada. Parecían haber sido tragados por la nieve. La expedición dio marcha atrás y avisaron a las autoridades sobre la desaparición de sus amigos.

Se inició una exhaustiva búsqueda sin resultados positivos. A las dos semanas las labores de rescate se dieron por concluidas y los dos escaladores dados por muertos.

No obstante, la realidad era otra. Jumpi había, milagrosamente, salido ileso, no así Fabrizio, quien tenía cortaduras y magulladuras en frente y pómulos, como un par de costillas rotas. Estaban a la deriva, perdidos en aquel inmenso y arrugado manto blanco sin signos de ningún tipo de vida. Todo era igual se voltease hacia donde se voltease. De sus amigos ni pista. Nada se movía, sólo el viento y su aullante silbido.

El guía sherpa recostó parte del cuerpo de Fabrizio en el suyo y comenzó a buscar un lugar seguro donde pasar la noche. Mientras se arrastraban en la oscuridad, como apariciones venidas del más allá, vieron a cuatro figuras oscuras que se acercaban hacia donde estaban. Creyeron que eran sus amigos y trataron de correr hacia ellos, pero no pudieron. La altitud, el cansancio y las heridas de Fabrizio lo impedían. Las figuras seguían aproximándose lentamente hacia ellos. Al estar casi frente a sus narices distinguieron las inconfundibles túnicas color granate de los monjes tibetanos. Éstos los auxiliaron y por un camino que sólo ellos conocían los llevaron hasta un monasterio que estaba en lo alto de la cima de una montaña que Jumpi, hasta ese momento, desconocía de su existencia. Nunca había oído hablar de ese lugar. Mucho menos del monasterio. Durante varios meses estuvieron bajo los cuidados de los monjes que albergaban aquel santo lugar. Fabrizio se recuperó pronto, pero tanto él como Jumpi no abandonarían el monasterio hasta que el clima les permitiese un descenso seguro y nada forzoso. Los monjes se encariñaron con los dos extraños, a quienes llenaban de atenciones y cuidos. Fue tanta su aceptación, que les contaron algunas experiencias de su vida ascética y los secretos de la meditación. Fue a través de sus relatos donde ambos conocieron de la existencia de un enigmático pergamino cristiano, el cual los monjes afirmaban que era el capítulo perdido del Apocalipsis de san Juan, llevado hasta esos lejanos parajes por un grupo de santos frailes. Estaba escrito en arameo, según pudo juzgar Fabrizio, quien en sus tiempos libres se dedicaba a la papirología.

Los monjes no le revelaron a sus dos huéspedes la ubicación exacta del monasterio, pero si sus coordenadas, por lo que los montañistas decidieron bautizar al lugar como *Donde el viento habla*. Era su homenaje y agradecimiento a la paz que habían sentido mientras estuvieron en el monasterio. Un sitio tan espiritual no podía permanecer sin nombre. Sería una ofensa al cariño y las atenciones que recibieron. Además, los angelicales relatos llenos de sabiduría que los monjes les narraban sentados en las escalinatas del monasterio

durante tardes de agradables ventarrones, les penetraron el alma. Esas palabras no se las habían llevado el viento, quedaron en sus corazones, por eso *Donde el viento habla* les pareció lo más acertado para definir el recóndito lugar.

Al llegar el verano los dos montañistas fueron conducidos por varios de los monjes hasta un lugar donde les señalaron el camino de descenso, una peligrosa cadena de laberintos llenos de abismos que deberían sortear solos y sin su ayuda. Antes de despedirse les recordaron el juramento que habían hecho: no revelar a nadie la existencia del monasterio ni del pergamino secreto que, en parte, les habían mostrado. También fueron muy explícitos en advertirles que al manifestarse la señal descrita en la profecía deberían volver a *Donde el viento habla.* Al estar otra vez en el monasterio, ellos les indicarían qué hacer para que lo relatado en *El capítulo perdido* no llegase a suceder.

Después del fuerte apretón, que por sí sólo hablaba del afecto que se tenían, Fabrizio y Jumpi se sentaron uno al frente del otro en la pequeña mesa del restaurante.

– ¿Cómo van tus adelantos teológicos? –preguntó el arquitecto mientras se desabrochaba el botón central del saco.

–Cada día más complicados. Tengo muchas dudas y enigmas que resolver, pero en mí corazón hay mucha fe y pronto las despejaré –respondió sincero el pequeño sherpa achinando un poco más sus pequeños ojos rasgados.

– ¿Tú dudando?... Eso me deja perplejo. ¿Qué es lo que te molesta ahora? –indagó curioso su amigo.

–Por ejemplo, no entiendo porqué San Pedro se llama San Pedro y no San Pablo –expresó refiriéndose a la Basílica del Vaticano.

–Bueno, porque el apóstol era la piedra angular del cristianismo. *Sobre ti edificaré mi Iglesia*, creo que le dijo Jesucristo a Pedro –respondió extrañado por la pregunta.

–Sí, lo sé… Ese es el dogma que desde siglos nos ha vendido la iglesia, aunque la verdadera piedra angular fue Jesucristo… No es que no sea digno que la basílica lleve el nombre de San Pedro –aclaró para luego explayarse en las dudas que laceraban la pureza de su ser–. Lo que pasa es que si nos remontamos a las escrituras, san Pablo tiene mucho más méritos, sufrió más e hizo mucho más que Pedro por la Iglesia… Además, por algo debe ser que la Virgen María quería estar siempre a su lado. Tanto, que durante su permanencia en Corinto se mudó donde vivía el santo y no se apartó de éste hasta su muerte –concluyó reflexivo.

–Veo que te gusta enredarte la vida… Pero eso es bueno. Te invita a estudiar, aprender más y a ser un excelente cristiano… Un sacerdote en el que se pueda confiar porque no tiene los ojos vendados como muchos que se dicen católicos.

–En el conocimiento está la vida, querido amigo… Recuerda lo que dijo Cristo: *Yo soy la verdad y la vida…* y a través del conocimiento se llega a la verdad…

–Aunque no a todas.

–Por supuesto. Hay que creer sin ver. Ese es el principio de nuestra fe. Pero dime a qué tanta premura. ¿Por qué me hiciste venir a la carrera hasta acá? –interrogó Jumpi.

–Ha comenzado… *La profecía de la sombra* ha comenzado a manifestarse –respondió cambiando la apariencia risueña de su rostro.

– ¿Estás seguro?... Recuerda que tenemos que estar completamente seguros. No podemos darle cabida a error alguno.

6

Eran apenas las tres de la tarde y debido a los tranquilizantes que le suministraron en el hospital, Elizabeth Diler dormía profundamente en la cama de su casa. Su padre Charles estaba con ella y pensaba quedarse allí hasta que despertara o hasta el día siguiente.

Se sentó un rato en la butaca contigua a la cama y comenzó a observarla. Elizabeth se veía plácida, sin signos de angustia ni perturbación reflejada en su hermoso rostro. Dormía como un bebé. Profundamente y en paz. Quienes no sabían las penurias que pasó las noches precedentes, podría decir que semejaba un ángel.

No pasaba lo mismo con Charles. La observaba preocupado.

Pensaba, y mucho. No entendía qué le sucedía a su hija. “La mitad, o quizás más, de las parejas casadas en el mundo se han divorciado y no han pasado por cosas similares. No han llegado a esos extremos de paranoia”, reflexionaba afligido atribuyéndole todo al divorcio. Hurgaba en su mente y por más vueltas que le daba al asunto, no comprendía qué ocurría con su hija. Se quedó otro rato viéndola, tratando de comprender. De encontrar una explicación, pero nada. No la hallaba.

Decidido a dejar a un lado sus mortificaciones, se levantó del asiento y fue directamente hacia la cama donde descansaba su hija. Juzgando que podría tener frío, recogió cuidadosamente entre sus manos la cobija que cubría parte de su cuerpo y se la estiró hasta los hombros. Luego le estampó un beso en la frente y se dirigió a otras áreas de la casa. Chequeó que todo estaba en orden y, al no encontrar nada anormal, fue hacia la cocina. Tomó la cafetera, la cual estaba sucia y tirada en el fregadero. La lavó y se dispuso a hacer café. Se sentó en la misma silla en la cual horas antes su hija estuvo sentada presa de pánico y esperó a que la infusión estuviese lista.

Mientras esperaba volvió a pensar en su hija. En el auto, en el sitio donde había caído y en las condiciones que quedó. Después los recuerdos lo transportaron al hospital, a los gritos y volver a ver en su mente a Elizabeth correr alocadamente, como poseída por el mismísimo demonio, por todo el hospital en busca de una puerta de salida.

El borboteo de la cafetera y el humeante olor a café lo sacó de sus cavilaciones. Se levantó, tomó una taza de la despensa, buscó una cucharilla y del recipiente que estaba sobre la mesa de la cocina se sirvió dos porciones de azúcar. Giró sobre sus talones y regresó hacia donde estaba la cafetera. La levantó de la hornilla, se sirvió abundante café y como un autómata volvió a tomar asiento. Posó uno de sus codos en la pequeña mesa y comenzó a sorber lentamente y con deleite el aromático líquido. Pero de ninguna forma se debía a un ritual, mucho menos por disfrute, sino por aturdimiento. Realmente estaba conmocionado con el incidente de Elizabeth. A ningún padre le gusta ver a uno de sus hijos en esas condiciones.

De pronto, como si sus instintos le advirtiesen algo, se incorporó, dejó la taza a medio beber sobre la mesa y se dirigió a la sala y otra vez comenzó a chequear puertas y ventanas. Luego fue a otros sectores de la vivienda y al dormitorio de los niños. Se cercioró de que no había nada anormal y todo permanecía tal como la dejó antes.

Cuando tuvo la certeza de que la casa estaba tan herméticamente cerrada como una caja fuerte, volvió a la habitación donde Elizabeth dormía. Seguía rendida y en la misma posición que la dejó momentos antes. La observó por instantes, miró a su alrededor y todo estaba

igual como lo dejó. Después fue a la sala de baño, encendió la luz que ilumina el espejo ubicado en la parte superior del lavamanos y salió dejando entreabierta la puerta a fin de que entrara suficiente luz en la habitación. De esa manera, no se sobresaltaría si despertaba de improviso. Al salir volvió a dirigirse hacia el cortinaje de la habitación, lo descorrió un poco, lo suficiente para poder corroborar que los ventanales estaban bien cerrados, y lo volvió a poner en la posición que estaba. “Todo está bien. Aquí no entra ni una mosca”, se dijo en sus adentros, mientras le dirigía otra mirada a su hija, quien seguía durmiendo en la misma posición que al principio.

Satisfecho, fue hacia la habitación de los niños. Se echó sobre una de las camas y se dispuso a descansar un poco. El día había sido muy agitado y quería reposar un poco. Aunque, en realidad, no era lo que verdaderamente pretendía, sino volver a pensar y repasar minuciosamente todo lo sucedido. Esta vez con los ojos cerrados y cómodo, tendido sobre una cama, que era la forma como siempre lo hacía porque podía hilvanar con precisión todos los detalles.

Su descanso duró poco y sus pensamientos se disiparon mucho antes de poder comenzar a tejerlos con coherencia. Un grito aterrador le hizo abrir los ojos y correr angustiado hacia la habitación de Elizabeth, que era de donde provenía el grito.

Apenas puso un pie en el resquicio de la puerta del cuarto, una sombra que salía a toda prisa le hizo perder el equilibrio y caer al suelo.

– ¿Pero qué demonios es esto? –rumió despavorido mientras se incorporaba para ir en auxilio de su hija, quien seguía gritando desesperadamente.

7

Siete y treinta de la mañana. Fabrizio Grassi y Jumpi Mushra hacía apenas una hora habían aterrizado en el Aeropuerto Internacional Tribhuvan de Katmandú, en Nepal, y se notaban ansiosos. Debían tomar otro vuelo, una conexión hacia el este de Nepal, en la región de Khumbu, para aterrizar en el Tenzing-Hillary de Lukla, uno de los diez aeropuertos más peligrosos del mundo, aunque Jumpi creía una exageración calificarlo de esa forma.

Desde Lukla, ciudad situada a más de 2.860 metros de altura sobre el nivel del mar, era de donde partían la mayoría de las expediciones hacia el Himalaya, y ese, precisamente, era el punto desde el cual ambos amigos debían comenzar el ascenso hacia *Donde el viento habla,* lugar en el que estaba enclavado el monasterio, para anunciarles a los monjes que la profecía de la cual fueron alertados, había comenzado.

En el aeropuerto de Tribhuvan les informaron que la región de Khumbu estaba siendo azotaba por extrañas tormentas y mucha niebla, nada habitual en esa época del año, pero que, sin embargo, pronto llegaría un avión, un pequeño bimotor de la Yeti Airlines, que realizaría el único vuelo del día a Lukla, que quedaba a sólo media hora de vuelo de Katmandú.

La inquietud, tanto de Fabrizio como de Jumpi, se debía a que si perdían ese vuelo malgastarían un tiempo precioso para sus propósitos, ya que la urgencia de llegar al monasterio era vital. Tanto para ellos, como para la humanidad. Cada minuto perdido, cada segundo desperdiciado, sería catastrófico para el devenir de la especie humana. Ellos lo sabían, de allí sus ansias. Creían a ciencia cierta en las palabras de los monjes y en la autenticidad del pergamino donde san Juan revelaba *La profecía de la sombra*.

En caso de perder ese único vuelo del día, deberían ir a Lukla

caminando desde Jiri, a siete u ocho días de viaje, tal como lo hizo el sherpa Tenzing Norgay, a quien los nepalíes apodaron cariñosamente *Súper-sherpa* o Apa, ya que coronó veintiún veces el Everest, *el techo del mundo*, y junto al neozelandés Edmund Hilary, los primeros seres humanos en ascenderlo en 1953. En su honor, ahora el aeropuerto de Lukla lleva el nombre de ambos montañistas.

Como avezados exploradores Fabrizio y Jumpi llevaban consigo todo el equipo necesario para escalar hacia *Donde el viento habla*, pero si por descuido se les hubiese olvidado algo, en Lukla lo conseguirían. En esa pequeña ciudad de la comarca del Khumbu, además de albergues, había tiendas especializadas en implementos de montaña, donde podrían comprar lo que necesitasen. En caso de que el olvido fuese mayúsculo o se les hubiese extraviado algo en el aeropuerto, en el camino hacia el Campo Base todavía tenían chance de aprovisionarse en Namche Bazaar, la puerta del Himalaya, un pintoresco poblado erigido en laderas de montañas a 3.440 metros de altura. Muchos de los montañistas suelen pasar al menos una noche allí para facilitar la aclimatación a la altura.

Los minutos pasaban velozmente y la angustia de ambos amigos crecía en la misma proporción al no ver llegar ningún avión de la Yeti Airlines o de la Nepal Airlines, las únicas líneas que en días normales realizan numerosos vuelos diarios entre Katmandú y Lukla y viceversa.

Jumpi y Fabrizio buscaron información del vuelo que los llevaría a su destino infructuosamente. Nadie sabía decirle nada. De pronto escucharon que los altavoces del aeropuerto se activaban. Al fin un respiro. Las autoridades notificaban que el vuelo autorizado para esa mañana saldría las 9:00 a.m., hora local, si las condiciones atmosféricas no empeoraban. Si lo perdían o lo cancelaban desperdiciarían todavía un día más, porque deberían reunir a un grupo de portadores para que trasladaran su equipo por la ruta de Jiri hasta Lukla.

Sin embargo, tenían otra remota posibilidad, aunque esa estaría en manos de azar. Tomar un vuelo nocturno. Era bastante improbable porque, por motivos obvios, sólo en raras ocasiones eran permitidos en el aeropuerto de Lukla, que está a casi 2900 metros sobre el nivel del mar y cuenta con una pista de apenas 460 metros de longitud cercada de altísimas montañas. A veces algunas avionetas piloteadas por veteranos ex pilotos, se aventuran ir hacia allá en condiciones climáticas desfavorables porque navegan a baja altura y saben sortear los vientos cruzados o de cola, pero nunca vuelan de noche, porque si el aeropuerto es peligroso de día y con un clima favorable, de noche es, simplemente, un suicidio. Da un tétrico y sádico gusto ponerse a observar su pista en horas de tráfico aéreo normal, cuando aeronaves

que despegan y otras que aterrizan simultáneamente casi se rozan la cola al cruzarse segundos antes de poner pie en tierra una y la otra elevarse.

–Apenas tenemos treinta y tres días para resolver este misterio y han ha pasado casi cinco –expresó impaciente Fabrizio–. No sé si lo lograremos. Las distancias son largas y el tiempo está contra nosotros.

–No te angusties, hay tiempo –lo tranquilizó Jumpi–. Todo depende de lo que nos diga el Gran Lama, de otra forma no sabremos qué hacer y estaremos con las manos atadas.

–Siempre tan optimista. Estamos atascados en el fin del mundo sin saber qué hacer y todavía dices que hay tiempo.

–Al parecer se te olvida que existen los aviones. Que si todo sigue como va lo lograremos… Es más, nos quedará tiempo de sobra. Hasta nos podremos comer un buen pedazo de cabra asada en Lukla antes de partir –expresó en son de broma.

–Eres imposible, pero agradezco a Dios que estás conmigo. Un hombre de fe siempre logra milagros –afirmó resignado el arquitecto.

Aunque en nepalí Lukla significa *lugar con muchas cabras*, en el sitio difícilmente se puede ver una ya que, o se la han comido los lugareños en épocas de escasez y mucha hambre o, simplemente, los pobres cornúpetos emigraron a regiones más altas al verse acosados y diezmados por los hambrientos humanos que habitan en las laderas de las montañas.

Pese a que Jumpi había sustituido temporalmente la sotana de sacerdote por la de escalador, su sola mirada y actitud ante las adversidades inspiraba respeto y rendición.

–Espero que cuando lleguemos los sherpas que contrataste estén listos para partir. No quisiera más demoras –manifestó otra vez intranquilo Fabrizio.

–Estarán… Son mis amigos y nacieron en el mismo pueblo que yo. No me fallarán –precisó Jumpi.

Desde Karachi, Pakistán, donde habían llegado en un vuelo procedente de Londres, para luego hacer conexión hacia Katmandú, Jumpi había llamado por teléfono a varios amigos sherpas de la localidad de Parak, pero que vivían y trabajaban en Lukla, donde prestaban servicios como porteadores y guías a los montañistas que iban hacia el Everest o a otras de las ocho montañas vecinas, las llamadas *ochomiles* del Himalaya, porque sobrepasan los 8.000 metros de altura.

Aunque los dos montañistas no necesitarían de nadie más y ellos mismos serían los guías de la expedición secreta hacia *Donde el viento habla*, Jumpi contrató a un guía local, un primo suyo, de la etnia de Solu, lugar donde él también había nacido. De la misma manera buscó los servicios de seis porteadores, igualmente primos y viejos

conocidos, descendientes de los más antiguos montañeses sherpas, los llamados *khas* o *pahari*, término que en tibetano quería decir *gente del este*, pobladores de las regiones montañosas, pero que hoy en día se utiliza para designar a guías y porteadores en todos los dos mil cuatrocientos metros de largo de la Cordillera del Himalaya.

Pese a que Jumpi conocía mejor que la palma de su mano casi todas las montañas vecinas a Nepal y Tíbet, tuvo que contratar a un guía complementario porque él ya no tenía las credenciales que lo acreditaban ante las autoridades. Sin un permiso y registro previo, de nombres, procedencia y demás identificaciones, nadie podría ir hacia el Himalaya y, obviamente, de hacerlo, únicamente se haría con personal estrictamente autorizado y calificado para esas labores a fin de evitar peligros y fatales accidente, de los que suelen ocurrir casi a diario en temporada de escaladas.

Por supuesto que sólo Fabrizio y Jumpi sabrían de la verdadera misión de esa expedición: ir a *Donde el viento habla*. A los demás se les diría simplemente que irían hacia el Everest. De lo otro nada. Después de llegar al Campo Base, ambos se les escurrirían a los sherpas, preferiblemente durante la noche o el amanecer, con dirección al *Lago de los laberintos*, desde donde comenzarían a subir hacia el monasterio. Las coordenadas precisas de su ubicación, que fue lo único que les suministraron los monjes, estaba a buen resguardo y copiadas en un moderno GPS que los llevaría sanos y salvos hasta el lugar.

Pero primero, y antes que nada, tenían que superar todos los obstáculos y peligros de cualquier ascenso, que los hay y en gran cantidad camuflados bajo una aparente capa de inofensiva y hermosa nieve blanca rodeada de encantadores paisajes.

Obviamente, sus mochilas estarían bien apertrechadas con comida y agua suficiente, vital para un escalador, así como con todos los implementos necesarios para el ascenso.

–Ahí viene nuestro pájaro –alertó con regocijo Jumpi señalando un punto en el cielo, el cual se escondía y volvía emerger entre la densa niebla que arropaba gran parte del valle de Katmandú.

– ¡Gracias a Dios! –exclamó Fabrizio exhalando una gran bocanada de vapor de su boca debido a los doce grados centígrados que habían afuera ese extraño día de abril.

8

Elizabeth Diler parecía enloquecida. Sentada en el borde de la cama gritaba y sollozaba inconsolable. Tomaba un pequeño respiro y, de pronto, otra vez. Sollozaba y gritaba. Era su único diálogo con el terror. Si no lograba tranquilizarse, de un momento a otro sufriría un colapso nervioso.

Charles la miraba despavorido. Después de incorporarse del suelo trató de correr hacia su hija para auxiliarla. Aunque la distancia entre la puerta, donde cayó arrollado por la sombra, a la cama era corta, no avanzaba. Algo lo ataba al piso. Percibía con horror que el suelo se movía bajo sus pies. Que estaba parado sobre un banco de arena movediza. Esa sensación le invadió cada fibra del cuerpo y lo paralizó aún más. Sus ojos pincelaban impotencia y pánico. Quizás solamente era eso, pánico, además del sobresalto, lo que le impedía caminar por más que luchase por hacerlo. De pronto, como si una fuerza superior lo ayudase, lo que lo inmovilizaba se evaporó y dio los pocos pasos que debía dar.

Al estar al lado de Elizabeth la abrazó contra el cuerpo y buscó consolarla.

–No llores hija, aquí estoy… No te pasará nada –balbuceó también lleno de terror mientras la envolvía en sus fuertes brazos.

Ella no escuchaba. Seguía gritando y llorando y llorando y gritando. No salía de su *shock* de espanto.

Charles insistió en sus intentos por tranquilizarla. Se sintió tan impotente que estuvo a punto de gritar también. Contener su llanto y gritos se había hecho una tarea imposible. Sabía que debía sacarla de ese trance y la única forma era una buena y fuerte bofetada. Lo mismo hacía con los soldados que entraban en pánico cuando durante la guerra de Bosnia formaba parte de los más de veinte mil efectivos militares desplegados por la OTAN en la región de los Balcanes.

Como pudo se la despegó del cuerpo, la tomó por los hombros y luego de varias sacudidas le dio una fuerte cachetada en el rostro.

Elizabeth gimió, quizás de dolor, quizás porque el trauma ya había pasado, pero el asunto es que dejó de gritar y llorar desquiciadamente. Sólo ahogados sollozos y algunas lágrimas rodaban por su bello, pero descompuesto rostro.

Charles también retomó la compostura y volvió a abrazarla contra su cuerpo. Al ver que tanto las lágrimas como lamentos fueron desapareciendo, la recostó de la cama, acomodó bajo su cabeza una mullida almohada y se dispuso a salir de la habitación.

– ¿Dónde vas? –preguntó ella angustiada–. No me dejes sola, por favor.

–Sólo voy a la cocina. Ya regreso. Voy a buscar un poquito de hielo –explicó.

–Pero, ¿por qué? –preguntó desconcertada.

–Tuve que darte una cachetada a fin de que volvieras en ti y no quiero que el bello rostro que heredaste de tu madre se hinche –contestó con una forzada sonrisa dibujada en los labios.

– ¿Una cachetada? –indagó llevándose la mano a la cara.

– Sí, y si no actúo pronto se te inflamará –dijo mientras caminaba hacia la cocina.

–En la nevera hay unas bolsas especiales para eso, sólo tienes que tomarlas. Están…

Charles iba tan apresurado que no escuchó las indicaciones de su hija.

Elizabeth se incorporó de la cama, se llevó las manos a la cabeza y estrujó con fuerza su rubia y corta cabellera. Dio un par de pasos. Pensaba ir tras su padre, pero pronto se arrepintió y sentó en el borde de la cama con la cabeza tomada entre sus manos y los ojos clavados en el piso, tal como ya se había hecho costumbre en su desesperación.

En la oficina donde trabajaba Elizabeth había un cierto alboroto, Ángela Grassi, la hermana de Fabrizio, quien quedó encargada de la dirección de la empresa mientras él durara ausente, impartía órdenes como si aquello se tratase de un cuartel.

Todos estaban molestos por la forma como Ángela dirigía la empresa. Siempre que reemplazaba a su hermano, lo que era un apacible sitio de trabajo se convertía en algo semejante a un infierno invivible, tanto para los socios y trabajadores, como para las personas que recurrían a ella en busca de servicios.

Debido a su actitud despótica, un trabajador despedido por ella la apodó *La rata*, porque, según el empleado, era una mujer diabólica y poseída por el mal. Al principio todos los demás trabajadores de la empresa reprobaron la ofensa por excesiva y fuera de tono. Con el pasar de los meses y durante las pocas veces que a Ángela le tocaba ocupar el cargo de directora, aquel incidente y el calificativo esbozado por el ex trabajador se apoderaba de la mente de todo el personal de *FG Diseños y Construcciones*.

Fabrizio sabía de aquello, pero callaba. Amaba mucho a su hermana y no quería importunarla con dimes y diretes de pasillo, aunque sospechaba que Ángela estaba al tanto de las habladurías. Quizás por eso su agria actitud veces se acrecentaba. Posiblemente su intención

era enfrentar las “maledicencias” y chismes del personal de la compañía asomando el látigo del verdugo. Hay personas que debido a ciertos complejos y frustraciones, disfrutan viendo enardecer y temblar a sus subordinados, tal como lo hacen los dictadores y autócratas, quienes basan su poder en el miedo, en todas sus facetas y dimensiones.

Ángela levantó la bocina del teléfono interno y le manifestó a su secretaria que requería la urgente presencia de Corina en la oficina. Usaba muchas veces el calificativo de ‘urgente’, incluso para algo banal, con el propósito de intimidar a sus empleados.

No habían pasado siquiera un minuto cuando la puerta de acceso al elegante despacho de la dirección de la empresa se abrió.

–Siéntate –ordenó lacónica al ver entrar a Corina, la hermosa arquitecto de descendencia latina.

– ¡Buenos días! –contestó ella, pero no recibió respuesta.

– ¿Qué pasa con Elizabeth, porqué no ha venido a trabajar? –preguntó tajante.

–Ha estado algo indispuesta. La Jefa de Personal está enterada del asunto –respondió evasiva y haciéndole notar que ese no era su problema ni le atañía a su departamento de diseño.

–Lo sé, pero te he hecho venir porque tú eres su gran amiga y debes saber más de su salud que la gente de personal –respondió directa, a fin de no perder mucho tiempo con el asunto.

–Pues, debería ser así, pero la realidad es que no sé nada –dijo mintiendo ex profeso.

Pensó que era suficiente con lo que le dijo al hermano y no pensaba, otra vez, poner en boca de otro la reputación de su amiga, menos de aquella despótica y antipática mujer.

–Hay un proyecto muy importante para la empresa esperándola y ella es la que lo lleva adelante. Está bajo su dirección y supervisión. Si no aparece en los próximos dos días tendré que quitárselo –sentenció punzante la jefa encargada.

–Si la veo se lo diré. De todas formas al salir pasaré por personal para que le manden el aviso.

–Eso no es de tú incumbencia. Personal lo manejo yo y ya está avisado –dijo chocante, mordiendo las últimas palabras, para que no le quedase la menor duda de quién manda allí.

–Lo sé… Sólo quería ayudar, nada más… No era mi intención meterme en tus asuntos… ¡Disculpa! –dijo sincera, pero extrañada por la reacción de Ángela.

–Por ahora hemos terminado. Ya puedes irte –concluyó haciendo caso omiso a sus disculpas.

Corina se levantó del asiento y camino hacia la puerta de salida. Iba descompuesta. En su cara se notaba una irritación casi incontenible.

“A esa vieja bruja le queda muy bien el apodo de Rata… ¡Rata!… ¡Rata inmunda!”, rumió entre labios antes de salir. Al llegar a la puerta cogió en una de sus manos la perilla de la puerta y haló con fuerza. Antes de poner un pie fuera de la oficina volteó y con una sonrisa de plena satisfacción miró a Ángela, quien también tenía los ojos clavados en ella y, sin entender el porqué de tanto gozo, arrugó el ceño al tiempo que escuchaba el sonido de la puerta que se cerraba tras Corina.

9

Gracias a la providencia, el vuelo que llevaría a Fabrizio y a Jumpi hasta Lukla, puerta de entrada al Everest y a otras grandes cumbres

del Himalaya, salió casi inmediatamente después de haber aterrizado en Katmandú.

Para tranquilidad de Fabrizio, quien entre los dos era el más impaciente, la aeronave que llegó procedente de Lukla se demoró en tierra sólo el tiempo necesario para un embarque apresurado y volvió a tomar pista antes de que el tiempo empeorase.

Ciertamente, tal y como lo habían anunciado las autoridades aeroportuarias, el vuelo que abordaron fue el último hacia la región de Khumbu ese día. Contra todos los pronósticos, fue una travesía un tanto calmada, aunque con bastantes vientos de cola y una que otra fuerte sacudida. Lo mejor para los dos montañistas fue que, gracias a esos mismos vientos de cola, el vuelo duró apenas veinticinco minutos y no la media hora pautada entre una ciudad y otra.

Fabrizio estaba dichoso. Durante el corto vuelo sus pensamientos se centraban en llegar, lo más pronto posible, al monasterio. De la misma forma se sentía Jumpi, aunque su dicha se debía a que en Lukla se reencontraría con sus primos y amigos, a quienes no veía desde hace muchos años.

Casi enseguida después que el avión aterrizó, la portezuela de desembarque se abrió para que los viajeros descendiesen y fuesen caminando hacia el interior de las instalaciones del pequeño aeropuerto a fin de los chequeos de rutina y recoger el resto del equipaje. Mientras recorrían el corto trecho los montañistas se protegían con sus manos de las fuertes ráfagas de viento que azotaban sus rostros. Casi al llegar, Jumpi distinguió a lo lejos a sus amigos, quienes lo esperaban cerca de la puerta de entrada.

Luego de superados los chequeos aduanales rutinarios fueron a encontrarlos. Al estar junto a sus parientes sherpas Jumpi los abrazó con fraternal cariño. Fabrizio se hizo a un lado y observaba complacido la gran felicidad que causaba aquel reencuentro. Los abrazos, las risas y la chanza entre ellos duró un dichoso pequeño largo tiempo. Cuando finalizaron de reír y sus mandíbulas pidieron una pequeña pausa, Fabrizio los invitó a comer antes de emprender viaje al Campo Base ese mismo día.

Salieron de las instalaciones y caminando se dirigieron a una bulliciosa taberna cercana al aeropuerto.

Al llegar al restaurante en son de broma a Fabrizio se le ocurrió preguntar si tenían cabra asada, por el asunto ese de que Lukla significa *lugar con muchas cabras*, pero de las dichosas cabras ni rastro. Menos aún cuando la cocina nepalí es, más que nada, vegetariana.

Entre risas y jugarretas todos se acomodaron en una larga mesa. La gran mayoría de los sherpas, entre ellos Jumpi, optó por comer momos fritos, un tipo de pasta hecha con harina de cebada en forma de ravioli grande, que normalmente rellenan con verduras o carne.

Después de su irónica chanza, Fabrizio, al igual que los otros comensales, prefirieron thug-*pa*, una apetitosa sopa de verduras, carne y pasta. Por supuesto que en la mesa no pudo faltar la famosa *chiura*, un tipo de arroz batido, y mucho *chas*, té tibetano con mantequilla de yak y sal.

Los sherpas, más que nada Mushi Jha, un primo lejano de Jumpi, no dejaban de sonreír y abrazarlo al conocer que como obsequio les había llevado dos cajas de buen whisky escocés, el cual, supuestamente, se tomarían después de finalizado el ascenso al Everest con el objeto de celebrar la hazaña. No obstante, Fabrizio y Jumpi sabían que se les iba a hacer cuesta arriba mantener a raya y a buen resguardo por tantos días ese “preciado tesoro”.

Aunque los sherpas no son una etnia “cromosómicamente” borracha, toman, sin importar hora ni día, muchas bebidas alcohólicas. Cuando los expedicionarios y montañistas occidentales no les llevan como obsequió el preciado whisky, el cual su paladar ha comenzado a estimarlo en buen grado, toman bebidas a base de mijo para “mantenerse calientes”, sobre todo el *jaad* y el destilado *raskí*, que es la “versión” nepalesa del peor bourbon americano.

Aquella pequeña celebración, además del reencuentro, significaba igualmente agradecimiento por la respuesta inmediata que tuvo la exigencia de Jumpi. Retribución que era obligatoriamente necesaria, ya que después que decidió la apresurada expedición hacia *Donde el viento habla*, Fabrizio le pidió a Jumpi que antes de salir hacia Nepal contactase vía telefónica y contratase, sin escatimar gasto alguno, al grupo de sherpas que ahora los acompañaban. Lo logró en forma rápida e impecable gracias a un familiar cercano que gozaba de un alto cargo entre las autoridades del aeropuerto de Lukla.

Mientras comían, Jumpi aprovechó un alto en las sostenidas e interminables cháchara de los sherpas para presentarles formalmente a Fabrizio. Uno a uno fue hasta donde estaba el ex alpinista de fama mundial y haciendo una pequeña reverencia le extendían la mano al tiempo que pronunciaban su nombre.

Además de Mushi Jha, estaban otros dos primos suyos y familiares lejanos. Ellos eran Ram Baran, Parmananda Yidi, Prithvi Terai y Birendra, sus más directos parientes, así como Tribhuva Adalatn, Sarbochha y Mahabharat quienes, a su vez, también eran primos o parientes de los otros. En fin, toda una gran familia consanguínea de sherpas consagrados a una sola y única misión, tal como lo habían hecho la gran mayoría de sus antepasados durante milenios: escalar las montañas más altas del Himalaya.

Los elegidos para ir con ellos fueron ocho en total. Tanto Jumpi como Fabrizio creyeron que serían más que suficientes.

El fornido Mushi serviría de guía y los otros de porteadores y, si el

poco equipaje que llevaban les parecía demasiado, alquilarían a uno o dos yaks para que en sus lomos recayese el trabajo pesado del ascenso hasta el Campo Base. Eso, únicamente si era necesario. De otra forma evitarían a los yaks, no porque representasen más gastos, sino por las impertinencias del animal. A veces esos antepasados de las vacas se ponían más tercos que una mula y retrasaban el ascenso y aquello, en vez de ayudar, agotaría, tanto paciencia como fuerza física, y ellos no se lo podían permitir. Deberían estar en forma y tranquilos para centrase única y exclusivamente en lo que habían ido a buscar al *techo del mundo*.

Aunque la realidad era que tantas previsiones no hacían la menor falta. Sólo servirían para mantener las apariencias y evitar cualquier sospecha sobre su verdadero destino e intenciones, ya que con los sherpas no irían a ninguna parte, mucho menos escalarían el Everest, porque la misión que tenían era otra, totalmente distinta.

El plan que habían trazado Fabrizio y Jumpi era que cuando estuviesen en el Campo Base se les escurrirían a los sherpas con el mínimo equipo suficiente en sus mochilas y ascenderían solos, sin porteadores ni guías, hasta *Donde el viento habla*, lugar en que estaba enclavado el monasterio. Debían hacerlo de esa forma porque así se habían comprometido hacerlo con el Gran Lama Manjushri Avalokiteśvara. El anciano y sabio maestro se los hizo prometer. De otra forma nunca les hubiesen franqueado las puertas del templo cuando estuvieron extraviados en el Himalaya. Mucho menos revelado el secreto de *La profecía de la sombra*.

La forma que planificaron para escurrírseles a los avezados sherpas era infantil, pero simple. La idea consistía, sencillamente, en emborracharlos y salir de madrugada mientras dormían la mona. La puesta en escena también era de fácil realización. La primera noche después de su llegada al Campamento, darían una pequeña fiesta para "celebrar el reencuentro" de Jumpi con sus primos sherpas. Sería el día antes de la supuesta ascensión al Everest, que era el destino que adrede les habían hecho creer. Las dos cajas de whisky que llevaron durante todo el largo viaje desde Londres a Nepal eran parte del plan. Por eso las transportaron desde tan lejos, aunque sabían que los sherpas nunca podrían beberse tantas botellas en una misma noche. Pero era mejor prevenir. Que sobrase y no al contrario, ya que no habría forma de ir a comprar más en ese lugar del fin del mundo. Al amanecer, o esa misma noche si lo consideraban oportuno, mientras los sherpas estuviesen plácidamente durmiendo y roncando la borrachera, muy discreta y calladamente se les escabullirían por el nevado y abrupto desierto de nieve.

A las diez y media de la mañana, después de que el grupo de sherpas comieron todo lo que querían, la expedición se alistó para partir por la

ruta suroeste.

Fabrizio apuró la salida y prometió a los sherpas un bono extra si llegaban al Campo Base del Glaciar Khumbu antes de los seis días que normalmente se requieren para la ascensión, no tanto por la distancia, sino porque había que andar despacio a fin de lograr una adecuada aclimatación a la altitud y así evitar el mal de montaña.

– ¡Hacia la salvación del mundo! –susurró dichoso Fabrizio acercándosele a Jumpi después de dar los primeros pasos hacia la Base.

– Ahora nadie podrá deteneros –contestó el sacerdote sherpa refiriéndose a todos los imprevistos que sufrieron en los aeropuertos para poder, al fin, estar donde ahora estaban.

10

Elizabeth Diler se encontraba en el sofá del siquiatra. Ya tenía casi una hora de contar y recontar su historia al doctor Gordon Rooke y comenzaba a mostrarse indispuesta con las insistencias y ciertas interrogantes del médico.

– ¿Estás segura que la sombra o lo qué sea que viste salió de tú sueño, qué se materializó delante de ti y lo viste esconder entre las cortinas de tu habitación?

–Si doctor, se lo he repetido ya muchas veces y se lo vuelvo a asegurar. Por favor no insista con eso. No pienso contradecirme ni mucho menos retractarme. La vi y punto –respondió fastidiada por la persistente e incisiva interrogante del doctor Rooke.

Su hora de consulta estaba por espirar y Elizabeth no hacía otra cosa que apuntar sus ojos al techo de aquel estudio lujosamente decorado y, al mismo tiempo, con toques de mesurada discreción para no rayar

en el vandalismo suntuoso de los consultorios de algunos ricos profesionales. El escritorio, de pulida caoba y los sillones repujados en fino cuero inglés color verde botella, le daban el perfecto toque de distinción.

– ¿Puedes describirme qué forma tenía la sombra. De qué color era su piel, ojos y todo lo demás. Llevaba pelo corto o largo?

–Doctor, ya le he dicho infinidad de veces que únicamente pude distinguir una sombra con forma humana, como si estuviese al contraluz, nada más. Y como usted debe saber, al contraluz no se puede ver el color de la piel ni de nada. No entiendo porqué insiste –expresó molesta, incorporándose del largo sofá del mismo estilo y color del mobiliario del consultorio.

–Está bien… No te lo repetiré más, pero antes de que te vayas me gustaría hacerte una última pregunta. Luego te daré mi opinión profesional sobre lo que creo que te está pasando. La pregunta que te voy a hacer no es parte de la consulta, de mí análisis, sino para satisfacer una pequeña curiosidad. ¿De acuerdo? –preguntó mientras le extendía una mano para ayudarla a incorporar del diván y con la otra la invitada a sentarse en uno de los sillones que estaban dispuestos frente a su escritorio.

–De acuerdo. Después de tantas preguntas, una más no me molestará en lo absoluto –respondió afable, como si se quitase un peso de encima porque pronto estaría por salir de aquella inquisidora consulta– ¿Diga usted, doctor? –solicitó al tiempo que se sentaba en el sillón.

–Bien, aquí va –expresó el doctor Rooke mientras tomaba su puesto del otro lado del escritorio–. ¿La sombra tenía la nariz perfilada o achatada? –soltó con cara de ingenua inocencia.

–Vaya qué es persistente. Ni achatada ni perfilada, doctor –respondió parca Elizabeth.

– ¿Entonces de qué otra forma era? –repreguntó extrañado el siquiatra.

–De ninguna, doctor.

– ¿Cómo qué de ninguna?

–De ninguna, doctor –expresó remachando con énfasis irritante la palabra *doctor*–, porque la vi de frente y a una sombra vista de frente no se le puede distinguir la forma de su nariz… Siquiera podría apreciársele a una persona de carne y huesos, como usted y yo, si está frente a uno y al contraluz. ¿Complacido?

–Totalmente, aunque esperaba otra respuesta –contestó el siquiatra.

– ¿Cómo cuál?... Ahora el que me preocupa es usted, doctor –dijo mordaz la joven arquitecto–. ¿Qué esperaba que le dijera?

–Nada… Nada… No tiene importancia.

– ¿Y?... ¿Cuál es su diagnostico?... ¿Qué cree que me esté pasando? –

preguntó preocupada.

Elizabeth creía que con su requerimiento pronto saldría de la angustiante sesión y, lo mejor de todo, que al fin podría saber el origen de su mal. Que la recurrente pesadilla que la asaltaba tenía nombre y apellido dentro de la siquiatra moderna y que, con la ingestión de algunas pastillas o sin ellas, se liberaría de *la sombra* después del diagnóstico y recomendaciones del doctor Rooke.

–Bueno, comenzaré por decirte –expresó el siquiatra bajo la total atención de Elizabeth– que todo tiene los síntomas de un trastorno del sueño producto de tú divorcio, el cual puede enmarcarse dentro los terrores nocturnos, terrores producidos subconscientemente debido a una pérdida, sea la muerte de un familiar, bienes materiales o un amor, o sea bienes sentimentales, afectos, como creo que es tú caso. –la joven arquitecto lo escuchaba desconcertada, pero no quería interrumpirlo hasta que no terminase con su opinión médica–. Por otra parte, creo necesario, para descartar cualquier otro problema siquiátrico, además de la depresión, que debemos realizarte unas pruebas de laboratorio.

– ¿Pruebas de laboratorio? –lo atajó confusa la hermosa joven.

–Sí, recomendaría que durante la noche te hicieses de inmediato una polisomnografía.

– ¿De qué se trata eso? –preguntó intranquila Elizabeth.

–Es sencillo. Para medir tus fases del sueño y otros parámetros psicológicos, tienes que pasar toda una noche en un laboratorio del sueño con unos electrodos colocados en tu cabeza. La polisomnografía valora, además de otras cosas, las alteraciones de los movimientos durante el sueño –agregó didáctico–. Es una prueba de latencia múltiple del sueño. La persona, en este caso tú, pasa toda la noche y parte del día siguiente en el laboratorio haciendo siestas con ciertos intervalos. Con ello podremos valorar también la somnolencia diurna, y tú me dijiste que la has tenido, esencialmente en caso de narcolepsia, aunque no creo que sea tú problema. Al menos, por ahora, así lo creo –concluyó muy explícito el doctor Rooke.

– ¿Y qué es eso de narcolepsia, si se puede saber? –interrogó intrigada.

–Es una alteración poco frecuente del sueño. Se caracteriza por crisis recidivantes del sueño durante las horas normales de vigilia y también de cataplejía, parálisis del sueño y alucinaciones.

–Usted dice que ese no debe ser mi caso, ¿por qué?

–Tampoco lo descarto por completo. Por eso te estoy mandando a hacer la polisomnografía.

– ¿Y esa narcolepsia por qué viene?... ¿A qué se debe?... Yo nunca he consumido drogas, doctor. Nunca las he probado en todo lo que llevo de vida –al aseverarlo Elizabeth recordó a Robert, su ex esposo, que

era todo lo contrario, un vicioso compulsivo–. Mi ex si consumía narcóticos, pero yo nunca… No creo que por vivir a su lado me haya “contagiado” de algo –finalizó entre risueña e incrédula, aunque tenía un nudo en la garganta.

– ¡No!... Nada de eso. No te preocupes –manifestó el doctor Rooke mientras Elizabeth exhalaba un liberador suspiro–. Las causas de la narcolepsia se desconocen hoy en día, aunque el trastorno suele manifestarse en personas con antecedentes familiares, por lo que sugiere una predisposición genética. Aunque no tiene un gran peligro para la salud, la narcolepsia sí puede producir sentimientos de terror, miedo, pánico y con ello aumentar el riego de accidentes, tal como te ocurrió a ti.

Elizabeth estaba abismada. Ahora se sentía más confusa que cuando se sentó en el diván del siquiatra esa tarde. Sus preocupaciones, en vez de disminuir, aumentaron y, lo peor, también tendría que cargar con *la sombra* que se escapó de su sueño, ya que el doctor, por todo lo que dijo, seguramente creyó que todo era un invento suyo, una alucinación. El producto de una mente turbada debido al divorcio.

–Doctor, no podría ser más específico en su diagnóstico… Ahora estoy más desorientada que cuando entré –soltó abriendo de par en par sus hermosos ojos azules.

–Por ahora es imposible. Es nuestra primera sesión y no puedo aventurarme a decir nada más hasta no tener el resultado de la polisomnografía en mis manos. Con otros pacientes nunca digo nada. Ni me alargo tanto. He hecho una excepción contigo por tú padre que, como sabes, es un gran amigo mío. De otra forma no te habría dicho absolutamente nada hasta no tener los resultados sobre el escritorio.

–Sí, lo sé… Sé que estuvieron juntos en Bosnia.

–No sólo eso, sino que salvó mi vida cuando me iban a fusilar. Bien, pero eso no viene al caso. Charles me advirtió que eras incisiva y que no te cansarías de hacer preguntas y repreguntas hasta no quedar totalmente satisfecha.

Charles Diler y el ahora siquiatra Gordon Rooke estuvieron juntos en la SFOR, Fuerza de Estabilización de la OTAN, durante la guerra de Bosnia, conflicto que estuvo signado por el genocidio de Srebrenica y otras sangrientas limpiezas étnicas y crueles masacres en la dividida ex Yugoslavia.

En aquel entonces Gordon Rooke era médico de una unidad de la SFOR asentada en la ciudad de Mostar, donde estuvo asignado durante varios meses. En una misión de rescate acompañó a Charles, que en ese entonces tenía el grado de teniente, y a su pelotón. Después de un feroz enfrentamiento con las fuerzas croatas, Gordon fue hecho prisionero e iba a ser ejecutado por tres hombres que conformaron una especie de pelotón de fusilamiento sin siquiera reparar en su distintivo de médico, que consistía en una banda blanca con una gran cruz roja adherida a la manga derecha de su uniforme. Lo habían recostado de la pared lateral de una iglesia que estaba en ruinas y amenazadoramente lo apuntaban con sus armas con la velada intención de ajusticiarlo. Deslizándose entre las sombras sin hacer el más mínimo ruido, Charles y otros seis hombres que habían salido a buscarlo, llegaron al lugar y lo rescataron en pocos segundos, así como a otros tres soldados, que eran, en principio, el motivo de su misión. El primero en ser liberado fue el doctor Rooke. Si no hubiese sido por la habilidad y puntería de Charles, quien abatió de certero disparo al que fungía de jefe del grupo croata, jamás el buen doctor habría podido contar la historia. Los restantes forajidos pronto también cayeron bajo las balas del grupo comandando por Charles. A los otros miembros de la OTAN que habían ido a rescatar, los encontraron amarrados y amordazados en el lateral de lo que había quedado del confesionario de la iglesia en ruinas. Esta vez la misión tuvo un final feliz y pronto regresaron a su base.

–Gracias por soportarme, doctor… Se lo agradezco. Pero yo no tengo ningún síntoma. Supongo que esa narcolepsia de la que usted me habla debe tener alguno, ¿no?

–Los síntomas de la narcolepsia son crisis de sueño, y tú la tienes,

según me has dicho. Duermes poco en la noches porque te despiertas con la pesadilla y después no puedes volverte a dormir… ¿No es cierto?

–Sí… Si es cierto.

–Las personas que padecen narcolepsia pueden manifestar una parálisis momentánea sin pérdida de conciencia, y tú la has tenido. A eso nosotros los médicos lo llamamos cataplejía. Y todos esos síntomas se dan debido a reacciones emocionales bruscas, como sentimientos de temor, desdicha, rabia, alegría y otras más.

–Entiendo… Entiendo… –atinaba a decir con voz queda Elizabeth, aunque, en realidad no entendía nada. Más bien la embargaba un gran sentimiento de frustración y muchas ganas de irse de aquel lugar.

–Los síntomas pueden aparecer en la adolescencia o al empezare la edad adulta y yo creo que tú estás en esta última categoría. Aunque nunca hayas tenido nada en tu vida, ninguna enfermad previa que presumiblemente la haya desencadenado, la narcolepsia puede aparecer de repente y una vez que aparece, el paciente tendrá que lidiar con ella toda la vida. No hay cura ni se quitará con sólo chasquear los dedos, ¿entiendes? –indagó el doctor Rooke al notar el evidente desinterés que había comenzado a mostrar Elizabeth.

–Ya pasó la hora doctor y tengo otras cosas que hacer –advirtió la hermosa arquitecto con ganas de salir corriendo del consultorio.

–Lo sé, pero creí que debía concederte unos minutos más debido a la gran amistad con tú padre. ¿Estás clara con todo lo que te dije?

– ¡Sí!… Si doctor, todo está muy claro –expresó haciendo el ademán de levantarse del sillón y marcharse, aunque al ver la seña que le hacía con una de sus manos el doctor, volvió a sentarse.

–Antes de que te vayas voy a obsequiarte este pequeño folletito que habla sobre los sueños. Es bueno que lo leas, que le dediques un tiempito cuando puedas.

–Seguro, doctor. Lo leeré en cuando pueda –expresó sincera Elizabeth y se levantó del asiento.

Al estar de pie, le extendió la mano al doctor a manera de saludo, quien estrechó la suya con afecto. Mientras lo hacía, a través del ventanal panorámico que estaba a espaldas del siquiatra vio algo llamó su atención. Miró por encima de sus hombros y a través del vidrio distinguió a un nutrido grupo de pájaros negros que revoloteaban inquietos en las cercanías. Impresionada y sin quitarle la vista de encima a los pájaros, tomó el folleto que le estiraba el doctor y pensativa dio media vuelta y fue hacia la salida.

Una vez fuera del consultorio y a la espera de la llegada del ascensor, le dio una ojeada al folleto que le habían obsequiado. Notó que se refería a los terrores nocturnos, a episodios de temor con gritos y agitación y las fases no-REM del ciclo del sueño. De las aterradoras

pesadillas con sueños vívidos y terroríficos seguidos de un brusco despertar y los subsecuentes tratamientos con benzodiacepinas. Al llegar uno de los dos ascensores, dobló en dos partes el folleto y lo botó en el recipiente de la basura que estaba ubicado en la columna central que separaba a ambos elevadores, entró y comenzó a bajar. Alcanzada la calle dejó escapar un suspiro de alivio.

Al estar frente al auto que le prestó su padre, el cual había dejado estacionado en una vía que hacía frente al edificio de consultorios médicos, tuvo la extraña sensación de que los pájaros negros que vio a través del ventanal la estaban siguiendo.

Con toda premura abrió la puerta del auto, se sentó en el cómodo asiento de cuero, abrochó el cinturón de seguridad y antes de poner en marcha el motor volvió la mirada hacia unos árboles cercanos para observar la conducta de aquellos extraños pájaros. Ahora la bandada de horribles pajarracos chillaban estridentemente y revoloteaban de un árbol a otro y sobre cornisas de edificios y casas.

Los miró un rato más y atemorizada vio como de pronto lo que apenas momentos antes eran apenas una docena, ahora se habían convertido en cientos. Lo peor era que emitían un ensordecedor ruido desde lo profundo de sus gargantas y parecían dirigirse hacia el auto con la aparente intención de estrellarse contra el parabrisas.

Temblorosa, Elizabeth trató de darle vuelta a la llave de encendido para irse corriendo del lugar, pero sus nervios no la dejaron. Estaba paralizada y estupefacta ante lo que sus ojos veían.

Insistió con el encendido, pero nada. Los pájaros ahora estaban mucho más cerca. Volaban enloquecidos hacia ella. De pronto, como si se tratase de una fantasmagórica aparición, desde el asiento trasero vio como se alargaba una mano. Creyó que el corazón iba a salírsele por la boca, no obstante instintivamente giró el cuerpo y ante ella apareció el rostro de Robert Phelp, su ex esposo.

– ¿Qué haces aquí? –dejó escapar en asfixiante grito.

11

Los montañistas y los sherpas llegaron al Campo Base del Collado Sur en tiempo verdaderamente récord. La caminata no duró siquiera cinco días y ya tenían uno allá, por lo que la aclimatación había sido perfecta y más que suficiente para evitar el llamado mal de montaña cuando comenzasen a subir hacia La Cascada de Hielo del glaciar Khumbu, una enorme mole de *seracs* compuesta por grandes bloques de hielo fragmentados y agrietados, muy inestables y peligrosos, que fluyen por el glaciar justo sobre el Campo Base.

A las cinco y media de la madrugada, envueltos en una oscuridad penetrante, Fabrizio y Jumpi salieron de la carpa-dormitorio, buscaron su equipo en una tienda de campaña dispuesta como depósito y se encaminaron por la gélida montaña.

–Duermen como niños. Aunque hubiésemos hecho todo el ruido del mundo no se habrían despertado –comentó Jumpi cuando estaban a una distancia donde nadie podría oír a nadie, excepto el que estuviese a su lado.

–Me siento un poco culpable por haberlos engañado. No se lo merecían. Son tan ingenuos y serviciales –respondió Fabrizio.

–No te sientas culpable de nada. Todo lo contrario. Si los hubiésemos llevado con nosotros los habríamos expuesto a grandes peligros y, lo peor, nuestra misión habría fallado y con ello el destino de la humanidad. Los monjes fueron tajantes y muy claros: subir solos –precisó recordando la recomendación del Gran Lama–. No llevarlos fue lo mejor para ellos y Dios sabe que es así –explicó haciendo gala

de la sabia prudencia que aprendió durante sus estudios en el seminario.

– ¡Lo sé!… Lo sé… Pero ese fue el primer sentimiento que me embargó.

–Se te pasará.

– ¿Les dejaste la nota? –preguntó Fabrizio apartando su mente del asunto del remordimiento.

– ¡Claro!... De otra forma enseguida reportarían a las autoridades sobre nuestra desaparición.

– ¿Qué le escribiste?

–Se la dirigí a Mushi con la advertencia de que la leyera en voz alta para que no les quedase a nadie la menor duda de nuestro paradero y seguridad.

– ¡Excelente! –aprobó Fabrizio.

–Les expliqué que no iríamos al Everest… Que partimos a cumplir un retiro espiritual muy cerca, a menos de mil metros de donde ellos estaban y que al terminar regresaríamos al Campo Base.

–Supongo que no le dijiste cuántos días estaríamos fuera –indagó el joven arquitecto y veterano montañista.

– ¡Claro qué no!... Realmente no sabemos cuánto tiempo nos tomará esto... Además, espero que no nos perdamos buscando el camino hacia el monasterio.

– ¿Por qué dices eso? Tenemos todo el equipo necesario y no creo que nos perdamos –comentó extrañado Fabrizio.

–Mira hacia arriba… Se avecinan fuertes vientos y posiblemente una gran nevada –afirmó el pequeño sherpa haciendo gala de su experiencia como guía y el “olfato” que se debe tener para percibir cualquier peligro o cambio climático hasta en noches profundas como en la que estaban inmersos–. Eso no resiste equipos, por más sofisticados que sean –agregó con una socarrona sonrisa en los labios.

Con sus ojos ya acostumbrados a la oscuridad, Fabrizio dirigió su mirada al cielo y vio como hacia el norte se formaba una negra y densa capa de nubes que se desplazaban a velocidades extremas.

–Lo veo… Es posible que tomen otro curso… Ten fe, amigo mío… ¡Mucha fe! –expresó en son de broma enunciando la primera de las tres virtudes teologales de la religión católica.

– ¡Por supuesto que tengo fe, y mucha!... Por eso estoy aquí contigo. Si no creyera, todo este asunto me habría importado un bledo – respondió mientras se hacía la señal de la cruz.

–Y en la nota escribiste que nos dejarán al menos una botella de whisky para celebrar mi cumpleaños cuando regresemos.

– ¡Por favor, eso no!...

–Era broma –aclaró su amigo.

–Pero si dejé bien asentado que cuando regresáramos les pagaríamos

la segunda parte de lo acordado y, al final, en letras mayúsculas, para que quedase bien claro, volví a repetirle que por ningún motivo avisarán a las autoridades sin importar el tiempo que estuviésemos fuera porque todo iba a estar bien.

–Fue acertado recalcarlo…

–Mushi Jha es de mi total confianza y no permitirá que nadie, ninguno de los sherpas que contratamos, hagan algo loco y mucho menos avisar de nuestra escapada a las autoridades.

–Lo sé… Lo sé, amigo.

–Por cierto, dentro del sobre con la nota también puse otra, escrita en letras mayúsculas, que iba dirigida sólo a él. Le pedí que dejara encendido su radiorreceptor en nuestra frecuencia todo el tiempo que estuviésemos fuera. Eso lo mantendrá tranquilo y alerta y para nosotros será un canal de salvación por si llegase a ocurrir algo.

–Hiciste muy bien. A mí no se me había ocurrido, aunque no creo que pase nada.

–Siempre vale la pena tomar ciertas precauciones… Nunca están demás.

De pronto los envolvió el silencio. Los dos amigos se separaron un poco. Ahora, siempre atados uno del otro a una resistente cuerda de nylon sujeta a sus arneses subían a unos cinco o seis metros de distancia. Ese cordón umbilical de fibra sintética representaba su seguridad y la vida. No querían que nada les sorprendiese. La montaña tiene muchos "trucos" y mucha gente ha muerto por exceso de confianza e imprudencia. El gélido mar blanco y sus olas de nieve son una trampa mortal y ellos lo sabían.

Con Jumpi a la cabeza y Fabrizio en la retaguardia, los dos escaladores subían tranquilos por la cara sudoeste del Everest, si bien *el techo del mundo* no era su meta ese era también el camino hacia el monasterio de acuerdo a las coordenadas dadas por los monjes.

Las horas pasaban veloces. Aunque habían adelantado mucho, ninguno de los dos mostraban signos de cansancio. Fue un primer día duro, pero sin percances.

Con el sol calentándole la cerviz, sortearon los primeros obstáculos sin problemas y seguían imperturbables. El sol ya apuntaba ligeramente hacia al oeste. Su paso era apresurado. Debían ganarle al tiempo todos los minutos que estuviesen a su alcance y fuerzas. Tenían apenas treinta y tres días para hacer lo que tenían que hacer, para contener lo que se avecinaba, y ya habían pasado once desde que en Port Black se manifestó *la sombra*.

Aunque estaban suficientemente aclimatados a la altitud y lejos de sufrir el llamado mal de montaña, en ciertos tramos la ascensión se hacía pesada, sofocante y no había otra forma de seguir a ese paso sin colocarse a ratos sobre la nariz la máscara de oxígeno, si bien no era

totalmente necesario.

El único de los dos que lo hacía era Fabrizio. Pese a que estaba en perfectas condiciones físicas, ya no era el mismo muchachito de trece años atrás, cuando comenzó a escalar los picos más intrincados y peligrosos del mundo. Lo rápido de la decisión de ir al Himalaya y sin un previo entrenamiento, hacía inevitable que de cuando en cuando buscase recuperar el aliento, aunque siempre que podía dedicaba los fines de semana al alpinismo, subiendo montañas y colinas vecinas o practicando el *rappel*.

–No abuses con el oxígeno, porque podría ser vital allá arriba si las condiciones empeoran –advirtió Jumpi señalando con su índice hacia la inmensa y alta mole de hielo y granito–. ¿No tendrás mal de montaña, verdad? –preguntó debido a su falta de oxigeno.

–No, de ninguna manera. Estoy bien. Sólo un poco de cansancio porque estaba subiendo muy rápido. Además tenemos oxigeno más que suficiente y no creo que lleguemos a utilizarlo todo –expresó mientras se untaba protector solar en labios y cara.

–Con estas montañas no se juega. Tú lo sabes tan bien como yo –recordó su amigo.

–Tienes toda la razón. Comenzaré a racionarlo desde ahora. Gracias por la sugerencia.

Jumpi era más bien bajo y en comparación con Fabrizio se veía casi enano, pero aunque tenían la misma edad, su fuerza y pulmones, quizás producto de su ancestral ADN sherpa, lo hacía ver como un coloso, un superhombre cuando de escalar montañas se trataba.

De personalidad retraída y de poco hablar, con la única persona en el mundo con la que se abría y explayaba en largas peroratas, tanto filosóficas como religiosas con tintes espirituales y hasta sobrenaturales, era con Fabrizio, su amigo del alma, en quien confiaba plenamente. Mientras subían, su aceitunada piel comenzaba a tomar un tinte pletórico de vida, de energía inapreciable, como si aquellas peligrosas montañas tuviesen el don de imprimirle a su ser y a su cuerpo una fuerza suprema y poderosa inexplicable. Parecía que respiraba al compás de la montaña y la montaña a su compás, ambos unidos en simbiosis de vida y armonía.

–El *Sagarmatha* nos saluda –dijo Jumpi cuando Fabrizio alcanzó la pequeña saliente de nieve donde él estaba parado y apoyado en su bastón de *trekking* con la mirada fija hacia la ruta donde debería estar el monasterio.

El ex guía sherpa y ahora sacerdote católico se refería al Everest, cuyo nombre nepalí es, precisamente, *Sagarmatha*, que significa *cabeza del cielo*. Sus vecinos tibetanos en cambio llaman a la gran montaña *Qomolangma*, que quiere decir *Madre del universo*.

–Y nos da la bienvenida porque ya superamos la cascada –contestó

entre sofocos su compañero.

Fabrizio se refería a La Cascada de Hielo, uno de los pasos más peligrosos de esa ruta debido a que la enorme mole de *seracs* que fluye por el Glaciar del Khumbu está en permanente movimiento y es necesario chequearla constantemente para evitar accidentes y muertes innecesarias.

Durante el primer día en el Campo Base el grupo de sherpas que habían subido con ellos tomaron las previsiones necesarias. Revisaron todo y chequearon el estado de las escaleras y cuerdas, que eran decisivamente necesarias en La Cascada de Hielo, donde un gran número de grietas, algunas de ellas muy bien camufladas bajo la nieve, y bloques de hielo inestables del Glaciar del Khumbu convierten a esa parte de la ruta del Collado Sur en uno de los tramos más comprometidos e inseguros de la escalada. Muchos sherpas y expedicionarios vieron truncados sus sueños de escalar el Everest al dejar sus vidas en el glaciar.

Jumpi y Fabrizio tomaron la vía que iba hacia el Campo I, por encima del Glaciar Khumbu, a más de seis mil metros de altura sobre el nivel del mar. Fue un acierto comenzar a subir muy de madrugada debido a que las bajas temperaturas mantenían firmes y en su sitio a los grandes bloques de hielo, los cuales durante los meses de abril y mayo comienzan a desprenderse repentinamente y sin aviso causando muerte y horror entre los montañistas. Y ese día, precisamente, era 4 de abril, día del cumpleaños de Fabrizio.

Los dos montañistas sabían que la mejor época del año para andar por esas montañas era, precisamente, en el mes de abril o mayo, antes de que comenzase el verano y la estación de mozones, ya que el cambio de las *corrientes en chorro* reducía la velocidad media del viento en las partes más elevadas del Himalaya. Y ellos, según las coordenadas que le suministraron los monjes, deberían subir y mucho más, pero no los 8.848 metros de altura que tiene el Everest, montaña que sigue creciendo año tras años debido al constante acoplamiento de las capas tectónicas del Himalaya.

De pronto Jumpi y Fabrizio se vieron las caras y decidieron hacer alto en el ascenso. Por ese día sería todo. No llegarían más lejos y acamparían donde estaban. La decisión no se debía al cansancio sino a cierto desconcierto. No sabían, a ciencia cierta, si habían tomado el camino correcto.

–He estado chequeando las coordenadas que nos dieron los monjes y estoy confundido –manifestó Fabrizio mientras se quitaba uno de los guantes.

–Me pasa igual. Lo que antes me parecía muy claro, ahora no lo es para nada –respondió Jumpi–. Por cierto, feliz cumpleaños –agregó risueño.

– ¡Qué bueno!... Te acordaste.
–Y como no acordarme después de todo el whisky que compraste.
–Sabes que no era para eso… Que era una excusa.
–Bromeo, amigo. Sé que su función era para escaparnos sin ser vistos y salió muy bien.
–Este sitio es perfecto para acampar –dijo dejando caer en el nevado suelo su mochila de sesenta litros–. Hay poco viento y esa pared nos protegerá de las corrientes que vienen del norte –indicó Fabrizio señalando hacia el lugar.
–También lo creo. Acampemos de una vez y así podremos salir otra vez muy de madrugada –precisó sin urgencia Jumpi mientras se ajustaba las tiras de su casaca impermeable cortavientos.
–Al menos ahora dormiré un poco más que anoche… El alboroto de los sherpas apenas me dejó pegar un ojo.
–Lo sé… A mí me pasó lo mismo… Ya perdí esa costumbre de celebrar y gritar por cualquier cosa –expresó el sacerdote sherpa quitándose los lentes de protección ultravioleta.
–Es que ahora eres civilizado –bromeó Fabrizio.
–No me hables de civilización a mí, que he visto tantos horrores entre personas que se dicen evolucionadas y desarrolladas que espantan –comentó con misericordioso desdén.
–Lo sé, amigo… Últimamente parece que no entiendes de bromas. Todo te lo tomas muy en serio.
–No es que sea huraño… Es que he visto y escuchado tantas cosas, que harían erizar al mismo Lucifer.
–No hables de demonios aquí, porque podrías causar una avalancha –dijo otra vez en chanza buscando eliminar la pesadumbre que Jumpi reflejaba en su rostro, el cual no se debía a cansancio físico sino espiritual–. ¿Qué has escuchado que te tiene así?… ¿De quién?...
–En confesión, querido amigo. En el poco tiempo de sacerdocio que tengo he escuchado horrores, revelaciones que causarían una avalancha humana, una pérdida de la esperanza.
–No digas eso, que tú eres un hombre de fe.
–Ahora el que no está para bromas eres tú… Es una forma de decir… Mi fe es incorruptible y tan sólida como eso –afirmó Jumpi dirigiendo su mirada al gran Everest.
El lugar que habían escogido para acampar era un pequeño refugio natural desde donde se podía observar la pared sur del Lhotse, a una altitud de unos 6.180 metros sobre el nivel del mar y en dirección opuesta al Campo II, el cual quedaba a 6.500 metros. Mientras hablaban ya tenían casi armadas las carpas y se disponían a desatar de las mochilas sus bolsas de dormir de plumas, resistentes a temperaturas bajo cero.
Cuando ascendieron por el valle glacial del Cwn Occidental para ir

hacia la pared del Lhotse, por una de las grandes grietas transversales que “rasgan” la mitad del valle, Jumpi creyó haber visto a un gigantesco yak blanco o a un dzo, animal híbrido que es el resultado del cruce de un yak con una vaca doméstica, cabalgando por el inexpugnable *Valle del Silencio*, como también se le conoce al Cwn, que por su especial forma reduce la fuerza de los vientos, los cuales en el valle ya no silban sino susurran.

A Fabrizio no le comentó nada sobre el inmenso animal blanco que creyó ver correr entre las grietas. No quería alterarlo. Además, sabía que a ciertas alturas y en lugares muy extensos suelen producirse espejismos.

Más que eso le preocupaba por cuál de las cinco caras sur del Lhotse deberían ascender hasta *Donde el viento habla*, lugar del asiento del monasterio. Su inquietud se debía más que nada porque por donde ascendían en esos momentos era una ruta totalmente diferente a la que habían descendido cuando sufrieron el percance en el Kanchenjunga. Estaban muy, pero muy distantes de allí, pero de acuerdo a las coordenadas suministradas por los monjes debían seguir esa ruta aunque iban en sentido casi contrario. Claramente les habían advertido que pasase lo que pasase no debían desviarse y seguir al pie de la letra las indicaciones dadas. Como expertos montañistas ambos sabían que ese no era el camino, empero seguían las instrucciones. Estaban cerca de los siete mil metros, cota muy similar a la de cuando fueron sorprendidos por la avalancha en el Kanchenjunga.

Jumpi tenía más de media hora metido en su carpa tratando de descifrar la incongruencia en las coordenadas. Alumbrado por su linterna chequeaba el mapa topográfico con GPS en mano. Con desaliento observaba que hasta llegar al Lhotse, todo iba bien. En adelante comenzaban las discrepancias entre las coordenadas del lugar con las suministradas por los monjes. No correspondían. Estas eran 27°33′09″N 88°13′54″E, muy parecidas a la ubicación del Kanchenjunga, pero con pequeña variables, pero nunca iguales a las de donde estaban en esos momentos, que eran 27°58′00″N 86°56′00″E, que correspondían al Lhotse.

Estaba tan abismado en sus deducciones que no se percató que otra linterna le iluminaba el rostro. Era Fabrizio, quien se había acercado a su carpa.

–No te preocupes. A mí me pasa lo mismo que a ti –dijo al verlo con el mapa semidesplegado sobre su regazo.

– ¿Y por qué te habías quedado callado?... Me estaba volviendo loco. Hasta creí que todo lo que me habías enseñado sobre mapas, coordenadas y brújulas se me había olvidado –ripostó con alivio.

–No te preocupes…Todo está bien. ¡Quédate tranquilo!

– Cómo qué tranquillo. Estamos en medio de la nada y solos y

todavía me pides que me quede tranquilo, por favor.

– ¡Sí!... Al parecer no te acuerdas.

– ¿Acordarme de qué? –preguntó desconcertado Jumpi.

–De lo que nos dijo el viejo lama cuando nos llamó aparte antes de irnos: “Pase lo que pase tengan fe. No se sientan perdidos” –expresó recordando las palabras que les subrayó el Gran Lama Manjushri Avalokiteśvara.

–Sí, claro que lo recuerdo. Pero eso es pura retórica. Recuerda que es una lama budista y no un obispo católico para estar hablando de fe.

–Sé que ahora eres el más católico de todos los católicos –soltó con sorna Fabrizio–, pero la fe no es sólo privativa del cristianismo.

–Perdona, lo sé… Lo que pasa es que dentro de poco tendremos que salir nuevamente hacia ese desierto de dunas blancas y no sé hacía dónde ir… Por cuál de las cinco caras sur debemos subir –confesó Jumpi realmente preocupado.

–Trata de dormir un poco y dentro de un rato, cuando estemos listos para salir lo decidiremos –apuntó Fabrizio buscando con sus dedos la abertura de la pequeña carpa para salir de ella–. Y, recuerda, “pase lo que pase, ten fe” –recordó tratando de animar a su amigo mientras salía de la carpa.

…–Seguro… Seguro… Buenas noches –ripostó Jumpi después de un largo bostezo.

De pronto el silencio de los vientos fue roto por un escalofriante grito.

– ¡Dios, mío, qué es eso!

Era la voz de Fabrizio. Estaba inmóvil fuera de la carpa con los ojos apuntando a un remoto lugar de las oscuras montañas.

Mientras Fabrizio y Jumpi estaban en el Himalaya en busca de una respuesta a *la profecía de la sombra*, en Qana, una pequeña ciudad al sur del Líbano, Nicene Alim Ambrosio, un erudito ebionita considerado tutor de la Ley Mosaica de los primeros siglos, revisaba afanosamente unos antiguos y polvorientos manuscritos que iba arrumando cerca de un sobre de correo recién abierto.

El erudito estaba de píe frente a los roídos legajos que por docenas se amontonaban desordenadamente encima de un rústico escritorio.

Entre las sombras de la oscura y maloliente oficina su figura lucía tétrica. Joven, de piel blanca grisácea por falta de sol y estar siempre encerrado en su oficina-cuartel, de vestir desaliñado y prematuramente encorvado debido a una malformación ósea producto de una escoliosis genética, Nicene Ambrosio trataba infructuosamente de dar con un texto o algo que parecía tener prioridad sobre todas las demás cosas que debería hacer ese día.

La luz de una maltrecha lámpara que estaba en un extremo del escritorio iluminaba perfectamente la cubierta de plástico del correo, seguramente abierto de forma apresurada, evidente debido por las rasgaduras irregulares de sus bordes. En la parte superior del sobre se leía claramente Port Black, ciudad del posible remitente.

¿Qué podría contener aquel sobre y quién lo envió que lo mantenía en tal estado de excitación y ansiedad? ¿El Port Black de su membrete era el mismo Port Black de Inglaterra? Nada hacía presumirlo, pero el misterioso sobre rompía la caótica desarmonía entre aquella ruma de sucios papeles, notas amontonadas al desdén y antiguos cartularios y polvo, mucho polvo.

Aquel sobre, y no otra cosa, debería ser la causa de su afán.

Desde su primera niñez Nicene Ambrosio, descendiente directo de Ambrosio, un monje teólogo cristiano llamado *El camaldulense*, que vivió y murió entre 1386 y 1439, por tradición familiar había sido educado bajo los principios y postulados ebionitas, una secta que seguía fiel a la Ley Mosaica.

Aunque los ebionitas se creían extinguidos desde hace muchísimo tiempo, quizás durante el siglo V, la sola imagen de Nicene y observar en las paredes de la oficina pinturas, dibujos y rótulos alusivos a aquella época prescrita en el tiempo, daba a entender que los ebionitas aún existían.

Quizás Nicene era uno de esos tantos fanáticos trastornados por la religión, que los hay por cientos de miles deambulando en todo el mundo, que buscan reivindicar causas perdidas o resucitar viejas sectas que más que bienestar traen confusión y desorientación en la población religiosa y creyente.

Otra de las cosas que desentonaban en aquel lugar eran un montón

de viejas armas, entre las cuales se encontraban pistolas de alto calibre y algunas AK-47, el fusil de asalto ruso que, normalmente, usan los *mujaidines*, terroristas y las tropas de algunos ejércitos del mundo, más que nada los de corte islámico. ¿Qué hacían en la oficina de un estudioso de la Ley Mosaica? ¿Por qué estaban allí y por qué el jorobado protector de aquella especie de cuartel-oficina siquiera tomaba la previsión de mantenerlas ocultas? ¿Qué era, en realidad, aquél lugar?

Los ebionitas provenían de una corriente del cristianismo primitivo que practicaban ritos judíos como la circuncisión, el respeto del sábado y las prohibiciones alimenticias. Siguieron unidos al judaísmo pero también se les consideraban cristianos al afirmar que Jesús era un profeta, aunque uno más de otros. No obstante, su cristología no era pura, porque, aunque aseguraban que Jesús era el Mesías, o sea el Cristo, rechazaban su preexistencia, que tuviese naturaleza divina y su nacimiento virginal.

Los integrantes de la secta consideraban sagrados los libros del Tanaj, del Antiguo Testamento, y un Evangelio escrito en hebreo, que ellos creían que era el verdadero Evangelio de san Mateo, al cual llamaban *Evangelio según los hebreos*, y rechazaban categóricamente los escritos del apóstol Pablo por juzgarlo un apóstata de la ley.

Sobre los orígenes de los ebionitas siempre existieron muchas imprecisiones históricas. Algunos eruditos afirmaban que vivieron como una comunidad distinta a la de la cristiandad temprana, antes y después de la destrucción de Jerusalén en el año 70 de nuestra era, pero que fueron aislados y perseguidos por cristianos gentiles pese a que seguían devota y fielmente las enseñanzas de Jesús. Casi con precisión matemática los teólogos los han diferenciado muy bien de los carpocracianos, cerintos, elcesaiteos, nazoraneos, sampasenos, nazarenos y otras sectas de judíos discípulos de Jesús por tener creencias cristianas muy diferentes entre ellos. Los ebionitas eran constantemente confundidos con los nazarenos, pero tampoco tenían nada que ver con ellos.

Aunque no se conserva completo y fue reconstruido exclusivamente por citas y fragmentos, la secta poseía su propio evangelio, al cual llaman *Evangelio de los Doce*, donde se encuentran segmentos mencionados por san Epifanio, san Ambrosio, Beda, *El venerable*, y a san Jerónimo, entre otros personajes de la cristiandad. En fin, los ebionitas eran un pastel religioso de la historia antigua, que ahora la presencia de Nicene la revivía con un tinte musulmán.

Los minutos pasaban con rapidez y el erudito jorobado seguía hurgando entre sus documentos pero no hallaba lo que estaba buscando con tanto ahínco. Tomó el sobre postal que estaba en la mesa y de su interior sacó el contenido. Eran dos folios

mecanografiados en computadora. Nada antiguo o extraño había en aquel documento. Volvió a leerlo y pronto posó la vista en una frase. La releyó varias veces y quedó meditabundo. Pasados algunos segundos tomó lápiz y papel y anotó la frase en letras grandes y claras. La frase decía *profecía de la sombra*. Luego la fue desmembrando letra por letra y la anotó al revés, comenzando por la última hasta la primera letra y el resultado fue la palabra *arbmos al ed aiceforp*. Se la quedó contemplando un rato. Al parecer la releía una y otra vez ya que sus labios se movían muy suavemente, como si estuviese rezando a solas y en silencio el santo rosario. Súbitamente dejó de hacerlo y tomó el trozo de papel donde había anotado la frase al revés y empezó a rasgarlo con esmero y precisión. Lo convirtió en tres pedazos. Una vez terminada la operación, los tomó en sus manos y comenzó a armarlos como si se tratase de un rompecabezas. El primero, *arbmos*, lo puso sobre el escritorio en forma horizontal. Después tomó el segundo, *aiceforp*, un poco más largo, y se lo cruzó encima en forma vertical, dibujando una cruz. El pedazo restante, *al ed*, lo colocó encima, más arriba de la unión de la cruz, a manera inscripción puesta en un supuesto capitel.

Dejó todo como lo había ordenado y, sin dejar de verlo, se alejó unos pasos del escritorio.

– ¡Ahhh! –exclamó súbitamente y volvió a hurgar entre sus papeles, libros y notas mientras con una de sus manos se alisaba sus bigotes y prematura larga barba cana.

13

– ¡Quítate!... ¡Déjame al volante! –apresuró con voz temblorosa Robert a su ex–. Después te explico.

Elizabeth se zafó en un instante el cinturón de seguridad y se apartó al asiento contiguo para dejarle el sitio libre a Robert, quien en movimiento acrobático pronto estuvo detrás del volante. Puso el auto en marcha y aceleró a fondo en el preciso instante que varios de los chillones y enfurecidos pajarracos negros se estrellaban contra el parabrisas y parte de la carrocería del vehículo.

El auto hizo varios zigzag, pero Robert pudo controlarlo a tiempo para que no fuese a estrellarse. Otros que transitaban por esa misma vía no corrieron con la misma suerte porque mientras volaban los pájaros iban defecando y convirtiendo el pavimento en un resbaladizo lodazal de mierda.

Robert siguió acelerando con fuerza. Mientras el auto se alejaba del lugar veía por el retrovisor como cientos de aquello fúnebres pajarracos negros los perseguían. Sólo a ellos, a nadie más.

–No voltees… No mires hacia atrás –advirtió. La joven arquitecto instintivamente trató de girar el cuerpo, pero fue contenida a tiempo por el oportuno brazo de su ex–. No lo hagas, no te va a gustar lo que verás –repitió mientras le quitaba la mano del pecho.

– ¿Qué pasa? –preguntó desconcertada.

–Nos vienen siguiendo –respondió también confuso y con cara de espanto.

– ¡Queeeé!... No puede ser… Mi vida se ha convertido en una pesadilla… ¿Qué está pasando, Dios mío? –se interrogó con voz queda mientras metía la cabeza entre sus piernas.

A medida que el auto avanzaba sus ruedas patinaban sobre el excremento que iban dejando caer los pajarracos que lograban adelantársele. A través de retrovisor, del cual Robert no le quitaba los ojos de encima, veía como algunos autos que iban en dirección contraria o salían de alguna bocacalle cercana se estrellaban unos contra otros debido al baboso pavimento que dejaban tras de sí los pájaros a su paso.

–Creo saber algo de lo que está pasando… Después te explico. Primero hay que salir de este embrollo –manifestó de improviso su ex para calmarla.

– ¿Cómo qué sabes algo?... ¡Dímelo ahora mismo!... ¿Qué está pasando? –exigió Elizabeth al tiempo que se erguía sobre el asiento.

De saber lo que ocurriría en los próximos instantes nunca habría sacado la cabeza de entre sus piernas.

Al levantar el rostro con la intención de girarse hacia Robert y pedirle que le dijese lo que sabía, *la sombra*, la misma que la había atormentado durante sus sueños y que luego se escapó de ellos para hostigarla y aterrarla, pasó como una saeta frente al auto, el cual iba a más de cien kilómetros por hora.

Instintivamente Robert hundió con fuerza el pedal de frenos, pero no había nada qué hacer. *La sombra*, tal como había aparecido, se esfumó sin dejar rastro. El chillido de los neumáticos sobre el asfalto y el olor a frenos, sólo fue acallado por el espantoso grito que salió de la garganta de Elizabeth.

El auto siguió en su carrera sin norte ni rumbo preciso. Elizabeth volvió a meter la cabeza entre sus piernas y comenzó a estrujarse con fuerza su hermosa cabellera rubia.

– ¿La viste?... Dime que la viste –brotó de sus labios sollozantes pero sin moverse de la posición que estaba.

– ¡Claro qué la vi!... Casi nos hace estrellar –respondió turbado su ex.

– ¿Entonces no estoy loca?

–No, no lo estás –la tranquilizó Robert.

– ¿Tenía forma?… ¿Qué forma le viste?... ¿Era hombre o mujer?

–Fue muy rápido todo. No pude verle nada, aunque definitivamente se trataba de un hombre.

– ¿Estás seguro? ¿Por qué lo dices? –preguntó con cierto alivio. Tanto porque otra persona, además de ella, había visto a *la sombra* de sus sueños y porque eso corroboraba que no era una alucinación, que ella no estaba alucinando… ¿O sí?... Dudó un momento al pensar en la adicción de Robert. ¿Estaría su ex bajo el efecto de alguna droga? Si era así, ambos lo estarían… Ambos estarían chiflados–. ¿Por qué estás tan seguro de que era un hombre? –repreguntó confusa y llena de espanto después del horrible pensamiento que cruzó por su cabeza.

–Porqué alcancé a ver sus ojos… Me miraba fijamente, como alucinado –al oír la palabra *alucinado* Elizabeth se estremeció porque sintió que algo de esa palabra le atañía, le pertenecía, tanto a ella como a su ex–. Sus ojos eran negros, muy negros, como el azabache, pero inexpresivos… Algo demoníacos pero también divinos…

– ¿Estás tomando drogas?... ¿Estás drogado, no?

– ¡No!... No, te lo juro. Tengo más de dos meses que no *me meto* nada. Estoy tratando de dejarlas y Corina me…

– ¿Corina?... ¿Qué pasa con Corina? ¿Qué tiene qué ver Corina contigo?... Sabes que es mi mejor amiga.

–No pasa nada. ¡Nada!… Después te digo. Cuando te calmes te explicaré. Pero volvamos a lo de *la sombra*…

– ¡Estás evadiéndome! Dime qué pasa con Corina.

–Te dije que después te lo diré… ¡Cálmate, mujer, por favor cálmate!

–Bien. Creeré en tú palabra. ¿Qué más me tienes que decir de *la sombra*?

–Que creo que pude verle también parte de su nariz.

– ¿Sí?... ¿Y cómo era?

–Perfilada… Algo perfilada, como europea… ¿Entiendes?... ¡No sé!... A lo mejor estoy equivocado. Todo fue tan rápido…

–Al menos tú viste algo… Yo, desde que me está apareciendo, no he podido distinguirle nada. Cuando apareciste estaba saliendo de hablar con el siquiatra –al terminar la frase Robert consintió moviendo su cabeza, como si supiese que estaba con el sicoanalista. Elizabeth se dio cuenta, pero prosiguió– y él me preguntó lo mismo, qué cómo era, y yo no pude decirle nada porque nunca he podido verla de cerca… Apreciar su fisonomía… Al menos tú dices que es un hombre, que tiene las facciones de hombre, pero yo nada.

–Bueno, eso creo –respondió dubitativo–. Espero no haberme equivocado. Recuerda que las drogas potencian algunas percepciones, sean estas auditivas, de gusto o visuales, y aunque no esté tomando nada, a lo mejor me quedó algo de eso.

–Dejémoslo hasta ahí… Veo que estás tan turbado como yo –manifestó sospechando que estaba bajo efectos de alguna droga–. Ahora dime qué pasa con Corina y cómo sabías que estaba en el siquiatra.

– ¡Fácil!... Corina me lo dijo.

–Corina otra vez… Qué tiene que ver ella con todo esto. ¿Me lo puedes explicar?

El auto seguía avanzando veloz, sin rumbo preciso. Sólo avanzaba.

Después que *la sombra* se cruzó frente a ellos los pajarracos negros dejaron de seguirlos. Ahora ambos estaban relativamente relajados y con ganas de hablar y aclarar algunas cosas. Por supuesto, mucho más Elizabeth, ya que todo aquel embrollo le concernía, más que nada, a ella. En su cabeza rondaban muchas interrogantes, pero la que más horadaba su corazón de mujer era la que correspondía a Corina, su mejor amiga. ¿Qué tenía que ver con ella Robert? ¿Por qué ahora esa afinidad entre ambos si a Corina le disgustaba? Siempre le decía que odiaba al hombre con el que se había casado. Que no valía un centavo y que era un vicioso irrecuperable. Intrigas de mujer que socavó aún más las bases de aquel resquebrajado matrimonio. Los consejos de su mejor amiga tuvieron su buen peso específico para terminar de

derrumbar aquella relación, pese a que Elizabeth no era para nada una mujer influenciable.

Después de pasar más de media hora dando vueltas sin sentido y sintiéndose libres de la amenaza de los pájaros, Robert enfiló el auto en dirección de la casa de Elizabeth con la intención de dejarla allí y luego irse en un taxi, pero ella le pidió que cambiase de rumbo. Que fuese hacia donde él vivía. Que ella lo dejaría allá y que después se pondría al volante para ir sola hacia la casa de sus padres porque quería estar con sus pequeños hijos. Robert le rogó que lo llevase con ella porque también quería abrazar a sus hijos, no obstante Elizabeth se negó rotundamente. Le dijo que si quería verlos fuese solo para allá. Que nadie le prohibía verlos y que si no lo había hecho durante tanto tiempo no se debía a ninguna petición expresa, ni de ella, ni de sus padres ni de ningún tribunal. Que la prohibición se la había impuesto el mismo a causa de las drogas, las cuales no lo dejaban ver y discernir con claridad.

–Está bien… Tienes razón y no te culpo. Iré a verlos en otra oportunidad –expresó resignado Robert.

–Ahora, antes de que lleguemos a la casa, me encantaría saber qué pasa entre Corina y tú… Como después de tanto odio y aberración hacia ti ahora son amigos y porqué ella no me había dicho nada.

–Es una historia muy larga, pero te la resumiré lo mejor posible. Una vez, creyendo que estabas en su casa, escondiéndote de mí, fui a buscarte allá. Estaba totalmente drogado… Hecho una piltrafa humana. Ella se conmovió y dijo que me cobijaría durante un par de días en su casa. Me cuidó… Evitó que tuviese contacto con las drogas y me aconsejó como una madre… Hasta se les salieron las lágrimas al verme tan desvalido…Yo rompí a llorar como un niño al verla tan sensible y comprensiva… Me recuperé pronto y los dos días se convirtieron en dos semanas, y tú sabes, sucedió lo que ninguno de los dos pretendíamos que sucediese…

–Se acostaron…

–Sí, y nos enamoramos… Ella de mí y yo de ella. Espero que no me guardes rencor por eso… Tampoco a ella… No era nuestra intención.

–Sí, lo de siempre. Fue sin darnos cuenta –manifestó recalcando con mofa el *sin darnos cuenta*–. A ti no tengo nada que perdonarte porque hace tiempo dejé de amarte, pero a ella… La muy hipócrita tendrá que vérselas conmigo.

– ¡No!... No, por favor. No lo hagas. Estaba tan desesperada y angustiada por lo que tú estás pasando, que al principio yo creí que tenía otro hombre… Que me iba a dejar… Que volvería a las calles y que me iba a poner peor que antes… Yo la obligué a decirme qué le pasaba. La puse entre la espada y la pared. Le dije que si no me decía qué estaba pasando, el porqué de tanta angustia, la dejaría… Me iría y

punto –precisó adolorido, pero muy convincente Robert–. Entonces ella no aguantó y me contó todo… Todo lo que tú le habías confiado.
–Por eso sabías lo de *la sombra* y que hoy estaría con el siquiatra.
–Sí… Fue por eso. Corina insistió que fuese… Que fuera a cuidarte por si pasaba algo…
– ¡Y pasó algo!... Algo que ahora tú le contarás a ella. Por mí, está bien que se lo digas. Así se dará cuenta de que no estoy loca.
–No digas eso Elizabeth. Ella nunca creyó que estabas loca, más bien sabía, estaba segura de que decías la verdad. Confiaba en ti. Por eso su preocupación y por eso me mandó a mí.
–No entiendo porqué si yo creí en ella, porque si le confié todo, ella no me correspondió con la misma sinceridad. Porqué no me dijo lo de ustedes…
–Por miedo. Tenía miedo de que lo recibieses mal, aunque, a decir verdad, hace unos días me confió que te lo iba a decir, que no soportaba más ocultártelo. Pero ocurrió lo del sueño, lo de *la sombra* y se echó atrás. No quería perturbarte más de lo que estabas, ¿entiendes?
–Son excusas… ¿Y por qué no me lo dijo al principio, cuando empezó todo?
–Porque tanto ella como yo no sabíamos que esto iba en serio.
–Excusas, sólo excusas. De ahora en adelante sé que no podré confiar en nadie… Sólo en mis padres.
–No lo tomes de esa forma. Nadie buscó engañarte y mucho menos hacerte daño.
–Siempre es lo mismo. Se derrumba un edificio y de nadie es la culpa… Nadie lo hizo adrede…
–No sé cómo hacerte entender. Quizás sólo el tiempo lo hará.
–Puras frases hechas… Puros clichés, pero nadie acepta la verdad con honestidad, con dignidad. El mundo va hacia el abismo de los sin valores y nosotros nos encargamos de echarle una empujadita.
–Sé que hoy será imposible que entres en razón. Quizás mañana verás la cosa con mayor claridad… –juzgó mientras doblaba la esquina que conducía a su destino–. La casa de tus padres sigue tan hermosa y cuidada como antes –manifestó al avistar la residencia, una villa de dos pisos que estaba a unos cincuenta metros de donde se desplazaban.
–Siempre tan hábil para cambiar de tema. Para escurrir el bulto… Tus mañas siguen igual que antes, Robert –sentenció dirigiéndole una lastimosa mirada.
–No. Te lo digo con total sinceridad –expresó al referirse al comentario que hizo sobre la casa.
–No entiendo cómo Corina fue a caer en tus tramp…
Elizabeth abrió la boca aterrada. No pudo terminar lo que iba decir

porque *la sombra*, aquel tenebroso engendro que escapó de sus sueños, ahora estaba aferrado al parabrisas del auto y la miraba amenazante.
Por instantes infinitos todo se paralizó. Hasta su respiración.

14

El grito de Fabrizio espantó de tal forma a Jumpi que en un salto estuvo fuera de su carpa para ver qué le sucedía.
– ¿Qué pasó?... ¿Qué ocurre? –preguntó alarmado al estar a su lado.
–Una luz, una gran luz blanca iluminó todo aquel sector –afirmó indicando con su índice el lugar, el cual ahora permanecía en la más impenetrable de las oscuridades.
– ¿Una luz blanca en noche tan oscura?… –respondió dubitativo–. El cansancio te está haciendo ver cosas raras –agregó restándole importancia al asunto–. Yo no veo nada… Sólo oscuridad.
–Me conoces y si digo que vi la luz, la vi… Estaba allí –expresó volviendo a señalar el sitio–. Era como un gran globo redondo… Tan grande que creí que la luna se había desprendido del cielo. Por eso grité –manifestó todavía perplejo por el fenómeno que vio–. Pero en cuestión de segundos desapareció y todo volvió a quedar así como está ahora –explicó sin entender qué había sucedido.
–Está bien, te creo. No te pongas así –admitió el sacerdote sherpa al notar la cara de preocupación de su amigo–. ¿A qué altura?… ¿Recuerdas a qué altura la viste?...
– ¡Claro!... Hacia allá, en la dirección de mi dedo –volvió a repetir mostrando otra vez el lugar.
–No te muevas de dónde estás… Quédate así que voy por mis cosas para hacer una medición –solicitó Jumpi mientras volvía a meterse en la carpa.
Fabrizio se quedó quieto. Comenzaba a parecerse una estatua de hielo debido a los pequeños copos de nieve que cubrían parte de su cuerpo.
Enseguida volvió Jumpi con mapa, brújula y linterna en mano.
– ¡Okey! –le dijo–. Ahora vuelve a subir el brazo e indícame otra vez donde estaba la luz.
–Hacia allá –afirmó seguro de sí mismo señalando nuevamente la zona–. Lo que me aterró no fue tanto la luz, sino su forma. Era redonda, muy redonda, casi un círculo perfecto y dentro de ella estaba atrapada toda la luz… Era una luz maravillosa, llena de vida… De resplandor…
–Entiendo… Entiendo… –consentía Jumpi mientras se afanaba en una medición exacta del rumbo que apuntaba su amigo para luego hacer en el mapa las mediciones que ameritasen sus notas.

– ¿Lo tienes? –preguntó su amigo cansado de estar en aquella posición.

– ¡Sí!... Ahora mismo haré los cálculos… Anda a descansar que te ves patético –sugirió sonriéndole–. Mañana tendremos que demorar la salida. No saldremos en la oscuridad sino con las primeras luces del alba. Con la luz del día podré precisar mejor el sitio dónde apuntaba la luz que viste… Además, un buen sueño no te vendrá nada mal.

–Totalmente cierto, amigo. Es una excelente ideas. Después que termines con las mediciones duérmete tú también porque tampoco te ves muy bien –expresó irónico a fin de devolverle el "cumplido".

– ¡Gracias, lo haré!… Admito que estoy molido… Tanto pensar y pensar en las coordenadas me agotó.

Los montañistas se retiraron a sus carpas. Estaban casi una al lado de la otra. Separadas, a lo sumo, por algo más de un metro. El primero en dejarla totalmente a oscuras fue Fabrizio. Luego, a los diez minutos aproximadamente, la de Jumpi también quedó envuelta en las frías tinieblas del Himalaya.

La mañana siguiente ambos despertaron temprano. La oscuridad aún los envolvía. Se prepararon un rápido y nutritivo desayuno consistente en grandes porciones de yak ahumado y te tibetano que prepararon con hielo derretido en sus pequeñas cocinillas de gas, cuyos envases de recarga tenían en exacta medida para que no les faltase nada caliente durante el ascenso. Como cosa rara, ninguno de los dos llevaba nada de licor, pero sí bastante agua para tomar durante los ascensos.

Comieron callados y esperaron sin ansiedad que comenzase a clarear. Aunque sus pensamientos apuntaban directamente al círculo de luz que Fabrizio había visto la noche anterior, no comentaron nada sobre el asunto.

Como buen descendiente de italianos, el joven montañista era un devoto hombre de fe. Muy firme en sus creencias cuando hablaba de Dios y todo lo relacionado a la religión cristiana. No habían argumentos, por más convincentes que fuesen, que lo hicieran dudar. Su fe era su más gran tesoro. "Nadie sabe cuántas grandiosas y prodigiosas riquezas alberga si no se tiene", expresaba con orgullo entre su círculo de amigos cuando el tema salía a colación. No por eso debía catalogársele de fanático, menos de lunático religioso. Era todo lo contrario. De mente abierta y visión clara. Aceptaba y respetaba por igual a todas las religiones del mundo aunque la suya fuese y sería siempre la cristiana. No tenía empacho en decir a los cuatro vientos que todas eran muy similares y que todas descendían de un mismo árbol, el de Dios, pero que los hombres, a través de los siglos, se encargaron de distorsionarlas en sus principios y efectos. Afirmaba sin rubor y con mucho conocimiento, que los pilares de cada una de ellas

eran muy semejantes y que sólo tenían ligeros cambios idiomáticos. También aseveraba que los Diez Mandamientos que Dios le entregó a Moisés, que era la guía primigenia de todo buen cristiano, en todas las demás religiones monoteístas eran iguales, en algunos casos hasta mejores. *Dios es uno sólo. El Diablo lo sabe y tiembla*, citaba aludiendo un párrafo bíblico cuando alguien buscaba contradecirlo en su creencia de un solo Dios para todos. Jumpi y otros clérigos católicos amigos, eran de los pocos que compartían su tesis. El sacerdote sherpa también creía que Dios era uno sólo. Que el mismo Dios cristiano en el que él creía, era el mismo Dios de los islamistas, budistas, hinduistas, judíos y demás religiones. Pensaba que si todos llegasen a esa conclusión, muchas guerras y sangre inútil se evitaría derramar en el mundo y el ser humano sería más feliz, amoroso y tolerante.

De pronto, hacia el este, comenzaron a verse los primeros destellos del alba. El cielo estaba inmaculado. La fastidiosa nevada de la noche anterior se había ido. Sólo quedaron las huellas de su paso en el suelo, el cual no estaba tan firme como cuando escalaron hacia el lugar donde se encontraban.

Después de terminar el desayuno y volver a guardar todo en sus mochilas, los dos montañistas se pusieron de pie y dirigieron la vista hacia donde apareció el círculo de luz. Allá todo seguía oscuro. La claridad aún no la había penetrado. Grandes paredes de hielo de otras elevaciones y promontorios se lo impedían. El sitio parecía estar encerrado en un triángulo de oscuridad.

La espera se hizo larga, pero al fin resultó provechosa. El sol, que ya había despuntado totalmente, se dignó darle lumbre a aquel sitio que poco antes permanecía en penumbras.

Jumpi, que tenía la brújula y sus cálculos a mano, apuntó la línea de mira del aparato hacia el sitio donde apareció el círculo de luz.

–Es allí, en la cara sur del Lhotse, creo que es la ruta tres… Esa es *zona de la muerte* –comentó señalándole el sitio a Fabrizio, quien complacido por las habilidades de su amigo observaba el lugar con los binoculares.

–Tenemos que subir esas resbalosas paredes con piolets. Vamos antes que el sol comience a ablandar el hielo –advirtió Fabrizio guardando los binoculares en su funda.

–Lo sé. Es peligroso y escalaremos con mucho cuidado, pero es la única forma de averiguar qué originó la luz y ver si allá las coordenadas que nos dieron los monjes concuerdan… Recuerda, “pase lo que pase, ten fe” –arguyó Jumpi mirando de arriba abajo a su amigo a fin de remachar socarronamente su convencida e incorruptible fe.

–Está bien. Salgamos de una vez.

Dicha la última palabra los dos amigos se apresuraron en ajustar a

sus botas crampones de doce puntas con atadura automática. Revisaron sus morrales, las fundas impermeables de sus polainas, se pusieron crema protectora en la cara, luego las gafas de sol y volvieron a enlazarse con cuerda dinámica de diez milímetros. La distancia entre los dos ahora era un poco más larga, ya que así lo creyeron conveniente. Estaban bien asegurados. La cordada era lo suficientemente resistente como para sostener el doble y, quizás más, de su peso corporal.

Aunque cualquier punto elevado del Himalaya era considerado "zona de la muerte", ese término lo utilizan los montañistas para definir a altitudes mayores a los ocho mil metros.

Al sitio donde se dirigían Fabrizio y Jumpi la temperatura podría descender a niveles muy bajos, lo que conllevaba el riesgo de congelación de cualquier parte del cuerpo que estuviese mínimamente expuesta al frío. Sabían que a esas alturas la nieve estaba completamente helada y que era muy resbaladiza, cosa que aumentaba el peligro de deslizamientos y caídas y, que sin aviso, el viento podría soplar a una velocidad superior a los ciento treinta kilómetros por hora y desprenderlos como una paja de la pared vertical mientras ascendían. No obstante, los dos amigos, gracias a su temeridad y coraje, decidieron ir a indagar qué había provocado el círculo de luz.

También tenían muy en claro que con la presión atmosférica imperante la respiración se les dificultaría, ya que el oxígeno respirable se reducía a menos de un tercio de lo habitual, por lo que era necesario tener a mano las *botellas* de oxígeno.

Los dos hombres comenzaron a caminar por la nieve. Iban callados, porque con esas condiciones de tiempo lo más prudente es no hablar. Para poder comunicarse deberían elevar mucho la voz y eso no era conveniente. El aire frío que penetra por la boca a los pulmones podría causarles cualquier mal menor, como tos y laringitis, pero también el mortal edema pulmonar, una acumulación anormal de líquido en los pulmones que, si no se ataca a tiempo, conlleva a una muerte segura y el Campo Base, donde podrían auxiliarles adecuadamente, estaba ya muy lejos. De cualquier forma, ellos llevaban unas inyecciones especiales para contener por cierto tiempo un edema, si ese fuese el caso, además de otros elementos de primeros auxilios.

El silencio dominaba la cara sur del Lhotse. Sólo el silbido del viento con su voz de ultratumba rompía aquella monótona quietud. Ni un animal, ni un pájaro se aventuraba en esos parajes, a no ser un leopardo de las nieves, llamado el gran *irbis* por los nativos nepaleses que viven en esas remotas montañas, o el *Dzu-Teh*, el gigantesco oso pardo del Himalaya.

Los escaladores iban atentos al camino y sus peligros, que los había en cada pisada que daban. Una en falso podría significar la muerte. No obstante, cada quien por su lado le dedicaban segundos de sus pensamientos en discurrir sobre lo que los había llevado hasta esa remota y desolada región del mundo. En la *santa misión*, como le decía con toda seriedad Fabrizio, a aquella expedición de rescate de la humanidad. El joven arquitecto recordaba cómo y sin saber porqué, el Gran Lama del monasterio les había confiado párrafos de las revelaciones del capítulo perdido del Apocalipsis de san Juan donde se describía con alucinantes detalles *la profecía de la sombra*, la antesala del temido fin de los tiempos. Por su parte Jumpi enfilaba sus cavilaciones en otro sentido, pero igualmente sobre la misma misión. Por su condición de sacerdote, hurgaba en dirección más profunda y espiritual. “¿Por qué nosotros?”, se preguntaba en lo más hondo de su ser. “¿Por qué fuimos los escogidos o todo fue producto del azar? ¿Por qué Dios puso sus ojos en nosotros? ¿Por qué su santa confianza?”.

A medida que se acercaban al punto escogido para escalar la pared de hielo que los conduciría hacia donde había aparecido el círculo de luz, el viento, que hasta ese momento se había mostrado tolerante con los intrusos de las alturas, comenzó a golpear con mayor fuerza. Sus inclementes embestidas hacían zarandear a los montañistas, pero inmutables seguían adelante.

Fabrizio y Jumpi se intercambiaron miradas, pero no se dijeron nada. Siguieron avanzando haciendo caso omiso de las ráfagas. Estaban a pocos metros de donde tenían que iniciar la escalada y no abortarían el plan por nada en el mundo. Su decisión se reflejaba en sus rostros y movimientos.

–Aquí es –comunicó Jumpi al llegar al sitio.

–Desde lejos parecía más fácil –comentó sin aspaviento Fabrizio.

–A la distancia todo parece más fácil y más bajo de lo que realmente son las cosas.

–Siempre es así, aunque uno nunca, por más experto que sea, deja imaginar lo contrario.

–Es la perspectiva del subconsciente, querido amigo –respondió risueño Jumpi.

–Dejémonos de cháchara y comencemos.

–Sí… El tiempo es precioso y si este viento sigue así, será doblemente peligrosa la escalada.

–Espero que se calme un poco –dijo esperanzado Fabrizio.

–No es tan fácil… Yo creo todo lo contrario. Por aquí nada cambia tan rápido, como en los países tropicales.

– ¡Por favor, un poco de piedad! No me hables de países tropicales con este frío –suplicó el arquitecto montañista.

–Estaba jugando contigo… Sé que últimamente frecuentas mucho las

islas del Caribe.

–Hablando de eso, es lo primero que haré después que terminemos con todo esto. Te invito. Si quieres puedes venir conmigo.

–Gracias, amigo, pero tengo otros deberes. Al parecer te olvidas que soy sacerdote.

–Cómo voy a olvidarlo. Por eso estás aquí conmigo. Te necesito doblemente.

– ¿Doblemente?... ¿Qué quieres decir con eso? –indagó extrañado el sherpa converso al catolicismo.

–Por tu experiencia en estas montañas y por la protección y guía espiritual que infundes con tu fe.

–Gracias, Fabrizio. Esa es mi gran riqueza. Si hubiese abrazado antes la religión cristiana, mi vida habría sido más integra, más perfecta, pero no me quejo de… –explicaba Jumpi, pero no pudo terminar la frase porque fue interrumpido por el grito de su compañero.

– ¡Avalancha!... ¡Avalancha hacia el norte! –alertaba con desespero Fabrizio indicando el lugar.

15

Las personas reunidas en el salón principal de la casa de los Diler hablaban en voz baja. Arriba, en el segundo piso, la joven arquitecto dormía serenamente en la que fue su habitación de soltera.

Después de la última aparición de *la sombra*, la cual se adhirió como tétrica estampilla en el parabrisas del auto donde viajaba junto a su ex esposo, Elizabeth entró en shock y se desmayó.

Como estaban a pocos metros de la residencia de sus padres, a Robert no le quedó más remedio que llevarla hasta allá. Ese monstruoso incidente había sido, a escasos minutos uno del otro, su segundo encuentro con aquel engendro diabólico y el espanto se reflejaba aún en su demacrado rostro. No le importaba cómo lo fuesen a recibir los progenitores de su ex, lo único que quería era un sitio donde echarse y respirar tranquilo, lejos de aquella amenaza.

Casi enseguida de sufrir el desvanecimiento, Elizabeth volvió en sí, aunque estaba algo aturdida. Con la ayuda de Robert, sus padres la acomodaron en su antigua habitación y esperaron a que se durmiese. Al verla calmada y profunda, apagaron la luz principal del cuarto con excepción de una pequeña lamparita Tiffany y decidieron ir hacia la sala. Cuando comenzaron a bajar por las escaleras, impulsivamente Robert se devolvió, tomó la manilla de la puerta de la habitación y la empujó un poco más hacia adentro a fin de dejarla bien entreabierta.

–Así podremos escucharla si despierta –comunicó a sus padres, quienes lo miraban asombrados por su esmero, cosa que nunca hizo cuando estaban casados.

–Muy bien, aunque creo que dormirá hasta mañana –comentó Bárbara, denotando cierto agradecimiento, aunque aquel hombre no le inspiraba ninguna confianza–. Después de todo lo que ha pasado no creo despierte –susurró mientras bajaba las escaleras hacia la sala.

Apenas se sentaron el timbre de la casa comenzó a sonar impertinentemente. Charles corrió a ver quién era. Quería evitar que el tintineó despertase a su hija. Abrió la puerta y se topó con la cara de Corina, quien lucía nerviosa. Había ido a toda prisa hacia allá al ser advertida por una llamada que le hizo Robert.

Le explicaron la situación para que se calmase y todos se sentaron en los mullidos sofás de la sala.

Después de proporcionar todos los detalles que Corina requería sobre el estado de su amiga, Charles comenzó a contarles lo que había visto a través de los noticieros televisivos sobre el enloquecido ataque de miles de estorninos negros. Les refirió sobre los múltiples accidentes viales que el baboso excremento de los pájaros había causado en una parte de la ciudad, así como del gran número de heridos reportados por las autoridades. Asombrado, contó cómo, estando en pleno vuelo, los estorninos repentinamente comenzaron a caer muertos del cielo y como, inertes y con estruendo, se estrellaban sobre casas, vallas publicitarias, autos y personas que transitaban por las adyacencias. Los noticieros bautizaron al extrañó fenómeno como "El Apocalipsis aviar" o "Apocalipsis en el cielo", dependiendo del narrador que le tocase transmitir el parte noticioso. Otros, más amarillistas y sensacionalistas, lo tildaban de "Lluvia de cadáveres", "El comienzo del fin" y "La muerte viene del cielo". En fin, se divertían reseñando

las noticias en torno al macabro suceso.

Después del ataque, ni científicos ni los naturalistas consultados por los medios de comunicación pudieron explicar el fenómeno. Tampoco supieron decir qué hacían esos pájaros en Port Black. Manifestaron extrañados que era un verdadero misterio porque los estorninos negros no eran aves migratorias e Inglaterra tampoco su hábitat natural. Únicamente viven en la Península Ibérica, Córcega, Sicilia, Cerdeña y noroeste de África. Menos supieron revelar las causas de su repentina muerte en pleno vuelo. Todo un enigma. Quizás *la sombra* tuvo algo que ver con su aparición. Quizás los había inducido a escapar de algún sueño y volar sobre Port Black para atacar y causar caos.

–Esos pajarracos caían del cielo como pequeñas urnas negras… Yo lo vi y quedé petrificada –contaba Corina a los demás.

–A nosotros nos atacaron –afirmó Robert refiriéndose a Elizabeth y a él–. Se estrellaban enloquecidos contra nuestro parabrisas y, para remate, después vino *la sombra* –contó con actitud de héroe.

–Pobre Elizabeth. Debe haber sufrido mucho en esos instantes. Menos mal que estabas con ella –expresó Bárbara con devoción de madre agradecida.

–En los noticieros explicaron que son inofensivos y que su afilado pico sólo lo utilizan para ahuyentar a otras aves que quieran atacarlos –apuntó Charles.

–Pero aquí se comportaron como unos salvajes y hambrientos depredadores –respondió con saña en su mirada Robert.

–Lo que a mí más me asustó fue su forma de chillar… Era aterrador –precisó Corina, quien ahora se veía relajada y sentada muy junto a Robert.

–Los naturalistas entrevistados por la televisión exhortaron a la población de no alarmarse por sus chillidos porque eso era normal. Que eran unas aves muy ruidosas capaces de imitar a la perfección y de manera estridente cualquier sonido –agregó Charles, quien al parecer no se separó ni un instante del aparato de TV cuando el extraño suceso copó la atención de todo Port Black.

Mientras todos hablaban e intercambiaban opiniones sobre el fenómeno de los estorninos negros y sus nefastas consecuencias, Robert y Corina se cruzaron una intrigante mirada. Charles se dio cuenta de la extraña expresión. Pensó un rato, quizás fracciones de segundos, pero enseguida se desconectó al escuchar la voz de Bárbara, que requería su atención.

Al grupo pronto se le unieron sus vecinos más cercanos, quienes al escuchar el aterrador grito de Elizabeth y verla como la sacaban sin sentido del auto, fueron a ofrecerle ayuda a sus vecinos, aunque más que nada su interés se debía a una cuestión de superficial y enfermiza

curiosidad.

El momento fue aprovechado por Robert y Corina para alejarse de la reunión. Salieron hacia el lobby de la acogedora casa y comenzaron a susurrarse algo, conducta que de inmediato desistieron al ver que Charles iba hacia ellos.

–Elizabeth despertó –le anunció a los dos–. Preguntó por ti y quiere verte –dijo dirigiéndose a Corina mientras se daba vuelta para regresar a la sala.

–Voy enseguida. En un momento subiré –contestó con cierto retraso y sorpresa Corina.

Robert le susurró otra cosa al oído y tomándola suavemente del brazo le hizo señas de que subiese a la recamara donde estaba su amiga.

Obediente, Corina dejó el lobby y caminó hacia el interior de la casa. Él no la siguió. Tampoco volvió a entrar a la residencia. Se quedó pensativo donde estaba y con la vista clavada en un punto indefinido de la calle. Recostó uno de sus hombros del marco exterior de la puerta, extrajo del bolsillo delantero de su camisa una cajetilla de cigarrillos que había quedado bastante magullada por la presión del cuerpo de Elizabeth cuando la cargó en brazos, la alisó un poco con las manos y con dos de sus dedos en pinzas sacó uno de ella. Lo encendió casi de forma automática y comenzó a absorberlo sin deshacer la posición estática de su cuerpo. Sus ojos seguían apuntados en el mismo sitio donde la había depositado momentos antes. Mientras absorbía largas y grandes bocanadas, con su otra mano jugueteaba con el pequeño yesquero plástico que había tomado del fondo del bolsillo de su pantalón. Evidentemente algo le molestaba y no era precisamente su relación con Corina o el asunto de los estorninos o *la sombra*. Menos lo que pudiese pensar de él Elizabeth. Era otra cosa y, por la expresión de su rostro, no parecía muy agradable. Todo lo contrario, sus cejas enmarcadas y dientes apretados reflejaban algo extraño y preocupante. Pensase lo que pensase en ese momento, sus cavilaciones deberían ser crueles o llenas de remordimientos.

Al llegar a la habitación, Corina se había sentado en el borde de la cama donde estaba acostada Elizabeth.

Ambas amigas hablaban serenamente. No parecía existir ningún resquemor entre ellas. Al parecer el asunto con su ex había sido tácitamente pospuesto o dejado, al menos por ese día, a un segundo plano. Eso aparentaba en esos momentos. A Elizabeth le inquietaba algo mucho más importante que una relación amorosa. Algo que estaba acabando con su salud, tanto mental como física: *la sombra* escapada de su sueño.

Aunque Corina no era de ninguna forma una mujer bipolar, sí tenía la capacidad histriónica natural de desdoblar su personalidad y pasar,

en un abrir y cerrar de ojos, de un estado de aparente mujer vacía y frívola, al de una misericordiosa, frágil y abnegada dama, poseedora de grandes atributos morales y espirituales. Igualmente podía saltar de la risa más banal y destemplada al más compungido de los llantos. Y esta última era la máscara que había endosado esa tarde al estar frente a Elizabeth. Era tan abrumador su desconsolado llanto que más bien parecía que *la sombra* la había atacado a ella y no a su amiga.

– ¡Cálmate!... Ya estoy bien –buscaba confortarla Elizabeth mientras trataba de incorporarse de la cama, pero el peso del cuerpo de Corina que de cuando en cuando se le lanzaba encima para acariciarle el cabello, se lo impedía.

– ¿Qué cosa tan horrible?... Me hubiese gustado estar contigo para ayudarte –aseveró su amiga con simulado abatimiento mientras delicadamente con uno de sus dedos enjugaba las lágrimas que salían de sus ojos.

–Gracias a Dios que no estabas… Eso no se lo deseo a nadie y tampoco quiero ya comentarlo. ¿Me dejas parar, por favor? –solicitó amable, apartando a Corina con una de sus manos.

Elizabeth se levantó de la cama y fue directamente al baño, se bajó la pantaleta por debajo de la bata que tenía puesta y se sentó sobre el escusado. Al ver que había olvidado cerrar la puerta tras de sí, volvió a subírselas a medias y caminó hacia ella. Un pequeño empujón bastó para que se cerrase.

Mientras estaba en el baño Corina se incorporó del borde de la cama donde se había quedado sentada y fue hacia el ventanal del cuarto. Descorrió con uno de sus dedos la delgada cortina de recamado tul blanco y miró a través del cristal. Desde donde se encontraba alcanzaba a ver parte del cuerpo de Robert y una gran cantidad de humo, ya que encendía un cigarrillo tras otro, pero no su cara. A la espera de que Elizabeth saliese del baño, siguió observando un rato más con la intención de ver el rostro de Robert, pero el pequeño techo del portal se lo impedía.

Al escuchar el inconfundible sonido que le indicaba que la palanca del depósito de agua del inodoro había sido accionada y que el agua comenzaba a bajar a borbotones para enseguida rellenarse otra vez, soltó ligeramente y sin prisa la cortina que mantenía estirada con sus dedos con la finalidad de volver a sentarse en la cama, pero pronto, con cara de espanto, giró el cuerpo y volvió a tirar, esta vez con fuerza, la cortina. Pegó la frente del vidrio y con inquietud comenzó a ver primero hacia donde estaba Robert, quien seguía envuelto en una nube de humo, luego hacia todos los demás costados de la casa que alcanzaba ver con su vista. Al escuchar que la puerta del baño se abría, soltó la cortina y giró el cuerpo hacia su amiga.

– ¿Qué pasa? ¿Por qué esa cara de susto? –preguntó extrañada

Elizabeth, quien se veía totalmente repuesta de la conmoción sufrida–. Parece que hubieses visto un espanto –agregó bromeando y risueña.

–No, no es nada… Es que estoy muy nerviosa por todo lo que pasaste –mintió para no decirle lo que realmente la había alterado.

¿Qué pudo asustar tanto a Corina? ¿Qué vio a través del ventanal? Sea lo que fuese, también tuvo que haberlo visto Robert.

16

Nicene salió de su oficina-cuartel ubicado en un edificio casi en ruinas de la ciudad de Qana. La construcción quedaba muy cerca de la antigua sede de la Fuerza Provisional de las Naciones Unidas en el Líbano y era una de las pocas construcciones que quedaron habitables después que la aviación israelí bombardeó el lugar y redujo a

escombros toda la zona durante una operación militar conocida como *Uvas de la ira*.

La incursión aérea se desarrolló la tarde del 18 de abril de 1996 e iba dirigida contra las milicias chiítas de Hezbolá, el llamado *Partido de Dios*. Paradójicamente, en el ataque no murió ningún miliciano de Hezbolá, sino más de cien civiles, entre ellos niños, mujeres y ancianos palestinos refugiados en un cuartel de soldados de Fiji, integrantes de la Fuerza Interina de Naciones Unidas en Líbano, donde también resultaron heridos cuatro de ellos.

Uvas de la ira tiñó de sangre y muerte durante dieciséis días al Líbano. Las fuerzas armadas israelíes llevaron a cabo más de 1.100 incursiones aéreas y bombardearon intensamente el Líbano con más de treinta mil proyectiles dejando un saldo de 178 muertos, en su mayoría civiles.

Después de la matanza, las disculpas internacionales no se hicieron esperar y todo fue atribuido a errores de cálculo y a imprecisiones del Mosad, el temido Instituto de Inteligencia y Operaciones Especiales de Israel.

El joven jorobado caminaba por una soleada calle de Qana cabizbajo. Mientras avanzaba, la sombra de su delgado cuerpo lo seguía pesarosa dibujando líneas onduladas sobre los escombros y ruinas que todavía permanecían allí como testigos mudos de la masacre.

Sin demostrar apuro alguno, siguió adelante unos cientos de metros hasta que llegó a una parada de buses y se dispuso a esperar.

Nadie, siquiera un perro o gato callejero, transitaba a esa hora de la tarde por el lugar, pese a que Qana a veces es visitada por un buen número de excéntricos religiosos y creyentes. El motivo que hacía atractivo y especial al lugar era una gruta cercana a la ciudad sobre la que embaucadores de oficio, con el más ruin y evidente propósito de sacarle dinero a cualquier incauto turista, hicieron correr la leyenda que allí fue donde Jesús hizo su primer milagro al convertir agua en vino durante las Bodas de Caná, cuando evidenciado está en el Evangelio de san Juan que el milagro aconteció en la ciudad de Galilea, cerca de Nazaret, y no en Qana.

La espera se hizo corta. Pasados algunos minutos, un desvencijado y ruidoso autobús que se había asomado por la esquina norte de la calle, aminoró la marcha para recoger al único pasajero que estaba en la parada.

Nicene debía conocer su horario y costumbres. Una vez que el transporte se detuvo plenamente, se subió, extendió unas monedas al conductor y buscó sentarse en un asiento apartado, hacia el fondo, aunque apenas había media docena de pasajeros en su interior.

El recorrido lo realizó callado y con los ojos cerrados, como si

estuviese meditando. De cuando en cuando abría los ojos para cerciorarse que el bus no se había desviado de su ruta habitual, cosa que los trasportes colectivos de la ciudad hacían constantemente si existía algún problema o manifestación callejera en su vía.

Esperó hasta que el autobús entrara en el corazón de la ciudad. En ese momento abrió los ojos y se puso a mirar por la ventilla, pero no por curiosidad o ver qué tipo de turistas andaban ese día por los alrededores, sino en busca de una señal. El destartalado vehículo ahora avanzaba con cierta lentitud por las calles de la ciudad. Nicene estaba imperturbable. Nada distraía su atención. Al parecer algo más importante de todo lo que pudiese estar pasando afuera o con la gente, reinaba en su mente.

Al llegar a un punto, aplaudió con sus manos para que el autobús se detuviese. El conductor acató la orden y el jorobado erudito se bajó. Se quedó en la acera hasta que vio alejarse al colectivo. Luego cruzó la calle y se puso a caminar, aparentemente sin rumbo fijo. Enfiló hacia una bocacalle y después otra. De tanto en tanto se detenía frente al escaparte de una tienda con la intención de ver los productos que ofrecía. No obstante, ese no era su motivo real. Buscaba ver a través del reflejo del vidrio del aparador. Después giraba el rostro y con disimulo miraba con el rabillo de los ojos. Obviamente se estaba asegurando de que nadie lo seguía. Una vez convencido, retomaba el paso. La maniobra de detenerse y observar furtivamente la repetía todas las veces que sus instintos la consideraban necesaria. Lo hizo cerca de un vendedor ambulante de frutas y otra al lado de un puesto de periódicos y, después, imperturbable seguía andando.

Un auto negro, ni muy nuevo ni tan viejo como para llamar la atención de los transeúntes, asomó su trompa por una calle y comenzó a seguirlo lentamente a discreta distancia. Después de un rato, se orilló a la acera por donde caminaba y poco antes de detenerse se abrió la portezuela trasera. Sin decir palabra, el encorvado erudito se subió al vehículo y este aceleró y se fue de las inmediaciones.

–Se abrió el Mundo –informó Nicene al hombre a cuyo lado se sentó en el puesto trasero.

– ¿Cómo lo sabes?... ¿Por qué tanta certeza? –preguntó el hombre, un anciano de larga barba cana vestido con capa y turbante totalmente de negro.

–Enviaron la confirmación desde la tierra de los infieles –expresó aludiendo a algún lugar del mundo occidental.

–Tenemos que corroborarlo. Sólo nuestros ojos y conocimientos nos dirá si la información es correcta.

–Lo sé… Por eso lo importante de esta reunión. De otra forma no lo hubiese molestado, Mullah.

–Sabes que nunca salgo del santuario… Que lo mejor es que nadie

sepa que aún estoy vivo. De eso depende la vida de muchos y también tú seguridad –refirió con cierto desagrado.

–Lo sé… Por eso no fui a buscarlo… Hay que mantener secreta la ubicación del santuario.

–Cierto… Son tiempos peligrosos y hay muchos espías en las calles –contestó el viejo, quien mantenía rostro y parte de sus facciones ocultas bajo unos gruesos lentes de pasta negra tan amoldados a su rostro que apenas dejaba ver un pedazo de su nariz, aparentemente aguileña.

–Hay que darse prisa –urgió ansioso Nicene con respeto y sumisión en sus palabras–. La información que me enviaron habla de *la sombra* y nosotros sabemos de qué se trata, qué es *la sombra*… El Mundo se abrió –volvió a repetir al referirse al *Mundo de los Sueños* que se citaba en un viejo pergamino ebionita que él había estudiado con profusión y tormento.

–Antes de actuar debemos confirmar todo sobre el terreno –manifestó con prudente calma el anciano Mullah.

–Así se hará cuando usted lo ordene –respondió dócil, acomodando su postura en el asiento.

–Será pronto… Ahmad te informará de mi decisión –dijo refiriéndose al hombre que viajaba en el puesto de copiloto del auto, presumiblemente su guardaespaldas, quien al escuchar su nombre instintivamente volteó hacia los asientos traseros.

–Dentro está la ubicación exacta de donde ahora habita *la sombra* –expresó el jorobado extendiéndole el sobre de encomiendas que había recibido ese mismo día–. Mi arsenal es muy antiguo. Si vamos para allá tenemos que renovarlo… –agregó buscando congraciarse con el viejo Mullah.

– ¿Cómo se te ocurre?... Con todos los controles que hay en estos días en los aeropuertos eso sería un suicidio. Tú eres un hombre de libros, de leyes y documentos, pero no de combate. El asunto ahora está en mis manos. Yo sabré qué hacer, cómo y cuándo –reprobó con disgusto el anciano.

–Disculpe, Mullah. No quise molestarlo…

–Las armas nos las proporcionarán allá… Nuestros hombres viajaran como turistas. Es lo único que puedo decirte para que te quedes tranquilo –respondió impreciso, tratando de obviar sus verdaderas intenciones.

– ¿Nuestros?... Creí que sólo viajaría yo y un acompañante.

–Tú te quedarás aquí… No puedo perderte porque contigo se irían muchos conocimientos. Tú heredaste el don y la sabiduría de los profetas –dijo bajando el tono de su voz mientras le daba unas palmaditas en el muslo.

–Pero sin mí no habrá una comprobación precisa. No sabrán si *la*

sombra es lo que creo que es… Debo ir. Debemos evitar cualquier error –comunicó ansioso Nicene.

–Tu interés es bueno y Alá te lo recompensará. Acuérdate del significado de tú apellido… Así debes seguir.

–Es sólo un apellido… Eso no significa nada. Además, era en antiguo latín –replicó el jorobado erudito con evidente frustración al mencionar el Mullah el origen de *Ambrosio*, su apellido, que en latín quería decir *inmortal*.

–Para ti quizás no signifique nada, pero para mí y nuestra causa sí. Si te llegase a pasar algo se burlarían de nosotros.

–Este asunto de *la sombra* es mayor, más grande que cualquier causa, mi señor… De ello dependerá el dominio de Alá sobre la tierra y el regreso de Mahoma, su profeta, para darle poder sobre todas las naciones del mundo.

–*Muhammad sal Allahu aleihi wasallam* –contestó al escuchar el nombre del Profeta a fin de bendecirlo, ya que sus palabras traducían *que la paz y la bendición de Allah sean con él*–. Eso es verdad, pero tenemos que ir despacio. Desempolvar el pasado poco a poco… De otra forma volveremos a perderlo todo y quizás nunca más tendremos una oportunidad como esta –sugirió el anciano de turbante negro con la calma y sabiduría que le otorgaba su condición de Mullah.

– ¡No la perderemos!... No permitiré eso…Volveremos a ser grandes y, por el poder de Alá y la ayuda de *la sombra*, el mundo vivirá en paz por siempre y sin la amenaza de los infieles –vaticinó Nicene con decisión fanática reflejada en el rostro.

El auto siguió dando vueltas casi en círculo por calles muy pocos transitadas de Qana. Luego el conductor se desvió por un largo camino recto de tierra a fin de cerciorarse de que no estaban siendo seguidos. El polvo hubiese delatado hasta a una bicicleta que se aventurase a ir tras ellos. Cuando el Mullah y Nicene no tenían más que decirse, el vehículo tomó rumbo otra vez hacia la parte más concurrida de la ciudad y se detuvo bastante lejos de donde lo habían recogido.

…–*Assalaamu álaikum* (*La paz esté contigo*) –saludó con fervoroso respeto el encorvado erudito antes de bajarse del auto.

– *¡Barak Allahu feekum!… Allahu akbar* (*¡Que Alá te bendiga!… Alá es el más grande*) –contestó en árabe el anciano Mullah llevando la palma de su mano derecha al corazón para luego subirla hasta sus labios y después tocar la frente para finalmente señalar con ella el cielo.

El hombre con quien Nicene sostuvo aquel encuentro secreto era el Mullah Malik Muhammad ibn Talib, un iraní disidente del clero chiíta. Se le consideraba *sayyid,* un descendiente de Mahoma a través de sus nietos Hasan ibn Ali y Husayn ibn Ali, y un hombre versado en el Corán y en el *figh*, la jurisprudencia islámica. Su capa y turbante negro indicaban su posición y que se le debía respeto, veneración y

sumisión.

Una vez de regreso al empolvado mundo de su oficina, Nicene se puso a escarbar entre una pila de sucios manuscritos. A medida que daba con lo que buscaba o creía que le sería útil, los amontonaba al lado de un viejo sillón de cuero raído por el tiempo y el uso. Culminada esa agobiante labor, ya que eran muchos y en muy mal estado de conservación, comenzó a sacudirle el polvo y darles un cierto orden, aunque todo parecía un desordenado montón de basura. Al finalizar se sentó en el sillón, tomó el primero de ellos y lo llevó ante sus narices. Al parecer sus letras eran muy pequeñas, por lo que del bolsillo interior de su chaqueta sacó unos deslucidos espejuelos de cristales redondos y se los colocó sobre la nariz. Satisfecho del cambio, comenzó a leer con fruición. Al poco tiempo lo desechó. No era lo que buscaba. Así hizo con varios otros, hasta que uno reclamó su total atención.

Era un pergamino que tenía el dibujo de dos extraños guerreros completamente vestidos de negro. Aunque semejaban esculturas talladas en bronce apagado con aleaciones de cobre y patinas de un óxido enmohecido por el tiempo, en realidad era un vívido retrato de épocas pretéritas. Sus cuerpos estaban protegidos por viejas armaduras de combate, similares a las de los caballeros árabes de la antigua Persia del rey Jerjes, e jineteaban briosos corceles, también negros, de aspecto onírico. Los caballos tenían sus musculosos cuerpos recubiertos, con excepción de los ojos, por armaduras casi idénticas a las de sus jinetes. Sus miradas eran amenazantes y aterradoras. Tanto la de los guerreros como las de las bestias que montaban. En sus manos empuñaban unas armas de aspecto diabólico y mortal, totalmente diferentes a las conocidas en el mundo a través de todos los tiempos. Y no sólo las blandían en una de sus manos, sino en ambas. Uno de los jinetes, cuyo frenético caballo estaba erguido en sus patas traseras, sujetaba en su izquierda un hacha curva con filosos dientes por los que descorrían un líquido rojo que, obviamente, debería ser sangre. Ese mismo extraño jinete enarbolaba en su diestra un arpón en forma de tridente con aristas totalmente quiméricas, que más que picos semejaban cabezas de serpientes. El otro guerrero estaba en posición de descanso, aunque la bestia que montaba se notaba briosa e impaciente. Toda su figura tenía un aspecto tétrico. Sus armas eran casi similares a la de su pareja, excepto la lanza que alzaba en su izquierda, cuya punta de fuego parecía querer incendiar de un momento a otro el dibujo que sostenía en sus manos Nicene. No obstante, había una diferencia entre ese jinete y su compañero: la penetrante mirada de muerte. Sus ojos eran completamente negros. Todo era oscuro en él. Su pupila, iris y cornea eran tan negras como el azabache. No había diferencias entre unos y otros. Todo era fúnebre.

Aquel dibujo tan real no reflejaba una representación artística, sino la recreación de una mente perversa. El retrato de guerreros diabólicos que habían posado después de la batalla para la enferma mano maestra de un alucinado. No se trataba de esculturas, sino de verdaderas figuras humanas y, por lo magistral de su volumen y tridimensionalidad, parecían flotar y querer salir cabalgando de aquel pergamino.

Más extraña aún era la cruz amarilla de dos listones superiores y arco atravesado que como insignia tenían los guerreros en sus pecheras.

La cruz consistía en un dibujo cuyo tronco central iba dibujado de arriba hacia abajo, ya que al final la punta se difuminaba con el trazo. Arriba, a unos seis centímetros del ápice, el tronco central era cruzado de derecha a izquierda por otra línea, la cual también se esfumaba al final. A ese punto se había completado la forma de una cruz normal, común y corriente. No obstante, en la del dibujo, otra segunda línea, bastante más pequeña y más abajo de la primera transversa, partía también la cruz en la misma dirección haciéndola ver como una cruz de dos listones superiores. Uno grande arriba y uno más chico abajo, a no ser por una línea curva, en forma de arco, que cruzaba a ambas de arriba hacia abajo y de derecha a izquierda, tocando en su descenso el centro del listón más pequeño, dejando envuelta en una especie de redondeado arco el ápice de la cruz y su línea superior. El trazo del arco también finalizaba con punta difuminada. La longitud total de la cruz no debería exceder los treinta centímetros, tomando como referencia el pecho de cualquier ser humano de estatura normal, tal como aparentaban ser los dos jinetes del grabado.

Nicene estuvo un largo tiempo observando y examinado el dibujo y a los dos guerreros. También leía y releía una y otra vez la única inscripción que el pergamino tenía al pie del dibujo. De puño y letra, y escrito en latín, tenía garabateado *nihil obstat*, que significaba *nada se opone*, precepto empleado por la censura eclesiástica para expresar que no se ha encontrado nada reprochable en una obra.

En una época el *nihil obstat* era utilizado por los partidarios de una tendencia filosófica que negaba toda creencia y se declaraban escépticos radicales ante la existencia. A sus seguidores los llamaban nihilistas. Fue tan grande su influencia, que como doctrina política existió y se desarrolló más que nada en la Rusia de la segunda mitad del siglo XIX. Sus partidarios propiciaron numerosos atentados terroristas, en uno de los cuales murió el Zar Alejandro II, por lo que fueron perseguidos por las autoridades rusas hasta su exterminio.

17

La avalancha no llegó a alcanzarlos y por suerte rompió bastante lejos del lugar donde se encontraban al desviarse por unas agrietadas y profundas fisuras.

Ya habían escalado más de la mitad de esa pared de hielo. Iban seguros. Los crampones de doce puntas y los piolets técnicos que llevaban en cada mano les aseguraban un buen agarre. Además, por el lado que subían no había inclinaciones y la nieve estaba bastante dura, pese a que durante la mañana el sol golpeó fuerte esa pared.

– ¡Es una cascada helada! –gritó con fuerza Fabrizio a Jumpi.

Éste apenas logró escucharlo, aunque volteó hacia donde estaba su compañero y movió ligeramente la cabeza en forma afirmativa.

Siguieron escalando callados por un tiempo. No había espacio para distracciones. De cuando en cuando, si así lo ameritaba el ascenso y su seguridad, apuntalaban uno cuantos clavos y algunas estacas.

–Estamos cerca del sitio donde viste la luz –informó Jumpi cuando tuvo a su amigo a una distancia que pudiese escucharlo–. Es a la izquierda. Con los binoculares observé una especie de nicho. Allí podremos descansar de estos endemoniados vientos.

–También lo vi. Parece una boca cóncava… Algo así como el fondo de un plato sopero.

–A mi me pareció más bien como el fondo de una sartén vertical –contestó burlón su compañero sherpa.

–Allá el espesor del hielo parece menor –advirtió Fabrizio señalando con su cara el sitio, mientras se desplazaba de lado, en forma casi horizontal, a fin de lograr el punto deseado.

–Espero que sea suave como una cama porque pienso descansar un buen rato.

–Ojalá tenga el espacio y resguardo suficiente para acampar hoy ahí –señaló Fabrizio.

–Seguro que lo habrá –auguró Jumpi–. Tampoco me gustaría regresar y buscar el camino hacia la cima.

Los dos montañistas llevaban todo el equipo necesario. Aparentemente ascendían ligeros, a no ser por los largos metros de cuerda que llevaban recogida en sus cinturas, además de las anclas, clavo de tubos y martillo.

Estaban decididos y nada los detendría. Tenían que comprobar sobre el terreno qué había provocado el inmenso círculo de luz que vio Fabrizio. Querían saber si se debía a un fenómeno de refracción tardía

de luz o algo similar. De todas formas, estaban contentos porque aquel raro e increíble haz de luz les indicó el camino que buscaban.

–No sé si todavía estamos en la ruta tres, pero por las coordenadas el sitio que indicaron los monjes no debe estar muy lejos –advirtió el arquitecto después de consultar su GPS.

Al hablar de la ruta tres se refería al camino que conducía a la cara sur del Lhotse y en plena *zona de la muerte*.

El Lhotse era la cuarta montaña más alta del mundo y fue durante mucho tiempo ignorada por los escaladores, quienes preferían el Everest. En India era conocida sólo como el E1, ya que durante mucho tiempo no tuvo nombre ni en tibetano como tampoco en nepalí. Gracias a un ascenso de reconocimiento que Howard Bury hizo al Everest en agosto de 1921, se dio cuenta que el Lhotse estaba al sur del Everest y unido por su collado sur, por lo que decidió bautizarlo con el nombre de Pico Sur, que en tibetano se dice y escribe *Lhotse*.

El Lhotse no era para nada una cima fácil, todo lo contrario. Junto al K2, conocida como *la montaña salvaje*, era entre *Los 14 ochomiles* las que habían cobrado mayor número de vidas.

Eso lo sabían tanto Fabrizio como Jumpi. A esos peligros, a las trampas mortales camufladas bajo el alucinante paisaje nevado, se debía el gran número de precauciones que tomaron durante el ascenso. Además, el sitio donde se encontraban en esos momentos era totalmente desconocido para ellos y tampoco se tenían noticias de que hubiese sido remontado por algún montañista porque estaba fuera de la ruta de ascenso normal que conduce a la cima del Lhotse.

La primera ascensión al Lhotse sin ningún percance o muerte que lamentar documentada en la historia del montañismo, la hizo en 1956 un equipo suizo comandado por Albert Eggler, pero en octubre de 1989 Jerzy Kukuczka, considerado como el mejor montañista del mundo, murió a pocos metros de la cima al rompérsele una cuerda de segunda mano que había comprado en un mercado de Katmandú.

Eso no los amedrentaba, todo lo contrario, les daba más fuerza y coraje. Mucho más al saber que en 1994 Carlos Carsolio, un avezado montañista mexicano bautizado por el fallecido Kukuczka como *El toro mexicano del Himalaya*, escaló en solitario el Lhotse implantando un récord mundial de velocidad en ascenso al subir desde el Campo Base a la cumbre en veintitrés horas cincuenta minutos. Con su hazaña Carsolio se convirtió en la persona más joven del mundo en completar el ascenso, pues contaba con treinta y un años, la misma edad de Fabrizio. Tiempo después, Carsolio alcanzaría las cimas de todos *Los 14 ochomiles*.

–Un par de metros más y estaremos en la boca cóncava –precisó Jumpi.

–Gracias, a Dios, porque ya es hora de descansar un poco –expresó

haciendo un ademán de cansancio–. Pero, ¿qué es eso de boca cóncava? –preguntó extrañado su amigo, quien ya estaba tan aclimatado a la altura que no tuvo que volver a utilizar oxígeno durante el ascenso.

–Es en honor a ti, compañero. Tú fuiste el primero que vio la luz y tú también el primero que la asemejaste a una boca cóncava, por eso, en tú honor, en honor al gran descubridor de las montañas –dijo jocoso– yo la bauticé *Boca cóncava* – señaló el sacerdote sherpa quien, gracias a su buen humor, siempre tenía una broma u ocurrencia a flor de labios.

–Sí, gran descubrimiento. Una abertura en la montaña. No se lo comentes a nadie ni en broma porque no dejarán de burlarse de mí por un buen tiempo –requirió serio.

–No te preocupes, sólo dos personas lo sabrán. Los ingleses y los extranjeros –manifestó con simulada circunspección para luego soltar una pequeña risotada.

–Tú siempre con tus bromas y salidas. Déjate de juegos y dame una mano –pidió extendiendo la suya.

Jumpi ya estaba en la *Boca cóncava* y asegurado la cuerda a una saliente bastante robusta y segura.

– ¡Al fin! –exclamó al poner pie en nieve segura–. Es más grande de lo que imaginaba –indicó al echar el primer vistazo.

–También la creía más pequeña y menos honda.

–Los reflejos del sol y la blancura de la nieve a veces distorsionan un tanto las cosas –explicó Fabrizio.

–Siempre es así. Por más que uno lo sabe, nuestra percepción nunca logra aceptarlo.

–Son las jugarretas de nuestro cerebro… De ver lo que queremos ver, pero cuando estamos cerca nos damos cuenta de que no es lo que creímos ver.

–Son los espejismos del alma, querido amigo –acotó el sherpa.

–Tú siempre con alguna alusión religiosa, aunque estoy totalmente de acuerdo contigo.

–Cavaremos una cueva allí –expresó Jumpi señalando el lugar.

–Me parece bien. El hielo se ve resistente y nos resguardará de cualquier tormenta que busque sorprendernos mientras dormimos –aprobó Fabrizio–. Aunque todavía es temprano y hay buen sol, mejor es comenzar a cavar y montar las carpas ahora… Nunca se sabe… Empieza, que en un momento te ayudo –dijo dándole la espalada y fue hacia el fondo de la boca, la cual quedaba apenas a unos pocos pasos.

– ¿Qué estás buscando? –preguntó intrigado Jumpi al verlo picotear el hielo con el piolet.

–Algo… Algo que me indique el porqué de esa luz que vi.

– ¿Cómo qué? –indagó Jumpi acercándose al sitio donde estaba su

compañero.

–Un pedazo de algo… De algo que refleje la luz… ¡Qué sé yo!

–No entiendo… Qué, piensas conseguir, ¿un espejo en la nieve? –bromeó.

–Nada de eso… Algo que me dé una pista.

–Sigo sin entenderte…

–Carbono cristalizado, quizás…

–No me digas que estás buscando diamantes –volvió a ironizar mientras Fabrizio desprendía con su piolet pequeños trozos de hielo del fondo de la pared.

Después de uno de los secos golpes con el punzante instrumento se escuchó un eco ensordecedor. La *Boca cóncava* parecía desprenderse de la bóveda del mismo cielo.

18

Elizabeth Diler estaba totalmente recuperada. Después que se marcharon Corina y Robert se quedó un rato más en la cama y charló animadamente con sus padres mientras llenaba de mimos y atenciones

a sus pequeños hijos.

Al rato la joven se incorporó y todos bajaron a la sala para seguir allá la conversación. Bárbara preparó café y la plática duró hasta entrada la noche. Los niños ya se habían ido a acostar. Pasadas un par de horas los bostezos no se hicieron esperar.

Había sido un día bastante tenso y el cansancio comenzó a aflorar. Bajo el pretexto de que al día siguiente iría al trabajo para arreglar sus cosas y que si todo salía como quería, pediría unas cortas vacaciones hasta que lo de *la sombra* terminase o se aclarase su origen, Elizabeth les manifestó a sus padres que se iría a su casa. Estos la persuadieron para que se quedase a dormir ahí, que era lo mejor para ella y los niños. Además, después de lo sucedido debía evitar manejar de noche.

Elizabeth escuchó pacientemente sus razones pero también expuso las suyas: debía cambiarse de ropa y allí sólo tenía algunos trapos viejos que ya no usaba. Estaba empecinada. Al parecer nada le haría cambiar su decisión. En lo que concierne a su apariencia física las mujeres, sin importar lo enferma que estén o lo mal que se sientan, le conceden una suprema importancia, tanto que las convierte en caprichosas, obcecadas y verdaderamente tercas.

Al fin su madre le hizo desistir de sus intenciones al recordarle que dos días antes había llevado algo de ropa allá porque quería pasar unos días junto a los pequeños Natalie y Edward. El argumento la obligó a ceder y, finalmente, consintió quedarse en casa de sus padres.

Esa noche Elizabeth durmió como una recién nacida y sin la amenaza de *la sombra*. Como de costumbre, la mañana siguiente se levantó muy temprano y luego de desayunar sostuvo una superficial charla con sus padres, la cual no tenía nada que ver con *la sombra*, jugueteó tiempo suficiente con sus hijos y luego decidió ir a vestirse para salir hacia el trabajo.

Antes de acostarse, la noche anterior, sin importar sueño o cansancio, escogió entre las cosas que había llevado a casa de sus padres, lo que iba a ponerse.

Se decidió por un hermoso y bien ajustado pantalón azul cielo, camisa manga corta de fino lino blanco, vestimenta a la que adoso una elegante chaqueta color azul marino, casi negra, con un antiguo escudo de armas bordado a su izquierda, a la altura del corazón, que tenía inscrito el lema *Fortiter Defendit Triumphans*. Siempre que se ponía esa combinación cuando se veía en el espejo se reía hacia sus adentros ya que semejaba una azafata, profesión con la que soñaba cuando era niña. Después, el tiempo, los estudios y otras sin fin de razones la inclinaron hacia la arquitectura.

A las ocho y treinta en punto de la mañana, altiva y tan radiante como siempre, Elizabeth cruzaba la gran puerta de vidrio que da acceso a las oficinas de *FG Diseños y Construcciones*, donde trabajaba,

además de ser acreedora de un pequeño paquete accionario. En la mañana, después del desayuno en casa de sus padres, había llamado a Bebel, la secretaria de Ángela, para notificarle que iría temprano.

Todos los que la vieron pasar mientras iba hacia la oficina de Ángela Grassi, que era la misma de Fabrizio cuando éste se encontraba en el país, la saludaron afectuosamente. Elizabeth les retribuyó con una de sus siempre espléndidas sonrisas.

Estaba despampanante. Caminaba con la seguridad y aplomo de siempre, como si la trágica pesadilla y sucesos de los días precedentes no hubiesen acontecido nunca.

Al estar frente a la oficina de Ángela, atenazó la manija de la puerta con una de sus manos, giró con decisión, la empujó y entró.

Al verla ingresar, Ángela se levantó de su silla y la saludó cordialmente, cosa muy inusual en ella.

–Toma asiento –le dijo mientras se volvía a acomodar en su butaca–. Te ves maravillosa –agregó a manera de cumplido.

–Gracias, eres muy gentil. Pero no creo estar lo mismo por dentro –confesó sincera.

–Me han dicho por lo que pasaste y debió haber sido una verdadera tortura.

–Sí, muy horrible, pero no creo que todo haya pasado.

– ¿Por qué dices eso?

–Porque así lo presiento… Hay muchas cosas que todavía no cuadran.

–Crees que todavía la amenaza persiste –indagó cuidando sus palabras a fin de no herirla o ser mal interpretada.

– Si. Por eso estoy hoy aquí –comunicó a fin de entrar de lleno al tema que la llevó a visitar la empresa–. Nada está resuelto todavía.

–Lo siento mucho. Ni me imagino por lo que debes estar pasando –manifestó con sincera misericordia Ángela–. ¿Qué quieres que hagamos?... ¿Qué decidiste hacer? –preguntó ahora en su rol de empresaria a fin de apartar las lamentaciones de aquel diálogo.

–No pienso retirarme. Amo a esta empresa y he puesto en ella todo mi empeño profesional, y tú lo sabes –comenzó afirmando tajante–. Mucho menos vender mis acciones y retirarme. Esto es parte de mi vida –agregó precisa–. Lo único que quiero es un permiso, unas vacaciones.

– ¿Unas vacaciones? –repitió meditabunda Ángela.

–Sí…

– ¿Y el proyecto que estabas llevando a cabo?

–Puedes dejárselo a Corina… Ella está tan familiarizada como yo de toda la estructura y puesta en marcha de la obra.

– ¿Confías en ella?… ¿Crees que sea competente?

–Al menos eso es lo que me ha demostrado hasta ahora… Sin duda

podrá con todo –añadió enseguida sin pensarlo mucho.
–No será porque es tú mejor amiga.
–No, jamás pondría en riesgo ese proyecto por nadie –respondió segura.
–Bien, si eso es lo que quieres, serás complacida, aunque me hubiese gustado tenerte de vuelta.
–Pronto volveré, no te preocupes.
– ¿Y cuándo piensas quedarte fuera?... Tú tratamiento será largo…
–Yo no tengo ningún tratamiento… ¿Quién dijo eso?... –preguntó sorprendida–. Lo único que me indicaron es una prueba de sueño, no un tratamiento, y eso dura apenas un día… ¡Por Dios! –contestó alterada y molesta.
–Disculpa… No te pongas así… Me habían dicho…
– ¿Quién dijo qué?... ¿Quién anda diciendo esas cosas de mí?
–Ahora si me preocupas, porqué dejarás en manos de la persona “en que más confías” –manifestó recalcando la frase– un proyecto muy importante para la compañía y esa es la misma persona que me habló del tal tratamiento.
– ¡Oh, por Dios!... No puede ser… –contestó desconcertada.
–Lo siento. No quería romper la imagen que tenías de Corina –arguyó Ángela con desconsuelo en su voz.
–No importa… Por ahora eso no tiene importancia. Ahora tengo que dedicar toda mi atención al problema –dijo dubitativa, y pronunciando con recelo la palabra *problema*–. Me tomaré dos semanas y si no es suficiente otra más –precisó volviendo al asunto de sus “vacaciones”.
–Bien… Me parece bien y si decides volver antes no lo dudes. Aquí haces falta –aprobó con modesta cortesía.
–Cualquier otra cosa que decida te lo comunicaré por teléfono. ¿Te parece bien? –finalizó levantándose de la silla para dar media vuelta y buscar la puerta de salida.
– ¡Excelente!… Se lo anunciaré a los demás y a Corina para…
Un destemplado y sorprendente grito salido de la garganta de Elizabeth, no dejó terminar a Ángela lo que iba a decir.
– ¿Qué sucede?... ¿Qué te pasa? –preguntó al ver inmóvil y temblando a Elizabeth frente a una gran pintura que estaba apoyada en una de las paredes laterales de la oficina, cerca del recibidor.
– ¡Ese cuadro!... ¿De dónde sacaron ese cuadro? –preguntó despavorida señalando con su índice la pintura.
– ¡Ah, era eso!
–Sí, eso… ¿De dónde lo sacaron? –repitió todavía excitada.
–Es la reproducción de un cuadro de un famoso pintor italiano.
– ¿Sabes cómo se llama la obra? –preguntó ahora más calmada.
– ¡Claro! Es *Sara y el arcángel*, de Tiepolo. Llegó de Italia hace apenas

unos días. Fabrizio y yo la habíamos encargado hace tiempo para donarla a la catedral de St. Nicholas.

– ¿Donarlo?...

– Sí. Mi madre, que Dios la tenga en el cielo, era muy devota e iba mucho a la catedral a escuchar misa. El padre Peter War, el párroco del lugar, siempre hablaba de esa obra y lo hermosa que era, por eso Fabrizio y yo decidimos encargar una copia en Italia y donarla a St. Nicholas –explico con el vivo recuerdo de su madre pincelado en el rostro.

Momentos antes, al escuchar el grito de Elizabeth la secretaria de Ángela se acercó hasta la entrada de la oficina. Estuvo a punto de pegar el oído de la puerta, pero al escuchar adentro sus voces calmadas, dio marcha atrás y fue nuevamente hacia su escritorio. Se quedó un rato pensativa, sin saber qué hacer. Su indecisión se debía más que nada al mal carácter de su jefa, pero de pronto, envalentonada, marcó la extensión del despacho directivo.

Al oír los repiques, Ángela dejó de hablar de la pintura y atendió el llamado.

–Todo perfecto… No. No queremos café, gracias –comunicó con voz audible a su secretaria, aunque se notaba cierto disimulo en ella.

–Disculpa el grito… Me sorprendí… Creo que es hora de irme –atinó a pronunciar Elizabeth apenada por su conducta mientras se disponía salir de la oficina.

– ¡Ok!... ¡Chao!… Acuérdate de llamarme si decides volver antes de las dos semanas –precisó mientras tomaba el teléfono en su manos con la intención de hacer una llamada.

“Ahora esa *rata* pensará que estoy loca. Loca de remate”, se recriminaba la joven arquitecto mientras caminaba cabizbaja hacia la puerta de salida de la empresa, todo lo contrario que cuando entró. Percibía que un centenar de ojos apuntaban a su cuerpo y seguían cada uno de los pasos que daba. Sin embargo, no era así. La única persona que estaba cerca y la miraba sin ningún interés preciso, sino sólo por la costumbre de ver a todos los que salen del despacho de su jefa, era Bebel, la secretaria de Ángela. Los demás ni se enteraron de su grito. Estaban tan ocupados en sus quehaceres diarios que, seguramente, no oyeron nada. Quizás nunca sabrían siquiera qué estuvo en la oficina y menos de su alarido, a no ser que Ángela lo comentase entre algunos de sus empleados, ya que su secretaria no podría saber jamás, ni imaginarse siquiera, lo ocurrido adentro. Las mujeres, cuando están juntas y solas, suelen pegar chillidos por cualquier banalidad. Hasta al ver un par de zapatos de última moda, una sortija o algo que le guste en demasía se van en ecos estridentes. Ese podría ser uno de los motivos que pudo haber pensado la secretaria, pero eso sí, nunca, pero nunca, que se hubiese asustado

ante un hermoso ángel pintado en un cuadro.

Aunque Elizabeth realmente se horrorizó ante la figura del ángel, aquel estúpido incidente la había puesto en ridículo y, lo peor, en desventaja ante Ángela y se condenaba por esa actitud.

Ella sabía el verdadero motivo de su aspaviento, pero lo obviaba de su mente. La razón la mantenía oculta en lo profundo de su subconsciente y le negaba a la lógica sacarlo a flote. Prefería mantenerlo represado dentro, muy adentro de su cerebro, porque el sólo hecho de pensarlo le aterraba.

Sara y el arcángel, la réplica del fresco que estaba en la oficina de Ángela, exhibía una escena hermosa y para nada horripilante, sino todo lo contrario. En la obra se plasmaba el sagrado momento en el que un arcángel le anuncia a Sara que será madre, testimonio asentado en el capítulo 18 del Génesis, donde se narra como Dios envió a tres ángeles disfrazados de hombres para informar a Abraham y Sara de que pasado un año ambos tendrían un hijo, al que llamarían Isaac. Al escuchar el anuncio, Abraham rió con alegría porque cuando nacería Isaac él tendría cien años. Por su parte Sara rió con devota duda, pues era estéril y al año siguiente tendría noventa años y hace bastante que era menopáusica. En la pintura se observa a una Sara ya anciana frente a un hermoso y gigantesco arcángel de pelo rubio vestido con un elegante hábito ribeteado con delicados adornos de bronce oscurecido. De sus dos alas desplegadas descorría un manto grana anaranjado, cuya abundancia recogía suavemente en su mano izquierda mientras que dejaba descansar el resto en el suelo. Una de sus piernas lucía desnuda y sus pies, calzados con botines de cuero claro, reposaban sobre una cornisa de piedra. Su fornido cuello transmitía gallardía y fuerza mientras que el perfil de su rostro paz y armonía. Con el dedo índice de su mano derecha el arcángel señalaba el vientre de Sara, quien, con aspecto sumiso y agradecido, estaba arrodillada en el desvencijado pórtico de su casa. Sara vestía, a la costumbre de la época, un traje azul cobalto de cuello alto blanco. Su mano derecha la tenía ligeramente apoyada en su corazón denotando santa entrega, mientras que de su izquierda también pendía ligeramente un manto grana anaranjado.

Pese a la perfecta y piadosa dulzura de las imágenes representadas en la pintura, esta asustó a Elizabeth, aunque muy dentro de sí, la joven sabía los motivos reales de su compulsiva reacción.

El tamaño de la replica que estaba en la oficina de Ángela era más bien pequeña comparada a los cuatro metros de alto por dos de ancho de la obra original, la cual se conserva en el Palacio arzobispal de Udine, en Italia, de donde era oriunda la familia Grassi. La pieza es considerada una de las realizaciones maestras del pintor y grabador italiano Giambattista Tiepolo, proclamado por el tiempo y la historia

como el último gran pintor de la era barroca y una de las figuras más importantes del rococó italiano.

Una vez en la calle, Elizabeth se dirigió al auto con la intención de ir hacia su casa. Quería estar sola. Echarse en la cama y pensar sin que nadie la interrumpiese o turbase sus razonamientos y deducciones sobre los acontecimientos vividos en los días precedentes, pero más que nada del último. Del ataque de los estorninos negros y de la horripilante *sombra* que con venenosas intenciones se tatuó en el parabrisas de su auto mientras junto a Robert, su impredecible y misterioso ex esposo, eran perseguidos por aquellos pajarracos diabólicos.

Antes de llegar al auto giró el cuerpo abruptamente. Tuvo la extraña sensación de que alguien la seguía. Vio hacía todos lados, pero no había nadie. La calle más bien parecía desierta, a no ser por un par de autos que se acercaban cada uno por un carril contrario. Atisbó un poco más lejos y observó un camión de víveres descargando unos productos. A su costado, unos niños correteaban alegremente tras una pelota de fútbol, pero más nada. Absolutamente nada que hiciese sospechar algo irregular cerca de ella o del auto. No obstante, el presentimiento de que estaba siendo espiado no disminuía.

FG Diseños y Construcciones estaba ubicada en una calle poco transitada fuera del casco central de Port Black. En ambos lados de la vía había grandes y ancianos robles. Generalmente se escuchaban extraños ruidos de sus viejas y moribundas ramas balanceándose al viento, pero nada alarmante ni por lo que debía preocuparse.

Elizabeth llegó al auto y antes de abrir la portezuela volvió a girarse nerviosa. Clavó sus hermosos ojos azules hasta donde la vista le llegaba. Tampoco vio a nadie, aunque esta vez percibió que no era una, sino dos, las personas que presuntamente la seguían.

19

Nicene estuvo casi toda la noche despierto tratando de descifrar el enigma del dibujo de los jinetes. De momento creía tener en sus manos la clave, el mensaje que encerraba, pero pasados algunos segundos volvía a dudar. Estaba atrapado en el pernicioso círculo que teje la incertidumbre y, por más que pensase en el asunto, la inseguridad y confusión lo abrumaban una y otra vez. Se sentía prisionero en la línea sin fin de la duda, aferrado en las redes de lo desconocido sin poder librase de ellas.

“De lo que si estoy seguro”, se repetía mentalmente una y otra vez, “es que Munkir ha despertado”. Pasadas las dos de la madrugada y con ese pensamiento en su cerebro quedó profundamente dormido en el mismo sillón donde estuvo sentado toda la noche en busca de respuestas que nunca llegaron.

Antes de los primeros destellos del alba despertó y sin siquiera lavarse la cara fue directamente al teléfono e hizo una llamada.

Después de los saludos y del consabido *insha' Allah* (*Si Alá quiere*) por respuesta, Nicene fue directamente al grano.

–Estoy casi completamente seguro de que Munkir es el que está en Inglaterra… El que apareció en una de sus ciudades –comunicó al interlocutor que tenía del otro lado de la línea–. Y no está sólo… Nékir también debe estar con él –agregó convencido de sus aseveraciones.

Todavía adormilado, el jorobado erudito dejó escapar un largó bostezo y comenzó a caminar por la pequeña oficina con el teléfono inalámbrico bien adherido a la oreja a fin de escuchar en forma nítida las respuestas que salían del otro lado del aparato.

– ¡Alá es grande!... ¡El día al fin ha llegado!... Ellos nos ayudarán en la Yihad –respondió con el rostro iluminado de gozo–. *¡Al-jihad fi sabil Allah!* –gritó a fin de rubricar su disposición de combatir en el camino señalado por Dios.

La persona a la que había llamado buscaba contener su emoción, pero no lo lograba.

–El Día del Señor ha llegado... El día de la gran venganza sobre los infieles ha llegado –repetía como alucinado–. El sitio escogido por Alá es el correcto –decía sin aparentemente escuchar la voz que estaba al otro lado del teléfono.

De pronto dejó de hablar y comenzó a mover la cabeza

afirmativamente al tiempo que de sus labios salían cortas afirmaciones. Evidentemente recibía instrucciones.

– *¡ Assalamu Álaikum!... Assalamu Álaikum* –repitió devotamente y colgó.

Fue el reverente saludo de despedida hacia su interlocutor y sus mejores deseos para que la paz lo embargase, ya que *Assalamu Álaikum* significaba *Que la paz, misericordia y bendiciones de Dios sean contigo* o, simplemente, *La paz sea contigo*.

La llamada duró poco. Después de cortar la comunicación el jorobado erudito volvió a sentarse en el sillón de su oficina-cuartel, el mismo donde había permanecido dormitando durante casi toda la noche. Estiró los pies hacia delante, levantó la cabeza y apuntó sus ojos hacia el techo, alzó ambos brazos con los puños cerrados y comenzó a desperezarse con fuerza mientras de su boca salía un bostezo tras otros.

La turbación de Nicene, la que lo llenó de tan fervoroso gozo, tenía un motivo supremo y trascendente para la mayoría de los musulmanes. Era la señal que habían estado esperando desde la época de Mahoma y, al fin, había aparecido. El mensaje que había descubierto en el pergamino que tenía el dibujo de los dos extraños guerreros vestidos de negro era inobjetable y claro y tenía un solo significado. El momento de la batalla final contra los infieles de occidente había llegado. Era el tiempo de La Yihad Final, pero concebida tanto por él como por los integrantes de la secta ebionita, como una lucha por la venganza, cuando la verdadera Yihad islámica, la Yihad pura e inmaculada, era una batalla por la causa de Dios, por Alá y su divino amor al prójimo. Era una guerra interna contra las pasiones y las vilezas pero, al mismo tiempo, el credo divino, la obligatoria devoción que debían tener todos los musulmanes para luchar contra la ignorancia e iluminar a través del conocimiento y la verdad a sus semejantes. En fin, la verdadera Yihad, mística y religiosa, consistía en enseñar, explicar, difundir y proteger el mensaje de Alá, del Islam, entre el pueblo y no una *Guerra Santa*, como equivocadamente la interpretaban algunos fundamentalistas. La Yihad o el Sexto Pilar del Islam no debía utilizarse para algo vil que tiñese con sangre y horror, odio y venganza al pueblo, como asumían los fanáticos *muyahidines* o los *ebionitas*, que interpretaban su significado únicamente desde el punto de vista militar y propagaban falsamente entre sus seguidores que la Yihad era un decreto religioso de guerra a muerte, la voluntad de Dios y la palabra santa, el mandato de fe del Corán, para extender la ley de Dios a través de la fuerza y el terror. Pero, obviamente, ese no era el fin de un ser divino como Alá.

La secta ebionita en la que militaba Nicene era un pastel de confundidos musulmanes *sunnitas* y *chiítas*, que gracias a su sed de

sangre se habían temporalmente unido y reconciliado a fin de alcanzar ese único propósito: la muerte a los infieles a través de la Yihad Final.

Creada bajo inspiración de primitivos postulados cristianos, con el pasar del tiempo la secta se convirtió en una ensalada de doctrinas y credos, donde Alá y no el Islam, ni el cristianismo primitivo o la Ley Mosaica y los escritos sagrados del Tanaj, eran la causa esencial de su existencia. No sólo mezclaron todas esas corrientes y consideraron sagrados los libros de un evangelio escrito en hebreo, sino que adoptaron las creencias de algunos fundamentalistas islámicos que juzgaban que sólo la guerra y la venganza signada por el odio y la ira ancestral, harían restablecer el poder y la gloria que le correspondía a Alá en el mundo.

A fin de justificar sus desquiciantes actos, los ebionitas se hacían llamar *ebion-jinn*, a fin de, hipócritamente, afirmar que pertenecían a una hermandad de *pobres invisibles*, sin importarles la dicotomía del nombre escogido, ya que, en hebreo antiguo, *ebion* traducía *pobre* y los *jinn*, según las creencias islámicas, eran seres invisibles y espirituales que fundamentaban sus vidas en hacer el bien y cumplir las órdenes de Alá. *Ebion-jinn* era la unión de dos culturas y credos disímiles y contrapuestos que nada tenían que ver con la divinidad.

Los miembros de la secta se consideraban seres puros, valientes y rudos guerreros religiosos que seguían los postulados de Alá, los cuales harían cumplir ofrendando sus propias vidas, si era necesario, pero eran todo lo contrario. Su cobardía y falta de fe era evidente debido a sus grandes escisiones. No obstante, en la oscuridad del pensamientos musulmán tenían aceptación, aunque muy pocos la revelaban abiertamente. También se creían los custodios de las verdades y credo islámico, distanciándose de esa manera del genuino credo ebionita, el cual no tenía absolutamente nada que ver con el Islam. Su palpable confusión los convertían en peligrosos fundamentalistas y *muyahidines* de facto, aunque ellos buscasen distanciarse de los “otros” *muyahidines* y de su doctrina porque, a diferencia de ellos, no pretendían un Estado Islámico. Eso no los conformaba. Querían un Mundo Islámico, donde existiese un solo, único e irrefutable dios, ¡Alá!

Pese a que vivían en la sombra y en Occidente muy pocos conocían de su existencia, los ebionitas eran lo bastante fuertes y organizados como para desatar una verdadera y mortífera última Yihad. Y para ellos contaban con abundantes recursos económicos y una selecta ala armada, que, por ahora, esperaba en la sombra.

Muchos de sus miembros eran líderes y connotados dirigentes que hacían vida común en ciertos gobiernos islámicos, otros, a lo largo de los años y bajo un plan sistemático y perfectamente organizado, fueron infiltrados en todas sus esferas de poder y toma de decisiones y

sólo esperaban la ocasión que ahora Nicene, según sus deducciones y estudios, creía haber llegado y la ofrecía en bandeja de plata a las máximas autoridades de los *ebion-jinn*.

Esta vez no se trataría de un juego de poderes entre sunnitas y chiítas, o una lucha interna por sus fronteras comunes con Israel, o ataques terroristas de Al Qaeda, OLP, Hamas, Fatah, Isis, Brigada de los Mártires de Al-Aqsa o de las milicias de Hezbolá, ni ninguna pequeña *Intifada* de los *muyahidines*, sino de un verdadero intento de unión, rebelión y guerra de todas las naciones musulmanas contra Occidente para crear un sólido Mundo Islámico. Era el momento de la Yihad Final.

Si lograban propagar su creencia y convencer a la población islámica mundial de que Munkir, el maligno ángel negro musulmán que habitaba el purgatorio árabe Adhab Algab, había escapado y regresado a la Tierra junto a su compañero Nékir para atormentar a los malvados occidentales y que en esos momentos los dos ángeles negros se encontraban en Inglaterra, el día de la Yihad Final había llegado y todos los musulmanes se sumarían en una apocalíptica Guerra Santa, que no sería otra cosa que una gran guerra mundial entre Oriente y Occidente para rescatar el poder de Alá.

Aunque el número de partidarios de la secta ebionita sumaban algo más de cien mil, sus líderes poseían la fuerza de las ideas y poder económico suficiente para irradiar por el mundo islámico y entre todos los seguidores de Alá que *El gran día*, la Yihad Final, había llegado. Para ello iban a impregnar de odio su sentimiento religioso. El vehículo propicio sería la ira. Exacerbar las pasiones a través de la ira sería el detonante mortal, el chispazo que encendería la batalla de todas las batallas contra los infieles. Luego vendría el efecto dominó, el cual lograrían a través de una bien estudiada y masiva campaña publicitaria. La manipulación mediática aprendida de Occidente ahora sería su aliado, el recurso letal de Oriente.

Ese primer paso se convertiría en clave para conseguir el aplastante triunfo de la Yihad Final, ya que se traduciría en la lucha entre el bien y el mal. Y todos los musulmanes querían alcanzar el bien y la máxima felicidad prometida por Alá. Obviamente, el mal para ellos era todo lo que representaba Occidente y su decadente cultura. Los ebionitas deberían restablecer el orden en el mundo y poner punto final al mal que, como fétida peste, transmitían los occidentales desde épocas ancestrales.

Todo estaba perfectamente delineado. El país donde se daría la primera batalla y el primer objetivo a invadir, era, sin lugar a dudas, Inglaterra, en la ciudad donde había aparecido *la sombra*, que para ellos simbolizaba la presencia de Munkir y su compañero Nékir, la señal divina que por siglos habían esperado. No obstante,

simultáneamente serían atacadas, primero de manera silenciosa y luego de forma abrumadora, violenta y sanguinaria y con el nutrido arsenal de armas que tenían en su poder, nucleares o no, todos los demás países occidentales. Después del triunfo, porque estaban seguros de este, vendría la reconstrucción y la salvación de las almas de los infieles que fuesen capturados vivos y que demostrasen su sincera voluntad de adherirse a los mandatos y doctrinas del Islam y de Alá.

Para lograr el éxito sólo deberían, en forma rápida y contundente, encolerizar los ánimos, el nervio religioso a su mayor potencia en los países islámicos y hasta el último rincón del mundo donde existiese un solo musulmán. La ira, salpicada de odio, sería el denominador común. La primera arma mortal e infalible que se dispararía.

El mensaje bélico debería inundar sus conciencias y pensamientos de manera rápida, con precisión y efectividad matemática. Los ebionitas sabían que la llama entre los musulmanes se enciende y extiende rápido. Hay mucho odio y sed de venganza represada en sus corazones desde tiempos inmemoriales. La venganza, el momento esperado corría silente por su genética. Estaba adormecido y sólo esperaba ser activado. Y si en algunos la furia estaba insensible, había que despertarla. Para ello contarían con la incondicional ayuda de los fundamentalistas y su heroísmo, tanto religioso como en combate. Si lo conseguían, apenas en pocos meses se daría *La Yihad final* y con esta el esperado triunfo de Alá.

Lo que tenían planificado los ebionitas no era un juego de guerra, sino de masacre y destrucción de gran parte de la humanidad. No se trataba de una disputa fronteriza ni de una guerra de poder o de conquista, sino de exterminio religioso total. Los islamistas sobrepasaban los dos mil millones de personas. Todos ellos apegados fervorosa y devotamente a sus creencias religiosas, a Alá, *el único Dios, sin copartícipe alguno*, *el Permanente y sin final*, como llaman a su venerado Dios los musulmanes.

Los ebionitas sabían de su poder y que el Islam se extendía a lo largo y ancho de cincuenta y seis países en todo el mundo, que iban desde la más remota de las naciones de África, pasando por la pujante y enigmática Asía, para luego adentrarse en la culta Europa e imperial Norteamérica, hasta llegar a las perdidas selvas de Guyana y Surinam, en la lejana y joven América del Sur. Los guerreros musulmanes, los que ofrendarían sus vidas por Alá, estaban diseminados en todas las regiones claves del orbe. La victoria sería total y aplastante.

Sería difícil, para no decir imposible, contener una fuerza de tal magnitud disgregada por todos los puntos cardinales del globo terráqueo y con un ejército religioso de más de dos mil millones de fieles guerreros imbuidos por un genuino fervor religioso y la ira, la

perniciosa ira que los haría luchar hasta morir sin importar posesiones o riquezas, sólo por Alá, el único y verdadero Dios del mundo. Y si a todo ese poder apocalíptico se les sumaban los cientos de miles de *muyahidines*, fanáticos suicidas y los más de treinta millones de kurdos agrupados en cientos de tribus en Asia occidental, el exterminio sería monstruoso. Por supuesto, que tanto los gobernantes de China como de la India se harían de la vista gorda para después pescar en río revuelto y escarbar entre las cenizas para construir nuevos imperios económicos, cuyo único dios sería el poder y la riqueza material, no la espiritual y de abnegación a los principios religiosos del Islam.

Desde el mismo momento en que Nicene llamó por teléfono, la maquinaria de guerra ebionita había sido encendida. Pronto sus engranajes de muerte comenzarían a girar alrededor del mundo. Pero antes de impartir la orden final hacía falta una confirmación in situ. Corroborar si Munkir y Nékir, los ángeles negros escapados del Adhab Algab, ciertamente estaban en Port Black. Para ello la secta enviaría a Inglaterra a un grupo de curtidos y fuertes *Guerreros de Amoymón*.

Nicene quería ir con ellos. Ser uno de los elegidos. Era el experto e insistió en que debía ver de cerca si en verdad se trataban de "los ángeles escapados", pero fue persuadido en quedarse. Carecía de habilidades guerreras. En el Líbano sería más útil a la causa ebionita. Además, debido a la pronunciada joroba su aspecto físico era tan deprimente que sin duda llamaría de inmediato la atención de las autoridades de migración de cualquier aeropuerto y eso era lo que menos se quería en un momento tan crucial, aunque el jorobado erudito dudaba que la vía aérea fuese la puerta de entrada a Inglaterra, tal como le habían dicho cuando le asomaron algunos movimientos tácticos de la "invasión inicial".

Crueles y sanguinarios, los llamados *Guerreros de Amoymón* seguían la disciplina y mandato de Amoymón, rey infernal y Príncipe de la Monarquía Subterránea, ser maléfico que tenía la facultad y el derecho de revelar a sus guerreros los tesoros guardados por los demonios y los secretos de la astrología y artes de la guerra. Amoymón comandaba a treinta y seis legiones infernales y batallones de feroces Ángeles Caídos y sus lugartenientes eran Asmoday y Amaimón. Debía invocársele dos veces al día. En la mañana, después de las nueve, y hasta la doce del mediodía, y en la tarde, a partir de las tres hasta la cinco. Si no se hacía el combate sería un desastre.

Pese a que no estaba entre los escogidos para la primera "invasión", Nicene se arrodilló sobre una pequeña alfombra que tenía en el piso de su oficina y con su cuerpo y brazos dirigidos hacia La Meca, se tumbó hacia adelante y comenzó a orar.

20

El ruido fue estrepitoso. Las paredes de la *Boca cóncava* comenzaron a resquebrajarse y abrirse. Fabrizio y Jumpi no sabían qué hacer. Creyeron que la fuerte sacudida, la cual no cesaba, era producto de un terremoto. Otro más de los devastadores sismos que sacuden casi a diario al Himalaya y que amenazan con sepultar en cualquier momento a muchos poblados del Tíbet y Nepal pero, sobre todo, a Katmandú, ya que está sobre la capa tectónica más activa del mundo, la cual sigue viva y con sus fauces abiertas.

A los pocos segundos, los cuales parecieron una eternidad, un silencio sobrenatural envolvió ese recodo de la pared del Lhotse. Los montañistas todavía no se habían repuesto del susto, cuando de pronto la *Boca cóncava* comenzó a abrirse y a succionarlos hacia su interior con la energía de una gigantesca aspiradora.

Mientras eran absorbidos hacia las entrañas de la pared de hielo a sus espaladas soplaba un irrefrenable viento, por lo que todo intento que hacían de sujetarse era vano. No encontraban ninguna saliente de donde asirse. Sólo escuchaba el sonoro murmullo del viento y el hielo que ante sus ojos se deshacía en pequeños trozos como si estuviese metido en una licuadora. Llegó un momento en que no sabían en qué dirección iban. Si hacia adelante o hacia abajo. Hacia la raíz del Lhotse. Su confianza volvió a renacer al darse cuenta que no se precipitaban hacía un abismo, sino que aquel fenómeno los conducía en forma horizontal por un túnel de hielo. De repente sus despavoridos rostros comenzaron a cambiar de tono al verse caminando sobre una especie de lodo blanco tan suave como el algodón. Siquiera intentaron retroceder. El viento a sus espaldas era tan poderoso que prácticamente era imposible oponérsele. Mientras

eran conducidos por el túnel de puntillas, miraban atónitos como del techo de aquel corredor tan cilíndrico como las tuberías de un gran desagüe, colgaban unas especies de helechos blancos. Sus ramas de hielo se movían al vaivén del viento apuntando sus largas hojas en la misma dirección por la que los montañistas eran succionados. Pronto comenzaron a acostumbrarse a aquello. Ya no ofrecían resistencia alguna. En sus adentros algo les decía que no corrían peligro. Sólo se dejaban llevar. Al llegar a cierto punto, la boca del túnel comenzó a estrecharse y el viento a amainar un poco. Al fondo vieron un resplandor que les indicaba que estaban llegando al final del pasaje. Como el viento disminuyó y su avance fue haciéndose más directo y normal, empezaron a utilizar sus piernas como medio de tracción y avance. Ya podían caminar por ellos mismos sobre el suave algodón de nieve. Envalentonados voltearon y con asombro vieron como a sus espaldas el túnel se iba velozmente reabsorbiendo en un torbellino de nieve.

–Debemos apurar el paso o si no esa cosa nos tragará –precisó Jumpi, quien iba detrás de Fabrizio, el primero en ser aspirado.

–Pero en este lodo tan suave no podemos correr –se quejó su amigo tratando de ir más rápido.

Pese a la insólita situación los dos montañistas no se notaban inquietos. A diferencia de cuando comenzó aquel mare mágnum, ahora sus caras reflejaban paz y seguridad. Dieron por descontado que si aquel fenómeno hubiese querido acabar con ellos lo habría hecho en cuestión de segundos. Como expertos alpinistas lo sabían, de ahí su aplomo. No obstante, seguían con todos sus sentidos bien alertas.

A medida que avanzaban la luz se iba haciendo más luminosa y la circunferencia del pasadizo más angosto. Sabían que estaban cerca de una posible salida a las montañas. Fabrizio fue el primero en comenzar a correr sobre el lodazal de hielo mórbido como el algodón. Jumpi lo siguió. No pasó mucho tiempo para que tuviesen un pie fuera del corredor y a salvo.

El final del túnel los había arrastrado hasta el borde de una inmensa explanada de nieve que abrió ante sus ojos un majestuoso paisaje de nieve. Mientras admiraban el pletórico panorama de vida, a sus espaldas la boca por la que habían salido quedó de tal forma sellada, que nadie sospecharía jamás que allí alguna vez hubo una abertura.

Los dos amigos estaban extasiados. Frente a ellos tenían un alucinante sembradío de girasoles totalmente blancos, como la nieve de las montañas, con pétalos bañados de escarcha reluciente. Y, lo más asombroso, es que parecían tener vida propia porque se movían en una danza celestial e impertérrita.

Pese a la voracidad y la absorción del fenómeno que los había propulsado a través del túnel, no habían perdido ninguno de sus

enseres. Siquiera la pequeña pala con la que Jumpi iba a comenzar a escarbar el refugio para pasar la noche en la *Boca cóncava*. Quizás se debió a una fortuita casualidad ya que cuando comenzó abrirse la pared de hielo todavía tenían sus morrales ajustados a las espaldas.

– ¿Estás bien?… ¿Estás entero? –preguntó Fabrizio sin quitarle la vista a los blancos girasoles llenos de pétalos de escarcha.

– ¡Sí!... Totalmente entero –contestó mientras guardaba en la funda de su cinto la palita que todavía tenía en una de las manos.

– ¿Ningún hueso roto?… ¿Ningún rasguño?… –insistió preocupado Fabrizio.

–No nada…

– ¡Gracias a Dios!... Yo también creo que no tengo nada roto –aseveró el joven arquitecto.

– ¡Qué hermosos son! –exclamó Jumpi mientras veía los girasoles–. ¿De qué cielo habrán salido? En el valle crecen muchas flores, de todos los colores y formas, pero nada como esta maravilla –explicó refiriéndose a las planicies nepalesas.

–Lo sé amigo. También estoy impactado. Me encantan las magnolias, jazmines, camelias y todas esas flores que ustedes usan para hacer ofrendas y collares… Siempre me han seducido… Verlas me alegran la existencia –afirmó sincero–. ¡Pero estas me iluminan la vida! –exclamó embriagado por aquellos girasoles de grandes pétalos blancos.

–Se te olvidó algo, amigo… –expresó después de escucharlo atentamente–. No nombraste a mis preferidas.

– ¿Cuáles son tus preferidas?... ¿Existe algo mejor de las que te dije?

–Las grandiosas jacarandas, los flamboyanes y las flores rojas del bombax de Malabar –contestó engreído al referirse a la flora de la tierra que le dio la vida–. Verlas florecer es un verdadero espectáculo –agregó henchido de orgullo y con cierta nostalgia.

Jumpi sabía que ya no podría admirarlas y percibir su aroma con la frecuencia que lo hacía cuando era niño. Y que ya tampoco vagaría por las gargantas del Himalaya o bajo la húmeda cúpula de sus junglas. Ahora hacía vida de claustro en Inglaterra y tenía que ocuparse de sus actividades sacerdotales.

–Ese que está allá es el Kanchenjunga –aseveró Jumpi desatando sus ojos de los girasoles y apuntando con el dedo índice hacia una montaña lejana–. Es el Kanchenjunga. Estoy casi seguro –repitió reflexivo sin apartarle la vista.

–Sí, parece su cara norte… Pero no puede ser. Está muy distante de donde nos encontramos… Queda por la otra ruta... Es imposible –respondió Fabrizio quitándose los lentes que protegían sus ojos de los peligrosos rayos ultravioleta.

–Es posible… Cómo no sé, pero es el Kanchenjunga –insistió convencido su compañero sherpa–. Es su cara norte como si la

estuviésemos viendo desde Pang Pema. De eso no tengo la menor duda –ratificó con total seguridad.

– ¡Increíble! … ¿Y cómo vinimos a parar aquí?

–Un salto, amigo… Un salto cuántico…

– ¿Qué es eso de salto cuántico? ¡Explícate!

–Que dimos un salto en el tiempo.

–No creerás que eso es posible… Además tú eres sacerdote. No puedes estar creyendo en esas cosas de ciencia ficción.

–Es cierto. Soy un hombre de fe y un religioso… Entonces explícame como vinimos a dar aquí… Cómo explicas lo del túnel… Cómo explicas esas cosas que pendían del techo y ahora estos girasoles de nieve que tenemos frente a nuestros ojos y se mueven como si tuviesen vida animal y no vegetal.

–Tampoco entiendo nada y no sé cómo explicártelo… Pero un salto en el tiempo, no sé… Quizás tengas razón… –expresó lleno de dudas Fabrizio mientras comenzó a caminar por el único sendero que tenía frente a sus ojos, el cual creyó que los llevaría hasta *Donde el viento habla*, lugar donde estaba enclavado el monasterio.

–Sí, amigo… Abre la mente –aconsejó Jumpi, quien andaba a su lado–. Aquí no hay lógica que valga. La única explicación es que atravesamos una especie de portal del tiempo.

– ¿Un portal del tiempo?... Me resisto a creerlo.

–Tienes que admitirlo aunque no quieras… Hay tantas cosas todavía por descubrir en este mundo y en el otro…

– ¿Te refieres al más allá? –indagó su amigo, quien atisbaba el horizonte en busca de algo que le indicase que estaban en la ruta correcta.

– ¡Claro qué sí!... Como hombre de fe creo en un más allá, en una vida eterna y en la Santísima Trinidad, cómo entonces no voy a creer en un portal del tiempo…

–Tú si… Está bien, y por qué debo creerlo yo… –contestó con terquedad el apuesto arquitecto, quien lucía como un pequeño gigante ante la baja estatura de Jumpi.

–Porqué acabas de vivirlo… ¿No te parece suficiente demostración?... Sé que está fuera de toda razón y lógica humana, pero lo acabas de vivir en carne propia… Nadie te lo contó. ¡Lo viviste!... Abre tú mente, por favor –reprobó con cierto disgusto el sacerdote sherpa ante su falta de fe.

– Es cierto. Disculpa, amigo, tiene toda la razón… Sabes que a veces soy muy obcecado y no me gusta dar mi brazo a torcer –dijo soltando una sonrisita de disculpas.

–Más que obcecado eres incrédulo. ¿Desde cuándo no vas a la iglesia? –preguntó Jumpi a fin de sacar a su compañero del letargo mental en que se encontraba.

– ¡Déjate de eso ahora! –recriminó está vez un tanto contrariado Fabrizio.

–No, no… No es broma. Estoy hablando en serio.

–Mucho tiempo… No recuerdo cuánto… ¿Y qué importa eso ahora?

– ¡Mucho!... Tienes que reavivar tu fe… Cuando regresemos vendrás a mi parroquia.

Mientras los dos amigos disertaban sobre la fe y el posible portal de tiempo que habían atravesado, no se dieron cuenta que entre la nieve algo se movía y avanzaba hacia ellos.

Instintivamente Fabrizio volteó y miró hacia atrás. Con asombro vio que se habían alejado bastante del tapón del túnel donde habían sido depositados por la “aspiradora” de nieve.

– ¡Mira!... Allá viene alguien –alertó Jumpi al ver que desde el otro lado de la vereda alguien se acercaba hacia ellos.

–Ya lo veo… Son varios y viene con unos trineos o algo similar –asintió su compañero mientras sacaba los binoculares y se los ponía delante de los ojos–. Son monjes, pero no andan en trineos… ¡Dios mío, vienen acompañados por dos grandes leopardos de las nieves!

– ¡Préstame! –solicitó Jumpi quitándole los binoculares–. Sí, son leopardos albinos –aseveró con firmeza.

–Y cómo sabes que son albinos –preguntó Fabrizio asombrado–. Yo apenas pude distinguirlos.

–Desde niño los he visto. Por aquí les dicen irbis. Los ordinarios son de pelo gris pardo con motas negras, pero estos son blancos. Son muy raros y poca gente los ha visto porque son muy escurridizos… Además cazan de noche. Mi padre siempre hablaba de ellos. Decía que había visto un par de irbis albinos mientras cazaba antílopes en la nieve, pero nunca nadie le creyó, pero yo sí –relataba Jumpi con emoción infantil reflejada en el rostro–. Mi padre era un gran cazador y conocía muy bien estas montañas y si él decía que los había visto, los había visto y punto… Nunca puse en duda sus palabras… Y allí las tienes, delante de ti –finalizó cuando los monjes y las panteras eran visibles a simple vista.

Sus trajes color grana resplandecían entre el inmenso blanco de la nieve. Eran dos y avanzaban lentos pero seguros. Cada monje llevaba a su lado y por el borde exterior del sendero a uno de los hermosos leopardos tomados por una cuerda, como si se tratasen de mascotas dando un paseo.

Jumpi sacó de unos de los bolsillos de su chaqueta el GPS y chequeó las coordenadas.

–Las coordenadas son las mismas que nos dieron los monjes –informó a su compañero, quien no le quitaba los ojos de encima a aquellos fascinantes animales de larga y tupida cola, la cual usaban como abrigo al enrollarla en su cuerpo cuando tenían frío.

–Aquí el cielo está inmaculado, sin una nube, y parece más temprano que cuando fuimos arrastrados por el túnel –observó Fabrizio con sus ojos apuntados hacia las alturas.

–Y hace menos frío –observó Jumpi mientras se despojaba de uno de sus guantes.

–No entiendo dónde estamos…

–En los Himalayas, por supuesto. ¿Dónde más? –ripostó sin pensarlo Jumpi.

– ¡Ah, tú siempre con tus bromas!... Sé que estamos metidos en dos mil cuatrocientos kilómetros de montañas y nieves perpetuas y todo se parece, pero lo que quise decir es qué lugar es este… En los mapas no aparece.

–No te preocupes. Ellos nos lo dirán –advirtió el pequeño sherpa esta vez serio señalando hacia los monjes, pero enseguida se volvió hacia él y sonreído dijo–: Además, no son dos mil cuatrocientos, sino más de dos mil quinientos kilómetros de desolación, montañas y paz, mucha paz… ¡Aquí vive Dios!

–Espero que sean nuestros guías para llegar hasta *Donde el viento habla* –respondió sereno, haciendo caso omiso a la observación de su amigo sobre la extensión del Himalaya y la alusión divina–. No me gustaría que fuesen personas hostiles, menos con esos animales que llevan como perritos amaestrados.

–Sean quién sean, son hombre de bien… Son monjes y los monjes son hombres de paz…

–No todos, querido amigo. No todos. Te olvidas de los templarios. Eran monjes-guerreros muy temidos e implacables.

–Eso fue en otra época y en otro mundo. Por aquí todo se lleva con calma y mucha meditación –juzgó su compañero con todo el conocimiento y autoridad que le acreditaba haber nacido en esas tierras.

Y realmente era así. Los nacidos en las grandes montañas, sean tibetanos, nepaleses o cualquier otro, sean monjes o no, son seres imbuidos de una gran espiritualidad. Seres que a través de la meditación prolongada están conectados a lo sublime.

–Mejor esperamos que se acerquen –demandó precavido Fabrizio deteniendo el paso.

–Bien. Si lo crees necesario –aprobó Jumpi sin mucho convencimiento deteniéndose a su lado.

–Así podremos estar alertas y… ¡Y nada!... –exclamó el arquitecto montañista al razonar que sin importan cuáles fuesen sus intenciones no tenían dónde escapar ni a quién pedirle auxilio. Sus gritos sólo serían escuchados por el eco de las montañas.

–Muchos de ellos y más que todo los monjes –manifestó Jumpi retomando el tema religioso, el cual le apasionaba– disfrutan de una visión remota sorprendente y están más cerca de Dios que cualquier otro ser del planeta. De su Dios, de nuestro Dios y de cualquier otro Dios, porque ellos saben que Dios es único e indivisible. Que es uno sólo. No importa como lo llamen en cualquier remota cultura o religión. Es el mismo Dios de todos y para todos –filosofó imbuido de una gran convicción y paz.

–Si tú lo dices, te creo. Tú eres el hombre de Dios y aunque soy católico nunca me he puesto a pensar en nada de eso –admitió su compañero sin quitarle la vista de encima a los monjes, quienes ya estaban a unos cien metros de donde ellos se habían detenido.

–Por supuesto que ese tipo de temas los monjes no los ventilan en público, tampoco en privado, sino dentro de su propio ser. En el refugio de su conciencia. Yo lo sé porque he estado muy cerca ellos y sus creencias –afirmó Jumpi, quien hablaba con toda propiedad por haber participado de las dos culturas y religiones, el budismo y ahora el cristianismo–. Siquiera conscientemente los monjes se atreverían a pensar en algo similar –concluyó dejando escapar un suspiro tan fuerte, que el vaporoso aliento que salió de su boca empañó por instantes parte de sus lentes de protección.

–Estás profundo amigo. Aunque estoy de acuerdo contigo, pero por ahora me interesan esos los monjes y sus animales –afirmó sin dejar de verlos.

–Cuando ellos están meditando y durante la absorción del pensamiento divino logran ver, logran entender, que Dios es un sólo, aunque después, al desatar mente y cuerpo del espíritu, simplemente lo olvidan Ya no lo ven –siguió divagando en la cuestión religiosa el sacerdote sherpa obviando la observación de su amigo y sus temores–. Sólo a través de la iluminación logran conectarse con lo divino. Tal como lo hacen ellos, también podemos hacerlo nosotros o cualquier ser humano consciente de su espiritualidad y de la entidad única, todopoderosa y omnipotente de Dios –concluyó cuando ya tenían a un par de metros a los monjes y a las bestias, las cuales parecían unos dóciles animalitos y no unos feroces depredadores.

– *¡Tashi delek!* –saludó Jumpi en nepalés, vocablos que significaban *hola* y *buena suerte* al mismo tiempo–. Somos amigos y venimos a ver al Gran Lama Avalokiteśvara.

– *¡Tashi delek!* –respondió el más robusto de los monjes a fin de corresponderle el saludo y los augurios–. Sabemos quiénes son y vinimos a buscarlos para escoltarlos hasta el monasterio –agregó en tono amigable.

– ¿Lo sabían?... ¿Cómo lo sabían si nosotros siquiera sabemos dónde estamos? –preguntó Fabrizio mientras maravillado veía como las dos panteras de la nieve se echaban al lado de los monjes como si fuesen unos cachorritos bien amaestrados.

–Eso no tiene importancia… Los esperábamos.

–Es lo que te estaba comentando… Tienen visión remota… –le susurró al oído el sacerdote sherpa a fin de que no insistiese con sus interrogantes.

– ¿Qué es eso?... –volvió a inquirir Fabrizio mientras Jumpi le hacía señas de callar poniendo el índice a la altura de su nariz.

–No se esfuercen en tratar de hablar en nepalí o tibetano, nosotros hablamos su idioma –advirtió amablemente el otro monje, quien era de facciones doctas y un tanto más delgado y bajo que su acompañante.

–Debemos regresar porque se avecina una tormenta de nieve –advirtió el religioso robusto haciendo caso omiso a la pregunta que le había hecho con anterioridad el arquitecto montañista.

–Si el cielo está limpio… No tiene ni una nube –rezongó tozudamente Fabrizio.

–Pero pronto se manchará de gris y después vendrá la tormenta. Sígannos –demandó uno de los monjes y con un ligero tirón de cuerda dio la señal a su leopardo, quien se levantó y dio la vuelta para regresar por donde habían venido

El otro hizo lo mismo y todos comenzaron a caminar por la vereda bordeada de alucinantes sembradíos de girasoles blancos con pétalos rociados de escarcha.

–Me llamo Fabrizio y el es Jumpi, mi gran amigo –se presentó el arquitecto buscando romper el hielo entre ellos y los dos monjes que, al parecer, eran amantes del silencio.

No les contestaron. Se hicieron los sordos o como si no hubiesen entendido que Fabrizio trataba de ser amigable y simpático.

–Son de pocas palabras –advirtió Jumpi–. No insistas.

Mientras avanzaban detrás de los dos monjes no se dieron cuenta que el clima cambiaba velozmente. Lo que en principio había sido un cielo inmaculado y limpio de nubes, ahora se había disfrazado de gris, tal como había pronosticado uno de los monjes, y amenazaba con ponerse peor.

–Yo me llamo Makalotian –dijo de pronto el más robusto de los religiosos rompiendo el silencio–, y el Indaslu –expresó señalando a su compañero– y estamos en Gosainthan –agregó y enseguida volvió a callar.

– ¿Qué es eso de Gosainthan?... Entonces no estamos en el Kanchenjunga –preguntó Fabrizio a Jumpi.

–Al parecer no… Gosainthan significa *el lugar de los santos* –contestó su amigo–. Es otro lugar y tampoco sé dónde queda.

–*Los cinco tesoros de la nieve* quedan muy atrás –le comunico el otro monje al referirse al Kanchenjunga y volvió a enmudecer.

Los cuatro hombres y las panteras avanzaban lentos pero seguros en la nieve. Los monjes guiaban a los montañistas por un camino de profundas y peligrosas grietas que parecían conocer como el patio trasero de su casa. No había temor en sus facciones ni en sus movimientos. Los religiosos se movían en ellas como si fuesen por una autopista iluminada. Sabían dónde poner cada pie. A los montañistas les habían dicho que no temiesen. Que sólo debían seguir sus pasos y

poner los pies donde ellos ponían los suyos y nada les ocurriría porque la ruta era segura. Eso los animó y los seguían muy calmados. Los monjes estaban más pendientes de la seguridad de los dos extraños que fueron a buscar en las nieves perpetuas, que en hablar con ellos. Pero no así Jumpi, que al sentirse en manos seguras y haber sobrepasado las primeras peligrosas grietas sin problema, no pudo contener la lengua. Quería explicarle a su amigo lo que los monjes no le habían informado.

–Al Kanchenjunga les dicen *Los cinco tesoros de la nieve* porque la montaña tiene cinco grandes picos y los habitantes del Himalaya creen que esos cinco picos atesoran oro, plata, piedras preciosas, cereales y libros sagrados, los cinco tesoros de Dios –apuntó con gran conocimiento de la región el pequeño sherpa–. Los que siguen el culto Kirant y el pueblo Sikkim, la consideran una montaña sagrada y les hacen ofrendas –concluyó con cierta nostalgia y desengaño, porque antes de convertirse al cristianismo y ordenarse sacerdote él era una de esas tantas personas que le rendía culto a la montaña.

–Sabía algo de eso… De que era sagrada y que en días claros, aunque yo siempre la he visto rodeada de nubes, no parece una montaña sino una muralla blanca que cuelga del cielo, pero no conocía todo lo demás. Gracias por decírmelo amigo –expresó sincero Fabrizio.

–De nada…

Poco a poco fueron dejando atrás las grietas y trampas mortales de la nieve y comenzaron a subir por una ladera.

Aunque la inclinación era algo pronunciada y no hacía falta de más implementos de seguridad que sus crampones y el bastón de apoyo, a ninguno de los dos montañistas se le notaba una respiración fatigosa. Los monjes iban como en un día de campo. No miraban hacia atrás, menos se detenían para tomar aire. Seguían a paso firme como un par de cabras.

De pronto Fabrizio notó cierto nerviosismo en los leopardos. Movían alertas sus cabezas a ambos lados de la vía, cosa que no habían hecho en lo que llevaban de trayecto. El montañista creyó que se debía al cansancio y dejó de pensar en el asunto. No volvió a reparar en ellos.

El viento comenzó a soplar con fuerza, indicio de que la tormenta estaba por llegar. El claror de la tarde se apagaba, pero todavía había buena luz y podía verse con nitidez en una extensión de espacio apreciable.

Con los dos monjes adelante y ellos siguiéndoles los pasos, el ascenso por la ladera seguía lenta y monótona. Nadie hablaba, siquiera Jumpi. La altura ahora hacía más pesada la subida. Tenían que administrar fuerzas y pulmones. En la nieve, mucho más en parajes desconocidos, nadie sabe cuando una inesperada “sorpresa” podría convertirse en

cuestión de segundos en horrible pesadilla.

Una sombra que se movía a la distancia alertó a las panteras. Los felinos irguieron un poco más que de costumbre sus puntiagudas y pequeñas orejas y con sus ojos comenzaron a otear el horizonte que se abría ante ellos. El grupo estaba siendo espiado y lo animales se percataron. Los monjes también, pero caminaban imperturbables, como si aquello poco les importase.

– ¡Allí hay una estatua! –advirtió Fabrizio señalando la figura de un extraño guerrero a caballo esculpido en sólido hielo. Ambos, tanto hombre como bestia, protegían sus cuerpos con una especie de armadura de las que utilizaban los antiguos guerreros chinos–. ¡Qué grande es y qué terrible mirada tiene! –expresó pasmado ante aquella imagen erigida en medio de la nada.

–No es una estatua. Tiene vida propia –aclaró el monje que dijo llamarse Makalotian.

– ¿Qué no es una estatua? –ripostó Fabrizio alarmado sin dejar de ver la figura de hielo.

–No… Nos vigila y si no fuese por Majkú y Shin –manifestó Indaslu, el más pequeño de los monjes señalando a los leopardos–, nos hubiese atacado.

– ¿Atacado?... ¿Cómo un bloque de hielo nos podría…

Antes de que Fabrizio terminase sus palabras jinete y bestia voltearon hacia él y le dirigieron una gélida mirada. Ahora el que había quedado congelado y sin habla fue él.

Tan pronto como aquella aparición se reveló antes sus ojos, el guerrero de hielo espoleó la bestia y a galope raudo se perdió entre la nieve y las montañas.

– ¿Qué era eso?... ¿De dónde salió? –preguntó Jumpi, quien también estaba sobrecogido de miedo.

–Del *Mundo de los Sueños*… Es un guerrero rebelde. Por eso están ustedes aquí –reveló Makalotian.

– ¿Nosotros?... Y qué podemos hacer nosotros.

–Pronto lo sabrán… Ya llegamos… Adentró se lo explicarán.

– ¿Adentro de dónde? –replicó impaciente Fabrizio.

–De la fortaleza…

– ¿Cuál fortaleza?

–La que tienes frente a tus ojos –comunicó con piadosa dulzura Indaslu.

–Yo no veo nada… ¿Tú ves algo Jumpi? –preguntó a su amigo, quien seguía desconcertado ante la visión de la terrorífica estatua de hielo que trotó.

–Tampoco veo nada. Sólo hielo y nieve –contestó moviendo negativamente la cabeza.

–No hay peor ciego que el que no quiere ver, Jumpi. Eso dice tu

religión y también la nuestra –recordó Makalotian citando un pasaje de los Evangelios.

Los dos amigos estaban desorientados. Después de tanto recorrer montañas y conquistar cimas, ahora se hallaban frente a un enigma. Como expertos escaladores sus ojos estaban bien educados y podían ver cualquier cosa fuera de lugar en la nieve hasta una distancia bastante considerable. Pero no ver una fortaleza que tenían delante de sus ojos era turbador.

La tormenta de nieve había empezado sin mayor fuerza y la visibilidad todavía era perfecta.

Fabrizio se quitó y puso los lentes protectores una y otra vez. Afinó su capacidad visual hacia el sitio indicado por los monjes. Otro tanto hizo Jumpi. Buscaban perfilar la agudeza de sus ojos hacia donde supuestamente estaba la construcción.

– ¡Sí!... Allí veo algo… Es toda una fortaleza de hielo… Veo sus puertas y sus ventanas cerradas –manifestó maravillado el pequeño sacerdote sherpa.

–Yo sigo sin ver nada… Espera… También la estoy viendo… ¡Qué maravilla, Dios mío!

– ¡Qué maravilla! –repitió extasiado también Jumpi y se dejó caer de rodillas y comenzó a orar.

Frente a ellos, esculpida en la base de una inmensa pared de hielo y rocas, podía verse la fachada del monasterio, cuya arquitectura y columnas verticales desdibujaban grises perfiles aperlados, los cuales se difuminaban con el paso del viento. Parecía un tatuaje en el hielo, pero al aguzar la vista se apreciaba en todos sus relieves y magníficas perspectivas.

–Vamos, no hay tiempo que perder… Subamos. Ahora viene lo fuerte de la tempestad –exhortó Indaslu con paz.

– ¡Sí, vamos! –dijo emocionado Fabrizio y comenzó a caminar hacia las anchas escaleras que casi se abrían debajo de sus pies– ¿Cómo se llama?... ¿Qué es esto?… Aquí no es *Donde el viento habla*, donde estuvimos la otra vez.

–Es Kardong, *La fortaleza de nieve*, y es donde estuvieron la otra vez. Lo que sucede es que nosotros se la hicimos ver de otra manera. *Donde el viento habla* no existe. Está en su imaginación… Ustedes le pusieron ese nombre al lugar –explicó Makalotian mientras subían los escalones hacia la puerta principal de la fortaleza.

– ¿Ustedes nos la hicieron ver de otra forma?

– Sí. Todo nosotros entramos en *samādhi* después que los rescatamos. Lo que ustedes vieron es lo que queríamos que vieran. Nadie sabe de este lugar excepto ustedes dos –concluyó Makalotian, quien comenzó a ser arrastrado por el leopardo Shin, que al ver a varios de sus hermanos sentados y a la espera en unas salientes de la fortaleza,

quería reunirse rápidamente con el resto de la manada.

– ¿En *samādhi*?... ¿Qué es eso?

–Meditación profunda y continúa. A través de ella llegamos a alcanzar el *ishitua* que nos da el poder de dominar a todos y todo –explicó Indaslu mirando por primera vez directamente a los ojos a aquel alto hombre blanco con extraña vestimenta y lentes color azul verdoso que fue a buscar en la nieve.

Fue tan intensa su mirada, que Fabrizio no pudo sostenerla en los suyos. Los desató y sereno los dirigió a la fría nieve que circundaba aquel encantado paraje.

Jumpi, quien se había quedado rezagado, arrodillado sobre la nieve e inmerso en sus oraciones, levantó la cabeza y los vio alejarse.

– ¡Esperen!... ¡No me dejen! –gritó como un chiquillo y comenzó a correr tras ellos.

21

Con el vivo presentimiento de que alguien la seguía, Elizabeth llegó a su casa. Después de sobrepasar la puerta de entrada tiró la cartera sobre el primer sillón que encontró a su paso y fue directamente a su habitación y se echó en la cama. Apenas duró pocos segundos arriba de ella. Se levantó y fue directamente al baño. Una gran ansiedad la dominaba.

Se cepilló los dientes, se miró en el espejo, retocó con sus dedos el cabello y volvió a quedarse un rato mirando fijamente el reflejo de sus facciones en el espejo. Frunció el ceño, dio vuelta atrás y fue nuevamente a la sala. Tomó la cartera que había dejado momentos antes en el sillón y volvió a salir.

Algo más poderoso que *la sombra*, que los pasos que escuchó siguiendo los suyos, la inquietaba. Fue al garaje, sacó el auto y enfiló con rumbo aparentemente conocido.

Esta vez no era miedo, sino indignación el motivo de su perturbación y tenía nombre y apellido: Corina Reyes.

Manejó velozmente hasta su casa, aunque sabía que, por la hora, no se encontraría en ella. Que aún estaría en el trabajo porque era muy temprano, sin embargo siguió. A pocas calles, desistió. Giró el volante y decidió ir hacia un centro comercial. Su permiso especial había comenzado esa misma mañana, hace menos de un par de horas, y no sabía qué hacer ni en qué ocupar su tiempo libre.

Esperaría dando vueltas y viendo tiendas por el centro comercial hasta que fuese la hora de salida de Corina. Si el tiempo seguía tan lento como le parecía en ese momento, iría un rato a casa de sus padres para saludar a sus pequeños, pero esa idea fue desechada de su cerebro tan pronto como surgió porque no quería lidiar con ellos. Sus insistentes preguntas la descomponían. Sabía que la amaban mucho y que estaban preocupados por su inestable salud y por su seguridad, pero en esos momentos necesitaba, sobre todo, paz, no interrogatorios.

Estaba cansada de dar explicaciones. De ver la forma cómo la gente la miraba cuando les hablaba de su sueño y de cómo *la sombra* que se escapó de ese mismo sueño ahora la acosaba. Se sentía harta de que la viesen con expresión de burla, de asombro, desconcierto o pasmo. La hacían sentir como una desequilibrada. Sabía que muchos creían que había enloquecido, pero que por delicadeza y respeto a sus padres no lo decían abiertamente. En fin, estaba cansada de ser la atracción rara. La loca de la ciudad. La loca que creía que un sueño la perseguía. Porque, aunque muchos no tenían el coraje de decírselo en su propia cara, lo comentaban a sus espaldas. Se burlaban de su desesperación y cuando esas mismas personas estaban a su lado se mostraban fraternas y comprensivas. Eran unos perversos hipócritas y ella lo sabía. Unos desadaptados, frustrados y acomplejados seres sin principios ni metas, que sólo esperaban cualquier ocasión para ridiculizar a alguien. Eso los hacía sentir realizados. Era la única arma que poseían para justificar su incapacidad. De creerse mejores que los demás, cuando en realidad eran despojos ambulantes cuyo único *leit motiv* de vida era fastidiar al prójimo, aunque en su interior sabían que no valían nada y en la soledad de sus habitaciones debían sentirse unos desdichados seres humanos. Seguramente a los que les quedaba algo de dignidad y conciencia, llorarían para sus adentros y compadecerían de ellos mismos.

Con ese acre sentimiento abrumando lo más profundo de su ser, se dispuso a pasear por el centro comercial.

Visitó una tienda tras otra sin adquirir nada. Tomaba en sus manos

alguna prenda, la miraba con desgano y después volvía a ponerla en su lugar. Nada atraía su atención y nada le interesaba. No tenía paz interior ni deseos de comprar nada. Sólo hacer tiempo. El tiempo necesario para después ir a casa de Corina y encararla con furia. Tenía muchas cosas que decirle a la que aparentaba ser su mejor amiga. No quería explicaciones. Eso no le importaba, sino una aclaratoria. Aclararle porqué no le había dicho del romance que sostenía con Robert, no en secreto, ya que para muchas personas no lo era, sino a sus espaladas, si ella se jactaba de ser su mejor amiga. Por qué tanta hipocresía. Por qué tanta falsedad en una relación que ella creía pura y sincera. Dónde había quedado la decencia, el credo de la amistad. Además, porqué fue a contarle su secreto a Ángela. Y, lo peor, porque le mintió al decirle que tomaba pastillas, supuestamente para su mente enferma, cuando eso era totalmente falso. Porqué tergiversar la verdad. Porqué si la odiaba tanto permanecía a su lado fingiendo ser una gran amiga. Cuál era su verdadera intención. ¿Arrebatarle a su ex esposo, cuando ella, definitivamente, no quería saber nada de él? Porqué destruirle la reputación de esa manera. Qué le había hecho. Porqué le albergaba tanto odio. Todas esas interrogantes fluían por la mente de Elizabeth sin encontrar respuesta a ninguna de ellas. Por eso era imperativo hablar con ella ese mismo día, sin importar la hora y el tiempo que debería esperar para poder lograrlo.

La rubia arquitecto siguió dando vueltas sin norte por el centro comercial con la única intención de hacer tiempo.

Al desplazarse por una de las galerías del segundo piso del establecimiento comercial, volvió a tener la impresión de que la seguían.

Alerta, giró el cuerpo para ver unas piezas de ropa íntima que exhibían en un aparador, no obstante lo que realmente hizo fue observar con disimulo su entorno. Nadie. No había nadie cerca.

Creyó que se estaba volviendo paranoica. Sabía que no se trataba de *la sombra* porque no hacía ruido alguno y menos se anunciaba con sonidos de zapatos o respiración entrecortada, que era lo que ella había percibido desde que salió de la oficina de Ángela, aunque también veía sombras, pero sombras humanas, no como la que escapó de su sueño, la cual era única y no tenía reparo en echársele encima sin pedir permiso. No. Lo que ella advertía era algo diferente. Algo que tenía más características humanas que diabólicas.

La belleza no era garantía de felicidad. Elizabeth lo sabía. No era el camino para hallarla. Más bien lo entorpecía, porque a su alrededor convivía la envida, la falsedad, las zancadillas, la adulancia, el interés y todas las sombras y debilidades del ser humano. Ella había sido gratuitamente blanco de ellas desde que era niña, cuando siquiera sabía del porqué de los obstáculos que ponían a su paso sus pequeñas

compañeras de estudio. Era víctima de su propia belleza, sin que hubiese escogido de antemano ser bella. Nació así y punto. Para ella su aspecto físico era lo más normal del mundo. Su alma pura no le hacía concebir diferencias con sus semejantes. No había feos o bellos. Los veía a todos hermosos, con amor. Sin embargo, los demás no la veían a ella del mismo modo.

Para evadir lo que creía que estaba siguiéndola, la rubia arquitecto entró a una tienda especializada en ventas de carteras. Al fin algo llamó su atención. Era una cartera de piel de cocodrilo cuyo cuero fue teñido adrede de marrón oscuro para exaltar su elegancia y aumentar el mercadeo. Lo que le atrajo no fue el modelo del bolso en sí, sino la piel del pobre animal, ya que hace bastante tiempo estaba prohibido su sacrificio, así como el de muchas otras especies, algunas de ellas en peligro de extinción. Le entristeció imaginarse el momento en que lo ejecutaban. Recordó con dolor que era de los pocos reptiles sobrevivientes después de la extinción de los dinosaurios que, gracias a sus destrezas en la caza, pudo dar el salto evolutivo y perfeccionar sus formas. Era una pena pensar que después de siglos de evolución, ahora era acosado por degenerados depredadores que vendían su escamosa piel para la confección de banales enseres, objetos y, por supuesto, prendas de vestir y sus accesorios.

No tenía ninguna intención de comprarla, no obstante se inclinó un poco para palpar la textura con sus manos y corroborar si era genuina, cuando de pronto a sus espaldas sintió un leve toque en el hombro que la sobresaltó.

– ¿Qué pasa? –inquirió nerviosa girando el cuerpo.

–No es nada, hija… Soy tú padre –respondió Charles para tranquilizarla al ver la cara de espanto que puso.

– ¡Ah, papá, eres tú!… Mes asustaste. ¿Qué haces aquí? –preguntó repuesta de la impresión.

–Vine a comprar un juego de destornilladores en la ferretería y al pasar te vi y vine a saludarte.

– ¿Destornilladores? –interrogó extrañada–. ¿Y para qué necesitas destornilladores?… ¿Y en la casa no hay? –agregó.

–Claro que los hay, pero no los que necesito. Requiero unos micros, muy pequeñitos, para ajustar la máquina de un pequeño reloj antiguo –explicó.

– ¿Y mi madre y los niños cómo están? –indagó enseguida al sentirse satisfecha por la respuesta de su padre porque sabía que compraba y coleccionaba relojes antiguos, algunos de ellos bastante defectuosos, que luego reparaba.

–Todo bien… ¿Pasarás hoy por la casa? –preguntó animándola, más que nada, para que viera a sus hijos–. Por cierto, ¿qué haces aquí a esta hora?

–Disfrutando de mi primer día de vacaciones.

– ¿Vacaciones?

–Bueno, vacaciones propiamente dichas no, sino un permiso de quince días, el cual comenzó precisamente hoy.

–Bueno hija, que los disfrutes. Si vas a la casa avísame y así compraré el salmón que tanto te gusta –dijo a fin de persuadirla para que fuese.

–Seguro, papá –contestó sin mucho convencimiento mientras su progenitor daba media vuelta para salir de la tienda e ir por lo que había ido a buscar en el centro comercial.

– ¡Ah, que torpe! –expresó Charles después de dar algunos pasos–. Hoy en la mañana, poco después que saliste, nos visitó el doctor Rooke –comunicó volviendo hacia donde estaba su hija.

– ¿Y qué quería?

– Bueno, más que nada fue a saludarnos y a saber de ti. Preguntó si ya te habías hecho la polisonmia o como se llame –informó con estudiada cautela.

–Polisomnografía, papá. ¡Qué raro! Yo le hice entender que no me la haría… Por favor dile que deje de acosarme hasta en casa de mis padres –solicitó ligeramente irritada al pensar que podría tratarse de una confabulación de sus progenitores con el siquiatra.

– ¡Seguro!… Seguro… No te enfades. Se lo diré hija… Se lo diré –atajó Charles Diler a fin de no importunarla y evitar que se ofuscase, y mucho menos en público, después de todo lo que había pasado.

–Gracias, papá. Sabía que me entenderías.

– ¿Y cuándo no lo he hecho, hija mía? –expresó y se fue en dirección a la puerta de salida de la tienda.

Luego del encuentro con su padre Elizabeth quedó atrapada en las redes de la confusión. Dejó a un lado la cartera que estaba viendo. Había perdido todo interés en ella y en sus reflexiones sobre los cocodrilos. Su inquietud ahora tenía otro blanco.

Dirigió la mirada hacía la puerta de salida y vio como su padre salía de la tienda y desaparecía entre los pasillos atestados de gente. Pensó un rato. No le tomó mucho tiempo para dar por descontado que su progenitor no era la persona que la seguía. Sabía que nunca lo haría o se atrevería a hacerlo por ninguna circunstancia, fuese la que fuese. No era su forma de hacer las cosas. Además, tampoco había motivos para hacerlo. Creía firmemente que aquel encuentro fue casual y que, verdaderamente, había ido en busca de los dichosos destornilladores. No obstante, ese no era el motivo medular de su desasosiego. Era otro, el cual ahora se sumaba al de Corina Reyes. La razón era el doctor Gordon Rooke, el siquiatra. ¿Cuál fue el verdadero motivo de haber ido a la casa de sus padres? Lo de la polisomnografía le parecía trivial. Sabía que el siquiatra y su padre eran grandes amigos, pero cambiar la

ruta de su consultorio, el cual quedaba al otro extremo de la ciudad, y desviarse por el sólo hecho de que estaba preocupado por su salud, era difícil de digerir. Además, podría haber llamado por teléfono y preguntar si ella estaba. No hacía falta desviarse tanto sólo para saber de la salud de una "paciente" que, a todas luces, estaba en sus cabales. Ese asunto del doctor no le cuadraba en lo absoluto.

Al estar fuera de la tienda se dirigió directamente a una cafetería estilo italiano. Se sentó en la primera silla que encontró desocupada y se dispuso a esperar al mesero. No tenía ninguna prisa. El único apuro estaba en su cabeza. Habían muchas cosas que descifrar y ahora se le sumaba una más.

– ¡Buenos, días! –saludó un joven y afable empleado tan delgado que parecía estar enfermo–. ¿Qué desea tomar? –preguntó.

Antes de contestarle Elizabeth consultó su reloj y con asombró vio que todavía eran pocos minutos pasadas las once de la mañana. El tiempo le parecía haberse detenido y la charla que tendría con Corina alargarse demasiado. Pero no se arrepentiría e iría a su casa después que ésta saliese del trabajo. Era una mujer obstinada y las manecillas de un reloj no la detendrían para lograr lo que se había propuesto. Sabía que Corina no iría al mediodía a su casa porque solía hacer un pequeño almuerzo en la misma oficina. Que comía cualquier cosa. Un emparedado o una fruta que metía en su cartera en las mañanas antes de salir al trabajo.

– ¿Qué le sirvo? –volvió a preguntar el mesero al ver que no le contestaba.

– ¡Ah, sí!... Disculpa. Por favor tráeme un *cappuccino* y dos croissant naturales, sin calentar –solicitó pronunciando en perfecto italiano el nombre del café.

–Enseguida se los traigo, señorita –afirmó el joven dependiente y dando media vuelta se alejó.

Aunque ya estaba acostumbra, la arquitecto se sonrió cuando el mesero la trató de *señorita*.

Aunque lo del *cappuccino* ni lo del croissant eran costumbres inglesas, su paladar se había habituado a sus sabores y no fue por mera casualidad o por seguir los dictados de una trivial usanza en boga.

Su inclinación tenía firma, fecha y nombre. Todo comenzó después que Fabrizio Grassi se encargó de la dirección de *FG Diseños y Construcciones*. A los pocos días y fin de hacer las presentaciones formales, el apuesto arquitecto invitó a un desayuno a todo el personal de la empresa. Por supuesto que, entre otras cosas, en la larga mesa de conferencia que sirvió de tablón de banquetes, estaba el consabido e infaltable *cappuccino* y el *cornetto* italiano, un panecillo muy parecido al croissant francés. No obstante, todo el mundo le decía croissant, por

ser el francés el que realmente se internacionalizó en el mundo de los gourmet.

Por un momento Elizabeth se dejó transportar por los recuerdos. Escuchaba la voz de Fabrizio cuando en broma fanfarroneaba sobre sus hazañas en las lejanas montañas que les tocó escalar. Recordaba cómo con el encanto de un niño narraba sus ascensos a las cimas más altas y peligrosas del mundo. Su forma de hablar desenvuelta y cómo lograba resolver las cuestiones de diseño más intrincadas en pocos segundos, le fascinaban. Aquel galante y joven arquitecto proveniente de una próspera familia italiana, le agradaba, aunque no fue sino hasta ahora, al recordarlo, cuando descubrió lo mucho que añoraba escucharlo, tanto por su inteligencia como por su cordialidad. Cuando estaba junto a él se sentía segura. No entendía por qué, pero lo había comenzado a extrañar. No ver su cara sino la de Ángela detrás de su escritorio, la hizo sentir mal y, al mismo tiempo, nostálgica. ¿Dónde se habrá metido? ¿Qué andará haciendo?, se preguntaba en el silencio de su atormentado y acosado ser.

El muchacho regresó con su pedido y Elizabeth comenzó a degustar su croissant en pequeños trocitos, los cuales cortaba con sus dos dedos en forma de pinza a fin de palpar la morbidez del panecillo. Luego bebía despacio un sorbo del humeante *cappuccino*. No había apuro. Tenía tiempo de sobra más que suficiente.

Entre bocado y bocado ahora sus pensamientos la transportaron a sus pequeños Natalie y Edward y la forma discreta como le insinuó su padre para que fuese a visitarlos. Ella era una buena madre y así se juzgaba, pero no quería ir a la casa porque en las circunstancias actuales su presencia podría alterarlos. Afectar su endeble y vulnerable psiquis. Lo menos que deseaba en la vida era perturbarlos. Debía evitar que sus hijos la viesen como cambiaba. La forma tan desvariada que adoptaba cuando *la sombra* se le aparecía. En los últimos días aquel engendro la atormentaba a toda hora. No sólo de noche, como al principio, sino también de día y ella no podría exponer a ese riesgo a sus pequeños. Creyesen lo que creyesen los demás, debía protegerlos. Era su madre y no permitiría que *la sombra* los inquietase. Si debía dar la vida por ellos, con gusto la daría, pero *la sombra* no se les acercaría. Eso lo tenía muy en claro, como también que no debía someterlos a presiones que no podrían aguantar o que afectasen su sano desarrollo. Lo que le estaba sucediendo no les atañía a ellos. No entendía por qué misteriosas circunstancias el destino puso a *la sombra* en su camino, sin embargo debería salir sola de esa pesadilla. No debía, por ningún motivo, involucrar a nadie. Sería injusto y egoísta de su parte. Tenía que buscar sola la solución. Así se lo había propuesto y así lo haría, aunque en ello dejase la cordura.

Mientras sorbía el exquisito y caliente *cappuccino*, volvió a sentir la

amarga sensación de que la espiaban, por ello volteó de forma tan abrupta que derramó el café sobre la mesa.

22

Mientras en las oficinas de *FG Diseños y Construcciones* de Port Black se realizaba la reunión entre Elizabeth Diler y Ángela Grassi, en su refugio de Qana, el jorobado Nicene recién había finalizado sus rezos.

Durante sus oraciones no había invocado a Amoymón, rey infernal y Príncipe de la Monarquía Subterránea, porque no le correspondía a él hacerlo. No era un *Guerrero de Amoymón*. Pero sí había implorado por el éxito de éstos una vez que pisasen tierras inglesas.

El Mullah Malik Muhammad Ibn Talib tenía todo listo. La maquinaria ebanista, la cual estaría bajo el mando de Abu Idris al-Yafí, su hombre de confianza y más fiel seguidor, partiría a Inglaterra en los próximo días para comprobar si Munkir y Nékir, los ángeles negros escapados del Adhab Algab, ciertamente estaban en donde les

habían dicho.

El jorobado erudito se encerró en su “cuartel general” y se puso a estudiar documentos y manuscritos antiguos.

Debido a su erudición y conocimiento de viejos y misteriosos textos, muchos lo consideraban un *sufí*. Sin embargo, estaba muy lejos de serlo, no tanto porque no tuviese la preparación necesaria, sino porque entre los musulmanes los *sufí* son personas muy espirituales y devotas que se niegan a sí mismos con tal de lograr una comunión directa con Alá y Nicene, más que un místico, era más bien un instruido fanático terrorista.

Después de clasificar, ver y desechar algunos documentos escritos en antiguo árabe, otros en griego y varios garabateados en caligrafía hebrea o en arameo, la lengua que hablaba Jesucristo, el encorvado erudito volvió a posar sus ojos sobre el dibujo de los dos terroríficos guerreros de extraña armadura con una cruz de dos listones y arco atravesado en sus pecheras como emblema de la legión a la que pertenecían.

Examinó meticulosamente cada uno de sus contornos con una gran lente de aumento. No quería que se le escapase ningún detalle, aunque tampoco sabía, con certeza, qué buscaba en ellos. Quizás una revelación, un escrito oculto entre sus trajes o en los musculosos pliegues y cuerpos de los caballos. Estaba persuadido de que además del *nihil obstat*, la leyenda asentada al pie de aquel dibujo debía haber algo más. Tal vez un acertijo. Quizás no había nada más que las dos imágenes de los guerreros y que el supuesto acertijo que con tanto afán buscaba no existía. Que lo había tejido su mente. Sin embargo, persistía en su búsqueda. Posiblemente no estaba escondido en los lúgubres jinetes, sino en la cruz. En su verdadero significado. Él era un erudito, un estudioso de los textos antiguos y sabía que las cosas nunca eran tan fáciles como parecían ser a simple vista. Que siempre debía haber algo más, algún dilema camuflado en algún recóndito lugar de aquel dibujo. Los antiguos sabios, escribas y dibujantes siempre trataban de ocultar las verdades arcanas a fin de que estas no fuesen violadas por ningún intruso. Y, la mejor manera de hacerlo, era enmarañarlos dentro de algo que pareciese obvio pero que, ciertamente, no lo era. Siempre lo elemental encerraba un secreto, una segunda intención que no era visible ni detectable a simple vista. Nicene lo sabía, de allí su acucioso y empecinado estudio del dibujo, pero no hallaba nada, a no ser la representación vívida de dos jinetes con aspecto fiero y mortal.

De tanto en tanto se frotaba la cabeza con desesperación y despeinaba un poco más su ya cano y escaso cabello. Tenía el conocimiento a su favor, las herramientas necesarias, la tranquilidad de su oficina y, sin embargo, no lograba dar con lo que buscaba.

“Quizás no encierra ningún misterio y es sólo un dibujo”, se dijo con cierta entrega en su interior. No obstante no cesaba de buscar. Era obstinado y para desatarse de su búsqueda no será tan fácil. No se convencería a sí mismo a menos que él mismo estuviese consciente de que el dibujo no encerraba enigma alguno.

Los leves toques de unos nudillos en la puerta de entrada lo sacaron de su embeleso. Dejó todo como estaba sobre el escritorio y se dirigió a ver quién era.

–*Assalamu álaikum…* –escuchó que lo saludaba una voz femenina al abrir la puerta y después, enseguida, agregó–: *Nahaar sa'id,* Nicene –a fin de personalizar sus buenos días en árabe.

–*Álaikum assalamu… –Nahaar sa'id* –contestó correspondiendo al saludo–. ¿Qué desea? ¿Cómo sabes mi nombre? –preguntó frío y con cierta hostilidad por atreverse aquella menuda jovencita a distraerlo en su acuciosa búsqueda.

–Soy Fátima, hija del Mullah –respondió con insolencia la joven, que llevaba el rostro cubierto por un delgado velo que sólo dejaban desnudos sus hermosos y grandes ojos negros.

– ¿De mi señor? –interrogó alarmado Nicene al tiempo que hizo un ademán de arrepentimiento por la ligereza de su respuesta.

–Sí, de su señor Talib y no tenga miedo de pronunciar su nombre en mi presencia –afirmó mientras daba un paso dentro de la empolvada y maloliente oficina.

–Yo no conozco a ningún Talib –contestó con agudeza a fin de proteger, más que nada, al Mullah, a quien todos creían muerto, pero seguía en la lista de los más buscados de muchos servicios de inteligencia del mundo.

– ¿No habló ayer con él?… Su encuentro fue secreto. Eso no lo sabe nadie, ¿cierto?... Entonces, ¿cómo podría saberlo yo si no es siendo su hija? –preguntó con desfachatez juvenil.

– ¡No lo sé! Usted lo sabrá. Hoy en día los jóvenes inventan tantas cosas… Repito. No conozco a ningún… ¿Cómo dice que se llama la persona que la envió? –preguntó con falsa despreocupación el encorvado erudito

–No es ningún invento –atajó Fátima–. Mi padre me advirtió que esto podría suceder… Que se pondría terco…

–Te suplico que te vayas –contestó Nicene invitándola con su mano a ir hacia la puerta, la cual seguía abierta.

–Está bien que protejas a mí padre, pero no es bueno que desconfíes de todos –adujo quedándose plantada donde estaba.

–Bien. Supongamos que eres la hija de quien dices ser –expresó en tono tolerante el estudioso de las leyes santas al ver la gran decisión de la joven–. ¿Cómo sé qué está diciendo la verdad?… –preguntó palpando cada uno de sus gestos.

–Tengo una prueba.
– ¡Sí! ¿Cuál, si se podría saber?
–Entra –solicitó la joven a alguien que presumiblemente esperaba escondido fuera de la oficina.
– *Nahaar sa'id* –saludó dando los buenos días la persona que entró. Se trataba de Ahmad Shaubani, el guardaespaldas del Mullah.
– *Nahaar sa'id* –respondió atónito Nicene–. ¿Qué hacías allá afuera? –preguntó desconcertado.
–Esperaba a Fátima –informó con voz gutural sin desconcierto.
– ¿Esto te convence? –soltó con desparpajo la joven de hermosos ojos negros–. No creíste que mi padre iba a dejarme venir sola, ¿verdad?
–No sabía que el Mullah tuviese una hija y menos tan joven –manifestó a fin de ser agradable.
–Hay muchas cosas que no sabes –expresó desafiante Fátima y luego, dirigiendo la mirada al guardaespaldas, con una leve sonrisa bosquejada en sus ojos, pronunció en árabe–: ¿*Kaïfa al-Haal*? (¿*Qué tal*?). Viste como cambian las cosas de un momento a otro. Así también deberá cambiar pronto el mundo.
La joven quedó esperando una respuesta del fornido guardaespaldas, pero éste quedó inmutable.
–Sabes que debemos protegernos. Ojos malignos nos espían y no podemos exponernos –excusó Nicene su proceder desconfiado–. ¿A qué le debo tan agradable e inesperada visita? ¿En qué puedo servirte? –preguntó ahora en tono servicial.
– Mi padre quiere que le envíes el dibujo del que le hablaste –notificó altanera.
– ¿El dibujo?... ¿Y para qué lo quiere? Lo estaba examinado en este momento –rezongó señalando hacia su escritorio.
–Sólo dijo que se lo enviaras, nada más. No dio explicaciones. Y si supiese el motivo tampoco te lo diría –respondió con malcriado reto haciendo gala del poder que ostentaba el Mullah entre los ebionitas.
–Pero, me faltan cosas por desentrañar…Que descubrir…
– ¿Te opones?
– ¡No, por favor!... Como voy a oponerme a los mandatos del Mullah. Lo que sucede es que me faltan desvelar algunos de sus misterios –confesó impaciente mientras iba hacia el escritorio a buscarlo.
Ahmad había cerrado la puerta tras su ingreso y se plantó debajo del marco con actitud marcial. Nadie saldría ni entraría por esa puerta sin su consentimiento.
– ¿Ese es? –preguntó Fátima al verlo con un pergamino en la mano.
–Sí… Voy a recubrirlo para que no se dañe. Tiene muchos años y el papel se puede resquebrajar si no se le trata con suma delicadeza –

afirmó mientras regresaba hacia su escritorio y metía el dibujo dentro de una sólida carpeta de cartón que después comenzó a envolver en tela de grueso paño.

Mientras Nicene hacía el paquete, Fátima y Ahmad veían con nauseabunda repugnancia reflejada en sus rostros como la joroba del erudito se movía de un lado a otro cuando anudaba los cordeles en sus extremos para que el bulto estuviese bien preservado.

– ¡Listo! –expresó una vez concluida su labor y dándole la cara a sus visitantes fue con el envoltorio hacia Fátima–. ¡Cuídalo! Es lo más importante que mis manos jamás tocaron –recomendó reflejando en su rostro sincero orgullo.

–No te preocupes. Nosotros lo protegeremos. Por eso está aquí Ahmad –contestó esta vez con sincera humildad–. *Assalamu álaikum*… Nos veremos pronto –saludó para despedirse esta vez educadamente Fátima y fue hacia la puerta, la cual ya tenía abierta Ahmad.

–*Insha'Allah* (*Si Alá quiere). Wa álaikum Assalam (y la paz sea contigo)* –respondió Nicene con cierta duda y desconcierto en su rostro.

Se sentía defraudado. Le había puesto tanto empeño y conocimientos a aquella imagen y ahora no podría concluir su trabajo en la forma como él quería. ¿Qué había pasado? ¿Por qué el Mullah le arrebató de las manos su más preciada posesión? El dibujo databa de los primeros siglos y ni el mismo sabía con total seguridad si pertenecía a la cultura árabe o cristiana. Nunca pudo corroborarlo. Ni en sus trazos ni en sus formas porque tanto jinetes y sus vestimentas, así como los caballos, podrían haber pertenecido a cualquiera de ellas ya que no existía ni tenía nada con que comparar las imágenes ahí representadas. No había ni figuras, grabados o esculturas de culturas precedentes que indicasen su origen. Aquello era un total misterio. Y en develarlo estaba poniendo todo su empeño el jorobado erudito pero, por ahora, no podría ya hacerlo.

23

Fabrizio y Jumpi durmieron como unos niños toda la noche. En el monasterio les habían asignado la misma habitación que le dieron la vez que fueron rescatados después del incidente del Kanchenjunga.

Estuvieron en cama hasta tarde. El cansancio y las nuevas experiencias vividas al ser succionados por la *Boca cóncava*, después toparse con una plantación de girasoles de nieve que tenían vida, ver como la gigantesca estatua de hielo de un guerrero escapado del *Mundo de los sueños* salía trotando por las montañas y rematar con un monasterio casi invisible esculpido en una pared de hielo, había sido más que suficiente para hacerlos dormir hasta entrada la mañana.

Luego de un energético desayunó-almuerzo tibetano consistente en *tsampa*, una especie de enrollados de pasta hecha con harina de cebada tostada, y abundante *chas*, té con mantequilla elaborada con leche de yak y sal, los dos montañistas ocuparon parte de su tiempo en tratar de comunicarse con el Campo Base.

Sus múltiples intentos fueron vanos. Estaban muy lejos y la señal, y por más que cambiasen de onda y a frecuencias alternas a los radiorreceptores, desde ese punto del Himalaya la transmisión era imposible. No había recepción. Querían avisarle a Mushi Jha, el sherpa primo de Jumpi que se había quedado encargado de las comunicaciones y el cuidado del campamento, que todo estaba bien. Que no se preocupase, porque ellos pronto regresarían.

Los celulares con GPS incorporado tampoco les servían de nada en esas latitudes y alturas. Lo mismo les sucedió con un GPS de última generación que había llevado Fabrizio para poder triangular dónde se encontraban. El aparato no respondió porque esas coordenadas no existían en su memoria. A ese punto, los dos montañistas no sabían dónde se encontraban. Y, en cuanto a sus brújulas, estas quedaron sin vida. Siempre marcaban el mismo rumbo, un rumbo ellos desconocidas, ya que no correspondían ni a la ubicación que los monjes les suministraron del monasterio ni a ningún otro sitio. Su aguja imantada había quedado paralizada, quizás producto de un gran campo magnético que la mantenía estática, sin ningún movimiento. La aguja, que debía señalar hacia el norte de la tierra, ahora apuntaba hacia el este. Un total desvarío magnético.

Gracias a Dios que no estaban a la deriva, sino en buenas manos, de otra forma con las provisiones que tenían no hubiesen resistido una semana con vida en una zona tan inclemente y desconocida.

Cansados de tanto intentar sin éxito una comunicación con los radiorreceptores y mientras esperaban que los recibiera el Gran Lama, los dos amigos decidieron salir a dar una vuelta por las inmediaciones

del monasterio. En los extramuros, muy cerca de las grandes escalinatas, divisaron un lugar desde donde se apreciaba un imponente paisaje de nieves perpetuas y colinas. Caminaron hacia allá y se sentaron en el borde de una enorme viga de granito que sobresalía al vacío.

A pesar de que estaban bien abrigados y con toda la protección necesaria que ameritaba un sitio tan helado, el frío les calaba los huesos por estar inactivos. De cuando en cuando se levantaban de donde se sentaron y daban unas pequeñas pero enérgicas paseaditas en círculo para sacudirse el frío y acelerar la circulación sanguínea.

Tranquilos, sin apuro aparente, esperaban al monje asignado para llevarlos ante la presencia del Gran Lama Manjushri Avalokiteśvara, regente del monasterio, a quien le referirían todos los detalles sobre los acontecimientos de Port Black, aunque ellos desconocían los últimos eventos, como el ataque de los estorninos negros y que Elizabeth había sido agredida por *la sombra*.

Permanecían sentados, bamboleando sus piernas al aire para darle cierto movimiento a las extremidades mientras admiraban aquel paisaje de blancura virginal que se abría ante sus ojos y extendía hasta un horizonte lleno de altas montañas y picos. A sus flancos, pero distantes de donde se encontraban, varios leopardos de la nieve aprovechaban los penetrantes rayos de sol de la mañana para asolearse echados sobre algunos dinteles y salientes del monasterio.

Jumpi y Fabrizio hacían lo mismo que los leopardos, pero con el debido resguardo para sus ojos y piel. Sabían que en sólo pocos minutos ese maravilloso deslumbrante sol y sus reflejos en la nieve podría dejarlos completamente ciegos o con quemaduras severas si no tuviesen la protección adecuada para esas inclementes condiciones de tiempo.

Los dos amigos se sentían felices de estar en aquel paradisíaco lugar lleno de paz. No se percibían impacientes. Tenían la certeza de que pronto les darían la llave para desentrañar el misterio de *la sombra*, por eso habían viajado desde tan lejos. Sólo esperaban el momento que lo fuesen a buscar para estar ante el Gran Lama.

Entretanto, se divertían como un par de adolescentes lanzando piedras al vacío desde aquella gran altura que escogieron para sentarse. Además, era un buen ejercicio para mantenerse activos y con la sangre circulando.

Para matar el hastío, comenzaron a juguetear y hacer apuestas simbólicas para ver quién de los dos lanzaba una piedra más lejos. Buscaron a sus alrededores una buena provisión de pedruscos y empezaron a arrojarlas al vacío. De pronto dejaron de hacerlo y boquiabiertos miraron extasiados como ante sus ojos un desfile de delicadas mariposas blancas con escarchas tan brillantes como

diamantes incrustados en sus alas, revoloteaba en procesión infinita hacia algún lugar desconocido.

Era un espectáculo celestial inimaginable. ¿Qué hacían allí esos hermosos seres? ¿Adónde iban y de dónde habían salido? ¿Cómo sus delicadas cuerpos podían soportan tan altas temperaturas? ¿Por qué no se congelaban en pleno vuelo? Eran algunas de las interrogantes que se hacían en silencio los dos amigos.

– ¿También las estás viendo o es un ilusión? –preguntó Jumpi sin quitarle la vista de encima a aquel ejército de mariposas blancas que parecían volar alegres porque había llegado la primavera que tanto esperaban.

– ¡Claro!... Claro que las estoy viendo… Creí que se trataba de un espejismo… Que el cansancio me estaba haciendo ver cosas extrañas – contestó sin salir de su asombro Fabrizio.

–Me gustaría tener una en mis manos, pero van muy lejos –expresó extasiado Jumpi.

–Es imposible. No se pueden tocar –escucharon que les revelaba una voz a sus espaldas.

Era un monje de mediana edad a quien ellos no conocían.

– ¿Qué son?... ¿De dónde vienen? –preguntó curioso Fabrizio.

–Su Santidad los recibirá ahora –anunció refiriéndose al Gran Lama Manjushri Avalokiteśvara, la máxima autoridad religiosa del monasterio y dicho eso les dio la espalda y comenzó a caminar hacia el interior del templo. Fue la única respuesta a la interrogante.

A los dos montañistas les costó despegar los ojos de aquellas criaturas que parecían haber descendido del mismo edén, de lo más alto de la bóveda celeste. Pero no les quedó más remedio que hacerlo. Al ver que en largas zancadas el monje se alejaba del lugar, corrieron tras él para alcanzarlo. Mientras lo hacían, Fabrizio volteaba para ver hacia qué lugar del horizonte se dirigía la procesión de mariposas blancas con alas de diamantes. Otro tanto hacía Jumpi. Sabían que no podían quedarse a disfrutar de aquel espectáculo. Una tarea más importante que sus propias vidas los esperaba.

– ¡Van hacia el este!… ¡Van hacia el este!… –gritó Jumpi dichoso al descubrir que aquella hermosa procesión de pequeñas mariposillas habían virado el rumbo.

– ¡Sí, hacia el este! –confirmó con dicha Fabrizio.

Mientras caminaban por los pasillos hacia la cámara donde serían atendidos por el Gran Lama, los dos amigos comenzaron a detallar la fabulosa construcción monástica. Cuando estuvieron la primera vez siquiera notaron sus imponentes murallas y paredes talladas en el más puro granito. En aquel entonces Fabrizio estaba más pendiente en recuperarse de sus heridas que en otra cosa y Jumpi ávido por dejar sano y salvo a su amigo en el Campo Base y regresar pronto con su

familia. La edificación no tenía ningún interés para ellos. Ahora, sin habérselo propuesto, ambos lo hacían. Cada quien a su modo y manera. Fabrizio la miraba a través de sus conocimientos arquitectónicos y Jumpi desde el punto de vista espiritual y religioso.

Aquel santuario no se parecía a ningún otro, tanto tibetano, nepalés o chino. Sus características generales eran totalmente diferentes, a excepción de que estaba construido en un lugar aislado, lejos de la gente y las ciudades. Su tipo de construcción, casi monolítica, no tenía nada que ver con la arquitectura del budismo Mahayana que se introdujo en China mediante *La ruta de la seda*, o la japonesa de los periodos Asuka, Hakuho o Nara. Como tampoco a los santuarios rupestres excavados en roca. Era muy diferente, de ahí su interés. Además, la fachada de Kardong había sido esculpida sobre una pared de hielo y granito, lo que le daba un aspecto casi invisible.

–Este monasterio es de vieja data, debe venir de los primeros siglos –observó Jumpi casi en susurro.

–Pensaba lo mismo. También lo estaba observando y por los cortes de esas grandes moles de piedras y sus cantos irregulares, debe tener milenios de construido –confirmó su amigo hablando también suave a fin de no ser escuchado por el monje que los guiaba, quien iba unos metros delante de ellos mostrando el camino.

– ¿Dijiste milenios?

–Sí, quizás de la misma época en que vivió Cristo –musitó Fabrizio poniéndose el índice cerca de la nariz.

– ¿Tanto?

– ¿Te fijaste en el tamaño de los bloques? Esos cortes y sus tamaños son parecidos a la de los del Muro de los Lamentos de Jerusalén y otras edificaciones de la época.

–Si… Si… Al parecer tienes razón. Aunque yo nunca he estado en Jerusalén, he visto el Muro por fotos y en televisión… ¿Tú estuviste? –preguntó con inocencia infantil el sacerdote sherpa.

–Sí, amigo. Si he estado. Ahora dime: esos bloques son de granito o de otra cosa… ¿Qué crees?

–Sin ninguna duda granito de montaña. A veces el frío, el hielo y los vientos le cambian un poco la apariencia, pero sin duda es granito blanco… Además, ¿de qué otra cosa podrían ser?

–Totalmente de acuerdo contigo, amigo.

–Hemos llegado. Aquí es –comunicó el monje en forma seca–. Entren ustedes. Los están esperando.

Entre ambos empujaron el gran portón de maciza madera de la sala principal, cuyas dimensiones eran un poco más pequeñas que un estrecho y alargado campo de fútbol, pero lo suficientemente grande para albergar a los trescientos monjes que allí habitaban cuando se postraban en meditación profunda en busca de iluminación y

sabiduría.

Después de franquear la pesada puerta, Jumpi y Fabrizio se encaminaron con ánimo resuelto por el pasillo central.

El Gran Lama Manjushri Avalokiteśvara, la máxima autoridad religiosa del monasterio, presidía lo que aparentemente era un consejo de monjes ilustrados.

En el centro del salón, Manjushri Avalokiteśvara estaba sentado con sus piernas cruzadas en forma de loto sobre un enorme *zafu*, cojín redondo que los monjes utilizan para la meditación, colocado sobre una plataforma rectangular tallada en granito, lo cual lo elevaba un poco del suelo en relación a los demás monjes, quienes permanecían sentados, también con los pie cruzados, a ambos extremos del corredor formando dos filas horizontales. No eran más de una treintena. Todos vestían sus túnicas granate y camiseta blanca debajo de ella, al igual que todos los demás monjes del monasterio. Cuando Jumpi y Fabrizio entraron siquiera movieron un ojo para ver quién o quiénes se acercaban por el corredor en dirección al Gran Lama. Al llegar a un punto, dos especie de escuderos que permanecían de pie a cada costado del estrado alfombrado en el que se hallaba el anciano regente, les hicieron señas de detenerse. Inmediatamente los dos montañistas acataron la orden. Luego, el mismo Gran Lama gentilmente movió una de sus manos y los invitó a sentarse en dos mullidos *zafu* dispuestos frente a él y que esperaban por sus ocupantes. A diferencia de los cojines de los demás monjes, los cuales parecían confeccionados con una rudimentaria tela color ladrillo tostado, donde se ubicarían ellos eran de color azul cielo. Los dos amigos atendieron la cordial invitación y se sentaron de frente, dándole la cara al gran maestro.

–Me agrada volverlos a ver. Mucho más cuando traen buenas noticias –expresó con serena sabiduría Manjushri–. Espero que el viaje haya sido del todo placentero a pesar de las ineludibles sorpresas que pudieron traerlos hasta aquí pronto y sanos –acotó con un leve gesto de agrado en los labios.

Jumpi y Fabrizio se vieron la cara. Pensaron que el Gran Lama se refería a la boca succionadora y a todo lo demás.

–Sí, todo fue bien… Las “sorpresas” nos asustaron pero también nos encantaron, ¿verdad Jumpi? –atinó a responder Fabrizio recalcando la palabra sorpresa mientras entrelazaba nerviosamente sus dedos.

–Así lo presumimos –respondió el Gran Lama y luego de una estudiada pausa, agregó–: Espero que hayan recuperado sus fuerzas, porque una dura tarea les tocará realizar –anunció y se dispuso a esperar sus interrogantes.

–Por eso vinimos, para decirles que *La profecía de la sombra* ha comenzado –expresó inquieto el joven montañista.

–Lo sabemos…

– ¿Cómo qué lo sabían? –dejó salir de su boca, ahora en forma estridente, Fabrizio.

–Por favor no interrumpan y déjenme terminar –solicitó con indulgente y misericordiosa paciencia Manjushri Avalokiteśvara–. Los monjes que fueron a buscarlos en la montaña ya se lo dijeron para evitar ciertas dudas y confusiones. Los autorizamos a revelarles sobre el *samādhi* y del *ishitua*, nuestra facultad de ver y atraer hacia nosotros en forma remota… En el espacio y en el tiempo…

–Disculpe mi impertinencia, gran maestro… –dijo Fabrizio, pero al ver el rostro de reprobación de todos los demás miembros del consejo calló inmediatamente.

–Los trajimos hacia nosotros desde la primera vez porque fueron los escogidos para un propósito. Faltan trece días para que se cumplan los treinta y tres de los que habla la profecía, lo asentado en el libro perdido de san Juan, y es tiempo para que ustedes comiencen con su obra. Les revelaremos sólo lo necesario para que tengan éxito. Lo demás seguirá guardado en secreto por nosotros tal como lo hemos venido haciendo durante milenios. ¿De acuerdo? –preguntó, pero al no escuchar respuestas, repitió– ¿De acuerdo?

– ¡Seguro!… Seguro, Su Santidad –manifestó lleno de entusiasmo Jumpi dándole el tratamiento de “Su Santidad”, tal como lo hacen con sus líderes espirituales cada una de las cinco escuelas tradicionales tibetanas–. Díganos que tenemos qué hacer –preguntó ávido.

–Detener a *la sombra*, que no es otra cosa que el ángel Vitiel, ahora convertido en un ángel negro.

– ¿*La sombra* es un ángel?... ¿Un ángel negro? ¿Cómo es eso posible?... –interrogó incrédulo Fabrizio.

–Sí. Es un híbrido entre el bien y el mal, que, dependiendo de las circunstancias y momento, actúa de forma malévola o benévola.

– ¿Y por qué negro?... ¿Qué tiene que ver el color de su piel? ¿Cómo saben ustedes su nombre? –indagó extrañado el pequeño sacerdote sherpa.

–Entiendo su curiosidad y asombro, pero contestaré sólo algunas de sus interrogantes. Explicarles todo nos llevaría mucho tiempo y tiempo, precisamente, es el que no tenemos si queremos detener los que está pronto a suceder si no lo contenemos.

– ¿*La sombra* es presagio de algo malo? –indagó Fabrizio.

–Peor que eso. Del inicio del fin de los tiempos –expresó sereno el Gran Lama–. Pero dejemos eso para más adelante. Después dos letrados monjes les explicarán todo lo que ustedes deben saber y los guiarán hacía lo que deberán hacer –atajó Manjushri Avalokiteśvara para evitar la avalancha de interrogantes y dudas que se iban tejiendo en el cerebro de los dos montañistas–. Para aplacar el torbellino de sus

mentes, les diré que Vitiel no es negro sino blanco, pero en su actual estado de impureza su piel tomó un color azabache reluciente debido a su desobediencia, por emigrar del *Mundo de los Sueños* al mundo real. Por su caída, ahora Vitiel representa el estadio inferior del purgatorio en la Tierra, donde la duda, confusión, indecisión y negación ocasional de la fe atormentan su alma impura.

– ¿Negación ocasional de la fe?... ¿Qué significa?

–Simplemente, que no es permanente. Su negación es fortuita. Vitiel ahora vive en forma etérea, en la débil línea que separa al hombre entre el Purgatorio y el Paraíso y sus acciones no necesariamente obedecen directamente al mal o el bien… Todo depende de las circunstancias. Por eso debemos redimirlo. Si no lo hacemos se cumplirá la profecía de san Juan. Ustedes deben rescatarlo, por eso están aquí –sentenció el Gran Lama ante la estupefacción de sus visitantes.

– ¿Nosotros?... ¿Por qué nosotros?... ¿Cómo hacerlo? –interrumpió esta vez Jumpi, quien había permanecido hasta ese momento callado, analizando cada una de las palabras, cada uno de los movimientos del Gran Lama.

–Con persuasión…

– ¿Con persuasión?... Si es tan fácil como aparenta ser, porque no lo hacen ustedes, que son unos iluminados, personas santas.

–No podemos hacerlo porque se necesita otro tipo de pureza para que la misión de liberación tenga éxito –afirmó el Gran Lama Manjushri Avalokiteśvara, quien, entre todos los monjes, era la única persona que hablaba.

– ¿Qué quiere decir con eso de otro tipo de pureza? –inquirió el esbelto montañista mientras se movía con impaciencia sobre el artesanal *zafu* azul donde estaba sentado.

–Como la de tú amigo. Como la pureza de Jumpi. Y tú lo ayudarás para que triunfe.

– ¿Mía?... Yo no creo que sea tan puro –manifestó con gran humildad el pequeño sherpa.

–Sí, por tú conversión. Tu virtud y entendimiento te hizo ver al mundo en su verdadera dimensión. Eso lo logran sólo personas de almas piadosas y puras. Pero eso se los explicaremos después. Ahora lo importante es que sepan de qué se trata. Braharta y Sgmhanta les darán los detalles. Cuando estén listos para regresar a Inglaterra nos volveremos a reunir –participó, y ayudado por los escuderos se retiró del salón.

Los designados por el Gran Lama eran dos monjes muy ancianos. Al recibir la orden de su superior dejaron sus cojines y se les acercaron. Los restantes se retiran en procesión silenciosa.

– ¿Dónde fue el Gran Lama?... ¿Por qué no nos suministró él mismo

los detalles? –preguntó Fabrizio con impaciente curiosidad.

–Su Santidad se retiró a meditar y no podrá ser molestado hasta que ustedes no se vayan –informó uno de ellos.

– ¿Y si nos vamos en una semana? –inquirió con impertinencia el joven montañista.

–Quedará meditando el tiempo que sea necesario sin ser interrumpido –respondió el más joven de los dos ancianos monjes.

–Ni para comer…

–Ni para comer, ni para dormir, ni para nada… Pero no sigan con sus preguntas, porque nada más les contestaremos. Lo único que les revelaremos es lo que nos encomendó Su Santidad. Síganos –solicitó el otro monje, un poco más anciano que el primero.

– ¿A dónde iremos?

–Al sitio más sagrado de este recinto, el cual nunca ha sido visitado por ningún extranjero… Ustedes serán los privilegiados.

– ¿Más sagrado qué el propio monasterio?... Ahora si me está emocionando el asunto –expresó con cierta picardía Fabrizio.

Los monjes se deslizaron silenciosamente por varios pasillos y luego enfilaron hacia una especie de cámara subterránea. Jumpi y Fabrizio los seguían a corta distancia. Se detuvieron frente a una puerta de doble cerraduras colocadas en forma horizontal. Una a la derecha, en un ala de la puerta, y la otra en la izquierda. El monje menos viejo levantó un poco su túnica y de un bolso de piel de ciervo que tenía atado a la altura de la cintura sacó una llave de tres puntas semicurvas en cada extremo, las cuales iban de mayor a menor, dibujando una rudimentaria espina de pescado. La introdujo por una de las cerraduras y le dio tres vueltas a la derecha. Al finalizar, el otro monje también hizo lo mismo. Sacó su llave y la encajó en la otra cerradura, pero la giró a la inversa, o sea a la izquierda. Al terminar cada uno extrajo la suya y la guardó en donde la habían tomado. Luego, con un suave empujón se abrió aquella extraña puerta, que más bien parecía una caja de caudales, y ante los ojos de los dos visitantes se desplegó un universo lleno de libros, pergaminos y manuscritos. Era la biblioteca del monasterio. Austera, y con cierto halo espiritual impregnado en sus paredes, carecía de todo adorno en su interior. Siquiera una imagen de Buda, algo muy extraño en una comunidad monástica budista. Esa interrogante se la habían hecho una y otra vez esa misma mañana los dos montañistas. Durante sus recorridos por el *viharas*, como llaman los tibetanos a los monasterios, no vieron ninguna estatua o imágenes de Buda.

–Aquí se guardan mucho de los secretos del mundo… –expresó uno de sus guías y luego, en tono sosegado, agregó–: De los vivos y de los muertos.

Fabrizio y Jumpi estaban extasiados ante aquella colosal y vetusta

biblioteca enclavada en medio de un océano de nieve y montañas de mucho miles de kilómetros cuadrados.

–Por favor siéntense –solicitó amable uno de los monjes señalando unos cojines que estaban dispuestos en el piso, cerca de un mesón de granito que se levantaba a unos treinta centímetros del suelo–. Yo soy Braharta y él es Sgmhanta –dijo el monjes menos viejo señalando al otro–. Si se te hace difícil pronunciar nuestros nombres –indicó dirigiéndose a Fabrizio–, a mi simplemente llámame B y a mi devoto compañero S. Nosotros lo entenderemos. Sabemos que Jumpi no tiene problema en pronunciarlos.

–Está bien B –convino Fabrizio en son de broma–. Aunque espero acostumbrarme. Tu nombre no es tan difícil de decir como el del Gran Lama y, sin embargo, me lo aprendí.

–Bien. Tenemos muchas cosas que informarles. Comenzaremos por explicarles lo referente al Ángel Vitiel, luego del porqué tenemos qué hacerlo y quiénes somos en realidad nosotros.

– ¿No son monjes? –preguntó de sopetón Fabrizio–. No me digan, a estas alturas, que no son monjes.

–Sí lo somos… Luego les explicaremos. Eso no es importante y tampoco apremia. Pero, por favor, no más interrupciones –le solicitó Braharta, al igual que hizo el Gran Lama.

–Está bien –volvió a disculparse por segunda vez y en pocos minutos Fabrizio.

–Escuchen con atención. Vitiel, el ángel negro que está en Port Black, donde ustedes viven, se escapó del *Mundo de los Sueños*. Poco antes de que eso sucediese iba a ser glorificado por El Creador como el Arcángel Vitiel, pero por su desobediencia fue enviado al *Mundo de los Sueños*, un Mundo Paralelo que está muy cerca de nosotros, en un lugar de la cordillera del Himalaya. Es una especie de purgatorio donde se envían a los ángeles rebeldes por un cierto período de tiempo que, calculado en el tiempo humano, es algo más de tres milenios. Mientras los enviados al *Mundo de los Sueños* purgan sus faltas, son libres de andar por donde les plazca pero, eso sí, sin salir de ese Mundo –explicó reflexivo Braharta, acaparando rápidamente la atención de los dos montañistas–. El *Mundo de los Sueños* está íntimamente ligado al mundo real en el cual vivimos todos los seres humanos y, también, es un Mundo Paralelo. En el universo hay tantos Mundos Paralelos, que nosotros siquiera imaginamos cuántos son. No sabemos nada de su ubicación ni de los seres que los habitan. Todo lo que los humanos sueñan proviene del *Mundo de los Sueños*. Las pesadillas y los horrores de los sueños también vienen de ahí. El Creador ha permitido a los que habitan el *Mundo de los Sueños* entrar en los sueños humanos. Es un filtro para paliar, tranquilizar y enrumbar faltas. A veces esos sueños les sirven a los hombres de

advertencia, otras de revelaciones. Algunos de paz y, los peores, de terribles pesadillas. Y, así, otro sinnúmero de distintos objetivos son asignados a los sueños –reveló el anciano monje. Luego hizo una pequeña pausa. Los miró detenidamente y detectó estupor y deleite en sus ojos, pero también entendimiento, por ello continuó–. Les digo esto para que comprendan lo que sucedió con Vitiel. Él penetró el sueño de un humano y lo atormentó con su propia pesadilla de ángel, con su propia insatisfacción de ángel rebelde. Aunque reprochable, por tratarse de un ángel, esa "acción" también era permisible. No obstante, no contento con su imprudencia, Vitiel escapó del sueño de Elizabeth Diler y eso estaba totalmente prohibido. Ese es, más o menos, el resumen de lo ocurrido. Pero, según lo revelado en el capítulo perdido del Apocalipsis, lo importante ahora es lograr persuadirlo, ya que es imposible capturarlo, para que regrese al *Mundo de los Sueños*. Si fallamos será el final –concluyó el más joven de los ancianos monjes–. ¿Tiene alguna pregunta? –indagó viéndoles sus rostros estupefactos.

– ¡Muchas!... ¡Muchas! –exclamó Fabrizio quien fue el primero en abrir la boca, ya que Jumpi no salía de su aturdimiento. No podía creer lo que había escuchado.

–Sabíamos que sería así. Escucho… ¿Cuáles son sus inquietudes? –indagó sosegado el mismo Braharta.

Aunque Fabrizio tenía a flor de labios su primera pregunta, Jumpi se le adelantó. Se veía estremecido por todo lo que acaba de escuchar. El mundo, su mundo real y espiritual, sus dogmas religiosos, sus creencias humanas y mundanas, se habían ido al traste en un abrir y cerrar de ojos. Aunque su fe en El Todopoderoso seguía firme como la más sólida de las rocas y tan fuerte como el más templado acero, su impaciencia era obvia y tenía un inmenso porqué.

–También yo tengo muchas inquietudes. Tantas, que no sé por dónde empezar. Comenzaré por lo último que dijo: ¿Por qué es imposible capturar a *la sombra*?… ¿Al ángel Vitiel?

–Por ser una criatura divina y etérea. Aunque su imagen se refleja corpórea no se puede palpar… No se puede tocar. Sería como querer atrapar al aire –explicó Braharta mientras Fabrizio se retorcía sobre su cojín esperando hacer la pregunta que, para él, era la más importante, la que más le había impactado–. ¿Qué te preocupa a ti? –indagó el monje al verlo en ese estado de impaciente premura.

– ¿Quién le dijo que *la sombra* había escapado de Elizabeth?... ¿Cómo saben su nombre y apellido? –soltó desconcertado.

– ¿Siquiera lo imaginas? –preguntó Braharta con cierto asombro, tanto por la pregunta como por la capacidad de su entendimiento, la cual parecía turbada por otras emociones.

El viejo monje Sgmhanta no intervenía en el diálogo. Permanecía

junto a ellos con los ojos cerrados, aparentemente escuchando todo, aunque se veía adormilado. Siquiera movía los labios. Quizás meditaba en armonía con su propio ser y estaba en un estado de iluminación continúa, conectado con el infinito mundo. Sea como fuese, parecía no estar allí, con ellos, en la vetusta biblioteca, que a pesar de estar en un sótano y bajo las gélidas temperaturas del Himalaya, sus textos no estaban enmohecidos ni despedían ningún efluvio nauseabundo. Todo lo contrario, en casi todo ese ambiente se respiraba un fresco olor a jazmín, excepto una casi imperceptible fetidez que de tanto en tanto acariciaba la nariz de los dos montañistas quienes, al percibirlo, se miraban con picardía porque creían que provenía de los intestinos de uno de los monjes. Pero no eran flatulencias. El hedor emanaba de una aparente celda, a juzgar por sus seguros, forma y blindaje de la puerta, que había al final de la biblioteca, situada en otro semisótano, un poco más abajo de donde ellos se encontraban. Para tener acceso a ella se tenía que bajar unos diez u ocho escalones y desatar las gruesas cadenas y candados que la aseguraban.

24

Nicene suspiró aliviado después que Fátima y Ahmad Shaubani, el guardaespaldas del Mullah, salieron de su cuartel-oficina. Esperó en silencio hasta que los últimos pasos sobre la vieja escalera de madera cesaran. Se acercó a la entrada, pegó la oreja de la puerta y se cercioró de que no se escuchaba ningún ruido. Volvió a respirar profundo. Se habían ido.

Dejó la puerta y regresó a pasos largos hacia el escritorio. Seleccionó con premura varios papeles y manuscritos y los metió en un amplio bolso de lona de tiras largas. Estaba ansioso. Cuando creyó que había guardado todo lo que necesitaba o le importase, con su vista hizo una rápida pero meticulosa inspección sobre toda la oficina, incluidas las

paredes, cuadros y tapices allí dispuestos. Cuando pasó los ojos por el cajón de armas, el cual seguía con sus fauces abiertas, como al parecer estaba desde hacía bastante tiempo, los detuvo sobre una AK-47. Fue hacia allá, agarró el arma en sus manos, se cercioró de que estaba en perfecto estado y lista para usar y junto a dos cargadores la guardó dentro del bolso. También tomó una vieja pistola de alta potencia y la enfundó en su espalda, debajo del cinturón del pantalón. Al ver que no había olvidado nada de lo que su cerebro ordenaba, buscó un arrugado saco negro que estaba sobre el sillón, se lo puso y regresó hacia el escritorio. Cogió el bolso de tiras largas que había reclinado del mueble y se lo trenzó en el hombro. A pesar de su malformación, Nicene era bastante ágil. Quizás se debía a su todavía vigorosa juventud o a su obligante necesidad de valerse por sí mismo. Lo cierto es que se movía con ligereza.

Al sentirse listo caminó hacia la entrada, pero pronto se detuvo. Giró el cuerpo y volvió a echar una ojeada a todo. Observó el lugar con cierta nostalgia, pero sin arrepentimiento. Se dio vuelta, abrió la puerta y salió a toda prisa de aquel lugar que hasta ahora había sido su santuario.

Todo hacía presumir una huída y así era. Huía por su vida porque sabía que lo que había hecho no le sería perdonado y que la muerte era la sentencia que le esperaba. Su crimen lo considerarían, además de un grave desacato a la autoridad del Mullah, al descendiente espiritual de Mahoma y máxima autoridad de la secta ebionita, un sacrilegio y eso se pagaba con la muerte.

En un arrebato de celo desmedido a lo que había dedicado con tanto empeño toda una vida y conocimientos, Nicene no puso el dibujo de los dos guerreros en el paquete que le entregó a Fátima. No se desprendería por nada en el mundo del pergamino. Había adquirido una enfermiza fascinación ante aquellos dos personajes y sus fieros caballos. Fuese quién fuese el que quería arrebatárselo de sus manos, no se lo daría. Si era necesario defendería su posesión con su propia vida. Era su tesoro más preciado y nadie se lo quitaría si podía evitarlo. No lo entregaría sin antes, al menos, haber descifrado su misterio. ¿De dónde venía? ¿A qué cultura pertenecía? ¿Quién lo había hecho y por qué? ¿Qué significado tenía? Por eso, debido a la insistencia de Fátima, quien cumplía órdenes del Mullah, su padre, y la presencia intimidante de Ahmad, el fornido y mal encarado guardaespaldas, Nicene los engañó. Al darles la espalda a ambos mientras hacia el paquete que le enviaría al Mullah, sin que ninguno de los dos se percatara, intercambió el dibujo por otro papel sin importancia y el verdadero, el original donde estaban los dos guerreros, lo escondió debajo de una carpeta. De ahí los movimientos de su joroba que tanta repulsión le causaron a Fátima.

Una vez en la calle Nicene comenzó a caminar con rumbo desconocido. De cuando en cuando volteaba para cerciorase de que nadie lo seguía. Al sentirse seguro buscó un teléfono público e hizo una apresurada llamada, según se desprendía por lo corta y nerviosa de su conversación. En ese momento se lamentó de no haber nunca querido usar los servicios de un teléfono celular, ya que mientras hablaba atrajo la mirada curiosa de varios transeúntes que se desplazaban por el lugar. Al terminar la llamada colgó y lanzó una larga exhalación liberadora. Parecía haber vuelto a la vida. Él y su preciado tesoro estarían lejos de las manos del Mullah y su ejército de matones. Ahora tenía donde esconderse. Iría a refugiarse en el cuartel general del que muchos consideraban la sanguinaria ala rebelde de Hezbolá. Por teléfono hizo los arreglos pertinentes y su petición fue aceptada.

Conocía desde niño a Abdel Wadûd Assad, el líder del grupo armado rebelde y disidente del aparato político de Hezbolá, llamado el *Partido del Dios,* organización política islamista-libanesa fundada en el Líbano después de la intervención israelí de 1982.

Assad había desertado de las filas de Hezbolá poco después de obtener un alto cargo dentro de la organización por no estar de acuerdo con ciertos manejos del partido, los cuales consideraba pacifistas, humillantes y de sumisión ante las grandes potencias del mundo, por lo que renunció a seguir las órdenes de su dirección central.

Pese a las críticas de poca acción que Assad le hacía a Hezbolá, algunos países consideraban al brazo armado de ese partido como una organización terrorista por sus actividades y atentados, aunque nunca pudieron comprobarles ningún hecho criminal.

El *Partido del Dios* se amparaba en el reconocimiento de casi todos los gobiernos del mundo árabe, los cuales lo consideraban como un movimiento de resistencia genuina que defendía su tierra de la fuerza de ocupación israelí. Pese a ese aval, todos sabían que su ala paramilitar era entrenada por la Guardia Revolucionaria iraní, maquinaria militar que les suministraba armas, apoyo logístico y todo lo que necesitasen para su lucha contra Israel.

Assad era calificado por los libaneses y muchos miembros de Hezbolá como un subversivo fanático, por eso Nicene corrió a refugiarse en sus dominios. Allí estaría fuera del alcance de las manos vengativas del Mullah y de quienquiera que quisiese acercársele. Sería su seguro de vida. El jorobado erudito sabía que de ser descubierto su paradero, ni el mismo Mullah se atrevería a penetrar la fortaleza de Assad, como tampoco intentaría asesinar a quien el líder rebelde protegía y consideraba su amigo y aliado de la causa.

Abdel Wadûd Assad era muy temido. Había cometido atrocidades en

nombre de su causa liberadora, no obstante Hezbolá lo dejaba seguir operando con cierta libertad porque el ejército de milicianos fanáticos que comandaba le servía al *Partido del Dios* y a su causa, que no era otra que implantar un estado islámico en el Líbano.

Chiíta radical, Assad apenas contaba con cuarenta y seis años, pero había vivido tantas vicisitudes, muertes, matanzas, ajusticiamientos y horrores de guerra, que parecía ser mucho mayor de lo que era.

En el aspecto espiritual había perdido toda perspectiva. No sabía lo que era compasión, ni dolor o misericordia, ni se inmutaba ante la muerte, fuese desgarradora o no. Carecía de todo sentimiento humano y se había convertido en un psicópata, al que lo único que le interesaba y llenaba de placer era el exterminio de sus enemigos. Sus adversarios le temían y lo consideraban peor que un animal sanguinario, porque hacía cosas que siquiera el depredador más salvaje se hubiese imaginado nunca hacer.

Años antes no era ni la sombra de lo que la guerra, después, lo convirtió. Tímido y aventajado estudiante de leyes en Beirut, como todo joven idealista, soñaba con un mundo mejor, lleno de paz y justicia. Amaba la vida y pensaba casarse enseguida después de graduase con una hermosa compañera de estudios, de quien estaba locamente enamorado. Ella se llamaba Husayn y era poseedora de una belleza incomparable. Sus expresivos ojos verdes, tan claros como el néctar del limón, llamaban la atención a quien la viese por la ternura que éstos irradiaban. Su ágil andar contrastaba con la forma ruda y desgarbada del caminar de Assad, pero se amaban y eso era lo único que les importaba en la vida. En aquel entonces, la guerra era una ilusión que no tenía cabida siquiera en sus sueños. Creían que el mundo sólo giraba a su alrededor y que lo hacía para deleitar su amor. Eran tan felices que se sentían acariciar sus propios suspiros.

El nombre Husayn significaba en árabe *pequeña belleza*, calificativo que le hacía justo honor. Cuando estaban solos en los jardines de la universidad jugueteaban con el origen de sus nombres. Assad le decía “pequeña belleza, toda la vida seré tú fiel sirviente” debido a Abdel Wadûd traducía *Sirviente del que nos ama*. Pero la boda nunca llegó a celebrarse. Tampoco nunca, ninguno de los dos, llegaron a graduarse en leyes.

En los primeros días de abril de 1996 Husayn tuvo que pedir un permiso en la universidad y viajar precipitadamente a Qana, de donde era oriunda y residía junto a sus padres antes de marcharse a estudiar a la capital. Su madre estaba muy enferma y su padre y hermanos le pidieron que volviese porque creían que moriría de un momento a otro. De ahí la urgencia de su viaje.

A los pocos días de su llegada a Qana su madre falleció. Husayn se quedó hasta varios días después de culminadas las ceremonias

fúnebres. Al finalizar estas y a petición de su padre, se había alistado para regresar a la universidad y retomar sus estudios, pero un día antes de su viaje de vuelta a Beirut, el bombardeo israelí que había comenzado el 11 de abril sobre Qana, ciudad que apenas estaba a doce kilómetros de la frontera norte con Israel, alcanzó su casa y otras vecinas. Tanto ella como su padre y demás hermanos fallecieron en el acto durante el intenso fuego que desataban los aviones israelíes desde el aire.

Pero la tragedia no había culminado. Pocos días antes de que se acordara el alto al fuego para poner fin a la Operación *Uvas de la ira*, nombre clave de las más de mil incursiones aéreas que llevaron a cabo durante dieciséis días en la fronteras con el Líbano y, sobre todo en Qana, otra bomba, que cayó sobre la casa donde vivía la familia de Assad, cobró la vida de sus padres y cinco hermanos, entre ellos dos niñas, una de apenas dos años. Assad había, en un abrir y cerrar de ojos, quedado sólo en el mundo. Sin amor y sin familia.

Ante la cruel matanza, Hezbolá no se quedó de brazos cruzados. Desde sus bases del sur del Líbano, arrojó más de setecientos cohetes hacia el norte de Israel. Su objetivo específico fue la ciudad de Kiryat Shemona, donde hizo impacto la mayor parte de su fuerza destructiva.

Desde la triste y sanguinaria Operación *Uvas de la ira,* Qana se convirtió en sinónimo de masacre y cruel reflejo del desmedido odio humano. Más de veinticinco mil bombas y obuses fueron lanzadas sobre la ciudad de apenas cien mil habitantes. Ahora Qana es más visitada por los monumentos erigidos en honor a los mártires que cayeron durante las incursiones israelíes, que por sus ruinas bíblicas.

Aunque Assad conocía los horrores de la guerra desde niño y sabía de los bombardeos sobre Qana, no se enteró de la muerte de su amada Husayn y de toda su familia sino días después. Durante los combates las comunicaciones eran precarias y no había forma de saber, de inmediato, las cifras reales de bajas y mucho menos la identidad de las víctimas. Las redes telefónicas estaban cortadas, por lo que siquiera podía hacer una llamada para informarse sobre la suerte de su familia y de su amada Husayn. Sólo sabía lo que estaba pasando en Qana por los periódicos locales, la radio y la televisión.

Al conocer de la muerte de su novia, la familia de ésta y de toda su propia familia, incluidas a sus dos pequeñas hermanas Samira y Jamâl, a quienes adoraba con sagrada devoción, Assad entró en profunda e inconsolable cólera. De allí el cambio radical en su personalidad. Con el luto y la pena tatuada en el corazón y alma, abandonó los estudios y regresó a Qana. Después de llorar y enterrar a sus muertos, comenzó a militar en el brazo armado de Hezbolá, pero quería acciones más radicales y contundentes contra sus enemigos comunes. Al no recibir aprobación del comando político del partido,

se declaró en rebeldía y se separó de sus directrices, formando junto a otro grupo de fundamentalistas fanáticos un ejército que se hacía llamar *La ira de Dios*, para que nadie jamás olvidase la matanza perpetrada por los israelíes en la Operación *Uvas de la ira*.

Con su tesoro bien asegurado en el bolso, Nicene abordó un autobús. Estaba tranquilo. Sabía que iba hacia un destino seguro. Al pasar por un sitio donde había un grupo de edificaciones destruida por los bombardeos israelíes, le hizo señas al conductor de detenerse. Se bajó y comenzó a caminar hacia las ruinas, las cuales estaban tan demolidas que aquel lugar podría haber sido declarado paraíso de ratones y gatos, así como de cualquier sabandija que vivía en el silencio y la oscuridad de la noche.

El sol apenas rasgaba el centro y faltaba mucho para que se fuese a dormir. El día estaba graciosamente soleado y en el cielo apenas algunas blancas y traviesas nubecillas bailoteaban al son del viento. A esa hora por los alrededores no había nadie. Con esos inclementes rayos que perforaban la piel como dardos, todos estarían en sus casas comiendo, haciendo la siesta o simplemente esperando que el sol se apaciguase.

El jorobado erudito caminó entre los escombros sujetando muy bien en sus manos la preciada carga. Aunque sabía que ya estaba pisando territorio de Assad, no por ello dejaba de estar alerta. Mientras avanzaba, de tanto en tanto le echaba una mirada a la culata de su AK-47, la cual con el vaivén de sus pasos sobre las ruinas se había descubierto y asomaba su pérfido trasero.

Al llegar frente a un enjambre de ruinas, Nicene se introdujo por el arco de lo que una vez fue una puerta. A pesar del resplandeciente sol, al adentrarse por un pasadizo abierto en forma providencial por los bombardeos, la oscuridad lo iba envolviendo a medida que avanzaba. Poco a poco sus ojos fueron acostumbrándose a la oscuridad. Hacia un extremo vio lo que en un tiempo fueron un grupo de escaleras que conducían a algún sótano y comenzó a bajar con cuidado por ellas. Obviamente conocía el camino y había estado ahí antes, porque no habría otra forma de moverse entre aquel laberinto de grandes bloques, cabillas y escombros sin estar al tanto por donde se andaba. Al terminar de bajar las escaleras se topó con una pirámide de concreto formada por dos placas que se unieron al caer formando un perfecto triángulo piramidal con relación al suelo.

Mientras avanzaba su rostro reflejaba paz, pero más que nada seguridad. Siguió hacia adelante como si estuviese en el patio trasero de su casa. Ahora la oscuridad era más penetrante porque descendía a muchos metros más abajo de la superficie de la construcción en ruinas.

Mientras avanzaba el jorobado erudito no se dio cuenta de que

estaba siendo seguido por varias personas mientras, a su frente, unos ojos observaban cada uno de sus movimientos a través de unos binoculares de visión nocturna.

25

Elizabeth estaba paranoica. Al voltear tampoco vio a nadie que la espiara. Solicitó la cuenta al mesero y avergonzada pidió disculpas por haber derramado el *cappuccino*.

Tan pronto como pagó buscó las escaleras mecánicas que la llevarían al estacionamiento del centro comercial para buscar el auto e irse. Decidió que más divertido sería salir y dar vueltas por la ciudad. Mataría el tiempo de esa forma ya que todavía era muy temprano para ir a casa de Corina.

Mientras bajaba se veía más tranquila. Se había suscitado un cambio en su interior y una sensación de arrepentimiento comenzó a invadirla. La idea de ir a visitar a la que se decía su mejor amiga, comenzó a parecerle un poco tonta. Además, qué podría decirle. Qué le iba a aclarar. Corina actuaría como toda mujer lo hace siempre en situaciones similares. Negaría todo y ella se pondría equivocadamente en evidencia como una mujer celosa, aunque no fuese así. Era tiempo perdido. La furia que estuvo zarandeándola desde que salió de *FG Diseños y Construcciones*, se había aplacado. Tanto, que se sonrió al pensar en la estupidez que estuvo a punto de cometer. La ira y esa sensación de impotencia que la torturó parte de esa mañana, se esfumó de la misma forma como había aparecido. Ya no guardaba rencor, sino vergüenza por lo que pudo haber hecho.

Descendió de un salto el último peldaño que quedaba para que la escalera llegase al ras del suelo y volvió a sonreírse. Se sentías satisfecha por haber desistido de tan absurdo e inútil propósito.

En el estacionamiento y lista para introducir la llave en el cerrojo de

la puerta del auto que su padre le había prestado, volvió a percibir que la espiaban. Que tenía un par de ojos clavados en la espalda. Volteó lo más rápido que sus fuerzas y agilidad le permitieron, pero otra vez su presentimiento quedó sin respuesta. No vio a nadie. Si hubiese habido alguien lo habría visto ya que el estacionamiento estaba excelentemente iluminado. Pero nada, ni una sombra entre las columnas. Ni una persona caminando por ese mismo lugar. Ni un auto llegando, como ninguno marchándose. Sólo ella y un montón de vehículos aparcados.

Se subió al auto, lo encendió y se dirigió hacia la salida. Una vez en la calle piso discretamente el acelerador y dejó que la suave brisa de ese día de abril acariciase su rostro. Una gran sensación de libertad la embargaba. El hecho de no confrontar a Corina la había liberado de una carga muy pesada.

Manejaba tan distraída pensando en lo embarazoso que hubiese sido ese momento, que no se percató de que un auto la seguía a prudente distancia.

Se sentía tan feliz, que quería estar haciendo lo mismo todo lo que restase del santo día, manejar sin rumbo, hasta que el cansancio la invadiese para luego dormir tranquila toda la noche. Estar lejos de problemas, reclamos y preguntas no sólo la hacía sentir inmensamente libre, sino también bendecida. Le permitía soñar con libertad, con holgura, sin presión y eso desde hace mucho tiempo que no lo hacía. Estuvo a punto de lograrlo noches antes, pero la bendita pesadilla recurrente que comenzó a acosarla no se lo permitió. Y, por si fuese poco, luego se escapó de su sueño y empezó a perseguirla convertida en una tenebrosa sombra.

Mientras conducía absorta en sus pensamientos, el auto que aparentemente la seguía se acercaba cada vez más al suyo sin que ella lo notase.

Dio vueltas por casi toda la ciudad y recorrió rincones que traían a su memoria agradables recuerdos juveniles. Pasó cerca del colegio donde estudió la primaria. Luego enfiló hacia la universidad, cerca de donde conoció a Robert, el único hombre en su vida hasta ese entonces y con quien se casaría años después. Al pasar frente a la vieja y noble casa de estudios, algunas ingratas reminiscencias del pasado cruzaron por su mente a juzgar por el ligero movimiento negativo que hizo con la cabeza. Allí despertó a la vida, con toda la felicidad, sinsabores y amarguras que el porvenir podía brindarle. Eran los tiempos de las locuras juveniles, de la diversión, del no pensar en un mañana porque no se sabía si existía y si existía a nadie le importaba. Lo importante era vivir el momento presente como si fuese lo único que existía. Era la mejor etapa de la vida y había que vivirla a plenitud. Allí se labraban los momentos inolvidables llenos de sueños

y quimeras.

Elizabeth se divertía con aquel paseo lleno de recuerdos. Se complacía por no haber cometido la torpeza de ir a casa de Corina, donde, sin lugar a dudas, habría salido con una punzante amargura en su corazón y, lo peor, sin ninguna respuesta válida o real. Su herida hubiese sido aún más grande al escuchar, en puesta en escena de premeditaba hipocresía, una falsedad tras otra. Otro engaño más surgido de la boca de una persona que había llegado a estimar, pero que ahora, sabía que no valía la pena siquiera escucharla en sus inciertos argumentos.

Con esos sentimientos embargándole el alma, seguía dando vueltas por Port Black, ciudad de la cual nunca había salido y que era todo su mundo. El único mundo que conocía, pero que la llenaba de tal forma, que en varias ocasiones rechazó la invitación de sus padres y algunas de sus amigas para visitar otros países del mundo.

Con una mano sobre el volante y la otra fuera de la ventanilla, conducía alegre y despreocupada. Jugueteaba con el aire. Buscaba vencer su resistencia, pero la velocidad del auto doblaba ligeramente su delicado brazo hacia atrás. Eso la divertía.

Iba tan entretenida que no se dio cuenta, que muy cerca, en el centro de la vía, había un obstáculo que le cerraba el paso y estaba pronto a embestirlo.

– ¡Ahhhh!... ¡Dios mío! –brotó en forma desgarradora de su boca mientras hundía con todas sus fuerzas el pedal de frenos hasta el fondo.

El auto derrapó debido a la velocidad y a lo súbita de la acción, pero a los pocos metros se detuvo en seco.

Frente al vehículo y de pie en medio de la calle interrumpiendo su paso estaba *la sombra*. Ahora podía vérsele en todo su sombrío aspecto. Era totalmente negra, tan brillante como madera pulida o porcelana vienesa. Aunque era negro, sus facciones eran angélicas. Su rostro parecía esculpido por un maestro del renacimiento. Era hermoso, fino, a pesar de su lúgubre color. Pero donde más fueron a posarse sus ojos fue en las alas. Tenía alas de ángel, iguales a las que ella había visto en la pintura que estaba en la oficina de Ángela Grassi y que tanto le impactó.

Elizabeth vio con pasmo como comenzó a caminar hacia ella. Quedó tan paralizada que siquiera pudo zafarse el cinturón de seguridad. *La sombra* tenía sus brillantes ojos negros fijos en los de ella, los cuales quedaron inmóviles y tatuados de horror. Estaba atrapada. Por más que quería no podía moverse. Su cerebro le indicaba que abriera la puerta del auto y saliese corriendo, pero sus extremidades y músculos no respondían las órdenes. Lenta, pero decidida a ir por ella, *la sombra* avanzaba y el espanto de Elizabeth crecía.

De pronto a su espalda se escucharon dos disparos. No sabía de donde provenían pero fueron lo suficiente para que aquella *sombra* que la había estado atormentado y que ahora revelaba su rostro y cuerpo, desistiese de sus funestas intenciones y en cuestión de segundos se evaporara del lugar.

– ¿Está bien, señorita? –preguntó un fortachón y musculoso hombre de mediana edad que se acercó a la ventanilla de su auto.

–Elizabeth todavía estaba en shock e inmóvil. Sólo pudo mover sus ojos para ver el rostro de la persona que le hablaba y su pistola aún humeante en una de las manos. Sin duda era su salvador. El hombre que había hecho los disparos.

–La ayudaré a salir –dijo el fortachón mientras guardaba la pistola en su sobaquera.

Abrió la puerta, metió parte del cuerpo dentro del auto, desactivó el cinturón de seguridad y apoyada en su hombro la ayudó a salir.

– ¿Recuperada del susto? –preguntó al verla volver en sí.

– ¡Sí!... Gracias por ayudarme –manifestó aún temblorosa.

–No fue nada, señorita. Soy Dick Ramble y fue un placer para mi ayudarla –dijo extiendo la mano su desconocido salvador.

–Yo Elizabeth… Elizabeth Diler. No sé cómo podré recompensarlo.

–Ninguna recompensa, señorita. Soy un ex policía y esto ha sido todo el trabajo de mi vida.

– ¿Usted la vio?... Vio a esa cosa… ¿Verdad qué no estoy loca? –preguntó derrumbándose en un llanto liberador.

– ¡Claro qué vi a ese espanto!... No está loca señorita. Sea lo fuese esa cosa yo también la vi. Le metí dos balas en el corazón y ni se inmutó –aseguró el ex policía–, pero no le diga nada a esas personas que vienen hacia acá –expresó mientras un grupo de curiosos se acercaban donde estaban–. Si le decimos lo que vimos creerán que ambos estamos locos –advirtió convencido de que él también había visto a *la sombra* con forma de ángel negro.

26

Los dos montañistas habían sido satisfechos en todas sus interrogantes, aunque la que hizo Fabrizio al inquirir de cómo supieron de la existencia de Elizabeth Diler y que *la sombra,* el ángel negro o como se llame, había escapado del sueño de la rubia arquitecto, fue del todo banal. Era obvio cómo lo habían sabido. Después de tantas revelaciones, la pregunta carecía de sentido. Los monjes fueron muy precisos en decirles que no sólo gozaban de visión remota, sino que también podían orientarla. A pesar de la tolerante paciencia y comprensión demostrada por Braharta, el joven arquitecto quedó avergonzado por haber formulado semejante pregunta. Pero el interés de Fabrizio no se debía a una curiosa banalidad humana. Había otro motivo, una razón que carecía de razón y sólo atañía al corazón. Estaba enamorado de Elizabeth. Lo estuvo desde el mismo día en que la conoció, pero al contrario de la valentía y temple de acero demostrado en los ascensos más peligrosos, tenía miedo de confesárselo. No era inseguridad, sino temor a ser rechazado. Sabía que Elizabeth había sido defraudada en cosas del amor. Traicionada en sus sentimientos más puros y que tardaría tiempo en recuperarse de las heridas dejadas por su divorcio. Por eso esperaba. Sólo esperaba y no tenía ojos para ninguna otra mujer. Se había prometido ser paciente. Era su prueba. Era la demostración de que su amor era puro, inmaculado, como debe ser todo amor verdadero.

Esa noche, después de la entrevista con los dos monjes, los montañistas no podían conciliar sueño. Aunque al salir de la reunión repasaron y discutieron una y otra vez las instrucciones que les habían dado, las revelaciones que les hicieron en tan corto tiempo los tenían abrumados. Era como si el mundo y todo lo que habían creído, conocido y visto hasta ese momento ya no existía o no era tal como se lo imaginaban. Sus dogmas fueron arrasados por una avalancha espiritual. Se encontraban en un total estado de confusión. Más que todo Jumpi, para quien su fe católica lo era todo. Su soporte, su vida y su verdad, había sido sutilmente horadada por la semilla de la duda. "¿Si el *Mundo de los sueños* está en el Himalaya, entonces el Purgatorio también está en tierra? ¿Y dónde el Paraíso y el Infierno? ¿Por qué los ángeles se rebelan? ¿Qué cosa habrán hecho para que Dios los

castigue? ¿Y por qué los envía a vivir en los sueños?", se preguntaba muy en sus adentros mientras daba vueltas y vueltas en el cómodo colchón elaborado con mullidas pieles de oso entretejidas con cuero de yak salvaje y antílopes tibetanos.

Aunque Jumpi no era un fanático, sino un hombre de sólida e inobjetable fe, las dudas lo afligían. Era demasiado para un sherpa budista converso al cristianismo. Las interrogantes que vagaban en su mente lo inquietaban de tal forma que mientras dormitaba emitió un quejido que alarmó a Fabrizio, quien también despierto daba vueltas en una cama contigua, pero por un motivo nada místico sino humano: Elizabeth.

– ¿Estás bien? –preguntó sereno al escuchar el lamento de su amigo.

–Sí. No es nada… Es que no logró dormir.

–Me pasa igual. Pero tenemos que descansar. Mañana nos toca otro día de sorpresas. Recuerda que la reunión con los monjes será a media mañana… A las diez, según manifestó Braharta –recordó Fabrizio.

–Lo sé, pero no puedo evitar pensar en todo lo que nos dijeron. Además, ¿qué tengo que ver yo con todo esto?

–Eres el elegido… Eres un hombre de fe y, al parecer, ellos tienen cifradas todas sus esperanzas en ti. Y, si te hace sentir mejor, yo también. Pero tenemos que dormir… Mañana lo discutiremos –susurró Fabrizio dándose la vuelta en el camastro y arropándose hasta la cabeza con la cobija de piel de oso.

– ¿Yo el elegido?... ¿Por qué escogerme a mí? –preguntó mientras giraba la perrilla de la lámpara de aceite que estaba sobre un bloque de granito negro a fin de extinguir la tenue luz que alumbraba la habitación.

La mañana siguiente ambos amigos despertaron temprano. Aunque el día anterior comieron como unos endemoniados, ahora estaban inapetentes. Esperaban ansiosos que fuese la hora de la reunión con Braharta y Sgmhanta, los monjes más ancianos y eruditos del monasterio, quienes los estaban instruyendo sobre qué hacer para que el Ángel Vitiel regresase al *Mundo de los Sueños* ya que era humanamente imposible capturarlo por ser una criatura divina y etérea.

Pese a las amables insistencias del monje-cocinero, Jumpi y Fabrizio sólo bebieron abundante *chas*, el reconfortante té con mantequilla, y salieron del comedor colectivo del monasterio, el cual a esa hora estaba totalmente vacío.

Al estar fuera, se dirigieron al mismo sitio donde estuvieron la mañana anterior. Se sentaron en la viga de granito y dejaron correr su imaginación al vacío, quizás con la esperanza de volver a ver aquella celestial procesión de mariposillas blancas con alas de diamantes con la que se deleitaron el día antes. No obstante, el sólo espectáculo de

observar a más de una docena de hermosos leopardos de las nieves asoleándose en las cornisas y dinteles de aquel lugar sagrado, llenaba de regocijo sus espíritus.

Cuando estuvieron reunidos en la biblioteca y a fin de que pudiesen entender la importancia de su sagrada misión y lo que estaba en juego, Braharta les reveló ciertos misterios que sólo algunos monjes de ese monasterio conocían. Les habló sobre el significado y trascendencia del capítulo perdido del Apocalipsis de san Juan, el cual debía haber estado asentado en el libro de las Revelaciones con el número diecisiete. Sin embargo, no se sabe porqué motivos o intenciones, fue excluido del Nuevo Testamento. Al parecer fue abandonado adrede para que se perdiese o corroyera en el tiempo. Nadie de su época que lo tuvo en sus manos se atrevió, simplemente, a destruirlo. Lo más probable es que temieron hacerlo, por eso fue abandonado. Con ese capítulo, el verdadero diecisiete, el número de capítulos del Apocalipsis llegarían a veintitrés, en contradicción de los veintidós asentados hoy en día en el Nuevo Testamento. Los fragmentos más importantes del capítulo perdido del Apocalipsis estaban en poder de los monjes y resguardados en la voluminosa biblioteca del monasterio.

Entre la avalancha de preguntas que le hicieron los dos montañistas a Braharta, muchas versaron sobre el *Mundo de los Sueños*. El anciano Sgmhanta no participó del diálogo. Parecía indiferente a sus inquietudes y durante toda la reunión permaneció en un estado de latente meditación.

Con infinita paciencia y mucha disciplina monástica, Braharta también les reveló que en un papiro que guardaban celosamente, conocido como el Evangelio de Gabriel, porque supuestamente pertenecía al Arcángel Gabriel o a un discípulo de Cristo que tenía ese mismo nombre, se hablaba del *Mundo de los Sueños*. Un mundo que se hallaba perdido y olvidado. Que era un mundo que debía haber existido en la Tierra, al igual como existe el mundo animal y el mundo vegetal, pero que se perdió poco después de la Creación, días después que comenzó a formarse la vida sobre el planeta. Se creía que se había extraviado en el espacio-tiempo, pero no fue así. En el manuscrito se aseguraba que todavía estaba en la Tierra. El monje les comentó que en el Evangelio, Gabriel indica el camino para hallarlo, pero que ellos aún no han podido descifrar los códigos allí asentados. Que generaciones de monjes anteriores a ellos también trataron de hacerlo sin éxito. Sólo sabían que ese Mundo estaba en el gran arco de la cordillera del Himalaya y que en algún lugar de esa inmensa zona existía un pasadizo para llegar hasta su morada.

Mientras el monje hablaba, Jumpi anotaba con un fino grafito artesanal todo lo que le llamaba la atención en trozos de papel que, a

petición suya, el mismo Braharta le había facilitado. Fabrizio sólo escuchaba. Después de la insólita interrogante referente a Elizabeth, pasó algún tiempo antes de que el apuesto montañista se atreviese a volver a preguntar.

Sentado en aquel hermoso mirador cercano a las grandes escalinatas del monasterio, Jumpi releía y discutía con Fabrizio las notas que había tomado el día anterior.

–El Evangelio de Gabriel dice que *sólo siguiendo la vereda de las almas inquietas se podrá llegar a la morada de lo no existente. Donde hasta el vuelo de los pájaros y los ladridos de los canes y los seres furiosos y ansiosos de carne es silencioso. Donde el silencio sólo habla con figuras, allí está la morada* –leyó Jumpi en voz alta lo que había anotado sobre la ubicación del *Mundo de los Sueños.* Miró la cara de estupor con que Fabrizio lo escuchaba y prosiguió–: Luego, en otro punto, y que no logró entender por incoherente, se afirma: *Sólo entrando por donde se sale se puede entrar a lo etéreo. Lo impalpable, lo incorpóreo son sus habitantes, pero su luz está en el silencio*. *Sólo el frío mantendrá vivas sus almas.* Hay que hallar ese lugar, pero ¿por dónde empezar? –expresó mientras sentado en la cornisa balanceaba sus pies al aire.

–Deja eso Jumpi. No te dijeron que tienen milenios tratando de descifrar los códigos ahí escondidos y no han podido… ¿Crees que lo podrás lograr de un día para otro? Es una locura… –respondió con molesta ironía Fabrizio.

El montañista estaba embriagado por otras pasiones mucho más reales. En su cerebro sólo había espacio para Elizabeth. Soñaba despierto y le molestaba que Jumpi lo atormentase con problemas que parecían un desvarío. La distancia y el tiempo que ya tenía fuera de Port Black, hacia recordarla con nostalgia. Lo absorbían los recuerdos. ¿Qué estará haciendo? ¿Dónde andará? ¿Estará bien protegida?, eran las únicas preguntas que surcaban su mente enamorada. Los del *Mundo de los Sueños* le interesaba, por supuesto que le interesaba, y mucho. Pero si unos eruditos no lograron dar con su paradero durante milenios, tal como había aseverado Braharta, mucho menos lo iban a conseguir ellos. Como hombre práctico y de soluciones rápidas y efectivas, como las que debía tomar a diario frente a *FG Diseños y Construcciones*, sabía que era tiempo perdido. En sus adentros se aplaudía la acertada decisión de haber contratado antes de partir al Himalaya los servicios de Dick Ramble, un investigador privado y guardaespaldas muy competente, para que siguiese y protegiera, de día y de noche, a Elizabeth hasta que el volviera. Conocía de la efectividad y profesionalismo del hombre, no obstante le inquietaba no saber nada de sus avances. No había forma de comunicarse con él. Además, tampoco nadie podría saber qué estaba ocurriendo porque le dijo que sólo a él podría informarle sobre lo que estaba ocurriendo.

Esa orden se la remachó varias veces porque el investigador le había insinuado que durante su ausencia les daría los partes a su hermana Ángela, asunto que Fabrizio prohibió terminantemente. Sólo a él y a más nadie, debía informarle sin importar el tiempo que durase en regresar a la ciudad.

–El texto antiguo también dice *por donde los girasoles le huyen al viento*, y aunque parezca un disparate vimos cómo en este frío sí es posible que crezcan girasoles… –expresó exaltado Jumpi sacando de su letargo romántico a Fabrizio–. Esto no es ninguna barbaridad. Aunque el Evangelio de Gabriel parezca estar lleno de muchas incoherencias, tiene cierta lógica… Los girasoles no 'huyen', pero si giran en busca del sol, por eso se llaman así… ¿Con 'huyen' quería decir girar? –se preguntó involucrando en la interrogante también a su compañero, quien ya había vuelto a la realidad terrena del monasterio.

– ¿Qué sé yo? Parece una locura, pero hasta ahora todo ha sido cierto… Lo de *la sombra*… Los sueños que escapan –manifestó Fabrizio y, haciendo memoria, repitió textualmente una cita de Braharta–. *Los sueños errantes escaparán de las tinieblas y vagarán con las nubes en busca de morada*, ¿recuerdas?...

–Si… Eso también está en el Evangelio y es totalmente cierto… Mejor dicho, parcialmente… Debemos ayudar a los monjes. Por eso estamos aquí. Hay que buscar… Hay que indagar. Es la única forma de hallar una pista.

–Okey, pero tranquilo. No debemos desesperarnos…

–Ayer, después que salimos de la reunión uno de los jóvenes monjes que estaba alimentando a los leopardos me habló de un anciano solitario que desde hace años, muchos años atrás, se fue a refugiar cerca del Kanchenjunga.… Me intriga… Ellos siempre andan juntos… Rezan juntos… Se cuidan unos a otros ¿Por qué se iría tan lejos y a vivir solo, como un anacoreta?

–Tal vez esté loco… ¿Quién sabe?

–No lo creo. No creo que esté desquiciado… Algunos lo señalan como un ser santo… Un hombre muy sabio.

– ¡Bah!... Los santos están en el cielo y los pocos que se dice que lo eran están bien muertos –expresó con amargo sarcasmo Fabrizio.

–No lo creas… Yo he visto mucha gente pía, mucha gente pura que anda entre nosotros como cualquier persona normal –refutó Jumpi sin irritación por la blasfemia de su amigo.

– ¡Bah!... Yo no creo en ninguna de esas tonterías –algo le molestaba al joven arquitecto ya que provenía de familia religiosa y nunca se expresaba de esa manera.

–No entiendo qué te está pasando. Eres un hombre bueno. Eso me consta, pero te falta abrir mucho la mente.

–Lo que pasa es que tú no has visto lo que yo. Aquí en la Tierra, está el verdadero infierno.

–También lo sé, pero dejemos de estar filosofando y confrontándonos porque con eso no logramos absolutamente nada. Estamos estancados y ya deben venir a buscarnos para ir a la biblioteca… Aquí no adelantamos nada…

–Disculpa mi irritación, amigo… No sé qué me pasa… Mis pensamientos están en otro lado.

–Lo sé… En Elizabeth… Estás enamorado de ella.

– ¿Y cómo lo sabes?... ¿Quién te lo dijo? –preguntó crispado.

–Nadie, nadie amigo. Tranquilízate… Nadie tenía que decírmelo. Se nota a kilómetros de distancia. ¡Hasta el anciano Braharta se dio cuenta con tu preguntadera!

– ¿Tan evidente fui?

–El amor no admite disfraz, amigo… Quédate tranquilo. Enamorarse no es ningún delito.

–Disculpa, otra vez. Tú siempre tan comprensivo… Por eso eres mi mejor amigo.

–La religión y ser católico me ha enseñado mucho y una de las virtudes que aprendí desde un principio es a ser indulgente.

–Y conmigo has sido más que comprensivo, has sido un hermano… El verdadero hermano varón que no tengo –agradeció Fabrizio.

–Volviendo a lo que nos tiene aquí, me intriga lo del Apocalipsis… Lo del capítulo diecisiete…

–Sí, el capítulo perdido… A mí también. No entiendo cómo, de ser verdad… –al ver la expresión reprobatoria de Jumpi, al poner en duda las palabras de un santo monje, Fabrizio retrocedió en su intención y aclaró–: y de cierto que lo es porque estos monjes no mienten, cómo vino a para aquí y quién lo trajo.

–Buenas interrogantes. Se lo preguntaremos una vez que inicie la reunión.

A la espera de que los fuesen a buscar, los dos amigos siguieron reflexionando y haciéndose preguntas sobre el Apocalipsis. No entendían porqué los teólogos de la Santa Sede, si es que estaban enterados de que existía un capítulo perdido, no lo incluyeron en el Nuevo Testamento si este en realidad tenía veintitrés y no los veintidós conocidos hasta ahora por el mundo cristiano. Se preguntaban por qué el verdadero capítulo diecisiete fue suprimido. ¿Fue un hecho deliberado y corrida su numeración para evitar confusión y terror entre los creyentes? Porque el diecisiete, según les había dicho el monje, revelaba la más sorprendente de todas las profecías debido a que atañía a nuestros tiempos y no a la época en que fue escrito el libro, el cual fue dirigido a una Iglesia perseguida. Por ello san Juan describía acontecimientos presentes y de un pasado

inmediato y lo que debería ocurrir a corto plazo. De acuerdo a Braharta su existencia había sido mantenida oculta y en secreto desde los primeros siglos. Para evitar que fuese violada o cambiada su exégesis, en el año 333 d.C. fue llevado a una inexplorada región del Himalaya por descendientes de los primeros esenios que poblaron las márgenes del Mar Muerto, en Jordania. Allí, en una recóndita y helada zona de las montañas, fundaron un monasterio y todos los tesoros religiosos que llevaron fueron dados al resguardo de una fraternidad de monjes tibetanos muy antiguos que desde épocas pretéritas practicaban en secreto el cristianismo. A través de los siglos su culto jamás había sido ni conocido y mucho menos corrompido por la Iglesia Católica, ni por ninguna otra religión.

Ese lugar era Kardong, *La fortaleza de nieve*, precisamente el sitio donde se encontraban en esos momentos los dos montañistas.

Braharta también les había dicho que parte del genuino capítulo diecisiete del Apocalipsis fue destruido por un incendio acaecido en la biblioteca del monasterio muchos siglos atrás.

La ansiedad de Jumpi, más que la de Fabrizio, era que esa mañana Braharta les daría a conocer parte de lo que había sido salvado del capítulo perdido. Por ello el sacerdote sherpa había tenido una noche intranquila. Su mente vagaba por todo los rincones de la Biblia buscando una respuesta. Un porqué, pero, más que nada, quería saber qué decían esas palabras salidas de un alma santa, de un hombre iluminado por Dios, como san Juan, el teólogo.

27

El cuartel general de Assad era impenetrable. Muchos de sus adversarios lo consideraban invisible, porque pese a estar en un lugar bastante escampado a pocos centenares de metros del centro de la ciudad, debajo de las ruinas y escombros de edificios bombardeados por Israel durante la Operación *Uvas de la ira*, nadie podía verlo o imaginar que se encontraba bajo tierra. Y, por si fuese poco, gracias a un sistema de cámaras bien ocultas, cualquier persona o auto que se acercara a sus inmediaciones sería inmediatamente detectado a distancia. El refugio sólo podría ser vulnerado desde el aire y ese peligro, por los momentos, no existía.

El "recibimiento" que le hicieron a Nicene era una demostración clara de lo inexpugnable de aquel recinto.

Después de penetrar las ruinas y pasadizo interiores, los cuales parecía conocer al detalle, llegó a un punto donde no pudo dar un paso más. A sus espaldas tenía una treintena de hombres armados que lo venían siguiendo desde el mismo momento que entró por la primera abertura en los escombros. No había forma de retroceder. Si lo hacía a los pocos segundos sería hombre muerto. Al frente, lo esperaba otro batallón también fuertemente armado.

Nicene no sintió miedo. Aunque no los distinguía entre las sombras, sabía que ahí estaban. Que lo "escoltaban" para llevarlo frente a Assad, pero cuando logró verlos nunca se imaginó que fuesen tantos y tan bien armados. La mayoría eran jóvenes, entre ellos algunas mujeres, que no deberían pasar de los veinte años. Varios iban vestidos de paisanos, otros endosaban viejos uniformes de campaña y, tal como era costumbre arraigada en sus tradiciones, algunos llevaban descuidadas barbas y bigotes.

Cuando el jorobado erudito detuvo su paso en medio de las oscuras ruinas sin saber ya dónde ir, se encendieron media docena de reflectores que apuntaron directamente a su delgada figura. Se quedó inmóvil. Siquiera hizo el ademán de levantar las manos en forma de rendición. Quería evitar ser mal interpretado por algún joven fanático que con su nervioso dedo sobre el gatillo tuviese ansias de disparar su AK. Sabía que cualquier movimiento extraño podría ser considerado hostil, aún hacia él, que era amigo de Assad.

Tranquilo, parado en medio de los escombros y en actitud pasiva movía sus ojos tímidamente en busca de su amigo.

No tuvo que esperar mucho. Del fondo vio como una figura que

había permanecido en las sombras se acercaba pausadamente hacia donde estaba. Su imagen comenzó a mostrarse lentamente. Primero sus pies, los cuales calzaban viejas botas de campaña. Después sus piernas y luego el pecho, del que pendía unos binoculares de visión nocturna y, finalmente, un rostro risueño y también barbudo como muchos de sus milicianos.

– *Assalamu álaikum.* Bienvenido a mi *dar-al-harb* –escuchó una voz ronca que lo saludaba.

Era el mismísimo Abdel Wadûd Assad, el líder del grupo armado *La ira de Dios,* el ala rebelde de Hezbolá, quien lo había ido a recibir.

–*Álaikum assalamu* –contestó Nicene tocándose con la palma de la mano el corazón, labios y frente–. Veo que tus seguidores han ido creciendo. Ahora si tienes una verdadera *dar-al-harb* –apuntó halagando el número de milicianos que lo acompañaban en su *casa de la guerra*.

–Así es amigo mío, pero estos apenas son unos pocos –dijo señalando a las tres docenas de combatientes que lo escoltaban–. En las ruinas están distribuidos unos quinientos más y abajo, en mi cuartel, otros cien –afirmó con orgullo miliciano.

– ¡Todo un ejército! –exclamó el encorvado erudito.

–Eso no es nada, amigo. En sitios estratégicos del país contamos con una fuerza de más de siete mil hombres en armas y listos para intervenir donde se les diga. No sigo órdenes de nadie y puedo decidir libremente qué hacer, cuándo y dónde.

– ¿Y Hezbolá? –preguntó con premeditado menosprecio porque conocía de antemano la respuesta.

– ¡Qué se vaya al diablo! –escupió al referirse al partido político en el cual militó–. Les hacemos falta… No se meten con nosotros… Somos los que freímos lo que ellos no se atreven a “cocinar” por miedo al qué dirán internacional… A nosotros no nos importa “hornear” a los *kafir* –afirmó con profundo asco reflejado en el rostro al referirse a los infieles *que niegan las bendiciones de Alá,* pero más que nada a los judíos.

– ¡Lo sé!… Lo sé… –respondió tenso por haberlo alterado con su pregunta.

–Veo que te metiste otra vez en problemas –soltó Assad cambiando inteligentemente de tema al ver que el rostro de su amigo había palidecido.

– ¿Qué harías tú si se quieren robar un tesoro, algo que has buscado toda la vida?

–No exageres, por lo que dijiste por teléfono se trata de un dibujo… Eso no se parece en nada a un tesoro, pero de todas formas eres bienvenido. Ella es Jadiya, mi compañera y guardaespaldas –afirmó indicando a una hermosa joven de unos veinte años que vestía

uniforme de campaña y en sus manos aferraba una espléndida AK-103–. Ven, recordaremos nuestros tiempos de niñez –invitó cordial mientras le ponía un brazo sobre el hombro–. ¿Te acuerdas cuando nos creíamos topos y escarbábamos huecos en la tierra para escaparnos de la guerra? –preguntó risueño mientras lo conducía hacia la oscuridad de donde había salido.

–Y cuándo entre los escombros cazábamos aquellas lagartijas que nos parecían enormes dinosaurios –rememoró dichoso Nicene por estar a su lado.

–Seguro, amigo. Eran tiempos hermosos. Veíamos la guerra sólo en películas, ahora la hacemos… Ahora somos parte del horror y la guerra. Se ha derramado mucha sangre… Sangre inocente –reflexionó sincero ante su amigo, aunque frente a sus tropas era todo lo contrario y siempre pedía sangre, mucha sangre–. Hay que acabar con esto pronto. Por eso combato sin piedad ni respiro.

–Tienes toda la razón, amigo, aunque yo poco he combatido… Y mírame ahora. Creí que nunca huiría de mis amigos y aquí me tienes. Corriendo y lleno de dolor.

–No te preocupes. Aquí estarás seguro y lejos de toda ansiedad.

–Gracias, Abdel. Sé que aquí mi vida está segura, pero el motivo de mi angustia sigue latente… La tengo aquí –expresó agradecido mientras le daba unos golpecitos al bolso.

– ¿Lo del dibujo?… Déjalo para más tarde. Recuerda que sólo es un simple dibujo… –respondió cordial el líder de *La ira de Dios*. Su mente estaba centrada en otros asuntos.

–Sí, pero es algo que anuncia la Yihad… La Yihad definitiva… –insistió Nicene con cierta contrariedad al escuchar, por segunda vez, que su amigo se expresara de esa forma del “tesoro” por el que puso en riesgo su vida–. Se avecina el momento de la gran batalla. Luego te contaré –manifestó prudente al percatarse que otras cosas requerían la atención de Assad.

–Está bien… Te entiendo –dijo evasivo–. Por ahora mi gran batalla está aquí y no puedo descuidarme ni un momento –respondió mientras se dirigía hacia unas escaleras que aparentemente bajaban hacía un tercer sótano.

Jadiya se adelantó para ponerse a la vanguardia. Assad la seguía unos pasos más atrás. Siempre era así cuando estaban juntos. Nicene y un grupo de milicianos caminaban a cierta distancia detrás de ellos. Otros más retirados, a la retaguardia. Era una forma de prevención. Nunca se apiñaban cuando se desplazaban por caminos angostos aunque fuese dentro de su propio cuartel general. Muchos otros combatientes de otras milicias habían muerto por caminar apelotonados en sitios estrechos al estallar bombas plantadas por traidores infiltrados por sus enemigos pero, más que nada, por espías

de los servicios secretos israelíes.

No tuvieron que bajar mucho. Pronto estuvieron en el comando central.

Ante los ojos de Nicene se abrió todo un submundo subterráneo. Una zona que él no conocía. Mesas de operaciones y control con cartografía, GPS y radiorreceptores, estaban dispuestas al desdén en lo que parecía ser lo que quedó después de los bombardeos del sótano de uno de los estacionamientos de la edificación. Unos metros más adelante se podía ver una rudimentaria emisora de radio a través de la cual, seguramente, los milicianos transmitían mensajes antisemitas, de resistencia y odio racial. A los costados, pegados de las paredes, gran número de literas, camas, algunos escritorios y, al fondo, apilados contra una pared, todo un arsenal. Armas de distintos calibres y procedencias estaban amontonadas a la espera de, presuntamente, ser empaquetadas en cajas, ya que había muchas a sus lados. Bazucas, rifles de asalto ingleses del tipo SA80, lanzamisiles portátiles y más de dos docenas de misiles tierra-tierra entre los que estaban varios de largo alcance Al-Fajr 3 de 240 mm y Al-Fajr 5 de 333 mm de fabricación iraní, misiles sirios y algunos viejos cohetes Katyusha, además de piezas de artillería ligera y, por supuesto, una buena provisión de AK, que iban desde la AK-47 hasta las modernas AK-103 y 107.

–Ese será tu dormitorio –dijo Assad señalándole un camastro arrumado cerca de unos cohetes–. Será temporal, pero por ahora acomódate ahí –agregó al ver la cara de asombro que puso Nicene–. Deja tus cosas en la cama y regresa acá para hablar –solicitó.

Nicene fue hacia el arsenal y quedó maravillado con las cientos de armas que había allí. Se sentía pequeño al compararse con los misiles y la forma como estaban dispuestos. Era un milagro que ante tanto desorden no hubiese ocurrido una tragedia y borrado de la faz de la tierra el cuartel general de Assad. Era una osadía y al mismo tiempo una insensatez permanecer cerca de tantos explosivos. Hasta para quien se encontrase a una distancia de dos kilómetros a la redonda representaba un peligro mortal. Sin embargo, debía conformarse. No tenía dónde ir y menos esconderse y ese era, paradójicamente, el sitio más seguro del mundo para él. Afuera duraría pocas horas vivo porque ya lo estarían buscando. El Mullah tenía espías e yihadistas por todas partes. Ojos largos y oídos grandes en la ciudad y más allá de sus fronteras. De seguro ya debía tener alguna pista. Alguien le habría informado haberlo visto mientras hablaba por teléfono o caminando por la calle, pero nunca se imaginaría que estaría con el temido Abdel Wadûd Assad y aunque lo supiese no se atrevería a ir por él ni tampoco Assad lo cambiaría o haría trueque por armas o dinero. Además, no lo conocía y de conocerlo odiaría todo lo que Malik

Muhammad Ibn Talib representaba.

Ahora el Mullah no podría aplicarle la *sharia* para castigar la falta de respeto a su autoridad al negarse entregar el dibujo, porque esa ley islámica, cuyo código de justicia, honor y conducta indica que la sumisión a Dios es promulgada como forma de vida, no había sido violada por Nicene. Su culpa había sido leve, pero todos sabían que el Mullah Talib ejercía la *sharia* no como ley islámica moral, religiosa o de conciencia, sino como instrumento de venganza. Cualquier error o desobediencia lo castigaba con la muerte. Debido precisamente a esa libre interpretación de la ley islámica, por olvidar que la *sharia* era un código de conducta relativo al criterio moral, a la que los religiosos llamaban *camino al manantial*, a la pureza de las almas, es que las autoridades libanesas buscaban al Mullah para enjuiciarlo por múltiples asesinatos pese a que él mismo, a través de sus seguidores, había hecho correr el rumor de que había muerto.

Al estar cerca del camastro Nicene se despojó del bolso, metió la mano en su interior y sacó el pergamino con el dibujo, su "tesoro". Con una mirada escrutó los alrededores buscando un sitio donde esconderlo. No encontró ninguno adecuado. Pensó que entre las armas sería, además de una estupidez, una locura. Estupidez, porque si a alguien se le ocurría ir hasta allá a buscar algún arma podría encontrarlo fácilmente. Una locura, porque hasta una pequeña chispa podría quemarlo y en segundos no quedaría nada de su "tesoro".

Siguió escudriñando con la vista en busca de un lugar seguro para guardarlo, pero no vio nada.

Se alejó unos pasos y volvió a ver. Nada. No encontró nada que le pareciese convincente. En su cabeza buscaba afanosamente un lugar. Assad lo esperaba y debía volver con él a toda prisa. Ambos pensamientos lo turbaban. No surgía nada en su mente. Después de pensar un rato más, para sus adentros se dijo "por ahora estará más seguro debajo del colchón que en otra parte de este confuso desastre".

Miró hacia sus flancos a fin de cerciorarse de que nadie lo estaba viendo, envolvió con la vieja sábana que estaba sobre la cama el paquete con el pergamino y lo metió debajo del colchón. De esa forma se sintió satisfecho. Su tesoro estaría seguro, al menos por ahora. Dio media vuelta y comenzó a caminar hacia el lugar donde Assad dijo que lo esperaría.

Mientras se dirigía hacia el sitio de encuentro oró entre labios para que nadie le hurtase el dibujo. "Por Alá, para Él que nada es imposible. Por Alá, Él eterno sin principio. El permanente sin final. Para Alá nada es imposible y nada acontece sin que Él lo desee. Él lo cuidará", repitió mentalmente con fervor islámico, olvidando su naturaleza ebionita.

–Menos mal que volviste… Afuera andan buscándote –advirtió Assad

al verlo.

– ¿Qué?... Si nadie me siguió. Estoy más que seguro de eso –afirmó alarmado.

–Lo sé… Lo sé… No te estoy reclamando nada. Conozco la fama del Mullah y los miles de ojos que tiene en todo el Líbano… Más bien me parecía extraño que no te hubiesen seguido… Que fuesen demorado tanto en hallarte.

–Pero si apenas fue hace un par de horas que salí de la oficina.

–Lo sé, pero la ciudad es pequeña y hay pocos sitios donde esconderse y este es uno.

–Es verdad, pero cómo supiste, quién te lo dijo –interrogó el jorobado suspicaz y asustado mientras nervioso se alisaba con una de sus manos su prematuro pelo cano.

– ¿Cuándo viniste hacia acá viste el gran cedro que quedó de pie pese a los bombardeos?

–Vi varios… No estaba pendiente de eso.

–Bueno… Te revelaré algo, aunque no es ningún secreto para los que viven en las cercanías… Ellos también están con la causa y son nuestros ojos y oídos. En el más grande de los cedros tenemos colocadas cámaras… Desde allí vemos todo lo que sucede afuera y hace poco pasó una camioneta sospechosa –dijo señalando un grupo de monitores que estaban siendo observados por unos jóvenes y barbudos milicianos.

– ¿Y cómo saben que me buscan a mí?

–No lo sabemos. Sólo lo presumimos. Por aquí se acercan muy pocos vehículos y como andas huyendo, creemos que son los que están tras de ti.

–Podría ser algún turista… Alguien que no es de aquí, que se equivocó de vía… Que se perdió.

–Es posible. Todo es posible, pero hay que estar siempre alerta… Como te dije antes, no tiene ninguna importancia. Además, nunca me quedó dos noches en el mismo lugar y mañana nos vamos.

– ¿Y yo? –soltó con verdadera preocupación Nicene.

–Tú te moverás conmigo y parte de mis hombres. ¿No es cierto Jadiya? –preguntó a la joven miliciana, quien estaba sentada en un banco muy cerca de donde los dos conversaban.

– ¡Claro!... Vendrá con nosotros. Le enseñaremos el hermoso paisaje de la costa.

– ¿La costa?... ¿Cuál costa?... ¿Y qué harás con todas esas armas? –soltó Nicene envuelto en un mar de confusión ya que, virtualmente, acababa de llegar.

–Por aquí hay traidores y tú lo sabes. Por dinero venden a sus propias madres. Pero lo peor no es eso, lo peor es el Mosad. Ellos quieren mi cabeza a cualquier precio –expresó al referirse al temido

servicio secreto israelí–. No tendrán paz hasta que no me vean muerto y yo no les voy a dar ese gusto. No me les voy a poner en bandeja de plata… Todavía tendrá que correr mucha sangre judía antes de que acaben conmigo –sentenció con profundo odio reflejado en el rostro–. Y no te preocupes hacia cual costa vamos. Lo importante es que irás seguro... Jadiya también será tú hada protectora –expresó mientras abrazaba a la joven contra su pecho.

– ¿Y ese montón de armas? –preguntó otra vez señalando hacia el rincón donde estaban arrumadas–. ¿Qué harás con ellas?

–Aunque no es asunto tuyo y para que duermas tranquilo está noche, te diré que pronto comenzarán a desaparecer y para mañana no quedará ni rastro de ellas.

– ¿Desaparecer?

–Sí, las trasladaremos a otras bases… ¿Satisfecha tú curiosidad?... ¿Crees que ahora podrás dormir tranquilo?

Assad le hablaba con la sinceridad y franqueza que le brindaba haberlo conocido desde niño. Sabía que Nicene era un hombre íntegro y de fiar. Era como el hermano que le habían arrebatado las bombas israelíes. Sin embargo, pese a la confianza que le depositaba, no le dijo que el verdadero motivo de su presencia en esa base era para tratar de identificar a un traidor. Una persona que venía colando información al Mosad a través de autoridades policiales libanesas que no compartían su manera de luchar por el país y consideraban al movimiento que lideraba como un grupo de criminales terroristas.

– ¡Gracias! Espero que en el próximo refugio no me pongas a dormir sobre un arsenal –manifestó haciendo guasa del asunto–. Pero tengo que decirte algo importante Abdel –dijo tuteándolo a fin de atraer su atención y conmoverlo un poco, aunque eso estaba muy lejos de que sucediese–. Tienes que escucharme porque es serio, por favor –solicitó casi suplicante.

–No me vendrás con lo del dibujo otra vez.

– ¡No!… No… Esto es diferente… Lo del dibujo es otra cosa. Es sobre lo que está preparando el Mullah… No te dije toda la verdad sobre el porqué me está buscando –afirmó llamando la atención de Jadiya, quien al escuchar lo que dijo giro el rostro hacia el jorobado erudito.

– ¿Y por qué quiere matarte si no es por el dibujo que te negaste a entregarle? –interrogó sin ningún interés en escuchar las razones que le pudiese dar Nicene.

–Porque sé de la invasión que está planificando… Ahora nos toca invadir a nosotros, ¿entiendes? –soltó a fin de no revelar ante Jadiya su confidencia y evitar que los que estaban cerca descubriesen a qué se refería.

Mientras los dos amigos hablaban uno de los milicianos se le acercó a Assad y le susurró algo al oído. El líder de *La ira de Dios* sólo

escuchaba y aprobaba con la cabeza. Al finalizar de decir lo que había ido a informar, el combatiente se retiró.

–Bien, pero no será hoy –dijo Assad consultando su reloj pulsera–. Ahora tengo que ocuparme de mis hombres y de las armas… Mañana hablaremos del asunto… Si quieres ve a descansar y piensa bien en lo que vas a decirme porque de otra forma no te escucharé –expresó tajante y sin rodeos.

–Pero si todavía es de día. No podré conciliar el sueño tan temprano –refutó el jorobado.

–Entonces quédate conversando con Jadiya. Pero recuerda que mañana saldremos antes del amanecer –participó serio.

Assad tomó con una mano su AK del taburete donde la había recostado, se la colgó del hombro y a pasos largos fue hacía donde requerían su presencia.

–Escuché que dijiste que *ahora nos toca invadir a nosotros* y me llamó la atención. ¿Quiénes van a invadir y a quién? –preguntó con naturalidad la bella miliciana después que Assad estuvo lo bastante lejos para que no la escuchase.

–Es algo confidencial… Lo siento. Sólo se lo informaré a Assad –respondió ante la curiosidad de la joven.

No confiaba en ella. Algo le molestada de su aspecto y actitudes. Apenas tenía seis meses con Assad y sabía que algunos hombres, por más rudos y despiadados que fuesen, se cegaban ante los encantos de una mujer, aunque sólo las utilizaran como válvula de escape y para tratar de olvidar, aunque sea por minutos, las atrocidades de la guerra.

Pero él, Nicene Ambrosio, estaba muy lejos de esas pasiones y las mujeres poco o nada les interesaban. Desde niño y en su edad adolescente había pagado con creces el precio de su desprecio y burlas debido a la malformación con la que nació. Aprendió desde muy joven a analizarlas casi inconscientemente y Jadiya no le daba buena espina. No le confiaría nada. Además, era mujer. Bastante era estar al lado de los hombres peleando por una causa patriota, pero de ahí a tener acceso a secretos de combate, él no se lo permitiría a ninguna mujer. Deberían pasar milenios y muchas generaciones para que ese estado de cosas, esa mentalidad islámica cambiase y ese momento no había llegado. El poder lo ejercía el hombre, y punto.

–Muy bien, amigo Nicene. Aunque tú no me quieras decir tú secreto, yo te diré uno mío –expresó Jadiya engolosinando la voz, haciendo ex profeso gala de sus encantos femeninos pese a que el deteriorado uniforme que vestía no le ayudaba mucho.

–No es que no quiera decírtelo, es que no puedo. Te repito, sólo debo informárselo a Assad.

–Si esa es tú voluntad, la respeto, aunque como prueba de mí

confianza yo te diré el mío –dijo entornando sus hermosos ojos a fin de ablandar la reticencia del jorobado erudito.

–Como quieras. Qué se haga la voluntad de Alá –contestó con un dejo de sarcasmo.

–Las armas se van por los túneles –reveló Jadiya sin reparar en su ironía.

– ¿Túneles? ¿Cuáles túneles? –interrogó haciéndose el desentendido.

–Los que hay desde aquí hasta el sitio de embarque –aseguró imprecisa la joven miliciana al ver que había despertado su interés.

– ¿Desde aquí, dónde? –preguntó sin aprehensión, fingiendo que no entendía y ni le importaba lo que le estaba diciendo, aunque era todo lo contrario.

–Desde debajo de donde estás sentado –aseguró Jadiya encendiendo aún más la curiosidad de Nicene.

–O sea que hay túneles aquí abajo y hacia dónde van.

– ¡Ahhhh!... Ese es un secreto y tampoco puedo revelarlo –objetó teniendo ahora acaparada toda su atención y curiosidad.

–Por ahí transportan las armas… Inteligente y muy bien planificado –elogió sin asombro.

–No sólo las armas y municiones, sino también los cohetes y los milicianos.

–Bastante ingenioso. Assad no me había dicho nada de eso.

–Pero yo sí te lo dije. Viste como confío en ti y tú siquiera me dices ni un poquito de tú secreto –expresó viéndolo morbosamente, como si se lo quisiese comer a besos.

– ¡Gracias!... Disculpa, también te diré algo, pero… –refirió alborozado el jorobado erudito claudicando ante sus seductores encantos de mujer, pero fue oportunamente interrumpido por la voz de Assad, quien estaba de regreso y sin proponérselo evitó que le revelase detalles del plan del Mullah.

–Ya una parte va en camino –expresó al llegar el líder miliciano refiriéndose a las armas y cohetes–. Esta noche podrás dormir más cómodo y sin muchas preocupaciones –agregó mirándolo con ternura fraterna–. Mañana terminarán, pero nosotros ya estaremos en camino –aseguró refiriéndose a su nuevo refugio.

–A la costa.

–Si, a la costa. Aunque donde vamos es menos seguro, ahí me siento bien… El olor a mar, el salitres, los pescadores… Todo eso me hace revivir –exteriorizó con infantil nostalgia Assad.

–Recuerda que si te vas a bañar en la playa lo harás de noche. No te puedes exponer de día… Muchos te conocen y es peligroso –recomendó protectora Jadiya.

–No te preocupes mujer… No pasará nada –respondió el comandante de *La ira de Dios* contrariado a la mujer con la que compartía lecho y

las esperanzas de un Líbano totalmente libre y unido.

Nicene compartía la preocupación de Jadiya. Sabía que su amigo estaba siendo virtualmente cazado por un comando del Mosad que era la mano ejecutora de los llamados *asesinatos selectivos* del ejército israelí, y que su cabeza tenía un alto precio, por ello sus constantes movimientos. Había que despistar a los servicios secretos del enemigo. Los temores para nada eran infundados. A finales de abril del 2004 estuvo a punto de perder la vida durante una "visita política" que hizo a Damasco. Aunque viajaba con mucha protección y de encubierto, el Mosad dio con su paradero, en aquel entonces un edificio residencial de la capital Siria.

Apenas algunos días antes de su intento de asesinato, las balas de los servicios secretos israelí habían abatido a Ahmed Yasín, fundador y líder espiritual del movimiento Hamás. Semanas después también fue víctima de los *asesinatos selectivos* Abdel Aziz ar-Rantisi, portavoz del mismo movimiento y su jefe político. A lo largo de ese mismo año otros líderes importantes de los movimientos de resistencia árabes fueron dados de baja por las implacables manos del Mosad.

Asesinar a las cabezas visibles de todo movimiento que ellos consideraban antisionista y a los terroristas que actuasen en todo lo ancho y largo de los países islámicos con los que hacía frontera Israel, era la prioridad del Mosad. La orden indiscutida era acabar con ellos, no atraparlos vivos. Si algunos se les escapaban e iban a refugiarse en las más impenetrables zonas del mundo, aunque esa fuese el Polo Norte, serían buscados y ejecutados.

La inquietud de Jadiya tenía fundamento. Eran días peligrosos y la guerra civil que derrotó a Bashar Al Assad en Siria, fue propiciada por Occidente con el único fin de cortarle al terrorismo el llamado 'Corredor chiíta' que unía a Irán, Irak, Siria, el sur del Líbano y terminaba en Tiro, a pocos kilómetros de la frontera con Israel, vía que tenía revuelta y poco segura la zona.

El macabro propósito de mantener vivo y operativo al 'Corredor chiíta' era con la finalidad de exportar terrorismo y atacar con misiles posiciones fronterizas israelíes. Si alguna potencia lograba cortarlo, se minaría la influencia de Irán en la región y acabaría con las pretensiones de su gobierno de construir un gasoducto y un oleoducto que desde su propio país pasaría por Irak y Siria para desembocar en el Mediterráneo por el sur del Líbano. El objeto era exportar gas y petróleo barato a Europa para alterar el orden económico mundial y acabar con la OPEP, la cual ya no podría controlar los precios del crudo a su antojo.

El Mullah tenía todo dispuesto para enviar a sus *Guerreros de Amoymón* a Port Black, la ciudad inglesa donde se manifestó *la sombra*, que de acuerdo a la interpretación ebionita eran Munkir y Nékir, los ángeles negros escapados del Adhab Algab y la señal esperada por milenios para comenzar la batalla que acabaría con todos los infieles occidentales y haría redimir el poder arrebatado a Alá y a su profeta Mahoma. El mundo debería regresarles a los árabes todos los territorios despojados y pagar por las injurias cometidas contra su pueblo.

Mientras los hombres de guerra se alistaban para viajar a Inglaterra, el Mullah Malik Muhammad Ibn Talib le solicitó a un grupo de publicistas versados en inducción de pensamiento colectivo y guerra mediática, que diseñaran una campaña para ir creando las bases de la Gran Batalla. Debía consistir en una estrategia inteligente, penetrante y de efecto casi inmediato. Para lograrlo les pidió que utilizaran todo los medios de manipulación inconsciente y subliminal a su alcance para crear el terreno fértil para un descontento general y multitudinario entre la población islámica y mundial. Cuando la campaña estuviese lista y aprobada, los ebionitas utilizarían todos los medios de comunicación que el dinero, el poder y las influencias pudiesen comprar, tantos árabes como de otras latitudes del mundo, para difundir un único y efectivo mensaje, el cual debería surtir resultados positivos en sólo un par de semanas. Una vez iniciada la guerra mediática, lo demás sería una rebelión popular masiva, sanguinaria y cruel.

Los *Guerreros de Amoymón* que el Mullah Talib seleccionó para la misión no viajarían a Inglaterra en avión. Ellos y todo el arsenal que llevarían consigo abordarían un barco petrolero de bandera Siria que zarparía del puerto de Trípoli, al norte de Líbano. Llegado frente a las costas inglesas, muy cerca de Port Black y todavía en aguas internacionales, los guerreros serían trasbordados a un pequeño submarino desecho de la Segunda Guerra Mundial caído en manos de piratas malasios, a quienes se les pagaría una cuantiosa suma de dinero por sus servicios. Un vez recogidos y dentro del submarino, serían desembarcados a pocos metros de la ribera, donde los estarían esperando un grupo de ebionitas seleccionados previamente entre los cientos que hay diseminados en Inglaterra.

La finalidad de hacer el cambio en alta mar era para evitar ser detectados por los radares y servicios de guardacostas ingleses. El escape, después de haber realizado su misión, la cual se ceñiría únicamente en comprobar si ciertamente Munkir y Nékir estaban en Port Black, sería por la misma vía aunque con otras coordenadas de embarque para evitar sospechas o cualquier pequeña detección de los servicios de guardacostas durante la llegada. De levantarse la más

mínima sospecha sobre el desembarque, esas costas y todos los alrededores a cincuenta millas a la redonda entrarían inmediatamente bajo estricta vigilancia de las autoridades de todo el Reino Unido.

Desde el mismo momento en que los sanguinarios *Guerreros de Amoymón* pisasen suelo inglés, comenzaría a correr la hora cero para el inicio de *La Yihad final*, que contaría con un ejército de más de dos mil millones de hombres en armas dispuestos a morir por Alá, sin contar con los millones de musulmanes regados en suelos extranjeros, entre ellos Inglaterra, donde los había de sobra.

Además de su armamento, los *Guerreros de Amoymón* también llevaban ofrendas para Munkir y Nékir, las cuales les ofrecerían, según el ritual ebionita, para invocar el triunfo en la batalla.

28

A la hora señalada, ni un minuto más ni uno menos, dos monjes de la corte de ayudantes del monasterio fueron a buscar a Jumpi y a Fabrizio para escoltarlos hasta la biblioteca, donde los esperaban Braharta y Sgmhanta, los ilustrados del templo.

Cuando llegaron Fabrizio chequeó su reloj pulsera, un cronógrafo de avanzada tecnología, y las manecillas marcaban exactamente las diez de la mañana. En sus adentros se preguntó cómo sabían los monjes la hora precisa si el monasterio carecía de relojes, espejos, estufas, agua caliente y muchas otras cosas, como artefactos que les hubiesen ayudado a soportar y hacer más llevadera la vida en tan inhóspito lugar y así ahorrarse bastante trabajo, el cual después podrían dedicar a la oración y a la meditación. Con esa interrogante sin respuesta en la cabeza, siguió junto a su amigo sherpa a los monjes hasta la biblioteca.

Al llegar fueron recibidos por los dos sabios budistas. Esta vez Sgmhanta no estaba adormilado. Los miraba profundamente con sus pequeños y sabios ojos rasgados. No obstante, al darse inicio la reunión y comenzar a hablar Braharta, quien hasta los momentos había llevado la voz cantante, el anciano Sgmhanta cerró los ojos y volvió a su estado de postración y meditación.

–Toda esta pequeña preparación, todas las revelaciones que han

escuchado y que seguiremos haciéndoles, es para motivarlos. Para que entiendan la verdadera dimensión y consecuencia de la misión que El Creador ha puesto en sus manos, más que nada en las de Jumpi, porque hasta con tú ayuda –dijo señalando a Fabrizio–, le será difícil lograrlo. De ahí la importancia de que trabajen juntos… Como una sola alma gemela. ¿Entendieron?

–Pero, ¿por qué yo? –volvió a preguntar, tal como lo hizo en la primera reunión, Jumpi con sacrosanta humildad.

–Porque tienes un corazón virtuoso… Eres puro... Porque estuviste entre los dos grandes mares y sus maremotos –expresó refiriéndose al budismo y al cristianismo– y en los dos te mostraste íntegro… No estás contaminado, por eso eres el escogido… ¿Suficiente para calmar tus ansias? –indagó el monje.

–Suficiente… Aunque, sinceramente, no logro… –titubeó por un instante y prosiguió con cierta turbación reflejada en el rostro–. No logro entenderlo. Por más que lo pienso no logro entenderlo –repitió con rubor, el cual no podía advertirse en su cetrino rostro, pero si se en sus entrecortadas palabra.

–Lo entenderás… No te preocupes, llegado el momento lo entenderás. Ahora les voy a leer parte de la trascripción del capítulo perdido del Apocalipsis. Gracias a Dios que pudimos reconstruir varios de los pedazos que se salvaron del incendio y al juntarlos nos dio una idea bastante precisa de su contenido. Antes de que fuese destruido por el incendio ningún ser que estuviese aún vivo lo había leído ni dejada copia alguna de su texto. Los trozos del chamuscado original ahora están bien preservados y guardados en un sitio seguro.

–Se refiere al capítulo diecisiete, ¿no? –interrumpió Fabrizio con presunción.

–Sí, el diecisiete y me gustaría que tomaras nota –pidió dirigiéndose a Jumpi–. Espero que no me interrumpan. Mi vista no es muy buena y no quisiera volver a comenzar desde el principio –requirió clavando sus ojos en Fabrizio, quien movió ligeramente la cabeza en forma de aceptación–. Bien, una parte del capítulo perdido dice: *Cuando los sueños huyan a la realidad se juntarán las plagas postreras. En el cielo habrá una señal, pues el espíritu del demonio atacará envuelto en sombra. Es el fin y el principio. Mil años y mil más de oscuridad perenne sobre la tierra caerá si el elegido de la luz no expulsa al errante ángel bruno que desobedeció al Señor. Treinta y tres puestas del sol será el plazo. Donde estén los diez cuernos del mundo, allí estará la verdad. Con la victoria, flautas de viento disiparán las cenizas y la ira de Dios y un nuevo sol comenzará a arder en la oscuridad…* ¿Está claro?... ¿Entendieron? –indagó el anciano monje con fatiga en sus palabras.

–Sí, bastante comprensible –manifestó Jumpi–. La única duda es lo de *los diez cuernos*, ¿qué significa?

– ¡El Himalaya!... Donde están ahora. Aquí están diez de los catorce picos más elevados del mundo. Esos son los diez cuernos. Tus antepasados más remotos llamaban a las altas cimas *Los cuernos de la eternidad.* Nuestros ancestros, los esenios, también lo sabían. Por eso establecieron este monasterio aquí.

– ¡Vitiel es el ángel bruno que desobedeció al Señor! –afirmó Fabrizio para indicarle que también había comprendido.

–Bien, veo que has entendido –celebró con verdadera sinceridad el anciano monje.

–Gracias…

– ¿Por qué dices que los esenios son tus ancestros? –indagó sorprendido Jumpi, que por ser sacerdotes sabía a quiénes se refería al hablar de esenios.

– ¿Qué son los esenios? –soltó su compañero sin saber de qué estaban hablando.

–Ya les había adelantado algo, pero después les informaré algunos detalles. Ahora no debemos distraernos. El tiempo apremia. Nos quedan apenas doce días para evitar que la profecía se cumpla –afirmó Braharta para atajar la curiosidad de ambos visitantes–. Prosigo. En otro de los trozos del papiro que logramos reconstruir, se lee, no sin cierta dificultad, algo verdaderamente premonitorio. En el texto se revela que *cuando el hombre surque el universo,* d*el sol bajarán corceles vestidos de fuego que cabalgarán sobre la tierra dejando llamas y cenizas a su paso. Los mares hervirán y con furia lanzarán sobre la tierra inmensas cortinas de agua tan altas como montañas. Por aire, cenizas de fuego respirarán los hombres. Las nieves perpetuas se derretirán y los chillidos de muerte se escucharán hasta más allá del espacio infinito. Los vivos envidiarán a los muertos y los muertos nunca querrán haber nacido porque de sus sepulturas se levantarán como espantos*. Pero en otras líneas que deberían haber estado al final del papiro de los trozos que rescatamos, claramente dice *y no es de este tiempo sino de tiempos pretéritos después del inicio del segundo milenio* –leyó en voz clara el monje. Esperó a que Jumpi terminase de anotar y luego preguntó–: ¿Alguna pregunta?

–Sí, muchas. Pero antes de hacerlas me gustaría que nos diese su interpretación de la profecía –solicitó Fabrizio, quien como aficionado estudioso de la papirología, se mostraba escéptico sobre la autenticidad del texto leído.

–*Cuando el hombre surque el universo*, innegablemente se refiere a la época moderna y los *corceles vestidos de fuego* son bombas, aviones y todo lo que se le parezca, lo cual causará mucha destrucción en el mundo. Lo referente a los mares y todo lo demás, seguramente atañerá a los tsunamis y otra serie de catástrofes producto del cambio climático y una posible inversión de los polos magnéticos de la tierra, que, sabemos, está por suceder. *Por aire cenizas de fuego respirarán,*

quiere decir que los humanos, animales, plantas y demás seres respirarán aire tóxico. Lo de que *las nieves perpetuas se derretirán* no es ningún secreto para nadie porque es bien sabido que en los últimos años se ha acelerado en forma alarmante el deshielo de los glaciares. Lo demás creo que es elemental.

– ¡Todo un Apocalipsis! –exclamó el sacerdote sherpa.

–Sí, y anunciando para los próximos días por lo que se desprende del primer fragmento. Según el escrito de san Juan la señal que se esperaba para que se iniciase ya se presentó –aseveró el monje.

–*La sombra*… El ángel negro escapado del *Mundo de los sueños*.

– ¡Correcto!

–Por ser un monje anciano y vivir tan retirado de la civilización, veo que está muy bien informado –dijo punzante el arquitecto demostrando irreverencia y escepticismo.

–No sé qué entiendes por civilización, joven Fabrizio. Yo tengo otro concepto de ella. Pero sí, estamos tan bien informados sin salir de este claustro que hasta sabíamos que ustedes venían y el sitio preciso del Lhotse donde se encontraban.

– ¡Nosotros somos la civilización! –afirmó sin abrir los ojos el anciano Sgmhanta, quien no estaba dormido, sino escuchando atentamente todo, aunque a veces por el impertinente movimiento de sus párpados parecía transportado a otra dimensión.

Fabrizio enmudeció. Fue tanta su vergüenza que siquiera tuvo valor de contestarle.

–No nos explicó nada sobre la parte que hablaba de… –Jumpi hizo una pequeña pausa y echó una mirada a sus notas. Leyó la parte final y prosiguió–. Le decía que no dijo nada referente a *y no es de este tiempo sino de tiempos pretéritos después del inicio del segundo milenio* –dijo mientras leía textualmente lo que había apuntado–. Me imagino lo que querrá decir pero me gustaría que lo comentara para saber si estoy en lo cierto –concluyó doblando el papel de anotaciones.

–Es simple querido, Jumpi. Tú siempre tan meticuloso –expresó en forma de cumplido–. Se refiere a que no es de los tiempos en que vivía Jesucristo, sino ahora, en estos tiempos… Que todo ocurrirá en cualquier momento después del inicio del año dos mil y estamos ya bastante lejos de ese inicio.

–Eso pensaba también. Gracias por aclarármelo. No me hubiese gustado quedar con esa duda –agradeció.

–Fue un descuido mío… No tienes que agradecerme nada. Queremos que tú mente esté siempre libre de dudas para que puedas hacer tu trabajo sin que nada te agobie –manifestó a manera de disculpa el anciano monje.

–Gracias. Pero, por favor dígame qué debo hacer para que no ocurra lo anunciado en la profecía –preguntó el sacerdote sherpa, a quien se

le había desvanecido del rostro su sempiterna sonrisa.

–Detener al ángel negro. Buscar la forma de que regrese al *Mundo de los Sueños.*

– ¿Cómo hacerlo? –preguntó inquieto porque sabía que por ser sacerdote le tocaría la peor parte de la misión.

–No lo sabemos…

– ¿Qué no lo saben?... ¿Entonces cómo lo haremos? –soltó Fabrizio tomándose la cabeza con preocupación.

Se levantó de su cojín y comenzó a dar cortos pasos por la amplia biblioteca.

–Pero sí conocemos quiénes lo saben… –escuchó pronto de voz de Braharta, por lo que el joven arquitecto se detuvo y caminó hacia él.

– ¿Quiénes son?... ¿Dónde encontraremos a esas personas? Por favor B, no sigas con ese jueguito de adivinanzas y misterios porque me estoy intranquilizando –expresó llamando por su inicial a Braharta, tal como lo acordaron si le olvidaba pronunciar su nombre.

–Son dos guerreros escapados del *Mundo de los Sueños*. Los atrapamos y los tenemos bien asegurados… Ellos nos dirán qué hacer para detener a Vitiel.

– ¿Dónde están esos guerreros?... ¿Los tienen aquí, en la montañas? –quiso saber Fabrizio.

–Están abajo, en el pozo, detrás de aquella puerta –dijo señalando hacia el sitio donde los dos montañistas habían percibido cierto fétido olor–. De allí nunca podrán escapar.

– ¿Esa es una prisión?

–Yo no la llamaría así, sino un lugar de purificación –expresó franco el monje.

–Disculpe maestro, no dijo que no podían ser atrapados por ningún humano… Que no pueden agarrarse con las manos porque son etéreos, como el aire.

–Así es, pero ellos no son ángeles sino guerreros –respondió Braharta a fin de serenar a Jumpi.

– Sólo los ángeles son etéreos –agregó Sgmhanta, quien abrió los ojos y se levantó tan fresco como una lechuga del *zafu* donde estaba sentado–. Es el momento de entrar –comunicó a su compañero y a paso resuelto se dirigió hacia la puerta trenzada de cadenas.

Asombrados por la rápida reacción de Sgmhanta, los dos montañistas se dispusieron a seguirlo, pero con un movimiento de su mano Braharta contuvo a Fabrizio.

–Sólo él puede entrar con nosotros –dijo indicando a Jumpi–. Espera aquí hasta que regresemos.

– ¿Y por qué yo no puedo?

–Sólo el elegido puede entrar. Nadie más. Cuando hayamos terminado volveremos.

Jumpi le hizo señas de acatar la orden, a la que Fabrizio aceptó a regañadientes. Los miró como se alejaban hasta lo profundo de la biblioteca y bajaban los escalones que daban acceso al sótano. Sólo alcanzaba a ver sus espaldas hasta un poco más arriba de la cintura. Presumía lo que estaban haciendo por sus movimientos. Luego escuchó el ruido de candados que se abrían y de cadenas que dejaban caer al suelo. La acústica del lugar era perfecta, tanto como la de un antiguo anfiteatro griego.

Fabrizio siguió mirando hasta que los tres hombres entraron y la puerta se cerró tras ellos. Con los ojos clavados en el lugar y los oídos en máxima alerta, esperó un momento más. No escuchó nada, absolutamente nada. Ni un susurro. El eco que hasta hace poco hacía percibir el más mínimo ruido se disipó. Pensó ir hasta allá. Pegar su oído de la puerta y husmear, pero desechó la idea y se puso a caminar por la biblioteca. Comenzó a mirar de aquí y allá. Muchos libros estaban abiertos y sus páginas marcadas con plumas de algún ave de las montañas. Otros tan cerrados que parecían no haber sido abiertos o leídos nunca. Pasó por una fila de libros y luego por otra. No le habían dicho cuánto tiempo estarían en el sótano y buscaba distraerse viendo aquello antiguos libracos. Centenares de viejos pergaminos estaban diseminados por doquier. Unos abiertos sobre el largo y ancho pedestal de granito que hacía de mesa de trabajo de los monjes, otros arrumados en algún rincón. Al pasar cerca de uno, una palabra llamó poderosamente su atención. Creyó haber visto algo parecido al nombre de María escrito en arameo. Dio marcha atrás y volvió a posar la mirada sobre el manuscrito. Ciertamente estaba escrito en arameo palestino, la lengua que hablaba Jesús. Estudioso de la papirología, la cual lo apasionó desde temprana edad, comenzó a leer y traducirlo mentalmente. Asombrosamente el pergamino se refería a la Virgen María. El interés de Fabrizio se duplicó al notar que revelaba sorprendentes detalles sobre el alumbramiento de la Virgen María. Sus ojos no querían dar crédito a lo que estaban viendo cuando leyó: *El día llegado se pidió que María estuviese sola en la habitación que hacía de dormitorio. Ella entró sola y detrás de ella se cerró la puerta. Los de adentro la esperaron afuera. Tras cerrarse la puerta el cuarto se iluminó de un brillo blanco y refulgente y del cielo, entre luces y destellos, bajaron dos hermosos ángeles, jóvenes y gallardos, de cabello largo y ondulado y tan rubio que parecía blanco. Ambos se pusieron de cada lado de María y la ayudaron a postrarse en la cama. María elevó un suspiro de amor profundo y pronto, sin dolor alguno, sino con un gozo indescriptible de entre sus muslos fue brotando un querubín muy hermoso al que después ella llamaría Jesús. No fue necesario cortarle el cordón que la ataba a su madre porque las luces y destellos celestiales lo habían hecho y además bañado con luz santa por lo que los dos ángeles tomaron al niño y pusieron*

en brazos de su madre, quien dulce y risueña lo miraba con pureza y ternura espiritual. Tal como la luz apareció se fue y con ella los ángeles y todo el fulgor divino. Después la puerta de la habitación se abrió y tras ella apareció María con el niño en brazos. Los presentes se alarmaron ya que sólo habían pasado pequeños instantes.

Mientras leía fascinado la impresionante y reveladora descripción sobre el parto de la Virgen María, el cual era desconocido por el mundo hasta ese momento y no se sabía de su existencia en ningún texto antiguo, Fabrizio no se percató de que una sombra, algo muy sigiloso, se movía en dirección suya desde el fondo de la biblioteca.

29

La salida de Assad y sus milicianos a la costa fue demorada debido a unos pequeños imprevistos de última hora y a fallas en el sistema de carburación en uno de los camiones que transportarían armas y algunos cohetes Al-Fajr 3 de 240 mm. a su nuevo destino.

Durante la noche anterior, atormentado por funestas imágenes de persecución y muerte que emergían de lo más profundo de sus pensamientos, Nicene no pudo conciliar sueño. Entrada la madrugada, exhausto de tanto pensar, quedó profundo. Su descanso duró poco. De la insondable oscuridad del sótano una figura que se desplazaba guiada por la luz de una pequeña linterna fue a turbar su reposo. Era un miliciano enviado por Assad para a avisarle que era hora de partir.

El jorobado erudito despertó sobresaltado, pero pronto se repuso. Con premura se incorporó del catre, tomó sus cosas, que no era más que el desvencijado bolso de lona, y se aprestó a partir.

En la noche, antes de tirarse en la cama a descansar, había sacado el dibujo de la parte inferior del colchón y colocado nuevamente dentro del bolso, donde lo consideraba más seguro. Lo poco que pudo dormir lo hizo aferrado a este.

Antes de seguir al miliciano, que no parecía tener prisa, Nicene peinó con sus dedos el poco cabello cano que quedaba en su cabeza y pasó enérgicamente una de sus manos desde más arriba de la punta de su nariz hasta el final del cuello a fin de alisar su abundante barba. Repitió la acción, tal si fuese un ritual, cuatro veces. No dio un paso adelante sin chequear todo a su alrededor. Primero examinó el catre y palpó el bolso. Se cercioró de que efectivamente había sacado el dibujo de la parte baja del colchón y los había guardado. Su "tesoro" estaba seguro. Después dio una mirada hacia donde estaban depositadas las armas. Ni rastro de ellas. En el suelo sólo quedó polvo y algunos viejos y despedazados ladrillos que los milicianos habían utilizado para nivelar las cajas de municiones y tenerlas levantadas del suelo por si presentaba cualquier imprevisto. Era normal que en los edificios abandonados luego de los bombardeos sin previo aviso se elevaran entre los escombros grandes chorros de agua de alta presión causando pequeñas inundaciones en los sótanos. Muchas tuberías y desagües de aguas residuales que quedaron tapiadas y represadas entre las ruinas sólo esperaban el momento preciso para volver a la "vida" y eso no tomaría a los milicianos desprevenidos. Sabían que la paciente fuerza de las aguas siempre vence a sus opresores y salen airosas en su batalla por la libertad. De ahí las precauciones que tomaban los milicianos para que no se les dañasen sus armas, único salvoconducto a la vida.

Cuando creyó que estaba listo para partir, Nicene le hizo señas y juntos comenzaron a caminar en la oscuridad alumbrados por la luz de la linterna del miliciano.

Pasaron por la gran área del refugio que durante el día anterior estuvo atestada de milicianos y aparatos. Ahora estaba vacía. Se veía mucho más grande de los que Nicene había calculado. Sólo algunos catres, literas, sillas y otros enseres de poca importancia habían quedado allí arrinconados. Todo lo demás fue recogido y del casi centenar de milicianos no quedaba ninguno a la vista.

Mientras caminaban, los tormentos de la noche anterior volvían por instantes a la mente del jorobado. "¿Me llevará a una trampa? ¿Será verdaderamente un hombre de Assad o un espía del Mullah? ¿Me irá a matar? Por eso está sólo. Por eso no hay nadie más con él", se interrogaba nervioso mientras con aprehensión veía de reojo a su guía.

Al llegar cerca de una de las paredes laterales del sótano, el miliciano se detuvo cerca de donde estaban esperándolo otros cuatro de sus compañeros. Nicene respiró al reconocer a dos de ellos, a quienes había visto junto a Assad poco después de su llegada.

Aparentemente era el final del camino, aunque no había ninguna puerta de salida sino una vieja litera arrumada a la pared de concreto.

El guía de Nicene, que al parecer tenía un grado mayor que los otros dentro del comando de *La ira de Dios*, le hizo una señal y los cuatro hombres movieron la litera. Debajo de ella estaba una sucia losa de cemento cuadrada no muy grande adornada con incrustaciones de pálidas cerámicas de flores, seguramente “sobreviviente” de los bombardeos. Acatando la orden de su superior, los milicianos tomaron cada una de las puntas de la maciza losa y la apartaron suavemente arrastrándola por el suelo.

Al terminar de removerla, una relumbrante luz blanca emanó de lo profundo como si se tratase de una erupción de luminiscencia. Al descubierto quedó un amplio hueco con escalinatas tubulares a cada uno de sus dos costados.

–Vamos… Baja tú primero. Las escaleras son seguras y no te pasará nada –indicó el miliciano-comandante al ver la cara de pasmo del jorobado erudito.

Agarrándose fuertemente de los tramos laterales de tubo, Nicene comenzó a descender con cuidado. Mientras lo hacía su joroba se movía de un lado a otro dependiendo del pie que apoyaba sobre el peldaño. El hombre que fue a buscarlo lo siguió a corta distancia. Al llegar al fondo, el erudito miró hacia arriba y vio que la entrada del túnel había vuelto a ser cerrada. Cuando terminó de bajar, su guía le hizo señas de seguirlo. Lo que aparentemente era un estrecho hoyo se convirtió en un amplio túnel horizontal muy bien construido. Era una verdadera obra de arte de ingeniería subterránea. Aunque de estructuras rudimentarias, el pasadizo se veía muy seguro y bien afianzado por macizas vigas transversales y columnas de madera de cedro. El camino estaba totalmente bien iluminado en su recorrido debajo tierra hasta que desembocaba en forma de rampa en los terrenos de un galpón completamente techado. Adentro del cobertizo varios camiones con aparente aspecto ruinoso, estaban siendo cargados con armas y misiles por las tropas que lideraba Assad.

Unos cuantos metros antes de salir del túnel Nicene vio que tenía una bifurcación. Luego se enteró por boca de Jadiya que se trataba de otro túnel que desembocaba ochocientos metros más adelante en otro cobertizo, aún más grande del por el que salió, cuya deteriorada fachada estaba camuflada con un escuálido letrero que lo identificada como depósito de materiales de construcción.

Una vez que se concluyó el embarque de las armas, Assad ordenó la partida. Los camiones fueron saliendo uno tras otro con intervalos de quince minutos y hacia destinos diferentes.

Nicene viajó junto a Jadiya y otros milicianos en una camioneta de carga color blanco, totalmente cerrada y sin vidrios laterales, camuflada con unos llamativos y coloreados distintivos de una supuesta empresa de venta de partes automotrices, la cual, obviamente, pertenecía a la “flota” de transporte del grupo armado.

Con los primeros rayos del sol Assad y su pequeño convoy llegaron a Tiro, una hermosa ciudad situada en la costa oriental del mar Mediterráneo, al sur del Líbano, y a sólo diez kilómetros de Qana, donde habían pernoctado la noche anterior.

– ¿Esta es la costa de la que hablaste? –preguntó con irritante decepción Nicene a Jadiya–. No me podías decir simplemente que iríamos a Tiro –se quejó con satisfacción interior por no haber

canjeado información con ella a cambio de nada.

En sus adentros agradeció que el viaje no hubiese sido largo y que todavía estuviera cerca de su cuartel-oficina, donde había dejado abandonadas todas sus posesiones y libros, los cuales les ayudaron a incrementar sus conocimientos y sapiencia durante toda su joven y sacrificada vida.

–A los que lo sabíamos se nos prohibió revelar el lugar de destino… Tú comprendes, órdenes son órdenes –se excusó Jadiya, quien la noche anterior estuvo a punto de arrebatarle su secreto al jorobado por esa banal revelación que, de todas formas, habría sabido al despuntar el sol.

–Lo sé, no te preocupes… Son cuestiones de seguridad y estoy de acuerdo que las tomen. Hoy en día hay muchos traidores y el dinero compra conciencias –contestó a fin de librarla de culpa por su enmascarada reserva.

–No sólo con dinero, sino también con chantaje, amenazas y secuestros –agregó la bella miliciana al recordar en sus adentros como un par de días antes los servicios secretos de sus enemigos secuestraron a la hija de un miliciano, a quien amenazaron con matarla si no les suministraba información, asunto que terminó en tragedia.

–El odio no tiene fronteras ni conoce de misericordia humana –asintió el jorobado.

–Llegamos al nuevo refugio –anunció Jadiya luego de advertir un gesto que le hizo el conductor.

La camioneta donde viajaban se orilló a la acera y se detuvo cerca de un conjunto de edificios cercanos a las ruinas del puerto de Tiro. Dos milicianos que estaban vestidos totalmente de civil, con sus barbas bien rasuradas y sin aparentes armas a la vista, se bajaron para inspeccionar el lugar y sus alrededores. El conductor dejó el motor del vehículo encendido. Al no ver nada sospechoso en las inmediaciones, uno de los hombres dio la señal de que se podría seguir. La camioneta avanzó y entró hacia uno de los patios de las edificaciones y lentamente se dirigió hacia los sótanos de aparcamiento.

–Es aquí… Ya podemos bajarnos –comunicó Jadiya señalando hacia la pequeña puerta que daba acceso a las escaleras y ascensores del edificio.

Llevando sus armas camufladas en grandes bolsos y morrales que llevaban adheridos a sus espaldas, los milicianos que iban en la camioneta subieron juntos a Jadiya y Nicene por las escaleras de servicio hasta el tercer piso del edificio. Chofer y camioneta se marcharon del lugar luego de dejarlos.

Al llegar al tercer piso, mientras los combatientes se dirigían hacia el apartamento donde se resguardarían, Nicene se desvió unos metros y

caminó hacia un gran ventanal que estaba al fondo del pasillo y se quedó contemplando el bello y refrescante paisaje marino que le brindaban a sus ojos las azules aguas del mediterráneo. Por instantes se dejó llevar por la fantasía y los recuerdos y pensó en los bravos y arrojados navegantes que surcaron aquel profundo e ignoto horizonte. Después miró a su derecha y con sentimiento vio las inmortales ruinas del puerto, llenas de historia y conquistas a través de los siglos y hoy en día declarados, como toda Tiro, Patrimonio de la Humanidad.

La hermosa ciudad, llena de misterios y leyendas, cuenta con una extraordinaria historia antigua que va desde los fenicios, quienes desde sus puertos comercializaron y se expandieron por todo el Mediterráneo, para luego pasar por los logros del bíblico Rey David y de Nabucodonosor II de Babilonia hasta concluir con el gran Alejandro Magno, quien construyó un istmo artificial para poder penetrar y conquistar a la subyugante Tiro. Pintores, escritores y poetas de todas las latitudes han elevado en honor a ella sus odas e inspirado sus más magnificas obras, entre ellos Shakespeare y Oscar Wilde. El encanto de Nicene tenía grandes motivos por eso permanecía extasiado ante aquel ventanal lleno de lumínica historia.

–No te quedes en la ventana. Es peligroso –corrió a advertirle Jadiya, quien se quedó unos segundos a su lado también extasiada por el azul mar.

–Es encantador… Está lleno de historia. Tan cerca que lo tenía y no venía desde que era niño –recordó con nostalgia Nicene.

–Sí, es hermoso. Pero también peligroso. Pueden verte y nos expondrás a todos –urgió la miliciana a fin de despegarlo de la ventana.

Nicene se sentía seguro al lado de la joven porque tenía fama de buena guerrera según le había confesado el mismo Assad.

–Tienen que entrar ya –fue a advertirles con urgencia otro de los milicianos.

Jadiya tomó delicadamente a Nicene por un brazo y se encaminó junto a él por el corredor. La puerta principal del apartamento estaba entreabierta. La joven la empujó y ambos entraron.

– ¿Dónde están Assad y los demás? –preguntó alarmado el jorobado erudito al no ver dentro a su amigo ni a los milicianos que iban en las otras camionetas.

–Están distribuyendo el material –informó Jadiya al referirse a las armas y municiones–. Después vendrá para acá. Espero que no se le haya ocurrido la locura de irse a bañar a la playa –expresó denotando cierta preocupación.

–Un baño de mar no le hace daño a nadie… –manifestó Nicene aprobando cualquier decisión que hubiese tomado su amigo–. Déjalo que cumpla su fantasía… Ha estado mucho tiempo encerrado de

escondite en escondite y un poquito de sol no le caerá nada mal. Más bien le despajaría la cabeza. Eso sí, que se dé un baño rápido y regrese –refirió comprensivo y en forma paternal sopesando en cada una de sus palabras los peligros a que lo exponían un simple baño de mar.

–Su cabeza tiene precio, por eso me mortifico –refutó alarmada Jadiya–. Estamos a un paso de la frontera y el peligro que corre es todavía mayor –expresó al referirse a la frontera con Israel, la cual estaba a pocos kilómetros y por esas tierras los comandos del Mosad se colaban sin ser detectados. Quizás hasta habrían construido un largo túnel que los hacía desplazar sin peligro desde un lugar oculto de su territorio hasta un sitio seguro dentro de Líbano.

– ¡Lo sé!… Lo sé… Pero deja de preocuparte tanto. Pronto llegará –respondió Nicene para tranquilizarla.

–Gracias, pero no hay nada que puedas decir que alivie mi angustia –exteriorizó compungida la miliciana.

No había terminado de decir la frase cuando a lo lejos se escucharon varios repiqueteos de ametralladora y fusiles.

30

Un puñado de libros que cayeron al suelo hizo tan áspero ruido que desató en un instante a Fabrizio del sorprendente manuscrito que detallaba el parto de la Virgen María.

Al levantar la vista vio proyectada contra la pared de la biblioteca una enorme sombra que se difuminaba a medida que avanzaba. Contuvo la respiración y lentamente se fue retirando de donde estaba leyendo.

Un gran miedo caló cada uno de sus huesos. El dilema de estar indefenso en un lugar extraño, lejos de todo y de todos, sin que nadie pueda socorrerlo, le provocó una intensa descarga de adrenalina que templó todo su cuerpo. Sintió como si una avalancha lo arrollase. Los latidos de su corazón retumbaban en las paredes de la vieja biblioteca. Nunca profesó miedo igual. Siquiera durante los más difíciles y peligrosos ascensos verticales, pero esto era algo que estaba fuera de sus dominios y alcance.

La sombra no se detenía. Avanzaba hacia él lenta pero decidida. Lo que más le perturbaba era estar frente a lo desconocido. No saber de qué se trataba. Si era algo vivo, muerto o salido de la ultratumba del *Mundo de los sueños*. A medida que aquella cosa se acercaba a un grupo de lámparas alimentadas con aceite de grasa de oso, la sombra proyectaba en las paredes del vetusto lugar cada vez se hacía más grande y fantasmagórica.

Fabrizio estaba a punto de sufrir un colapso y eso, definitivamente, iba a suceder si no hubiese sido por dos jóvenes monjes que entraron corriendo a la biblioteca y al ver la sombra se dirigieron directamente hacia donde indicaba estar.

–Eres muy traviesa *Nieve parda*. Sabes que aquí no puedes entrar –reprendió uno de los monjes mientras Fabrizio seguía estático como una muda estatua.

–Mira cómo tienes a nuestro invitado –expresó aludiendo al montañista el segundo monje al llegar también donde estaba la sombra.

Fabrizio reaccionó y comenzó a respirar hondo cuando vio a uno de los monjes que por una correa de cuero que tenía atada al cuello halaba hacia la salida a un gran oso pardo del Himalaya.

Mientras aspiraba y expiraba a fin de recobrar el aliento y buscar que la presión sanguínea volviese a la normalidad, el montañista observaba asombrado como el joven monje trataba a aquel corpulento animal de casi dos metros de largo como si se tratase de un indefenso

cachorrito, cuando en realidad era una especie cercana a los extintos osos de las cavernas de la prehistoria a los que, por su corpulencia y figura, se les atribuía ser los que generaron la leyenda del Yeti, el mítico abominable hombre de la nieves.

–Eres terriblemente caprichosa –reprendía con voz autoritaria el monje al oso de afiladas garras y mirada lánguida mientras se dirigía hacia la puerta de salida–. Te he dicho mil veces que en la biblioteca no puedes entrar.

Fabrizio no podía creer que lo que sus ojos veían.

–Discúlpenos… Siempre que se escapa viene hacia acá. Le encantan los libros y ya destrozó unos cuantos –se excusó el segundo monje, quien al verlo petrificado se le acercó.

–Casi me mata del susto –alcanzó a decir Fabrizio bastante repuesto del sobresalto.

– *Nieve parda* es un alma de Dios… No le hace daño a nadie. Lo que pasa es que es muy traviesa.

–Pero esos animales tienen fama de ser salvajes y atacar a quienes se meten en sus dominios.

–*Nieve parda*, no. Más bien es muy dócil, pero eso sí, bastante traviesa.

– ¿Es hembra? –interrogó Fabrizio pasándose la mano por la cara, la cual no estaba sudada sino más bien fría y pálida como un témpano de hielo.

–Sí y todavía está muy joven.

–Pero yo tengo días en el monasterio y no la había visto por ningún lado.

–Estaba hibernando.

– ¿Hibernando aquí?... ¿Cómo es posible eso? –quiso saber Fabrizio.

–Sí. En una especie de cueva que le hicimos y hoy acaba de despertar. Y, la muy sinvergüenza, lo primero que hizo fue venirse a la biblioteca… Por ella es que tenemos la puerta siempre bien cerrada.

–Yo la vi cerrada…

–No, estaba entreabierta. Debido a sus diabluras es que cuando algunos de nosotros entran, enseguida pasa el cerrojo por dentro.

–Entiendo…

– No sé porque Braharta la dejó abierta si sabía que *Nieve parda* estaba por despertar.

–Fue un descuido… Quizás la dejó entreabierta porque nosotros estábamos aquí… Y cómo el… –iba decir *el oso,* pero se contuvo y llamó a aquel gigantesco animal con el nombre que le habían puesto los monjes– …*Nieve parda* vino a parar al monasterio si está bastante lejos de su ecosistema.

–La conseguimos cuando era muy cachorrita. Estaba herida y abandonada… La pobre se veía tan asustada que nos costó agarrarla...

Quizás algunos cazadores habían matado a su madre.
–Interesante… Pero en qué parte la encontraron.
–Por el *Nilgiri* –dijo al referirse a una cumbre que los montañistas llaman Monte Azul–. Se apegó a nosotros como si fuésemos sus padres adoptivos –manifestó refiriéndose a él mismo y al otro monje–. A nosotros nos asignaron la responsabilidad de criarlo.
– ¿Y cómo lo alimentan? –curioseó Fabrizio ahora tan repuesto que no parecía haber pasado por aquel mayúsculo susto que casi le causa un infarto.
–Aquí le damos de todo… Lo acostumbramos a comer lo mismo que nosotros. Ellos se nutren más que nada de raíces, pasto, plantas e insectos. Y de pasto tenemos almacenado una buena cantidad en Kardong –expresó refiriéndose al monasterio–. Cuando algunos de nosotros sale en busca de provisiones en los poblados vecinos le damos un poquito de carne de oveja o cabra. Pero eso sí, bien cocida.
–Supongo que cuando salen fuera del monasterio van en grupos.
–Sí. De seis u ocho. A veces menos…
–Y si les preguntan de dónde vienen qué les dicen si nadie sabe que esto existe –indagó refiriéndose a Kardong.
–A nadie le importa ni nadie pregunta. Sólo le importa que le paguemos.
– ¿Dinero?... ¿Y de dónde sacan ustedes dinero?
–No. No usamos dinero. Le pagamos con las artesanías que hacemos y las colchas y abrigos que elaboramos utilizando el mismo cuero de los animales que nos dan a cambio.
–Sé que tienes que irte –manifestó comprensivo Fabrizio al ver que mientras hablaban el joven monje chequeaba a cada rato la puerta de entrada de la biblioteca para ver si alguien iba a ver porqué se había demorado tanto en volver a sus quehaceres–. Una pregunta más. ¿Qué comen los leopardos?
–Ellos se alimentan solos. En las noches salen a cazar por los lados donde salen “estatuas de hielo” –finalizó refiriéndose a los seres del *Mundo de los sueños* y salió corriendo hacia la puerta de salida al ver que uno de sus condiscípulos le hacía impertinentes señas con la manos para que fuese hacia donde estaba.
Mientras Fabrizio conversaba con uno de los dos jóvenes monjes que fueron a buscar al oso, dentro del calabozo contiguo al sagrado sitio de lectura Jumpi tampoco la estaba pasando muy bien.
Adentro se encontró con un panorama tan abismal, que siquiera la prodigiosa imaginación de Dante Alighieri hubiese podido discernir. Sin embargo, lo que veía Jumpi era real. No era ninguna fantasía. La tenía delante de sus propios ojos y poseían vida propia. Y, por si fuese poco, aunque él todavía no lo sabía, hablaban y atesoraban conocimientos tan ancestrales que ni el sabio más ilustrado de la tierra

podría compararse con su sapiencia.

En la gélida cárcel subterránea que Braharta calificó de sitio de purificación, vio con asombro a los dos guerreros del *Mundo de los sueños* que los monjes capturaron en un lugar donde la tierra se abrió y dejó emerger de las profundidades a aquel Mundo Paralelo perdido desde el mismo momento de la creación.

Su aspecto era híbrido. Una mezcla entre lo divino y lo demoníaco. La expresión tan cambiante de sus rostros evitaba que se les pudiese definir. A veces parecían ángeles, otras demonios. Aunque sus facciones eran finas, delicadas como hermosos seres andróginos, una virginal combinación de hombre y mujer, indudablemente no eran de este mundo. Su piel, lo poco que podía verse de ella, era de un color azul grisáceo. Quizás era su matiz original, quizás el tinte de su tez se debía a las enmohecidas cadenas y hierros que rodeaban sus cuerpos. Pasaban del metro ochenta de estatura y eran tan delgados como figuras de cuadros de El Greco, aunque no vistiesen sus ropas sino armaduras de acero de los tiempos antiguos, iguales a las del ente que Fabrizio y Jumpi confundieron con una estatua de hielo cuando eran llevados hacia el monasterio.

Los monjes los tenían atados a fuertes cadenas ancladas en el techo de la celda y sus cuerpos estaban suspendidos con la cabeza hacia abajo dentro de una especie de jaula circular muy resistente, cuya base iba a dar en el centro de la boca de un pozo hecho con resistentes ladrillos de granito. No contentos con eso y a fin de que quedasen bien asegurados, habían trenzado los cuerpos de los guerreros dentro de unas aireadas chapas de metal que parecían tejidas en forma de trama abierta. Parecían capullos, pero no de seda sino de fuerte acero, y dentro no había hermosas mariposas sino seres andróginos venidos del mundo de las pesadillas.

Pese a que la celda estaba en el subsuelo del monasterio, el glacial frío no era suficiente para aplacar el mal olor existente en el lugar. Pero esa fetidez no era lo único que tenía inquieto a Jumpi, sino la forma demoníaca como lo miraban los híbridos guerreros mientras caminaba alrededor del pozo a fin de no congelarse. El pequeño sherpa tiritaba como un niño, tanto de frío como de espanto.

– ¿Cómo los agarraron? –preguntó después de estudiarlos detenidamente.

–No fue nada fácil. Son muy escurridizos, pero con nuestra meditación remota los atrajimos hacia el monasterio haciéndoles creer que éste era parte de su mundo. Lo demás, atarlos y encadenarlos fue bastante más difícil pero nos ayudaron los leopardos –relató el anciano Sgmhanta, el más viejo de los dos monjes, que al parecer ahora tenía la batuta en sus manos y el control de la situación y no su compañero Braharta.

– ¿Los leopardos?

–Sí. Ellos les temen mucho. Los mantuvieron a raya mientras entre muchos de nosotros los atábamos.

–Gracias por la explicación –expresó agradecido–. Pero me gustaría saber otra cosa antes de comenzar con lo que nos trajo aquí.

– ¿Qué te inquieta?… Dímelo –solicitó Sgmhanta con generosa dulzura.

– ¿Por qué los tienen como vacas en el matadero? –preguntó con cierta irritación sin quitarle la vista a la brutal escena.

Su alma cristiana no toleraba verlos en una posición tan martirizadora.

– ¿Qué significa eso?… No entiendo –ripostó Sgmhanta.

–Colgados con la cabeza hacia abajo… ¿Por qué lo torturan de esa forma?

– ¡No!… No es ninguna tortura… ¡Qué Dios se apiade del que lo haga! –contestó risueño el anciano–. Los tenemos boca abajo para que no se escapen, porque…

– ¿Y qué tiene ver eso con una huida? –interrumpió Jumpi sin dejarlo concluir–. Ni Houdini se liberaría de tantas cadenas y ataduras.

–No seas impaciente y déjame terminar joven Jumpi. Agradezco tú observación y tú buen corazón… Por eso eres el elegido. El error fue mío al no explicártelo antes –se disculpó esta vez Braharta que, al parecer, le correspondía haberlo instruido sobre los dos guerreros prisioneros antes de llevarlo al *pozo*, como también los monjes le decían al lugar–. Están con la cabeza hacia abajo para evitar que sueñen.

–No entiendo… Y qué tiene que ver eso con los sueños.

–Porque si llegan a soñar se escaparán… Regresarán a su mundo y nosotros todavía los necesitamos para que tú puedas cumplir con la sagrada misión que tienes por delante.

–O sea que se van a través de los sueños –volvió a indagar Jumpi con su “o sea” siempre a flor de labios.

–Sí. Navegan en ellos y en la posición que están ahora les impide hacerlo. Les impide soñar y así fugarse a través de ellos –explicó el monje–. En cuanto a su cuerpo no le sucede nada. Recuerda que no son humanos. Aunque al escapar del *Mundo de los sueños* toman forma corpórea, no son humanos… Una persona normal en esa posición duraría apenas horas y luego moriría por derrame cerebral, pero a ellos no les sucede nada. Ya tienen meses así –concluyó y por el cambio que experimentó el rostro del pequeño sherpa notó que estaba complacido y al mismo tiempo avergonzado por dudar de su pureza mística.

– O sea que a estos si los puedo tocar… No son etéreos como el ángel

negro –comentó apenado y a manera de disculpa por tantas y tan seguidas preguntas sobre el mismo tema–. ¿Por dónde empezamos? –indagó después sereno, aunque lo que más quería era salir lo antes posible de aquel gélido pozo.

–Ellos también alguna vez fueron ángeles… Ángeles caídos, pero por sus faltas fueron privados de las alas por el Creador. No las rescatarán sino hasta que purguen sus penas y mientras lo hacen se convirtieron en guerreros –explicó Braharta.

– ¡Es verdaderamente increíble! … Nunca en mi vida creí que algún día iba a poder ver a un ángel… ¡Menos encadenado! –exclamó con inocencia infantil el joven sacerdote sherpa.

– ¡Explícale Biergnthn! –solicitó el anciano Sgmhanta dirigiendo su voz hacia las criaturas suspendidas por los pies.

Uno de los guerreros, quizás al que el monje llamó Biergnthn, clavó sus negros ojos sobre Jumpi y comenzó a detallarlo, pero no pronunció palabra alguna.

– ¡Qué le digas qué tiene qué hacer para vencer a Vitiel! –insistió está vez enérgico el mismo anciano monje, quien se veía fresco y activo, todo lo contrario que cuando estuvieron en la biblioteca.

– ¡Braaaaaaaaaaaaaaaauuuuugh! –salió como bramido gutural de la boca del guerrero.

Fue tanto el eco que produjo aquella especie de mugido, que Jumpi retrocedió unos pasos y estuvo a punto de caer al tropezar con un bloque de granito que estaba tirado en el suelo.

– ¿Es el elegido? –preguntó el guerrero del bramido, pero ahora con voz clara y sutil, tan normal que parecía salida de la boca de un ser muy espiritual.

–Sí, él es –afirmó Sgmhanta, quien seguía llevando la voz cantante.

–Es muy pequeño para enfrentarse a Vitiel… ¿De dónde lo sacaron? –preguntó con el mismo tono agradable de voz.

–Por favor, no perdamos tiempo. Dilo de una vez o quieres que vuelva a penetrar tú mente –increpó el anciano monje que, por los nerviosos movimientos que hacía, estaba a punto de perder la paciencia.

–Era solo curiosidad… En mi mundo no tenemos personas así –manifestó el guerrero refiriéndose a Jumpi mientras trataba de hacer señas a su compañero moviendo uno de los dedos azul grisáceos de una de sus manos.

– ¡Claro qué las tienen!... Di lo que vinimos a saber –insistió Sgmhanta mesurado, aunque estaba a punto de estallar.

–Te lo diremos porque es la única forma que tendremos nosotros para salir de aquí, ¿verdad Crusghiet? –preguntó el llamado Biergnthn al otro guerrero encadenado que hasta los momentos sólo observaba detenidamente a Jumpi.

– ¡Braaaaaaaaaaaaaaaaauuuuugh! –soltó como respuesta, igual que lo hizo su compañero, pero el ruido que salió de su garganta fue tan sonoro que un vibrante eco nebuloso retumbó en las mohosas paredes del pozo.

–Basta de saludos y comiencen a hablar –ordenó con voz ronca y resuelta Braharta.

–Sólo hace falta una virtud y si la tienes saldrás victorioso –aseveró Crusghiet dirigiéndose al sacerdote sherpa.

– ¿Cuál? –preguntó éste aceptando el reto.

–Un pensamiento espiritual inmaculado –reveló sin ostentación el guerrero venido del *Mundo de los sueños*.

–Si lo tienes, si tu pensamiento es puro, lo demás son pequeños detalles –agregó Biergnthn, su compañero de cadenas.

–No lo sé –afirmó Jumpi con honesta humildad–. Ellos dicen que si la tengo –dijo refiriéndose a los dos monjes.

–No sólo nosotros, querido Jumpi, sino toda nuestra congregación –aseguró rotundo el anciano Sgmhanta.

–Es un honor saberlo –expresó agradecido el sacerdote sherpa viendo a los dos monjes–, pero necesito saber más… Los pormenores –requirió a los seres del *Mundo de los sueños*.

–Crusghiet te los dará –aseveró sacudiendo su larga cabellera rubia el guerrero al que los monjes llamaron Biergnthn.

–Antes de decirte nada quiero que sepas, y no lo olvides cuando estés frente a frente con Vitiel, que *no es maravilla, porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz* –advirtió Crusghiet.

–Lo que acabas de decir creo haberlo leído en la Biblia…

–Ciertamente es así. Corresponde al versículo catorce del capítulo once de la segunda carta que Pablo le envió a los Corintios –respondió como si se supiese la Biblia de memoria y en algún momento hubiese conocido al santo, a quien tuteaba sin agregarle su merecido título de *san*, ya que durante generaciones era más que evidente que fue un santo varón.

–Y qué significa… ¿Qué indica?... ¿De qué me servirá? –preguntó atropelladamente Jumpi.

–Tendrás que discernirlo solo. A ti corresponde entenderlo…

Al terminar la lapidaria cita del apóstol Pablo a los Corintios, los guerreros encadenados en el pozo que una vez fueron ángeles, le explicaron a Jumpi qué hacer para que Vitiel regresase al *Mundo de los sueños*. Ciertamente su primera arma sería la persuasión, tal como le habían dicho los monjes, que era lo único que sabían sobre el asunto, pero que esta no se lograba a través de las palabras, sino a través de un pensamiento espiritual inmaculado.

Luego, tanto Crusghiet como Biergnthn, quienes comenzaron a hablar a dúo, ya que uno complementaba el pensamiento donde el

otro había dejado la última frase del suyo, le dijeron a Jumpi que tenía que entrar en un sueño profundo y real, pero que al mismo tiempo debía estar en estado de vigilia, o sea despierto. Un estado dual-espiritual, casi divino, que los monjes llamaban *mishra*, el cual los ilustrados del monasterio le enseñarían a lograr. Le advirtieron que al entrar en ese estado debía acrisolar su espíritu con imágenes del mismísimo Paraíso. Visualizarlo tal y como una mente pura y devota se imagina que es. Una vez logrado, debía utilizar la parte consciente y despierta de su ser, para atraer e invitar a Vitiel a entrar en su sueño. El creería que, ciertamente, entraría al Paraíso, pero no era así. Una vez atrapado en su sueño, volvería al *Mundo de los sueños* por su propia voluntad y sin resistencia.

Les indicaron que no podía, por ningún motivo, forzarlo a entrar porque se rebelaría y las consecuencias serían catastróficas y su ira demoníaca. Vitiel tenía que decidir por sí solo si entrar o no en el sueño del Paraíso imaginado por Jumpi. Le aclararon que la visualización debía ser real, porque tampoco podría engañársele.

Jumpi los abarrotó de preguntas. Tenía muchas dudas y estaba muy confuso. El frío del pozo había quedado en el olvido, ahora tenía calor. Calor de sapiencia, de conocimiento. No quería fallar en su misión y al no comprender muy bien algunos detalles se sentía atormentado y vacilante.

Crusghiet y Biergnthn le insistieron que sólo una persona pía tenía la capacidad de visualizar el Paraíso, aunque después, cuando saliese del *mishra* y volviera a su estado consciente, no lograría recordar lo que imaginó. En su mente sólo quedarían vagos destellos de lo que creyó haber visto.

También le dijeron que el ángel negro era, al igual que ellos, un ser híbrido que se movía entre el bien y el mal. Santo y demonio al mismo tiempo. Y que tanto Vitiel, como los demás ángeles que estaban en el *Mundo de los sueños* gozaban de libre albedrío. Que tenían el poder de decidir sobre el bien y el mal y que a Vitiel le tocaría escoger qué hacer. "No hay humano ni potestades infernales que pueda atrapar a Vitiel. Su libre albedrío lo hará decidir si regresar al *Mundo de los Sueños*, donde permanecerá hasta el fin de los tiempos, o si se queda en la Tierra envuelta en tinieblas", aseguró el guerrero llamado Biergnthn.

Al finalizar, los dos guerreros de piel azul marmórea enfáticamente le repitieron que revelaron el secreto para que Vitiel regresase al *Mundo de los sueños* porque era la única forma de que ellos pudiesen liberarse del pozo y de las cadenas que le ataban y podrían volver también al mundo al cual pertenecían. Por último le explicaron a Jumpi que no tuviese miedo del aspecto del ángel rebelde, porque Vitiel sólo espantaba y creaba el caos, pero que no era un homicida,

aunque su sola presencia simbolizara la muerte.

Al salir del pozo y después de asegurar tras ellos la puerta que daba acceso a la celda del subsuelo del monasterio, los dos monjes y el joven sacerdote sherpa buscaron con la vista a Fabrizio, pero no lo vieron por ninguna parte.

Jumpi estaba agotado y atosigado por tanta información y responsabilidades. La sempiterna sonrisa de su rostro ahora se había convertido en algo similar a la antesala de un camposanto.

Mientras los tres hombres que habían salido del pozo caminaban cabizbajos hacia la salida de la biblioteca, la esbelta figura de Fabrizio de pronto se asomó por ella.

–Disculpen. Fui en busca de un poco de aire fresco… No saben por lo que he pasado –refirió poniendo cara de susto.

Tanto los dos monjes como Jumpi se vieron las caras.

–Sí, claro… Lo de nosotros fue un juego de niños –afirmó el sacerdote sherpa recobrando su característico buen humor.

31

El Mullah ya sabía que Nicene se refugiaba en Tiro. Un grupo de hombres fuertemente armados fueron en su búsqueda. No es que hubiese una guerra, pero en esa parte del mundo cualquier cosa

podría ocurrir y era mejor estar bien preparado, mucho más tratándose de Assad y su milicia.

El Mullah lo quería bien muerto costase lo que costase antes de que sus *Guerreros de Amoymón* partieran hacia Port Black. Entre el comando que fue a buscarlo había un avezado francotirador entrenado en Siria por asesores militares rusos cuando éste pertenecía al ejército regular de ese país. El plan era buscar la forma de tenerlo al descubierto y luego matarlo. De esa forma se evitaría un inútil y sangriento enfrentamiento con los hombres de Assad.

En cuanto al dibujo, el Mullah fue enfático en comunicarles a sus hombres que no era prioritario y que si no podían rescatarlo había que evitar que cayese en otras manos. De cualquier forma sabía que si Nicene no pudo descifrarlo, ninguna otra persona que él conociese lo haría. Y, si lo había hecho, se llevaría ese secreto con él a la tumba. Además, estaba convencido de que su significado no tenía ninguna importancia para *La Yihad final*, la cual ya había puesto en marcha.

Los expertos en "manipulación y conformación de pasiones" que había comisionado el Mullah Ibn Talib para diseñar una campaña que fundase las bases para una guerra mediática que lograra una contundente incitación colectiva contra los infieles de Occidente, ya les habían mostrado sus primeros esbozos.

El plan propuesto cimentó sus bases en la islamofobia imperante en Europa y en los Estados Unidos de Norteamérica para encender el odio musulmán de manera rápida y contundente. Su discurso propagandístico estaría centrado en imágenes y videos que mostrarían a grupos de occidentales burlándose de Alá y el credo islámico. A tal fin se utilizaría actores y modelos previamente seleccionados a quienes se mostrarían quemando el Corán y realizando actos impúdicos que atentaran contra sus principios religiosos.

Ese primer abre boca sería reforzado con hechos concretos. Con acontecimientos que teñirían de sangre, asco e indignación a la humanidad entera sin importar credo, raza o color de piel. Para lograrlo, utilizarían como brazo ejecutor a los *Guerreros de Amoymón*, a quienes se enviarían de incógnitos a realizar atentados terroristas en mezquitas y centros religiosos islámicos de las doce capitales más importantes del mundo. Los atentados se llevarían a cabo en forma sincronizada en el tiempo y el espacio en plazos de pocas horas de diferencia unos de los otros. La inmolación de sus propios hermanos árabes se ejecutaría por el bien de Alá y del indiscutible éxito de *La Yihad final*. Después del triunfo, al terminar la Guerra Santa Final, los centenares o millares de víctimas inocentes masacrados en esos atentados serían proclamados Mártires de la Libertad y en honor a ellos se levantaría un colosal e imponente monumento. Nadie nunca sabría que fueron ejecutados por las manos de sus mismos hermanos

musulmanes porque los *Guerreros,* los brutales yihadistas a quienes se les encomendó la sangrienta matanza serían ejecutados sumariamente y en secreto bajo la acusación de traición al servicio de Occidente. Con su muerte la verdad sería sepultada para siempre. El plan era espeluznante y cruel, pero al mismo tiempo de una efectividad indiscutible para exacerbar la cólera y el odio religioso.

El comando enviado por el Mullah a Tiro se desplazaba en dos vehículos por el área del puerto de la ciudad. En el primero estaban cuatro hombres, todos armados de ametralladoras, granadas fragmentarias y pistolas. Al lado del conductor viajaba el comandante del grupo con un teléfono celular muy bien apretado en su mano. Al auto insignia lo seguía una camioneta pick up con vidrios ahumados llevando en su interior a otros seis hombres, igualmente armados hasta los dientes. Uno de ellos, el francotirador, usaba un rifle de mira telescópica semiautomático. Lo tenía a punto y descansando sobre sus muslos en el sitio donde estaba sentado.

De pronto el teléfono celular del comandante sonó. Lo dejó repicar tres veces antes de aceptar la llamada. Al terminar el tercer timbrazo se puso el pequeño aparato a la altura del oído. Sin aspavientos escuchó la información que le suministraban del otro lado de la línea.

–Está bien. Vamos para allá –precisó después de oír los últimos detalles.

Apenas cerró la llamada marcó un número y se comunicó con uno de los hombres que iba en la camioneta que marchaba detrás de ellos.

–Hay disparos en la playa, por el lado este, donde están los muelles. Vamos hacia allá –comunicó mientras el auto daba un giro forzado y enfilaba a toda marcha hacia el sitio indicado.

Unos doscientos metros antes de llegar al muelle de pescadores tanto auto como camioneta redujeron considerablemente la velocidad y se pusieron a observar los alrededores en busca de algún movimiento anormal. Todo indicaba que en el sector hubo un pequeño enfrentamiento, pero todo ya había terminado.

Pronto los dos autos quedaron embotellados en la tranca que comenzó a formarse. Avanzaban lentamente y a sus ocupantes no les quedó más remedio que atisbar en las adyacencias en busca de cualquier indicio que hiciese presumir la presencia de Nicene.

Algunos policías que andaban por las cercanías se agruparon en las afueras de los establecimientos comerciales y conversaban con algunos testigos de los hechos. Otros trataban de liberar el atasco que se iba agigantando gracias a la infaltable morbosidad curiosa de algunos conductores que aminoraban la marcha de sus vehículos para enterarse qué había ocurrido. Varios autos de la policía que se dirigían al lugar con sus estridentes sirenas al máximo empeoraron aún más la situación al atemorizar a los transeúntes, quienes temiendo otro

tiroteo se lanzaban despavoridos de uno a otro lado de la calle para refugiarse en un lugar seguro. No había una sola ambulancia en las cercanías, muestra de que no había víctimas que lamentar. Las únicas víctimas fueron los turbados conductores que quedaron encerrados en la fenomenal tranca que se formó en la pequeña vía que conduce a los muelles.

– ¿Qué sucedió?… ¿Por qué tanto alboroto? –preguntó con simulada preocupación el comandante del grupo enviado por el Mullah a un policía que trataba infructuosamente de aliviar el tránsito.

–Unos disparos… –respondió lacónico el gendarme al curioso.

– ¿Algún muerto?... ¿Quién hizo los disparos? –indagó el mismo comandante aprovechando que los autos no se movían ni un centímetro.

–No… Nadie sabe. Pero, por favor, circulen –ordenó al comenzar a avanzar un poco la fila.

Los vehículos del comando salieron a duras penas del atolladero que se había creado. Una vez fuera, comenzaron a dar vueltas al azar en busca de su objetivo o de algo que les indicase dónde podría estar. El jefe del grupo no cesaba de chequear su teléfono celular, el cual no desataba de su mano. Evidentemente, esperaba otra llamada.

Entre tanto, Assad y el grupo que estaba con él en la playa habían llegado al apartamento-refugio donde lo esperaban Jadiya, Nicene y los otros milicianos.

– ¿Qué pasó?... Escuchamos disparos que provenían de los muelles –preguntó angustiada Jadiya al ver a su pareja de lucha y sentimientos entrar corriendo.

–Nos dispararon… Alguien debe estar informando sobre nuestros pasos –respondió con impotencia el líder de *La ira de Dios*.

– ¿Estás diciendo que hay un traidor entre tus hombres? –interrogó con el miedo tatuado en el rostro Nicene–. Entonces le habrá dicho que yo estoy contigo –concluyó lleno de irrefrenable pánico, más preocupado por su destino que el de su amigo y todos los demás.

–Lo más seguro es que sí, pero tú llegada no tiene nada que ver con esto –respondió Assad.

– ¿Cómo estás tan seguro que no es a mí a quién buscan?

–Esto tiene varios meses y tú acabas de llegar. Por eso es que ahora nos movemos con más frecuencia –explicó a un Nicene que volvía a retomar el color blanquecino natural de su rostro–. Mis hombres han estado investigando, pero no han podido dar con el desgraciado. Es muy hábil –comentó frustrado Assad.

– ¿Y quién puede ser?...

–Algún amigo de los cerdos sionistas… Son los únicos que me quieren muerto… Me iba a meter al agua y los muy desagraciados no me dejaron bañar. Mira lo que le hicieron a Bâhir –expresó furibundo

no tanto porque no pudo darse el baño sino por el proyectil que dio en uno de sus guardaespaldas–. Hay que atenderlo, está herido –pidió a Jadiya, quien antes de que Assad la reclutara era enfermera en un hospital de Trípoli.

– ¡Por Alá!... No sabía que había heridos entre ustedes.

–Es sólo un rasguño… Siquiera ha echado sangre –afirmó el mismo Bâhir minimizando la cuestión y ciertamente no era nada grave.

–Tenemos que irnos de aquí antes del amanecer. Seguramente los que nos siguen también saben de este sitio –comunicó a todos Assad mientras Jadiya fue a chequear la herida del hombro de Bâhir–. Ya no estamos seguros aquí.

– Yo ya estoy listo –afirmó Nicene tocando el bolso que le pendía del hombro–. Soy de poco dormir, aunque la otra noche quedé rendido –se excusó al recordar que tuvieron que ir a despertarlo para salir del refugio de Qana–. ¿Cómo sabes qué es uno y no dos o tres? –preguntó el jorobado, quien se había quedado pensando en el asunto del traidor.

–Nadie infiltra a más de una persona. Sería suicidarlos. Cuando hay más de uno siempre hay divergencias en opiniones y acciones… Eso los delata y asegura su muerte –explicó el líder miliciano.

–Entiendo –respondió Nicene sin estar muy convencido de aquella explicación.

–Pondré dos grupos de vigilancia. Por hoy Bâhir se queda con nosotros –dijo refiriéndose al herido–. A Bâsim y sus hombres le tocará la primera ronda. Haremos turnos de cuatro horas –estableció indicando a un miliciano de descuidada barba que siempre sonreía–. Después serás relevado por Farid y su grupo –indicó–. Tendremos tres hombres en el estacionamiento, otros dos en las escaleras, uno en el pasillo y un último en la puerta de entrada del apartamento. No se vayan a quedar dormidos… Sus vidas y las nuestras dependerán de eso… Vamos a cronometrar todos los relojes y asegúrense de que sus radiorreceptores estén siempre encendidos –ordenó y levantando la manga de su casaca verde oliva chequeó el reloj para ponerlos todos a la misma hora.

Había preocupación y tensión en el ambiente. Jadiya terminó de vendar el hombro de Bâhir. Luego sacó de su pequeño maletín de primeros auxilios una inyectadora, lo llenó de un medicamento, presumiblemente algún antibiótico para que no se le fuese a infectar la herida, y lo pinchó en el otro hombro.

Aunque no tenía ninguna intención de dormirse, Nicene fue hacia una de las habitaciones, puso el bolso debajo de la almohada de la cama que le habían asignado, se quitó los zapatos y recostó en ella boca arriba. Cerró los ojos y se puso a pensar en todo lo que le estaba sucediendo. En cómo cambió tan radicalmente su vida en apenas dos

días. No podía creer que había vivido tantas experiencias nuevas en tan corto tiempo, cuando en su cuartel-oficina los días parecían detenerse en el tiempo y las horas eran interminables, repetitivas y bastante aburridas. Sin embargo, añoraba volver a su tedio y a su rutina diaria. Al menos allí, a no ser por su terca obstinación de no entregarle al Mullah aquel dibujo, del que se había prendado y obsesionado sin saber porqué, su vida discurría sin problemas y su lucha era con las ratas, cucarachas y el polvo, que a veces querían acabar con los libros, papiros y documentos antiguos que tan celosamente guardaba y a los que él llamaba "mis tesoros". Esa era su única batalla y aventura. Ahora todo había tomado un cariz dramático y peligroso.

Mientras pensaba por todo lo que estaba pasando, su mente y recuerdos lo trasladaron a los días de universidad y a su estadía en Irán, donde fue asistente del Ayatolá Jamenei durante dos años, cosa que le hizo ganar respeto y prestigio entre el mundo árabe y los ebionitas. Se sentía orgulloso de sus logros, los cuales fueron obtenidos con mucho sacrificio y estudio. Mientras vagaba por ese mundo pasado, no se dio cuenta que el tiempo había transcurrido veloz y casi todos los milicianos, excepto, por supuesto, los que estaban de guardia, habían quedado rendidos. En el cuarto donde estaba había una litera doble y otra cama igual a la que estaba acostado. Todos dormían como si nada hubiese ocurrido horas antes. Algunos descansaban tan plácidamente que hasta dejaba salir leves ronquidos por sus bocas abiertas.

Nicene chequeó su reloj de esfera lumínica. Con asombro vio que eran las nueve de la noche. La habitación había quedado totalmente en penumbras. Se dio la vuelta y se puso de medio lado con la intención de dormirse también. A los pocos segundos volvió a tomar su posición boca arriba y con una de las manos se palpó suavemente la vejiga. Estaba repleta y no aguantaría toda la noche sin orinar.

Con desgano y sin hacer el más mínimo ruido a fin de no molestar a los demás, se levantó para ir al baño. Era urgente abrir el grifo y vaciar todo lo que tenía adentro. Iba con medias, casi de puntillas. Al llegar cerca del cuarto de baño vio la puerta entreabierta y la luz de la lámpara del espejo que había encima del lavamanos atenuada con una toalla. Creyó que la persona que estaba dentro echó la toalla sobre la lámpara para no molestar a los que dormían. De pronto decidió dar vuelta atrás y esperar que estuviese desocupado, pero el susurro de una voz femenina lo frenó e hizo retroceder.

–Se irán en la madrugada… ¡Shalom! –escuchó mientras asomaba parte de su rostro por la rendija de la puerta entreabierta.

Con asombro vio a Jadiya mientras cerraba su celular y lo guardaba en uno de sus bolsillos, con la mala suerte para Nicene que ella

también lo vio, aunque el jorobado erudito no se percató de ello. Olvidándose de lo que lo había llevado hasta el baño, a pasos rápidos y sin hacer el más mínimo ruido regresó al cuarto y volvió a tenderse en la cama. Temblaba de miedo. Había descubierto al traidor, al infiltrado. Era Jadiya, pero quizás también ella lo había descubierto a él. Estaba horrorizado y no sabía qué hacer. Si despertar a Assad y decírselo o esperar hasta el día siguiente. Después comenzó a dudar. Quizás escucho mal y no fue *shalom*, sino otra palabra la que sus oídos percibieron y la confundió con el típico saludo de despedida hebreo que significa *adiós* o la *paz sea contigo* y, por lo poco que sabía, Jadiya era libanesa. Además, cómo decirle a Assad que la mujer con la que convivía era la traidora. Y qué pruebas tenía para lanzar una acusación tan fuerte. ¿El sólo sonido de una palabra, de una voz, que por lo adormilado que estaba pudo haberla confundido con cualquier otra? Quizás había escuchada *salam*, que significa igualmente *adiós*, pero en árabe, y no *shalom*. Dudaba. Ahora dudaba mucho en lo que sus oídos habían realmente escuchado.

"Es arriesgado, muy imprudente decírselo a Assad sin ninguna prueba contundente", pensó. Además, ¿cómo convencer a un hombre que la mujer a la que amaba era su verdugo? Lo tildaría de loco, lo echaría de su lado y quitaría enseguida su protección.

Nicene navegaba en una peligrosa y mortal encrucijada. Si no se lo decía, todo el grupo estaría en peligro. Si se lo decía y sus suposiciones no eran tomadas en cuenta, de ser Jadiya verdaderamente la traidora, era él quien tenía un pie en el cadalso y su ejecutor sería la misma miliciana que, al verse descubierta, esperaría el momento oportuno para acabar con su vida.

El jorobado erudito estaba en un dilema. Por primera vez en su vida no sabía qué hacer ni cómo zafarse de aquel embrollo. Su lógica e instintos le indicaban que ciertamente Jadiya era la traidora, pero sus análisis y razón no. Le daba y le volvía a dar vueltas al asunto en su cabeza. ¿Qué motivos tendría para traicionar a Assad? ¿Era Jadiya ciertamente libanesa o era judía? ¿Estaría pasando información sobre la posición de Assad y las armas bajo coacción porque los agentes del Mosad tenían secuestrados y bajo amenaza de muerte a su familia? O, simplemente, era una doble agente, una infiltrada de los sionistas, que trabaja por dinero y nada más.

"Por qué se escondió en el baño y hablaba en susurros mientras todos dormían. ¿No quería despertarlos? ¿Esa era la única razón y todo lo demás es producto de mi imaginación?… De mis temores", cavilaba en su interior mientras estaba tirado en la cama haciéndose el dormido.

Con el pasar de los minutos su confusión se hacía cada vez más grande. Sus pensamientos no lo dejaban tranquilo. Eran como ráfagas

de balas disparadas desde todos los rincones.

De pronto volvió a pensar en la otra frase que escuchó antes de *shalom*, la despedida. “Se irán en la madrugada”, dijo en forma clara Jadiya. En eso no tenía la menor duda y lo había escuchado y muy bien. Por supuesto que se refería a Assad y al grupo, a quién más, ya que todos saldrían de madrugada. El otro punto era a quién le informaba, si en verdad lo estaba haciendo. Al Mosad, al comando del Mullah, a la gente de Hezbolá, a las autoridades o al ejército libanés… ¿A quién?

Después que fue salvada del acoso de *la sombra* por el investigador privado Dick Ramble, contratado por Fabrizio para proteger a la mujer que amaba en silencio, la joven arquitecto no volvió a sentir la presencia de aquel monstruoso ser, mitad ángel y mitad demonio, que la venía atormentando durante las últimas semanas.

El asunto de Corina Reyes lo había sepultado completamente en el cajón del olvido. No quería saber más nada de ella y cuando terminasen sus vacaciones y le tocara regresar al trabajo, le diría francamente que rechazaba su amistad y que sólo la trataría por cuestiones inherente a su trabajo en *FG Diseños y Construcciones*.

A fin de aprovechar el tiempo libre que le brindaba el periodo de vacaciones, Elizabeth decidió ir a la casa a sus padres para estar un poco con sus hijos, de quienes se alejó temporalmente para protegerlos del asedio de *la sombra*. Aunque ese era el motivo principal que la llevaría hasta allá, aprovecharía la visita para pedirle a su padre que llamara al doctor Rooke y le dijera que no la siguiese fastidiando con sus requerimientos.

Durante los últimos días Gordon Rooke, el siquiatra amigo de su padre, a quien visitó después de las primeras y atormentantes apariciones de *la sombra*, la estuvo llamando insistentemente por teléfono para que se hiciese la polisomnografía con el objeto de medir sus fases del sueño y otros parámetros psicológicos, requerimientos que ella rechazó con la misma vehemencia que el doctor se la hacía. La arquitecto no había querido ser grosera con el siquiatra por respeto a su padre, ya que ambos eran grandes amigos, pero la tenía exasperada con sus impenitentes llamadas.

Abrazar y estar un rato con Edward y Natalie era en ese momento tan importante para ella como quitarse de encima al doctor Rooke.

Se subió al auto de su padre porque que el de ella seguía en el taller de reparaciones después de que le fue devuelto por las autoridades policiales, quienes la habían sometido a meticulosas experticias. Los peritos buscaron durante dos días residuos de drogas debido a que no

se creyeron el cuento de que la arquitecto se desbarrancó porque era perseguida por una *sombra*. No obstante, el peritaje fue infructuoso y tuvieron que regresarle el auto con las consabidas y odiosas disculpas.

Elizabeth conducía lenta y despreocupada por la vía que llevaba a casa de sus padres. A su paso vio cierta agitación entre algunos transeúntes y conductores en una de las avenidas principales de Port Black. Miró con atención al pasar cerca de ellos, pero no observó nada irregular. Al sobrepasarlos posó sus ojos en el espejo retrovisor para ver si se le había escapado algún detalle. Tampoco notó nada extraño.

Siguió conduciendo de la misma forma y velocidad hasta que llegó a la bocacalle que gira a pocos metros del hogar de sus progenitores, cuando de pronto sintió un ruido estrepitoso, como si algo que venía de lo más alto del cielo cayese sobre el techo del auto. Instintivamente accionó el pedal de frenos y el vehículo se detuvo en seco.

Elizabeth quedó desconcertada. No entendía qué pudo haber sucedido. Qué pudo caer sobre el techo con tanta fuerza. "Quizás se desprendió una rama precisamente cuando pasé", pensó debido a que el lugar estaba atestado de viejos árboles, aunque su subconsciente emitía una señal de alerta: *la sombra*.

Después de un sospechoso silencio, comenzó a percibir que algo se deslizaba muy lentamente sobre la abollada techumbre del vehículo. En ese instante pensó en lo peor. Su incertidumbre fue disipada cuando vio aparecer la cabeza del ángel negro que semejante a mezcla de petróleo crudo descorría como escupitajo sobre el parabrisas del auto. Sus amorfos ojos, tan aplastados como excremento de gallina, la miraban con desprecio asesino. Un sofoco, después otro y el grito de espanto salió de su boca como una imploración de clemencia.

Dick Ramble, que la seguía de cerca, corrió otra vez en su auxilio.

Esta vez no sabía qué hacer. Pistola en mano quedó paralizado frente al auto de Elizabeth. Alucinado veía como aquella monstruosa figuraba se escurría sobre el parabrisas del auto como un montón de aceite viejo y negro.

Adentro, la hermosa arquitecto miraba al ángel negro ahora convertido en espesa mancha de petróleo con sus ojos totalmente desorbitados apuntando a los suyos.

Ni *sombra* ni Elizabeth se habían percatado de que Dick Ramble era el convidado de piedra de la alucinante escena.

De pronto, *la sombra* lo "olfateó" y con el mal dibujado en el rostro se abalanzó sobre el investigador como fiera salvaje. Dick levantó su arma pero de antemano sabía, por la experiencia anterior, que los disparos no le harían ni cosquillas al monstruoso ser venido del averno. Comprendía que dispararle era un desperdicio de balas. Eso lo paralizó aún más. Sin embargo, sus propios instintos de supervivencia reaccionaron en forma automática y decidieron qué hacer. Levantó el

brazo en el que empuñaba la pistola y vació toda su carga en cuerpo y rostro de aquel esperpento que, sin inmutarse, seguía en su maligno avance. Mientras se le encimaba iba recobrando su forma corpórea original de ángel del demonio pero sus ojos encendidos en fuego y odio lacerante no dejaban de apartarse de los del investigador.

Esta vez los balazos no fueron suficientes para ahuyentarlo. Dick entró en pánico al ver que *la sombra* no huía como la primera vez que se le enfrentó. Las balas siquiera pudieron atenuar sus pasos. Tenía a la aberrante figura a pocos pasos y con las manos levantadas a la altura de su cuello con todas las funestas intenciones de estrangularlo, cuando a los lejos se escucharon unos gritos que hicieron detenerla y voltear hacia el lugar de su procedencia.

– ¡Mamá!... !Mamá!... ¡Aquí estamos! –gritaban con los ojos inundados en lágrimas Edward y Natalie mientras corrían presurosos hacia donde estaba el auto de su madre.

Como si fuese un acto de prestidigitación, *la sombra* se envolvió en un pequeño remolino de humo y desapareció.

“Quizás esa es la única manera de hacerlo huir. La voz y presencia de niños”, caviló Dick Ramble mientras guardaba su arma en la sobaquera y veía como tiernamente Elizabeth abrazaba a sus pequeños.

Al juzgar que la arquitecto estaba totalmente recuperada y tranquila junto a sus hijos y padres, el investigador les informó que *la sombra* se había manifestado durante toda la noche y parte del día anterior en Port Black causando estragos y pánico en varios sitios de la ciudad. Les comentó que la policía había reportado varios heridos por accidentes viales y daños en comercios y sitios públicos, pero que lo peor fue el terror que aquel ser demoníaco con alas de ángel causó entre la población.

Se excusó otra vez con Elizabeth por la providencial casualidad de su presencia en el lugar donde ella se encontraba. La arquitecto siquiera le dio importancia al asunto. Cuando lo creyó oportuno, Ramble la llamó aparte y le notificó que estaba siendo seguida por un hombre. La joven se alarmó, pero cuando el fornido investigador le detalló su aspecto físico, se quedó tranquila.

– ¿Sabes de quién se trata, verdad? –preguntó perspicaz el investigador.

– ¡Sí! –contestó ella sincera y sin ánimo de mentirle al hombre que le había socorrido dos veces–. Es Robert, mi ex esposo.

– ¿Y por qué te sigue?

– No lo sé… Sinceramente, no lo sé.

32

Jumpi cumplió a la perfección el intensivo entrenamiento de tres días que lo llevaría a adoptar un estado incorpóreo de sublime meditación y transportación del pensamiento aún estando despierto. Aparentemente era una especie de trance onírico de vigilia, pero rociado de ingredientes espirituales y contemplativos.

Como buen estudiante y a pesar de la ciclópea misión que tenía sobre sus hombros, el sacerdote sherpa aprendió a entrar en *mishra* mucho más rápido de lo que Braharta y Sgmhanta pensaron. Parte del tiempo libre y de descanso que se permitían entre una sesión y otra lo dedicaron a responder y aclarar muchas de las inquietudes de los montañistas.

El anciano Sgmhanta les reveló que durante su primer encuentro no estuvo dormido, como ellos creyeron. Que su estado de engañosa somnolencia se debía a que era psíquico y que mientras Braharta les suministraba algunos pormenores del capítulo perdido del Apocalipsis, él domeñaba e impartía instrucciones a Crusghiet y Biergnthn para que cuando le tocase a Jumpi el turno de entrar al pozo, se mostrasen dóciles y receptivos. De otra forma, de no haber preparado el terreno de antemano, habrían fracasado en su intento de sacarle la verdad a los guerreros. Se hubiesen mostrado hostiles y feroces ante la presencia de Jumpi y no habrían revelado qué hacer para lograr que Vitiel regresase a su mundo. De no tenerlos "pacificados", de su boca solamente se hubiesen obtenidos guturales gruñidos y ellos no podrían permitirse errar. El tiempo corría y los días estaban contados. Todo debía ser hecho de forma perfecta, tal como había sucedido hasta ahora.

– ¿No entiendo para qué necesitan guerreros en el *Mundo de los sueños*? –preguntó Fabrizio después que el anciano Sgmhanta concluyó parte de su relato.

–Son los creadores del caos… Los fabricantes de pesadillas –respondió sin titubeos el anciano monje–. Al mismo tiempo son lo que alertan o impulsan a los hombres a tomar un camino recto o uno equivocado.

– ¿Todo eso a través de los sueños?

–Sí, así es. Los sueños son una herramienta que nos dio el Creador para administrar a conciencia nuestro libre albedrío… Aunque hay

mucho más –aseveró Braharta, quien tomó su cojín de meditación y se colocó a la derecha de Fabrizio.

– ¿Mucho más?... ¿Cómo qué? –indagó curioso el montañista.

–Sí, inquieto joven… Muchísimo, pero muchísimo más.

–No les está permitido decírnoslo, ¿verdad? –preguntó dudoso.

–Algunas cosas no, pero para saciar tú curiosidad te diré que a veces los guerreros se camuflan de nubes y desde el cielo espían a los humanos… Algunos pueden verlos, tal como tú viste la “estatua de hielo” –precisó Braharta sin abundar en detalles.

–Ah, son esas extrañas figuras que a veces toman las nubes.

– ¡Excelente! Veo que has entendido.

Los cuatro hombres estaban sentados en círculo dándole la espalda al portón de la biblioteca. Pese a la gran diferencia de edad, conocimientos y estilos de vida tan disímiles, se podría decir que se conocían de toda la vida y se entendían a la perfección. Conversaban animadamente, pero más que nada los dos monjes estaban allí para instruir a Jumpi, aunque el momento no era obstáculo para intercambiar opiniones y preguntas.

–El otro día dijo que *La fortaleza de nieve* fue construida por los esenios. ¿Por qué, cómo fue eso? –quiso saber Jumpi refiriéndose Kardong, el monasterio donde estaban en esos momentos.

– ¿Sabes quiénes fueron los esenios? –preguntó Sgmhanta antes de responder a su interrogante.

–Sí, claro. Soy sacerdote aunque ahora no vista la sotana –aseveró Jumpi sin asombro y con mucho respeto en sus palabras–. Era una comunidad judía de seres santos que vivía en las márgenes del Mar Muerto, en Jordania, muy cerca de donde Jesucristo predicaba y dónde también se creía que iba a recibir instrucción espiritual.

–Es así, aunque no del todo correcto. Pero eso no importa ahora. Esos santos varones, aunque entre ellos también habían mujeres que les daban familia y prole, descendían de Esén, el hijo adoptivo de Moisés, y nosotros somos la última rama de ellos en la Tierra – comenzó relatando ante el asombro de Jumpi y Fabrizio, quienes escuchaban absortos–. Nuestra misión es preparar con humildad y justicia el camino del Señor, tal como lo hacían nuestros ancestros hace miles de años atrás, y seguir siendo los Guardianes de los Libros Sagrados y de las reliquias que nos encomendaron resguardar.

– ¿Entonces ustedes no son monjes budistas?… Son Guardianes de los Libros Sagrados –argumentó Fabrizio ávido de más y precisa información.

–Naturalmente que no somos budistas. Aunque vistamos parte de su misma indumentaria, no lo somos… Este es nuestro traje de protección. Debajo de las túnicas granate llevamos una franela blanca, a fin de recordar a nuestros ancestros, quienes vestían mantos de lino

blanco, al igual que Jesucristo. Nosotros somos cristianos, tal como lo son ustedes –reveló sin aspavientos Braharta.

–Es algo así como un disfraz –dedujo desconcertado Jumpi, quien había vislumbrado en aquellos monjes la esencia de la verdadera paz y conocimiento espiritual.

–Sí, para protegernos de los saqueadores de reliquias sagradas y documentos antiguos. Nos vimos obligados a hacerlo. De otra forma ninguno de los tesoros que guardamos en la biblioteca hubiese sobrevivido.

–Entiendo…

–Nosotros somos los últimos descendientes de los auténticos esenios. Pero eso no quiere decir que los monjes budistas de los otros monasterios no sean personas puras y venerables. Nosotros también queremos *que el sufrimiento de todos los seres sensibles sea eliminado*, tal como afirma el fundamento central del budismo.

–Ahora si estoy totalmente confundido, venerado "B". ¿Nos podrías aclarar un poco más el asunto? –solicitó Fabrizio, quien todavía se enredaba al pronunciar el nombre de Braharta.

–Lo haré, pero seré breve. No porque no quiera decírselo, ya que confiamos plenamente en ustedes, de otra forma no se habrían acercado ni a mil kilómetros de Kardong porque, como le dijimos, aquí sólo llegan los que nosotros queremos que vengan –aclaró Braharta mientras su anciano compañero admitía con movimientos de cabeza–. Hace algo más de dos milenios, años después de la crucifixión de Cristo, la congregación de nuestros hermanos esenios comenzó a ser perseguida y sus tesoros arrebatados y destruidos. Como guardianes de leyes divinas, decidieron emigrar para preservar los pergaminos y reliquias sagradas, algunos de ellos de más de 1.500 a.C de antigüedad. Otros, aunque más recientes, que databan de hace dos mil años de la era cristiana, fueron víctimas del vandalismo. Unos quemados, otros hurtados. Los que quedaron a salvo comenzaron a esconderlos en cuevas…

– ¡Qumrán! –interrumpió como siempre lo hacia el impulsivo Fabrizio.

–Sí. Qumrán y otras cuevas que todavía permanecen en secreto e invioladas. La congregación fue acosada por el mal. Había que emigrar. Nuestras mujeres fueron violadas y nuestros hijos asesinados, así como muchos hermanos… Se aprovecharon de nuestro código de fe, el cual no nos permite mentir –reveló en forma apasionada Braharta, orgulloso de su estirpe.

– ¿Nunca mienten? ¿Entonces por qué no nos dijeron que no eran monjes budistas? –preguntó mordaz y al mismo tiempo fascinado Fabrizio.

–Nunca… A nadie, siquiera para salvar nuestras propias vidas

podemos mentir –respondió contundente el monje–. No le dijimos que no éramos budistas porque, simplemente, no preguntaron. Si lo hubiesen hecho se lo habríamos dicho.

–Entiendo… ¿Y cómo saben que sus discípulos no mienten? –prosiguió en su arremetida el joven montañista.

–Sólo admitimos a un nuevo hermano si jura dedicarse por entero a la ley divina, a buscar el Reino de Dios y decir siempre la verdad con humildad y disciplina monástica. Al igual que los esenios de antes, los de ahora también hacemos ese único juramento, por lo que estamos obligados a decir siempre la verdad.

–Increíble pureza –observó ahora Fabrizio con piadosa abnegación.

–Cuando sus verdugos les preguntaban a nuestros antecesores por los documentos y tesoros religioso, aunque supiesen que los iban a matar después, revelaban la verdad sin importar las consecuencias… Por eso iniciaron su éxodo a regiones desconocidas e impenetrables del planeta… Por eso fuimos por el mundo… Un grupo guiado por un Maestro de Fe fue hasta Axum, en Etiopía, y al sentir el poblado seguro, llevaron hasta allá el Arca de la Alianza y otras santas reliquias, pero años después otro grupo, al verse nuevamente acosados, la mudaron a otra parte que ni nosotros sabemos cuál es. Ahora está perdida... Esa es parte de nuestra historia y el porqué estamos aquí –concluyó Braharta exhausto y al mismo tiempo regocijado por tan magníficos recuerdos llenos de fe y amor.

– ¿En qué época?… ¿Hace cuántos años vinieron hacia el Himalaya? –volvió a inquirir con infantil curiosidad Fabrizio, mientras Jumpi estaba ensimismado con las remembranzas del monje.

–Hace mucho… Los primeros esenios se asentaron cerca de los centros poblados de Nepal y el Tíbet. Luego, cuando el mundo comenzó a crecer, se fueron hacia las montañas hasta que llegaron aquí, donde construyeron a Kardong. Sus familias se quedaron abajo, en las laderas y sus hijos hicieron el mismo voto y juramento y siguieron protegiendo este lugar y los manuscritos –recordó con nostalgia impresa en su rostro.

–Y ustedes también descienden de ellos –interrogó otra vez Fabrizio, quien no podía creer lo que estaba escuchando.

– ¡Claro!... Y después vendrán nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos hasta el final de los tiempos.

– ¿Unos monjes con hijos? –curioseó el delgado montañista mientras Jumpi analizaba callado cada palabras de los monjes.

–Nuestra doctrina lo permite. Quien quiera descendencia, es bienvenida, y quien decida no tenerla igual es aceptado si cumple sus estudios y juramento –argumentó Braharta sin contrariarse por lo delicada de la pregunta.

– ¿Y sus hijos dónde están?...

–Algunos han muerto… Otros están aquí, entre nosotros… Los más pequeños en el valle, con sus madres y cuando sea el momento vendrán a Kardong y se convertirán también en Guardianes de los Libros Sagrados.

–Maestro, me confunde lo de Axum y lo del Arca de la Alianza… ¿Se refiere al Arca que contiene los Diez Mandamientos?… ¡Ese es el tesoro más grande de la cristiandad! –exclamó Jumpi dirigiéndose al anciano Sgmhanta, el psíquico, quien hasta los momentos había dejado que Braharta contestase las preguntas del arquitecto montañista.

–Así es devoto amigo… Más de mil años antes del nacimiento de Jesús los primeros Guardianes la llevaron allá y no sólo contiene las dos tablas con los Diez Mandamientos escritos por Dios y entregadas a Moisés, sino también la vara florida de Aarón y un vaso con el maná que cayó del cielo.

– ¡Ahhhh! –y enseguida otro largo "¡Ahhhh!" que salió de la boca de Fabrizio, quien inconscientemente repitió el asombro de su amigo.

–Es suficiente por hoy… Recuerden que mañana, muy temprano, tendrán que regresar –indicó Braharta a fin de cesar con aquel interminable y revelador diálogo.

–Antes que se vayan, Su Santidad, el Gran Lama Avalokiteśvara, nos pidió darle estos obsequios –manifestó Sgmhanta mientras de la parte de abajo de su túnica extraía unos pequeños objetos, operación que imitó enseguida Braharta–. ¡Cuídenlos porque están llenos de historia! –afirmó el anciano monje mientras extendía la mano para entregarle uno a cada uno, cosa que imitó su compañero.

– ¿Qué son? –indagó Jumpi.

–Branquiópodos… Fósiles marinos. Esos animalitos son del periodo Ordovícico y vivieron hace más de 400 millones de años… ¡Cuídenlos! –volvió a repetir Sgmhanta, con débil voz ya que empezaba a mostrar cierto cansancio.

– ¿Y dónde los encontraron? –curioseó Fabrizio.

–En las montañas… En las montañas, inquieto joven –respondió sonreído el anciano Braharta, el más joven de los dos viejos monjes.

–Aunque quizás vuelva y me quede con ustedes para siempre, a vivir tal como viven aquí en Kardong, si es que me aceptan, no quisiera irme sin antes saber cómo emergió el *Mundo de los sueños*.

–Ya te lo dije Jumpi, el Creador lo formó.

–Disculpe maestro, me refiero a cómo salió a flote si estaba perdido, como nos dijo el primer día –aclaró a fin de ser más explícito el sacerdote sherpa.

–Por el choque de las placas tectónicas de la India y Eurasia. La colisión dio origen a todas estas hermosas montañas y abrió el *Mundo de los sueños* y otros portales del tiempo… Ustedes pasaron por uno de

ellos.

–Cierto…

– ¿Volverá a ocurrir un suceso igual? –indagó.

–No lo sabemos… Quizás la inversión de los polos magnéticos de la Tierra ocasione algo similar en otro lugar del planeta, pero nosotros todavía no lo hemos visto en nuestras meditaciones.

–Se refiere a que en su visión remota no ha aparecido nada igual.

–Sí, así es. Ahora debemos ir con Su Santidad y después a dormir –indicó Braharta y se levantó de su asiento concluyendo de esa forma el encuentro.

– ¿Cuál inversión de los polos? –preguntó Fabrizio quien se había quedado pensando en el asunto.

–Una que ocurrirá… Quizás pronto, quizás no tanto –contestó evasivo–. Por ahora no puedo decir más nada… ¡Vamos! –pidió mientras a largos pasos se alejaba.

El anciano Sgmhanta lo imitó y ambos, seguidos por los dos montañistas, salieron de la biblioteca con dirección al enorme salón de meditación donde el Gran Lama Manjushri Avalokiteśvara, la máxima autoridad religiosa de Kardong, así como un numeroso grupo de monjes los esperaban para despedirse y desearles éxito en la ardua tarea que tenían por delante.

El diálogo con el Gran Lama fue breve ya que no quería entretener por mucho tiempo a los montañistas. Quería que fuesen a descansar temprano esa noche porque deberían partir muy temprano en la mañana.

Fue muy parco y enfático en sus palabras. Les anunció que todos los monjes residentes en el monasterio entrarían en oración continua para que su misión saliese bien, pero antes de dejarlos partir les recordó en tono suave y mesurado, que *nuestra lucha no es contra enemigos de carne y hueso, sino contra los principados y potestades, contra los gobernantes de este mundo tenebroso, contra los espíritus del mal que moran en los espacios celestes.* El Gran Lama había recitado de memoria el versículo doce del capítulo seis de la carta que san Pablo le dirigió al pueblo de Éfeso, antigua ciudad de Asia Menor, cuyo texto bíblico está asentado en el Nuevo Testamento.

–Tengan cuidado, porque seres de oriente creerán que Vitiel no es uno, sino dos demonios de otro infierno y buscarán cazarlo –advirtió el Gran Lama ante el estupor de los montañistas, quienes no se atrevieron a preguntarle qué quería decir con eso. Además, ya tenían demasiados problemas en la cabeza para sumarle uno más.

Antes de despedirlos, Avalokiteśvara les sugirió que mantuviesen siempre presente en sus corazones la cita bíblica que les recitó y que a partir de su salida del monasterio sólo quedaban ocho días para que venciese el plazo señalado en la profecía y que tendrían que

aprovecharlos al máximo si querían evitar que se cumpliesen sus designios.

Finalizadas las recomendaciones del Gran Lama se dio por concluida la reunión y todos los presentes se dirigieron a sus dormitorios.

En la madrugada, antes de abandonar *La fortaleza de nieve,* a los dos montañistas les sirvieron un suculento desayuno rico en calorías, proteínas y grasas. Al principio les dieron una buena porción *tsampa* y *chas*, el té tibetano con mantequilla de yak y sal. Luego los monjes-cocineros regresaron con un humeante *thung-pa*, una sopa preparada únicamente a base de carne seca y pasta, ya que la provisión de verduras se había acabado en el monasterio. El camino que les tocaba recorrer era largo y los monjes querían energizarlos para que sus fuerzas no minasen durante la travesía.

Pese al suculento manjar ofrecido, Jumpi y Fabrizio casi no lo probaron. Estaban inapetentes y no era debido a la hora, sino porque se sentían apesadumbrados. Se habían encariñado tanto con aquel mágico y santo lugar, que se resistían abandonarlo. Los monjes comprendieron su desgano y no insistieron, sin embargo pusieron en sus morrales una buena provisión de carne seca y queso de cabra y mantequilla de yak a fin de que no le faltase comida durante el viaje de descenso.

Con la noche todavía en la plenitud de su oscuridad y escoltados por Indaslu y Makalotian, los mismos dos monjes que fueron a buscarlos a la salida del portal del tiempo que se abrió en una de la cara sur del Lhotse, los dos montañistas abandonaron el monasterio con muchas interrogantes todavía rondando en sus cabezas.

A Fabrizio le atormentaba la idea de no saber, porque no se lo habían dicho, para qué era necesaria su presencia y qué papel le tocaba jugar a fin de que Jumpi cumpliese con la tarea de regresar a Vitiel, el ángel negro, al *Mundo de los sueños.* Al parecer, y por lo poco que entendió, debía convertirse en su "perrito guardián", tal como el mismo decía en son de broma a fin de levantarle el ánimo a su amigo sherpa, en cuyos hombros recaía todo el peso de la misión.

Sujetos a resistentes correas elaboradas con cuero de yak, el fornido Makalotian y su compañero Indaslu trasladaban con orgullo a los magníficos Majkú y Shin, sus leopardos albinos, aunque a ellos les gustaba más bien llamarlos *irbis*, porque el calificativo de "leopardo" los hacían ver como feroces depredadores y sus cachorros eran muy mansos y protectores. Escoltaban a Fabrizio y a Jumpi hacia *El laberinto de la confusión*, la misma cadena de laberintos llena de abismos por donde ocho años atrás descendieron los dos montañistas después que Fabrizio se recuperó de las heridas que sufrió poco antes de coronar la cima del Kanchenjunga.

Los dos monjes iban contentos porque sabían que parte de sus

responsabilidades, que no era otra que la de llevarlos sanos y salvos hasta *El laberinto*, estaba por concluir. No así Jumpi y Fabrizio, quienes caminaban callados y con un mundo de preocupaciones sobre sus cabezas.

Cerca del mediodía llegaron a la encrucijada que conducía hacia los laberintos. Los dos montañistas se despidieron de sus guías con un fuerte abrazo, el cual fue correspondido con afectuosa fraternidad. Después ambos posaron sus rodillas en la nieve y se despidieron también de Majkú y Shin acariciando con ternura sus lanudas cabezas.

Poco a poco fueron alejándose. A medida que lo hacían volteaban hacia atrás y movían con energía sus manos en alto. Se despedían. Dejaban atrás un mundo inolvidable y lleno de paz. El ensueño, aquellos encantadores días pasados en *La fortaleza de nieve*, habían terminado. Ahora volverían a la realidad, a una realidad oscura y enigmática y sobre sus hombros recaía la santa responsabilidad de salvar a la humanidad de un terrorífico Apocalipsis.

A la hora prevista, Assad y sus milicianos estaban listos para abandonar el apartamento-refugio cercano a las playas de Tiro. Todos los que vestían uniforme militar los cambiaron por ropa de civil. Ahora semejaban ciudadanos comunes y corrientes a no ser por las armas que portaban, de las cuales no se separaban porque sabían que la muerte los acechaba tras cada esquina. No sólo percibían su susurro fúnebre en los oídos, sino que lo aceptaban con orgullo patriota. Esa era la vida del miliciano y ellos gustosos la habían escogido. Estaban librando una guerra, una guerra por la dignidad de su país y cualquier precio que se pagase para conquistarla era poco.

Nicene casi demora la salida porque estuvo orinando en el baño durante un buen tiempo. Tenía la vejiga tan hinchada que le costó abrir el grifo y dejar salir todo el líquido que tenía acumulado desde la noche anterior, después que sorprendió a Jadiya hablando dentro del baño. Estaba tan asustado que no tuvo el valor de volverse a levantar de la cama después de descubrirla en evidente actitud sospechosa.

Esa noche fue otra noche de perros para su libro de vida. Aunque en la habitación también descansaban otros milicianos bien armados, lo que había escuchado lo perturbó de tal manera que sólo pudo dormitar a ratos. La incertidumbre lo mataba. No confiaba en la mujer de su amigo y el miedo lo hacía ver espejismos e imaginar a Jadiya acercarse sigilosa a su lecho con una filosa navaja en las manos con la intención de degollarlo.

No obstante, toda confusión se disipó esa madrugada. Al levantarse de la cama ya no albergaba ninguna duda: Jadiya era la traidora.

Cuando en su furtiva llamada la miliciana susurró *shalom*, había oído bien. Y esa era la palabra que los judíos usan para despedirse, nunca los árabes. Fue el saludo muerte. Haberlo escuchado la condenaba y ella lo sabía, pero al descubrirla también él se condenada. La miliciana aprovecharía cualquier descuido para matarlo. Tenía que avisar cuanto antes a Assad. Decirle lo que había oído y dejar la decisión en sus manos. Era la única forma de salvar su pellejo.

Por eso había resuelto que enseguida después de subirse a la camioneta se lo diría. Al estar allí, al lado de Assad y los otros milicianos, la traidora no tendría ninguna ruta de escape. Sólo faltaban minutos para descubrirla y eso aplacaba su miedo.

Sin el hacer el más mínimo ruido el grupo comenzó a bajar por las oscuras escaleras del tercer piso hasta los estacionamientos del edificio. El jorobado erudito iba alerta. Con cada paso que daba no le quitaba los ojos de encima a Jadiya. Ella también lo miraba de reojo cuando doblaba por los descansos de las escalinatas.

Al llegar al sótano un ruido sospechoso alarmó a Assad y a los suyos, por lo que el líder de *La ira de Dios* ordenó a sus hombres detenerse y seguir en silencio. Siquiera el canto de un grillo se escuchaba en los alrededores. Sin embargo, Assad envió a tres de sus milicianos a una labor de reconocimiento cerca de los puntos de salidas y entradas de la edificación.

La espera se hizo larga y muy tensa. Nadie hablaba ni se movía de sus puestos. Todos estaban a la expectativa y con sus armas a punto por si surgía cualquier contingencia.

Cuando los tres hombres volvieron del rastreo de la zona, el sol despuntaba por el este y su luz se colaba entre las rendijas de las verjas de hierro del portón de salida.

Los milicianos le informaron al líder de *La ira de Dios* que todo estaba bien. Que no vieron ni escucharon ruidos ni nada extraño ni en la calle ni en los alrededores.

Assad pensó un momento. No le gustaba para nada lo que sus hombres le comunicaron. Eso de que no habían escuchado ruidos en la calle a esa hora, cuando normalmente salían muchos trabajadores y más que todo un buen número de compradores de pescado hacia los muelles, era muy sospechoso.

Sabía que de no salir lo cuanto antes de ese refugio se convertiría en una tumba para todos. Con la serenidad de un verdadero líder sopesó rápidamente todas las posibilidades. Le dirigió unas mirada a su segundo y sin pensarlo más dio la orden de partir. El grupo se dividió en dos bandos y cada uno, con sus armas prestas y vigilantes, fue hacia las camionetas para abordarlas.

Con sus ocupantes en total estado de alerta, los vehículos comenzaron a rodar hacia la salida. Apenas asomaron sus trompas

fuera del perímetro de los edificios, una lluvia de balas despertó el silencio del conjunto residencial contiguo a la playa de Tiro.

Assad y sus hombres estaban siendo atacados por un fuego cruzado. Varias balas hicieron blanco en el pecho del conductor de la camioneta donde viajaban Assad, Nicene, Jadiya y otros milicianos. Como pudieron echaron a un lado el cuerpo inerte de su compañero muerto, detuvieron el vehículo y con furia miliciana salieron disparando todo lo que tenían. Las balas llovían desde varios puntos, aunque desde la playa un fuego frontal los tenía a su merced.

A una señal de Assad los milicianos se dispersaron en busca de sus atacantes para enfrentarlos desde diferentes ángulos. La otra camioneta, la cual había tomado hacía la derecha de la edificación y ya estaba fuera del alcance de las balas, retrocedió un poco y los doce milicianos que se apretujaban en ella fueron en ayuda de sus amigos. En el vehículo donde viajaba Assad sólo iban ocho y ya dos yacían muertos en el suelo y otro estaba herido.

Aturdido por el repiqueteo de las metrallas, Nicene perdió todo control de la situación y con su bolso abrazado al pecho no se le ocurrió otra cosa que salir corriendo hacia la playa. Estaba tan asustado que no se dio cuenta que se dirigía a campo abierto, hacia el sitio de donde provenía el fuego directo, aunque a ratos su intensidad disminuía.

Al verlo, Jadiya corrió tras él para alcanzarlo.

Mientras tanto Assad, protegido por cuatro de sus milicianos, era llevado a la otra camioneta a fin de sacarlo de aquel infierno en que se había convertido el tranquilo paraje playero.

El líder de *La ira de Dios* hacía vanos esfuerzos para librarse del blindaje de sus hombres. Quería volver al combate. En uno de sus intentos giró el cuerpo y tenso vio como la mujer con la que convivía iba tras de Nicene. Creyó que corría a fin de rescatarlo y con mayor intención quiso ir a ayudarla. Enfurecido, trató de de zafarse de sus milicianos, pero éstos se lo impidieron. No sabía que Jadiya no buscaba salvarlo sino darle muerte ya que había descubierto su traición.

Pronto Nicene fue detenido en su carrera por un fornido y mal encarado hombre de turbante blanco y larga túnica negra que se cruzó en su camino. Sin mediar palabra lo abrazó contra su cuerpo y clavó hasta la empuñadura una vieja daga árabe de doble filo. Mientras lo hacía y Nicene se retorcía de dolor, el hombre no se percató que a su espalda Jadiya iba hacia ellos.

–*Inmortal*, el Mullah te manda saludos –manifestó mencionando el origen de su apellido–. Los guerreros van camino a Inglaterra –reveló como epitafio fúnebre mientras le retorcía la daga en el estómago–. Esto es para que no olvides que hay que mantener la boca bien

cerrada –agregó sin soltarlo mientras le introducía por la boca una granada tipo piña y con ágil movimiento sacaba la espoleta para salir corriendo y ponerse a salvo.

Pero Alá no estaba de parte del verdugo del Mullah ese día. Una ráfaga que salió de la AK de Jadiya impactó contra su espalda y cabeza mientras la menuda miliciana, también mortalmente herida, caía lentamente sobre las blancas arenas de la playa tirense. Un proyectil de alto calibre que procedía de los edificios cercanos la penetró a la altura del corazón. Seguramente disparada por el francotirador del Mullah, ya que esa parte de la playa estaba fuera del rango de cualquier arma convencional.

Jadiya comenzó a desplomarse en cámara lenta. Sus hermosos ojos no llegaron a apagarse sino hasta después de ver como a pocos metros de ella Nicene y su verdugo estallaban por los aires dispersando sus partes en la arena y calmo mar que tenían cerca.

Con sus muertes se enterraban todos los secretos. Jadiya quedaría como una heroína y no como traidora ante los milicianos y Assad, quien logró verla cuando se derrumbaba. Nicene, contrario a lo que pensaba el Mullah, no pudo decirle a nadie sobre lo que se proponía y cómo llevaría a cabo *La Yihad final* y nadie tampoco jamás sabría que querían decir los códigos secretos que encerraba aquel dibujo que atormentó al jorobado hasta su muerte.

33

Fabrizio y Jumpi habían llegado con bastante demora a Inglaterra, pero ya estaban rodando hacia Port Black en un auto que habían alquilado en el aeropuerto de Newcastle upon Tyne, donde aterrizaron procedentes de Londres. El viaje de retorno fue una verdadera odisea y lleno de percances. Entre ellos una huelga por reclamo de mejoras salariales de los controladores aéreos en el aeropuerto de Katmandú y, sin su presencia en los aparatos, ningún avión podía despegar ni aterrizar en la Terminal aérea. Las aeronaves que estaban cerca fueron desviadas a otros aeropuertos vecinos.

También tuvieron problemas con las autoridades de Nepal enseguida

que pusieron un pie en el Campo Base. Todos los sherpas que habían llevado a la supuesta expedición al Everest habían desertado y abandonado el lugar donde se les había ordenado permanecer.

Pronto la información de que dos montañistas, uno sherpa y otro inglés, aunque Fabrizio era italiano, habían desparecido en la vía del Collado Sur, se regó como pólvora y enseguida llegó a oídos de los gendarmes del llamado Sistema de los Himalayas. Dentro de la carpa que habían instalado en el Campo Base, únicamente quedó el fiel Mushi Jha, primo de Jumpi, a quien se le había dado instrucciones de mantener a todos los otros sherpas concentrados en el lugar, pero le fue imposible apaciguarlos después que se agotó la provisión de whisky. Estaban furibundos. Querían que Mushi les pagara para irse en busca de otra expedición que requiriese los servicios de guías y portadores.

Aunque dos días después de comenzar el ascenso Fabrizio y Jumpi hicieron esfuerzos para comunicarse con Mushi, estos fueron inútiles. No lograron recepción. Lo mismo sucedió al dejar el monasterio e iniciar el descenso hacia el Campo Base. Como era de esperar, tal como sucedió con las brújulas y los GPS, sus baterías quedaron muertas, quizás debido al poco uso que le dieron a sus radios o al campo magnético de esa zona perdida del Himalaya. Además, tampoco tuvieron a disposición ningún enchufe eléctrico o toma de energía para poder recargarlas. Por supuesto que no pretendían conseguir nada parecido en ese lado oculto del mundo.

A las autoridades encargadas de vigilar los ascensos a las montañas no fue difícil convencerlos de que no estaban perdidos y que no sufrieron ningún percance durante su ausencia porque al verlos bien alimentados, sanos y totalmente protegidos del frío, no hacía falta más explicación que su propia presencia. No obstante, les hicieron perder momentos preciosos. Horas que ellos no podían desperdiciar así, miserablemente.

El inescrutable tiempo que cuando partieron tenían a su favor, ahora estaba en su contra. Debían apurarse si querían detener la hecatombe que le esperaba a la humanidad sin ella siquiera saberlo o imaginárselo, aunque las primeras señales comenzaron a aparecer.

Después de su arribo a Londres se enteraron a través de los noticieros televisivos de la serie de fenómenos naturales que envolvían al globo. Todos los medios de comunicación del planeta no hacían sino hablar de ellos. Descomunales tsunamis azotaban las Antillas, el Caribe y costas tropicales de Suramérica, cuando nunca se había tenido registro algunos sobre ese tipo de eventos en algunas de esas zonas, excepto el terremoto que devastó a Haití. Sin embargo, aquella tragedia no se debió a gigantescas olas de diez o quince metros de altura, sino a un movimiento telúrico. También reportaban terremotos

de más de siete grados en la escala Ritcher y huracanes desde Sydney, en Australia, hasta París y Roma, donde se temía por las estructuras y soportes de la Torre Eiffel y el Coliseo romano. Las bases del puente colgante de la Bahía San Francisco, en California, habían cedido por la furia de las aguas del Océano Pacífico y cerrado todo paso automotor sobre la arteria vial. Tornados sobre gran parte de los Estados Unidos y Canadá y, lo peor, la Estación Espacial Internacional reportaba gráficas de la formación de un ciclón tropical de categoría desconocida en el Océano Atlántico Norte, al sur de Las Bermudas, el cual superaba los ocho grados de latitud, y avanzaba en dirección de los Estados Unidos con una fuerza devastadora de vientos de hasta 666 kilómetros y que, si seguía creciendo de la forma como lo venía haciendo, cubriría toda la nación norteamericana. Nunca antes se había visto una tormenta igual, ya que su desproporcional extensión era casi del tamaño de todo Canadá. Los científicos del National Center for Atmospheric Research, centro especializado para describir y clasificar esos fenómenos, calculaban que su sólo ojo podía medir más de mil kilómetros de diámetro y estimaron que el huracán expulsaba energía a razón de 200 a 333 trillones de vatios-día a su paso.

Enseguida después que autorizados expertos del Centro Nacional de Huracanes de los Estados Unidos ratificaron que sus vientos iban a una velocidad de 666 kilómetros por hora o superiores a estos, la prensa amarillista bautizó al ciclón como *El Armagedón,* acrecentando aún más el pánico en la población. Otros la llamaban la megatormenta perfecta. En ambos casos el resultado era el mismo: terror y caos.

La televisión hablaba de grandes marejadas ciclónicas, inundaciones, maremotos, deslaves y desbordamientos de ríos. “Parece como si el mar reclamase la tierra”, escuchó decir Fabrizio a un comentarista de la BBC mientras tomaba café en un *pub* del aeropuerto de Newcastle, donde llegó junto a Jumpi procedente de Londres al no conseguir un vuelo directo a Port Black debido al mal tiempo. Todas las costas del Reino Unido estaban siendo azotadas por furiosas olas y su cielo descomunalmente ennegrecido por nubes que provocaban lluvias y tormentas eléctricas, aunque no era nada comparable con lo que acaecía en el resto del mundo. Eso extrañó a los dos montañistas.

También se enteraron de otros incidentes menores, aunque igualmente de gran fuerza destructiva. Poca importancia le dieron los medios a lo que ocurría en Port Black. Con todas las calamidades que reportar, que *una sombra* estuviese haciendo algunos estragos en la ciudad, no era nada alarmante o significativo para los noticieros televisivos. Aunque Jumpi y Fabrizio si estaban alarmados, porque esa *sombra* era, precisamente, la causa de todos los males que estaba sufriendo el planeta.

Turnándose al volante, los dos montañistas condujeron toda la noche

en dirección a Port Black. El cielo estaba abarrotado de extrañas nubes e iluminado de fulgurantes relámpagos que por instantes convertía la noche en reluciente día. Una curiosa luna llena arropada de negras nubes se desplazaba de norte a sur y a veces hacia el lado opuesto, tal como la percibían los dos amigos según la dirección de la carretera o la curva que tomasen con el vehículo.

De pronto se desató un violento temporal. La visibilidad de la oscura carretera se convirtió en aún más precaria e impenetrable.

Jumpi y Fabrizio iban en silencio. Escuchando las noticias por la radio y pendientes de la vía. Aunque estaban muy cansados por todos los contratiempos del viaje, sabían que no había tiempo para cabeceos o una corta dormidita.

Cuando estuvieron en Katmandú esperando que los controladores aéreos cesasen su huelga, Fabrizio, pese a los problemas atmosféricos, tuvo una larga y nítida conversación telefónica con su hermana Ángela. Le refirió algunos detalles sobre su estadía en el monasterio, aunque fue categórico al precisarle lo que estaba por suceder. Por eso le pidió que se reuniese con Elizabeth en casa de sus padres y le contara todo lo que le había dicho. Le manifestó que la presencia de la arquitecto era vital y que cuando él estuviese en Londres la volvería a llamar. Igual haría cuando fuesen rumbo a Port Black. Le repitió insistentemente que la asistencia de Elizabeth era crucial porque el ángel negro había salido de su sueño y siempre iba a estar cerca de ella. De esa forma Jumpi podría hacer la conexión para devolverlo al *Mundo de los sueños*. Luego de explicarle quién era *la sombra,* pidió igualmente que invitase a la reunión a Dick Ramble por si se presentaba algún inesperado inconveniente. Le dictó el número del celular del investigador abrigando la esperanza de que su hermana hubiese comprendido todo perfectamente y cumpliese con lo explicado. Temía que echara todo por la borda al creer que el frío o algo que le hubiese ocurrido durante la expedición lo habían vuelto loco de remate y lo esperase con una ambulancia llena de *loqueros* y una camisa de fuerza. Por eso le juró por la sagrada memoria de sus padres, que aunque todo lo que le había dicho sonaba muy patético e irreal, era la pura y llana verdad.

Al ver que la lluvia amainaba un poco, Fabrizio se orilló al hombrillo de la carretera y cedió el volante a Jumpi, quien aparentemente estaba más fresco luego del agotador viaje que les tomó cinco largos días. El pequeño sherpa arrancó el coche con brío al mismo tiempo que fuertes vientos trajeron más lluvia sobre el pavimento. Caían goterones tan grandes y enérgicos que se hubiesen podido confundir con granizo si algún pedazo de hielo llegara a estrellarse contra el parabrisas del auto.

Al advertir que el pavimento se pondría aún más peligroso, Jumpi

aminoró la marcha y comenzó a deleitarse viendo como el auto se abría paso entre las enormes gotas que las luces de los faros hacían percibir como relumbrantes escarchas de perlas blancas.

– ¿Por qué el Gran Lama dijo que apenas quedaban ocho días? Mi cuenta daba más –preguntó Fabrizio recordando la conversación en el monasterio.

–No lo sé. Yo creí que eran once, pero si él dijo que eran ocho, esos eran. Ellos llevan su cuenta bien. Quizás comenzaron a numerar los días desde que se presentó el sueño y no cuando Vitiel escapó de el. Ellos saben… Recuerda lo de la visión remota –contestó Jumpi más preocupado por los eventos que estaban sucediendo y por lo que pronto debería enfrentar y no por los días que faltaban.

–Bien. Sea como sea, al llegar a Port Black apenas nos quedarán tres… ¿Cómo te sientes? –indagó Fabrizio.

– ¿Qué crees?… –contestó su amigo, quien casi derrapa al salir de una forzada curva.

–Asustado –consideró Fabrizio mientras limpiaba con un trapo la parte interna del vidrio del parabrisas, el cual se estaba empañando pese al aire acondicionado.

–No, amigo… Asustado, no. ¡Muy asustado! –exclamó el sacerdote sherpa–. Así me siento. Quisiera que esta noche se alargase hasta la eternidad –afirmó sin perder su buen humor y dirigiéndole una franca sonrisa.

–Pendiente de la carretera… No te distraigas conmigo. Con la lluvia estas curvas se ponen aún más resbaladizas de lo que son –recomendó al ver que lo miraba con sus achinados ojos contraídos y la boca abierta de oreja a oreja simulando una gran felicidad.

Al filo de la medianoche, estando ya a pocos kilómetros de Port Black, escucharon por la radio un resumen de las noticias del día y de los sombríos acontecimientos en la ciudad.

Los reportes hablaban de grupos armados árabes con vestimenta ancestral que estaban causando caos junto a una especie de monstruo negro con alas, al que los pocos que habían alcanzado verlo describían de diferentes formas y maneras de desplazarse, pero ninguno daba con sus verdaderas características.

–Los monjes no nos dijeron nada de eso. ¿Quiénes serán?… ¿Las criaturas del pozo te dijeron algo? –preguntó sorprendido Fabrizio–. Eso es lo único que nos faltaba… ¡Fanáticos árabes en la ciudad! –comentó moviendo con negativa desesperación la cabeza.

– ¡Nada!… No sé nada de eso. Debe ser otra cosa. Pero no creo que estén asociados con Vitiel –respondió también extrañado Jumpi.

–Bueno. Estamos por llegar… Lo veremos con nuestros propios ojos –precisó Fabrizio a fin de no darle rienda suelta a su imaginación.

–Recordándolo bien, el Gran Lama asomó algo de eso –manifestó

Jumpi haciendo gala de su buena memoria–. Dijo que "seres de oriente creerán que son demonios de otro infierno y buscarán cazarlo", ¿recuerdas? –preguntó satisfecho al creer que había descifrado el extraño acertijo que salió de la boca del Gran Lama.

–Si… Algo. Recuerdo algo parecido a eso, pero dejémoslo para más tarde. Ya llegamos. Ve directo hacia la casa de Elizabeth –solicitó a su amigo al sobrepasar el letrero que indicaba que Port Black estaba a sólo cinco kilómetros de distancia–. Voy a llamar a Ángela para decirle que vamos hacia allá –expresó sacando el celular de uno de los bolsillos de su chaqueta.

Jumpi asoció lo que escucharon por la radio con la revelación que les hizo el Gran Lama cuando fueron a despedirse. Y, ciertamente, su deducción era correcta, aunque Fabrizio no le hizo mucho caso.

Los pensamientos del arquitecto estaban más centrados en ver a Elizabeth, que a su propia hermana, y presentarse ante ella como un héroe, un salvador. Aunque esos sólo eran pensamientos infantiles de un hombre enamorado en silencio, se dejó deleitar un rato en ellos. Después se río para sus adentros de su ensueño, de haber llegado a pensar en tamaña niñería cuando el mundo amenazaba con caerse a pedazos si Jumpi no lograba controlar al ángel negro.

Lo que ninguno de los dos sabía era que los que estaban causando ese alboroto en Port Black eran los *Guerreros de Amoymón* enviados por el Mullah, ya que en las noticias también habían informado que algunos pescadores reportaron el avistamiento de un pequeño submarino sospechoso muy cerca de las costas inglesas. Con toda seguridad era el que tripulaban los piratas malasios contratado por el Mullah para desembarcar cerca de la costa a sus guerreros para que fuesen recogidos en tierras inglesas por sus cómplices ebionitas.

Uno de los pescadores entrevistado por un veterano reportero radial de la NCS, la emisora más importante de Port Black, afirmó que el descubrimiento del pequeño submarino fue por simple casualidad. Contó que cuando él y su tripulación decidieron regresar a puerto debido al mal tiempo, su pesquero fue arrastrado por grande olas cerca de donde estaba el submarino. Aseveró que siquiera notaron su presencia por lo que pronto retomaron rumbo y se fueron de las inmediaciones. Sin embargo, cuadricularon su posición y la reportaron por radio al servicio de guardacostas.

Gracias a esa denuncia y otras, unidades especiales de la policía y comandos del ejército se habían trasladado hasta Port Black. Igualmente se había ordenado un minucioso rastreo por aire y mar del mencionado submarino, aunque las incursiones aéreas fueron momentáneamente suspendidas por Alto Mando Militar británico hasta que las condiciones meteorológicas cambiasen y el mar atenuara su impenetrable furia. La visibilidad era casi nula y no valía la pena

arriesgar la vida de los bravos pilotos de la Special Air Service. Únicamente podían chequear las coordenadas suministradas por los pescadores a través de los radares, cuyo radio de acción fue ampliado a un gran espectro de la costa.

Aunque la lluvia había disminuido bastante, al llegar a la ciudad los dos amigos se encontraron con unas calles totalmente desiertas. Apenas pasaban de las doce de la noche y no se veía un alma por donde se desplazaban a baja velocidad. Era un viernes y en días similares las calles de Port Black se llenaban de bullicio, alegría y fiestas, pero esta vez solo había desolación y pequeñas gotas de agua que caían del cielo.

De pronto, a la distancia se escuchó un extraño sonido parecido al del oboe, después flautas, un timbal, rasgueos de guitarras eléctricas y baterías acústicas, pero silenciosas, casi sutiles, y finalmente otro timbal más pequeño que resonaba sobre todas las demás resonancias. Parecía como si el mismísimo viento al rozar las gotas de agua entonaba notas cuyos acordes armoniosos semejaban la instrumentación de *Calles de Filadelfia*, sin la melodiosa voz de Bruce Springsteen, pero la realidad era otra. Estaban en Port Black y la situación de caos imperante no era tan dulce como aquellos hermosos sonidos.

Mientras avanzaban, los ojos de Fabrizio y Jumpi comenzaron a buscar la procedencia de la música en la oscuridad, pero sólo vieron unas sombras que corrían una detrás de otra. Luego disparos y miembros del ejército tras ellas. Algo totalmente fuera de lugar y nunca visto en Port Black.

El reflejo de las luces sobre el pavimento mojado hizo que algo llamase la atención de Jumpi. Detuvo el auto en la calle solitaria por donde se desplazaban y se bajó para recoger del suelo un objeto que emanaba un brillo opaco y que de cuando en cuando titilaba gracias a las pequeñas gotas de aguas que caían sobre el.

A los pocos segundos Fabrizio lo imitó. Era un buen momento para estirar las piernas. Sacó el celular de uno de sus bolsillos y caminó un par de pasos hacia donde estaba su amigo agachado recogiendo el objeto del piso. Aunque alerta y con los ojos puestos en la vía, oprimió con su dedo pulgar la tecla *send* del teléfono para remarcar la última llamada hecha a su hermana Ángela para informarle que estaban a sólo pocas calles de la casa de Elizabeth. El número estaba ocupado, tal como lo estuvo momentos antes.

Volvió a mirar hacia donde estaba Jumpi, quien con el cuerpo inclinado hacia adelante recogía el objeto que vio sobre el asfalto. Estaba tan distraído, que no se percató que un auto con las luces apagadas avanzaba a toda velocidad en dirección hacia él. Instintivamente Fabrizio guardó el celular en el bolsillo y gritó para

alertarlo mientras corría hacia su amigo con el propósito de evitar lo inevitable.

No obstante, no pudo. El vehículo impactó fuertemente contra el cuerpo del pequeño sacerdote sherpa y lo lanzó a varios metros de distancia. El auto siquiera aminoró la marcha. Siguió adelante en su loca carrera como alma que lleva el diablo.

Fabrizio corrió en auxilio de Jumpi quien yacía tirado boca abajo en un césped adyacente a la acera. Estaba sin sentido y sangraba profusamente por varias partes de su menudo cuerpo. Lo tomó en brazos y comenzó a examinarlo. Al palpar suavemente con sus dedos el cuello a la altura de la carótida, se percató que su pulso era lento, pero aún estaba vivo.

Mientras lo socorría escuchó un fuerte encontronazo y luego una explosión hacia los lados por donde había desaparecido el automóvil que atropelló a su amigo. Lo más probable era que en su endemoniada carrera se estrelló al seguir de largo en una curva.

Fabrizio trató de reanimar a Jumpi pero no pudo. Un hilillo de sangre que manaba por su boca le hizo sospechar de una hemorragia interna. Mientras decidía qué hacer, a lo lejos vio las luces de un vehículo que se acercaba. Providencialmente era una ambulancia, de otras tantas que en los últimos dos días hacían recorridos por la ciudad en busca de heridos y muertos dejados en la calles por aquella especie de pequeña guerra que se había desatado en Port Black con los comando árabes.

Enseguida dos paramédicos lo auxiliaron y con su ayuda introdujeron el cuerpo inerte de Jumpi en la ambulancia. Fabrizio se subió al auto y siguió al vehículo de la gran cruz roja pintada a sus espaldas que corría hacia el hospital con su estridente sirena al máximo del volumen. Mientras conducía volvió a marcar el número de su hermana. Esta vez un solo repique bastó para que Ángela contestase. Con la premura y angustia del caso, le contó lo sucedido y pidió que se reuniese con él en el Hospital Central.

Al llegar Fabrizio se detuvo detrás de la ambulancia y ayudó a los camilleros a llevar a su amigo a Primeros Auxilios, donde esperaban unas enfermeras y el médico de guardia. Al estar dentro de la sala de emergencias, el pequeño sacerdote sherpa fue sometido con premura a varios exámenes.

Enseguida después de tomarle los signos vitales y chequear su presión arterial y corazón, se les realizaron una serie de radiografías de tórax a fin de no omitir nada y descartar lo peor.

Visiblemente preocupado, Fabrizio se trasladó a la sala de espera contigua a Primeros Auxilios.

Pronto llegaron su hermana Ángela, Elizabeth, Charles y Bárbara, los padres de ésta, y el investigador privado y guardaespaldas Dick

Ramble. Se saludaron afectuosamente y enseguida se pusieron a conversar sobre el trágico accidente.

Elizabeth se alegró mucho de ver a Fabrizio y le agradeció todo lo que había hecho para protegerla. Ángela tuvo que decírselo para justificar la presencia de Ramble en la reunión en casa de sus padres.

Mientras esperaban el parte médico y entre un café tras otro, el investigador llamó aparte a Fabrizio y le informó que en dos oportunidades había sorprendido a Robert Phelp, el ex esposo de Elizabeth, siguiéndola. Le dijo que la última vez que lo sorprendió haciéndolo lo detuvo y a punta de pistola conminó a decirle el porqué la perseguía. Muy apenado, Robert le mostró una pequeña cámara de video aficionado que guardaba en su auto y le confesó que buscaba filmar al monstruo que acosaba a su ex mujer para después vender la cinta al canal de televisión local. Quejoso, le manifestó que estaba desempleado, que su situación económica era precaria y que la venta de la cinta le reportaría un buen dinero para salir de algunos problemas. Al verlo en la facha en qué andaba, Ramble le creyó y lo dejó ir.

“Seguramente necesitaba el dinero para comprar drogas”, se dijo en sus adentros Bárbara, la madre de Elizabeth, quien se había levantado de su asiento y se paseaba muy cerca de donde los dos hombres hablaban, logrando escuchar gran parte de la conversación.

Pasaron los minutos. Después las horas y los médicos no aparecían por ningún lado para informar cómo se encontraba Jumpi y qué daños había sufrido.

Entre los allí reunidos el más inquieto de todos era Fabrizio, quien sabía que sin la intervención del sacerdote sherpa el mundo se iría a pique en menos de setenta y dos horas. Desde el mismo momento que pisaron Port Black comenzaron a correr los tres días restantes antes de que la profética hecatombe sembrase de muerte y desconcierto al planeta y, del primer día, ya habían pasado casi cuatro horas, según se cercioró al chequear su reloj pulsera, el cual marcaba diez minutos para las cuatro de la madrugada y las manecillas seguían hacia delante en su imperturbable curso.

Inquieto, se levantó del asiento donde estaba sentado y comenzó a pasearse de un lado a otro. Estaba ansioso por la espera y quería saber de una vez por todas qué pasaba con Jumpi. En sus adentros rezaba para que se salvase.

Sin poder contener un minuto más su angustia, mientras los demás dormitaban en sus asientos, caminó junto a Elizabeth hasta el puesto de enfermeras para preguntar qué sabían del estado de su amigo. La enfermera jefe le pidió que esperase un momento mientras se comunicaba con el médico que lo había atendido al llegar. Les dio la espalda, se alejó del mostrador y fue hacia el escritorio donde estaba

el teléfono del retén y comenzó a marcar un número.

Al apartar su cuerpo dejó al descubierto un televisor a través del cual sus otras compañeras de guardia observaban con espanto las últimas noticias de Port Black. En un extra transmitido esa madrugada por la emisora local, las cámaras mostraban en directo y en vivo como bajo un torrencial aguacero efectivos del comando especial de ejército se enfrentaban en intensa balacera con varios hombres vestidos con pantalones y camisa de bombachos negros y turbantes del mismo color. “Sus pecheras estaban trenzadas con dos cintas llenas de pequeñas dagas y en sus manos blandían viejos fusiles de asalto AK-47 calibre 7,62 mm.”, según aseveró en entrevista televisiva y durante el mismo avance, el capitán de uno de los comandos del ejército. En el reporte, el militar también afirmó que sus hombres atraparon a cuatro de los terroristas árabes, a quienes tenían bajo fuerte custodia, y que otros dos fueron dados de baja. Uno de los detenidos, que lucía una corta e impecable barba y bigotes bien afeitados, fue presentado antes las cámaras y en su mirada asesina podía verse retratado todo el odio del mundo.

Mientras Elizabeth y Fabrizio observaban extasiados los avances noticiosos, la jefa de enfermera colgó el teléfono y volvió hacia donde la esperaban por una repuesta.

–En unos minutos el doctor vendrá para acá y les informará –anunció escueta e inexpresiva–. Vayan a sentase.

– ¿Y qué le dijo?... ¿Cómo está mi amigo? –preguntó con visible desesperación Fabrizio.

–Lo siento señor, pero no estoy autorizada. El doctor se lo dirá.

Al ver el desaliento que se calcó en el rostro de Fabrizio, Elizabeth lo tomó de la mano y juntos caminaron hacia la sala de espera. Al llegar, la hermosa joven desató su mano de la de él y se sentaron uno al lado del otro a aguardar la llegada del médico.

La espera fue silenciosa. En la sala sólo se escuchaba el casi imperceptible ruido que hacen los relojes de pared impulsados por pequeñas baterías cuando su segundero, sofocado pero decidido, da un paso hacia adelante. Aquellos minutos fueron lo más interminables de su vida, comentaría después Fabrizio.

En el momento menos esperado, tomándolos por sorpresa y dormitando a los padres de Elizabeth, al fin llegó el doctor.

Caminó directamente hacia Fabrizio, quien al verlo se levantó del asiento y se plantó frente a él. Enseguida se fueron sumando Elizabeth, los padres de ésta, Ángela y Dick Ramble y entre todos lo rodearon.

Pese a que el caso era de pronóstico reservado, el doctor les informó que milagrosamente no tenía hemorragia interna. Sólo un par de costillas rotas, luxación de cadera, traumatismos generalizados y

excoriaciones en brazos, piernas y rostro. Por lo demás, estaba en buen estado. Sólo que debido al fuerte golpe seguía inconsciente y que si el shock se prolongaba y durante las próximas cuarenta y ocho horas no reaccionaba, podría entrar en un coma profundo y morir.

–Lo enviaré a una habitación de recuperación en el piso tres –informó el médico, quien amablemente contestó todas las interrogantes que se le hacían–. Es conveniente que algunos de ustedes se queden con él en la habitación y le hable… Eso es bueno para su sistema neurológico y lo podría hacer reaccionar en cualquier momento. Eso sí, que sea una voz que conozca, pero eviten aturdirlo –recomendó, pero al intuir en el rostro de algunos de los presentes cierto escepticismo, agregó–: Es la mejor terapia en estos casos. Nosotros evitamos encerrarlos en habitaciones de terapia intensiva sin nadie cerca… El cerebro sigue funcionado y sí están solos captan un estado de abandono y eso en vez de mejorarlos los empeora –explicó.

– ¿Y usted cree qué en esas condiciones escuchará?–preguntó suspicaz Charles, el padre de Elizabeth.

–Todo, aunque no pueda contestarle… No tiene ninguna lesión cerebral y su cerebro, como expliqué, podrá captar nítidamente todos los mensajes y señales que se le envían.

Pese al grave diagnóstico, las palabras del médico levantaron el ánimo de Fabrizio, quien recobró la luz de su rostro. Había una esperanza y, aunque fuese remota, tenía fe en la pronta recuperación de su amigo. Al verlo reanimado, los demás también se alegraron, tanto por el joven sacerdote sherpa, como por ellos mismos y porqué quedaba una oportunidad para detener lo que estaba por venir.

– ¿En qué piso dijo que lo enviarán, doctor? –preguntó impaciente el arquitecto.

–A la habitación treinta y tres del tercer piso. Pueden ir subiendo. Ordenaré que lo lleven enseguida –precisó afable y se dispuso a dejarlos solos, pero después de dar un par de pasos regresó–. Se me olvidaba –dijo dirigiéndose a Fabrizio–. Su amigo tenía esto aferrado en una de sus manos –notificó sacando del bolsillo de su bata una especie de amuleto–. No sé que sea, pero lo tenía tan fuertemente apretado que nos costó arrancárselo –expresó entregándole el objeto, una cuerdilla de cuero con uno de sus extremos rotos, del cual pendía un medallón de hueso.

–Debe ser lo que bajó a recoger en la carretera antes de ser arrollado –manifestó Fabrizio tomando el objeto en sus manos–. Gracias doctor, se lo daré cuando despierte.

–Así me gusta. Esa es la actitud positiva que se debe tomar en estos casos… Nada de lamentos… Matan más rápido a un persona enferma –afirmó el médico complacido al escuchar las últimas palabras de Fabrizio, quien daba por descontado que Jumpi no moriría y superaría

su estado.

En silencio todos subieron al tercer piso y fueron directamente a la habitación indicada, donde se dispusieron a esperar la llegada de las enfermeras con la camilla en la que trasladarían al maltrecho sacerdote sherpa.

El grupo se acomodó como pudo en los pocos asientos que había en la amplia y espaciosa recamara.

Ahora se notaban tan preocupados como Fabrizio, ya que Ángela, por instrucciones de su hermano, les había adelantado lo que podría ocurrir en el planeta si no se detenía la presencia de lo que ellos conocían como *la sombra*, que no era otro que Vitiel, el ángel negro, un ángel rebelde que purgaba su condena en el *Mundo de los sueños*. Sólo les faltaba conocer algunos detalles y esos se los iban a dar los dos montañistas al llegar a la casa de Elizabeth, hecho que fue frustrado por el accidente vial. No obstante, Fabrizio aprovecharía el momento de la espera para decírselos.

De pie, ligeramente recostado de la cama quirúrgica y bajo la total atención de los presentes, comenzó a explicarles estrictamente los que deberían saber y el porqué era importante que Elizabeth estuviese al lado de Jumpi si aparecía Vitiel, aunque ahora el problema principal era el estado físico del elegido por los monjes de Kardong, *La fortaleza de nieve*, la única persona que podría hacer regresar al ángel negro al *Mundo de los sueños*.

Mientras hablaba, Fabrizio comenzó a juguetear con el collarcito que el doctor arrancó de la mamo de Jumpi y por el cual casi pierde la vida al estar recogiéndolo en medio de la carretera. Con sus dedos le daba vueltas y examinaba la extraña imagen del medallón, tallada en hueso, quizás de algún pobre animal. En el centro aparecían dos guerreros a caballo, aparentemente de raza árabe. Por la perfección de los detalles, magistralmente cincelados en bajo relieve, no cabía la menor duda de que había sido elaborado por las manos de un hábil artesano.

Las penetrantes miradas de los dos jinetes de la talla le hicieron perder por un momento la secuencia del relato. La retomó enseguida, pero sin dejar de observar a los dos guerreros. Ambos vestían armaduras con la insignia de una cruz de dos listones superiores y arco atravesado grabada en sus pecheras y montaban unos alucinantes caballos de aspecto tan diabólico como ellos. Al palpar con sus dedos el extremo roto de la cuerdilla de cuero, en su mente la imaginó colgando del cuello de algunos de esos terroristas árabes que la policía y los comandos del ejército tenían en fuga por todo Port Black.

Fabrizio nunca había visto una imagen de aspecto tan dantesco y espeluznante. Dejar posados los ojos mucho tiempo sobre aquel medallón, no más grande que un cuarto de dólar, causaba cierto

encantamiento.

Poco después que Fabrizio finalizó de darles los pormenores de la misión que tenían que cumplir, dos enfermeras empujando la camilla con Jumpi postrado en ella, llegaron a la habitación. Otra caminaba a su lado sosteniendo en las manos un pequeño monitor.

El sacerdote sherpa estaba entubado por la boca y algunas partes de su cuerpo conectado a unos electrodos que encajaban en un aparato que controlaba al segundo sus signos vitales. Entre dos de las enfermeras mudaron delicadamente el menudo cuerpo de Jumpi a la moderna cama de hospitalización. Arreglaron dos mullidas almohadas bajo su cabeza y accionaron un botón para que el respaldar estuviese un poco elevado. De esa forma facilitaban su respiración y evitarían que el tubo de su boca se atorara o desviara del lugar donde debía estar. Conectaron otros aparatos a su cuerpo. Dieron un último chequeo a todo y después se dispusieron a abandonar la habitación no sin que antes la jefa del grupo les recomendara que a nadie se le ocurriese la insana idea de encender un cigarrillo cerca del lugar. Los presentes, que hasta ese momento estuvieron observando callados los procedimientos de las enfermeras, pusieron cara de espanto y sorpresa por la absurda observación.

–Váyanse tranquilas. Ninguno de nosotros fuma… Somos gente sana y deportistas –aseguró Fabrizio con el asombro todavía dibujado en el rostro.

Haciendo gala de su bien ganada fama de caballero, el joven arquitecto caminó hasta la puerta de la habitación para despedir al grupo de enfermeras. Mientras lo hacía a Elizabeth le pareció ver que uno de los dedos de la mano de Jumpi se movió por breves instantes. Llena de dicha se lo comentó a los presentes, a quienes aseguró que había sido el dedo por donde tenía introducida la sonda por la que se le suministraba suero.

Todos se alegraron. Era un buen augurio. Si Elizabeth estaba en lo cierto, seguramente el sacerdote sherpa pronto saldría de su estado de coma.

El tiempo pasó volando y los bostezos comenzaron a ser continuos e irrefrenables. Fabrizio consultó su reloj y ya eran las siete y media de la mañana del día siguiente al accidente. Les pidió a todos que fuesen a descansar, que él se quedaría junto a Jumpi. A su hermana Ángela le solicitó que le llevara un cambio de ropa cuando volviese y a Elizabeth que, después de reposar, regresase al hospital porque su presencia era, como ya había explicado, vital en caso de que Jumpi volviese en sí.

Antes el asombro de todos, la hermosa joven le dijo que ella iría sólo a darse una ducha y cambiarse, pero que volvería enseguida para estar a su lado y acompañarlo. Le sugirió a Ángela que fuese a la empresa

porque hacía más falta allá que estando incomoda en una habitación de hospital donde no había espacio para todos y que la ropa de Fabrizio la llevase a su casa, que ella se encargaría de entregársela en el hospital. Todos aprobaron su decisión y comenzaron a despedirse para ir cada uno a su destino.

–Tengan cuidado al manejar. Con el temporal que se está desatando las vías se ponen muy peligrosas –recomendó Fabrizio deslizando una melosa mirada a la joven y rubia arquitecto, quien lo retribuyó con una igual.

Tal como lo prometió, Elizabeth volvió al hospital. Se veía fresca, alegre y revitalizada. Si entre sus amistades era considerada una mujer hermosa, en ese instante se veía más bella que nunca. Todo el tormento, depresión y amargura interior que produjo en su ser no saber qué estaba sucediendo y porqué *la sombra* la perseguía, se disiparon. Tenía ganas de vivir otra vez. Su alegría era vivaz, espontánea. Era como si un nuevo renacer brotase de lo más profundo de su alma. Sus expresivos ojos azules volvieron a tomar el brillo y ternura de siempre. Aunque sabía que todo podría concluir en un instante, no le importaba. Que de cumplirse la profecía de *la sombra*, sueños y frustraciones ya no tendrían ningún sentido, no le interesaba. Estaba resuelta a vivir el presente, por corto que este fuese, con amor y fe. Fe en que Jumpi despertaría de un momento a otro, que todo saldría bien, y que Port Black y el mundo volvería a ser como antes.

Desde que regresó al hospital, Elizabeth no volvió a moverse de la habitación donde Jumpi luchaba por su vida. Sólo iba en busca de comida para ella y Fabrizio en el mismo restaurante del hospital y luego volvía y los dos comían juntos.

Sin proponérselo se contaron su historia. Y otras historias menos complicadas y bastante triviales e inocentes, pero las disfrutaban como un par de chiquillos cómplices que se cuentan sus travesuras. Parecía que se conocían desde muchísimo tiempo. Que la confianza y honestidad que cada uno depositaba en el otro, no era simulada ni momentánea, sino un compromiso signado por un destino que estaba esperando el momento de revelarse y ese momento había llegado.

Estaban tan compenetrados, que ninguno de los dos escuchó el susurro del amor rondar por sus oídos. Sin embargo, danzaba dichoso en aquella habitación de hospital. Cuando dos almas gemelas se encuentran, no hay artilugio que cambie el rumbo de la brújula del amor, éste sólo se detiene, anda y vaga sobre ese infinito amor.

Sólo cuando sus dos bocas se sellaron en un largo y apasionado beso comprendieron qué estaba ocurriendo.

Nunca más volvieron a separarse. El hospital ahora se había convertido en su hogar y su nido.

Ángela los visitó temprano, en la tarde, pero al poco tiempo se fue.

Media hora después llegaron los padres de Elizabeth, quienes al enterarse que todo seguía igual, también se marcharon, pero de Dick Ramble nadie volvió a saber de él.

Aunque se iban desalentados por el delicado estado del sacerdote sherpa, que con cada instante que pasaba semejaba más un cadáver que un ser vivo, el hecho de verlos a ellos llenos de vigor y resplandecientes, les reconfortaba.

El insondable tiempo no perdona ni espera. Habían pasado ya dos días y medio desde el arrollamiento y Jumpi no reaccionaba. Tanto Fabrizio como Elizabeth le dedicaban horas en hablarle. Fabrizio de las aventuras que vivieron juntos en las montañas más peligrosas y altas del mundo y Elizabeth de lo tanto que amaba a Fabrizio y de lo mágico que era el amor. Pero nada. Nada hacía que reaccionara. Dos médicos iban diariamente a chequear su estado. Uno de ellos, renombrado neurólogo de fama en Europa, sólo daba tenues esperanzas. No había cambios y ambos especialistas decían que si en las próximas horas no había signos de recuperación, posiblemente moriría esa misma noche.

Elizabeth siempre estaba pendiente de sus párpados y el dedo que vio mover el primer día, pero no lo hizo nuevamente. No volvió a mover nada. Absolutamente nada.

Cuando aquella madrugada Fabrizio se lo comentó al médico de guardia que subió a comprobar si las enfermeras habían dispuesto todos los electrodos en la forma correcta, el doctor le restó importancia y se lo atribuyó a un movimiento reflejo del sistema nervioso debido a los traumatismos y contracciones muscular ocasionados por el impacto, las cuales son corrientes en esos casos.

Ya eran las ocho de la noche del último día del plazo que los médicos dieron para que Jumpi reaccionase y el reloj corría velozmente. Era la última esperanza. Si moría, también podría ser el último día para humanidad.

Desde que los *Guerreros de Amoymón* pisaron tierras inglesas con la intención de comprobar si Munkir y Nékir, los malignos ángeles negros árabes escapados del Adhab Algab, estaban en Port Black, esa misma tierra que invadieron se convirtió en su cementerio.

Siquiera tuvieron tiempo de ofrecerle la ofrenda que habían transportado desde tan lejos a fin de sellar la victoria de la supuesta *Yihad final,* la Guerra Santa que rescataría el poder de Alá, su dios, en todo el mundo.

La treintena de *Guerreros de Amoymón* enviados por el Mullah Malik Muhammad Ibn Talib, la mayor autoridad espiritual del grupo

ebionita, habían sido anulados por los comandos adscritos a la Brigada 43 de la Cuarta División del Ejército Británico. Con sus viejas AK los *Guerreros* no pudieron hacer nada contra las ametralladoras ligeras M249 SAW calibre 5,56 de los comandos ingleses, las cuales les proporcionaban mayor fuerza de disparo, más en las infames condiciones climáticas imperantes.

Cerca de una docena de árabes invasores cayeron abatidos bajo el fuego inglés, otros hechos prisioneros por la policía, quienes trabajaban en forma conjunta para acabar con los intrusos. Se presumía que al menos ocho o más de aquellos "extraños terroristas árabes", como comenzaron a calificarlos algunos medios de comunicación, habían huido, aunque se creía que estaban escondidos o buscaron refugio en zonas aledañas, donde las autoridades los rastreaban con la ayuda de perros policías.

Al despuntar el alba la crisis de Port Black aparentemente había llegado a su final y la vida en la ciudad comenzó lentamente a retomar su rumbo.

No obstante, no era así para el doctor Gordon Rooke, el siquiatra amigo del padre de Elizabeth y el especialista que trató a la joven arquitecto durante una única sesión. En su casa se habían refugiado Abu Idris al-Yafí, el sanguinario capitán de los *Guerreros de Amoymón*, y ocho de sus secuaces.

Al-Yafí le exigía bajo amenaza de pistola que lo llevase a él y a sus hombres hacia la costa, donde los esperaba un barco que los transportaría hasta el submarino en el que llegaron y que este, a su vez, los embarcaría a un buque que los regresaría al Líbano.

Rooke se negaba aludiendo que con las condiciones de tiempo imperante era imposible que ningún barco zarpase de las costas inglesas. Además, le informó que a través de la televisión se enteró de que el submarino había sido causalmente descubierto por unos pescadores, quienes avisaron a las autoridades navales y que en estos momentos todas las costas del Reino Unido estaban siendo constantemente monitoreadas a través de radares de la armada y patrulladas por diferentes tipos de navíos.

–Avecinarse a la costa es un verdadero suicidio –señaló nervioso Rooke al capitán de los *Guerreros*, quien lo tenía arrinconado en un sofá con el cañón de la pistola aprisionándole el cuello.

–Eres nuestro contacto aquí y tú debes sacarnos de esta emboscada en que nos metiste –rumió enfurecido Al-Yafí con ganas de halar del gatillo.

–Yo sólo le envié un correo a Nicene con los detalles de lo que aquí estaba ocurriendo. Nada más –se excusó temeroso–. Yo no le dije que viniesen a invadir a Inglaterra con un montón de mamarr… –al darse cuenta que lo que estaba a punto de salir de su boca le ganaría un

balazo en la cabeza, Rooke frenó la lengua y se quedó callado.
– ¿Qué ibas a decir? –preguntó con evidente desconocimiento de que el siquiatra estuvo a punto tildarlos de mamarrachos.
–Nada… Que así como sucedieron no se hacen las cosas –disimuló mientras apartaba con una de sus manos el amenazante cañón de la pistola que le oprimía el cuello y no lo dejaba hablar con soltura.
–El Mullah ya sabe todo. Lo volví a llamar antes de venir para acá. Le expliqué que no eran Munkir y Nékir los que estaban aquí. Que era otra cosa, una sombra, la que atormentaba a la ciudad, y que cuando le ofrecimos la ofrenda arremetió contra nosotros y casi mata a dos de mis guerreros –expresó al referirse a su encuentro con Vitiel, el ángel negro escapado del *Mundo de los sueños*, al que confundieron con sus demonios árabes–. Nosotros íbamos hacia la playa, pero el mismo Mullah me conminó a venir aquí porque dijo que tú nos sacarías sanos y salvos de Inglaterra –concluyó poniéndole otra vez la pistola en el cuello.
–Yo no pedí que viniesen. Sólo le mandé a Nicene la información que me pidió… –repitió balbuceante–. Si alguien se equivocó fue el mismo Nicene. Cóbrenselo a él, no a mí –rezongó el siquiatra.
–Nicene ya no cuenta… Fue a encontrarse con Abaddón en el mismísimo infierno –manifestó lapidario Al-Yafí al referirse al Rey de la Séptima Jerarquía de Demonios, ser infernal que emerge de los pozos del abismo con cabeza humana, cabellos de mujer, dientes de león, cola de escorpión y corazas de hierro y oro para causar guerras y cataclismos en el mundo.
– ¿Está muerto?
–Y si no nos llevas a la playa también lo estará tú… Es la última vez que te lo repito… ¡Llévanos ya! –gritó el capitán de los guerreros mostrando sus dientes bien apretados mientras halaba hacia atrás el percutor de su vieja pistola.
–Lo haré, pero recuerda que las condiciones no están para navegar… Hay tifones, tsunamis y huracanes por todos lados y tú quieres agarrar un barquito… ¡Es insólito! –protestó Rooke desconcertado.
–El Mullah insiste en que volvamos y nosotros obedecemos sin importar consecuencias –respondió imperturbable Al-Yafí mientras le hacía señas a sus hombres para que siguiesen vigilando y no se apartaran de las ventanas.
–Si insistes los llevaré, pero no me hago responsables de sus vidas –indicó vacilante el siquiatra.
–Tú sólo llévanos. Nosotros haremos lo nuestro –insistió el mal encarado capitán.
–El auto está afuera… Lo acercaré lo más que pueda a la puerta. Tomen esto y échenselas encima para no levantar sospechas si alguien alcanza a verlos –requirió tirando a sus pies unos abrigos y mantas–.

Aunque ya oscureció y no creo que nadie se atreva a salir con este tiempo, menos con lo que está pasando afuera –precisó consultando su reloj pulsera, el cual marcaba pocos minutos pasadas las ocho de la noche.

Todos los guerreros se apretujaron como pudieron en la camioneta de Rooke. Milagrosamente pasaron dos controles militares sin que fuesen revisados. Con el temporal que había, al avistar un vehículo con matrícula local y conducido por un inglés, los jóvenes centinelas obviaron la revisión y lo dejaron pasar sin ningún problema.

Pronto estaban en el lugar indicado por Abu Idris al-Yafí. Por supuesto que en el sitio no había ningún barco ni pescadores. Sólo olas gigantescas que rompían con furia asesina sobre los riscos.

Al-Yafí se bajó de la camioneta con dos de sus hombres para hacer un reconocimiento. Nada. El barco pescador pintado de verde plomizo, del mismo color que las aguas de las riberas de Port Black en el que fueron desembarcados después de dejar el submarino, había desparecido.

La lluvia y los fuertes vientos cegaban de tal forma a Al-Yafí y a sus guerreros que evitaba que pudiesen ver con claridad más allá de los dos metros. De pronto notaron unas sombras que se movían entre la lluvia. Eran soldados del comando especial apuntando sus armas directamente a sus cuerpos. Les gritaron varias veces que se rindiesen, pero instintivamente los *Guerreros de Amoymón* abrieron fuego, el cual fue contestado en forma feroz. Poco a poco los invasores fueron cayendo al suelo, sangrantes y perforados de balas.

Con varios impactos de bala en el cuerpo, Al-Yafí corrió hacia la camioneta. Al llegar, ninguno de sus guerreros estaba adentro. Seguramente habían ido a ayudar a sus amigos y era muy probable que ya estuviesen también muertos. El único que estaba era el doctor Rooke inmóvil, asido al volante y echo un manojo de nervios. Al-Yafí le gritó que encendiese el vehículo para irse del lugar. El psiquiatra no escuchaba. El miedo le había paralizado mente y cuerpo. Lleno de indignación e impotencia, el capitán de los *Guerreros de Amoymón* sacó del cinto su vieja pistola y le descerrajó un tiro a quemarropa en la sien.

El ebionita inglés, el hombre confundido y atrapado en las redes de una religión fanática mal entendida y el hombre que sin siquiera imaginárselo causó toda aquella conmoción y muertes en Port Black, dejó su vida en las playas que decía amar tanto.

Mortalmente herido, Al-Yafí regresó sobre sus pasos y fue a enfrentarse en combate suicida con más de treinta comandos ingleses que lo tenían cercado.

Parecía una triste y sangrante marioneta cuando con su AK-47 se abalanzó contra los soldados disparando hasta su último cartucho 7,62

mm. Mientras su cuerpo se estremecía por los impactos de las balas inglesas, moribundo sacó nuevamente la vieja pistola del cinto pero pronto se desplomó de rodillas mientras dos de sus disparos se perdían en el aire y su cuerpo inerte besaba la arena inglesa que osó invadir.

En la habitación treinta y tres del tercer piso del Hospital Central de Port Black parecía estar efectuándose un funeral. O al menos eso aparentaba por el aspecto melancólico y triste de los allí presentes.

Estaban otra vez todos reunidos. No faltaba nadie. Hasta el fortachón Dick Ramble, quien estuvo desaparecido de las inmediaciones del centro de salud, había vuelto. Se excusó ante el grupo alegando que su ausencia se debió a que estuvo ayudando a la policía a restablecer el orden en la ciudad.

Se veían abatidos. El mundo virtualmente se estaba cayendo a pedazos y el único hombre que tenía el poder de detener la destrucción estaba postrado en una cama inconsciente y, según los médicos, a punto de expirar.

Los tsunamis, terremotos, deslaves, inundaciones y todas las plagas naturales imaginables por el hombre se habían multiplicado por todo el orbe y, lo peor, algunos noticieros de televisión, de los pocos que seguían operando y transmitiendo, ya que en los últimos días la mayoría de periódicos habían dejado de salir a la calle, hablaban de que se avecinaba una tormenta solar de magnitudes catastróficas.

Elizabeth y Fabrizio estaban sentados al lado de la cama donde permanecía postrado Jumpi. La joven arquitecto tenía tomada una de sus manos y la acariciaba suavemente. Su piel cobriza parecía haber perdido todo signo de vida. Se veía inerte y sin savia. De cuando en cuando Fabrizio, así como los demás presentes, dirigían su mirada a los monitores para cerciorarse de que todavía estaban funcionando y sus lecturas seguían iguales.

Faltaba apenas una hora, quizás un poco menos para que se venciese el plazo. Los treinta y tres días para que comenzase el principio del fin anunciado en la profecía.

Fabrizio metió la mano en uno de los bolsillos de su pantalón y sacó un arrugado papel. Lo fue desplegando ante la curiosa mirada de Elizabeth.

– ¿Qué es eso? –preguntó antes de que terminase de desdoblarlo.

–Unas notas de Jumpi referente al capítulo 17, el capítulo perdido del Apocalipsis de san Juan. Uno de los monjes le pidió que lo anotase y él lo hizo en este papel –le explicó mientras los demás escuchaban en silencio.

– ¿Y qué dice?… Si quieres léelo en voz baja –sugirió Elizabeth.

–Bien… Lo haré. Dice *cuando los sueños huyan de la realidad se juntarán las plagas postreras. En el cielo habrá una señal, pues el espíritu…*

De pronto su lectura fue ásperamente interrumpida por un fuerte torbellino que se sintió dentro de la habitación y acto seguido, como salido de los abismos infernales, se materializó antes ellos Vitiel, el ángel rebelde, en todo su negro y relumbrante fulgor.

Todos, incluso el aguerrido Dick Ramble, quedaron pasmados.

Retador, y con sus ojos negros encendidos en candor divino, el ángel se les quedó mirando.

Elizabeth, que pese al brusco ingreso de Vitiel no soltó la exánime mano de Jumpi, sintió como esta comenzaba a moverse y tomar vida.

Vitiel se estremeció y depuso su actitud retadora. Miró hacia los ojos cerrados de Jumpi, quien comenzó a mover sus párpados en forma intermitente, como si estuviese enviando un mensaje telegráfico, pero sin abrirlos.

–*Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de lu*z –salió con sonido angelical de la boca de Vitiel sin despegar sus ojos de los párpados del sacerdote sherpa.

–Y tú debes regresar, porque ya le has mostrado al mundo el poder del Señor –respondió en forma clara Jumpi abriendo de par en par sus ojos para enseguida cerrarlos nuevamente.

–Volveré. Pero cuéntale a los hombres que la lucha es estéril y absurda, porque al Dios que yo respondo es el mismo de todos… ¡Dios es uno sólo!... ¡Sólo existe un Dios! –reveló Vitiel y en un instante cerró sus alas y se abrigó con ellas.

– ¡Dios es uno sólo! –repitió ungido de un halo divino Jumpi mientras el ángel negro se reabsorbía en su sueño para regresar de donde había salido.

TRILOGÍA EL PAPIRO

La aventura comienza en…

El papiro

Primera novela de la trilogía El Papiro



El Papiro

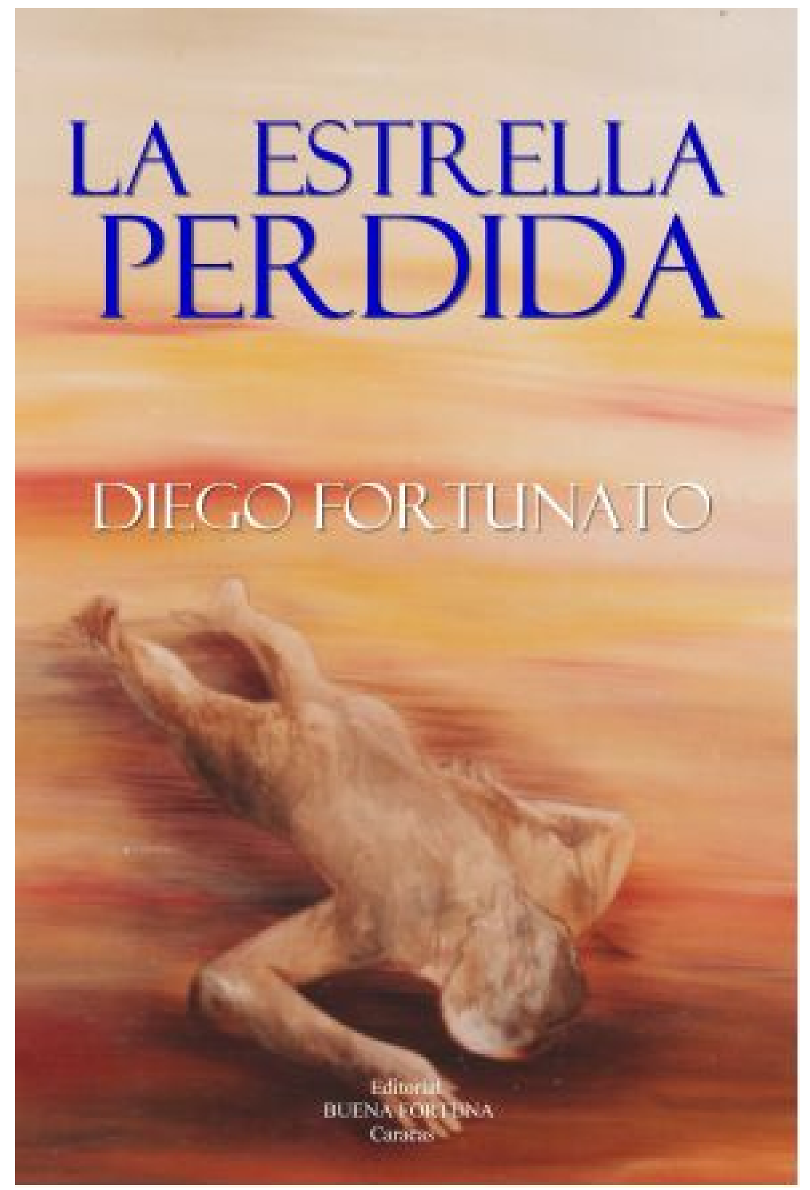
Sinopsis

Ante el temor de estar en presencia de un Anticristo, monjes de una antigua Misión Capuchina inician la despiadada persecución de un joven predicador que hacía milagros en los barrios donde enseñaba los evangelios. La Santa Sede aprueba la acción porque cree que descubrirá el misterio de un fragmento de Los Papiros del Mar Muerto donde se revelan oscuros secretos. Desde el Vaticano envían a un *Justiciero de Dios*, una especie de sicario de la Iglesia perteneciente a una antigua secta Templaria, con el propósito de asesinarlo. Al ser capturado descubren que de su cóccix pende un largo rabo y en su tetilla izquierda se le desdibujaba un extraño tatuaje escrito en arameo, la misma lengua que hablaba Jesucristo. Enigmas, romances y muertes. Cardenales, obispos y grande jerarcas de la Iglesia ligados a sectores de la Mafia, se ven involucrados en un macabro plan donde hasta las sombras tiemblan.

Continúa en...

La estrella perdida

Segunda novela de la trilogía El Papiro



La estrella perdida

Sinopsis

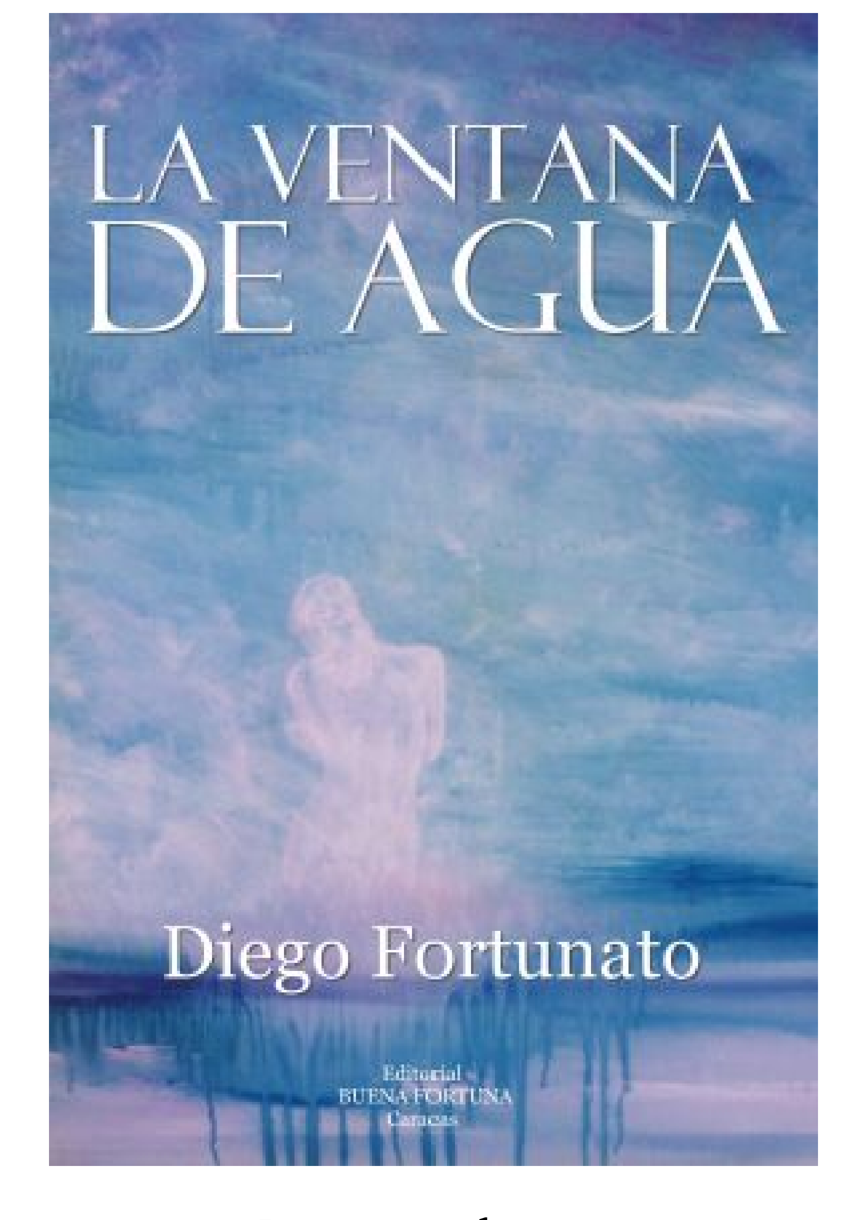
Un grupo de arqueólogos descubren en unos viejos papiros el misterio de La Vera Cruz, la cruz de la crucifixión de Cristo, que se hallaba perdida desde su muerte. Los escritos revelaban que los esenios, hermandad de la que formaba parte Jesucristo, la habían llevado y escondido en la cima del enigmático Kukenán, el llamado Tepuy de los Muertos, en la Gran Sabana, al sur de Venezuela. Divor Klaus, un avezado antropólogo y aventurero, parte a buscarla porque los rollos revelaban que se materializaría a las tres de la tarde del Domingo de Resurrección de ese año. La

Santa Sede, apoyada por los Dei Pax, un grupo de sicarios al servicio de la Iglesia, va tras su pista, pero se topa con un místico secreto: el nacimiento en la tierra de los Nion, una especie de niños ángeles con poderes celestiales y guardianes de ancestrales misterios divinos. Intrigas y confabulaciones se apoderan del Vaticano y sus más altos prelados, hasta que el día señalado acontece la alineación del Triángulo Divino, suceso que devela nuevas y tenebrosas profecías para la humanidad.

Y finaliza en...

La ventana de agua

Tercera novela de la trilogía El Papiro



La ventana de agua

Sinopsis

Científicos unen esfuerzos para encontrar el antídoto al letal virus anunciado en La Profecía de la Vera Cruz. Para lograrlo deben desentrañar el misterio de *La ventana de agua*, descrita en la misma profecía. El antropólogo Divor Klaus y otros miembros del *Omne verum*, auxiliados por los Niños Luz o Elegidos de Dios sobre la tierra, una especie de ángeles de nuestros tiempos, comienzan un duro peregrinar tras las pistas que lo conducirán hacia la enigmática Ventana, la cual encierra el secreto y curación

de la peor peste jamás sufrida por el hombre. De fracasar en sus intentos, más de tres tercios de la humanidad correrá el peligro de morir en sólo pocos días. El virus se transmite de mano en mano a través del papel moneda y no habrá forma de evitar que se esparza por el mundo. La Santa Sede, auxiliados por los *Dei Pax*, el ala armada del Vaticano, busca a toda costa de apoderarse del papiro donde está la mortal profecía porque sospechan que *La Ventana de Agua* también revela el misterio de La Santísima Trinidad. Persecuciones, torturas y muertes sellarán el desconcertante final.

Libros de Diego Fortunato en papel (físico) y en formato digital –**ePub, Kindle, iPad, iPhone** y **PDF**- (Novelas poemarios, ensayos y teatro) los puedes conseguir en:

http://www.amazon.com/s/ref=nb_sb_noss_1?url=search-alias%3Dstripbooks&field-keywords=diego%20fortunato&sprefix=diego%2Cstripbooks&rh=i%3Astripbooks%2Ck%3Adiego%20fortunato

https://kindle.amazon.com/search/books?keywords=diego+fortunato&start=1

http://www.autoreseditores.com/busqueda.html?q=Diego+Fortunato&s=

www.bubok.es/buscar/diego-fortunato

www.smashwords.com/books/search?query=diego+fortunato

Novelas

El Papiro
Primera novela de la trilogía El Papiro

La estrella perdida
Segunda novela de la trilogía El Papiro

La ventana de agua
Tercera novela de la trilogía El Papiro

La Conexión

Url, el señor de las montañas

La montana

Atrapen al sueño

Yihad final

La espina del camaleón

33
(En redacción).

Poemarios

Palabras al viento

Acordes de vida

Caricias al tiempo

Homenaje al infinito

El vuelo

Hojas de abril

Sueños de silencio

La nueva poesía erótica y otros placeres

Ensayos

Evangelios Sotroc

Pensamientos y Sentimientos

Dramaturgia

Franco Superstar

Si quieres saber más del autor busca en
http://www.diegofortunatoescritor.blogspot.com
www.artilandiadediegofortunato.blogspot.com
http://www.evangeliossotroc.blogspot.com
http://www.diegofortunatoandart.blogspot.com

Contacto© Diego Fortunato
diegofortunato2002@gmail.com
diegofortunato2002@yahoo.es